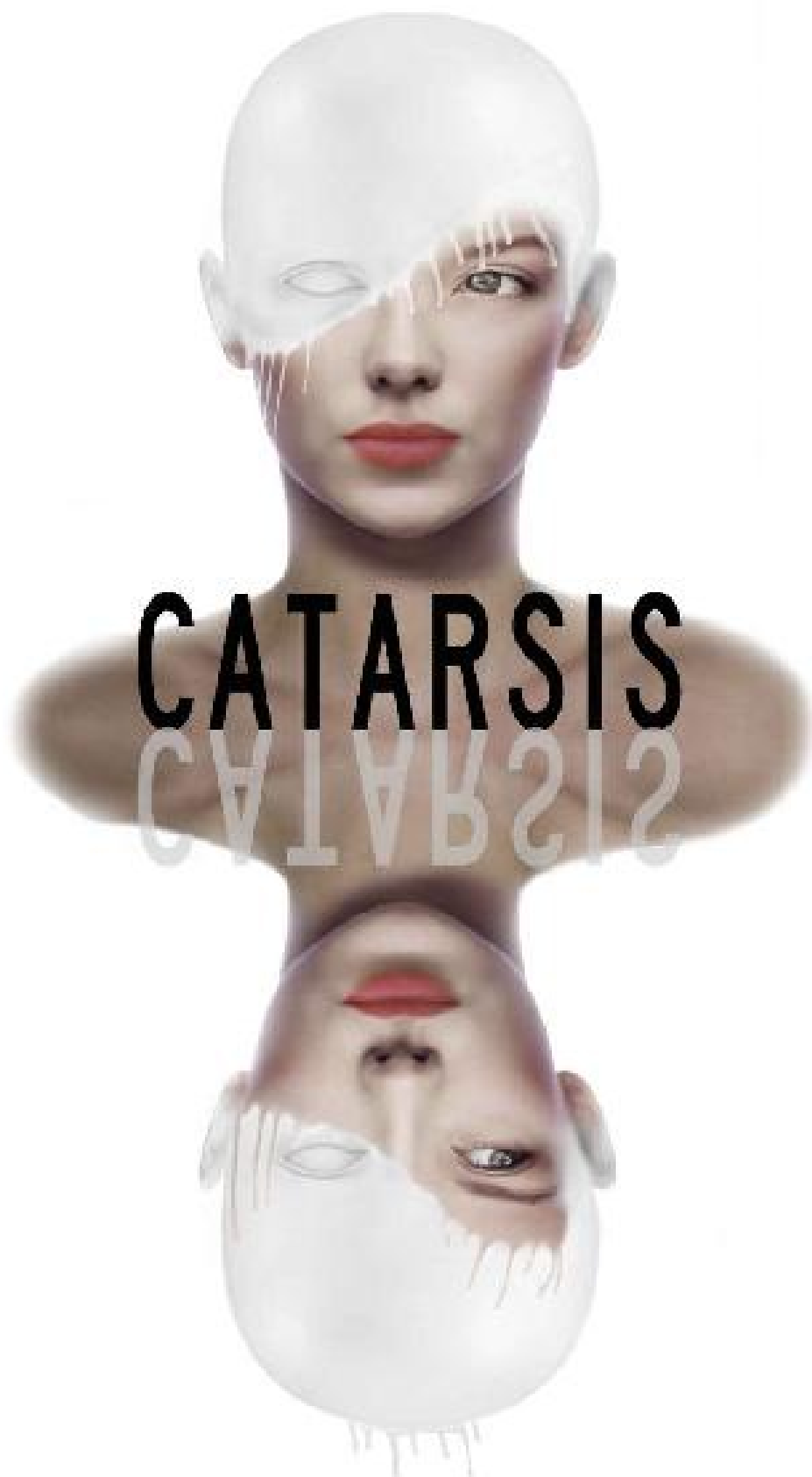


TAMARA CARRASCOSA



CATARSIS
CATARSIS

CATARSIS

Tamara Carrascosa



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso previo escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Septiembre de 2018

Título Original: Catarsis

© Tamara Carrascosa Lozano, 2017

© 2018 Editorial Leibros www.leibroseditorial.es

Idea Original de Portada: Tamara Carrascosa Diseño de Portada: M^a Belén Serrano Juárez
Maquetación: M^a Belén Serrano Juárez

ISBN: 978-84-949126-7-2 Depósito Legal: M-31519-2018

Impreso por: Podiprint

Impreso en España-Printed in Spain

A la escritora y la actriz que hay dentro de mí. A la escritura y a la actuación que han provocado mi propia catarsis.

Catarsis

Efecto purificador y liberador que causa la tragedia en los espectadores suscitando la compasión,

el terror y otras emociones.

CATARSIS

PARTE I ILUSIÓN

La madriguera era un largo túnel que, de improviso, torcía su curso y descendía de forma tan inesperada que Alicia, sin tiempo «para pensar en detener su caída, se precipitó por lo que parecían

las paredes de un pozo muy profundo
Alicia en el país de las maravillas. Lewis Carroll. ».

PRÓLOGO

El sobre blanco que había dejado la editora sobre la mesa negra del despacho destacaba como un faro. La escritora desvió levemente la mirada de la pantalla del ordenador al sobre y, de nuevo, regresó a la pantalla sin dejar de escribir, sin decir una sola palabra. Aunque hacía tiempo que esperaba ese sobre, podía aguardar, de momento. Era importante cerrar la idea que tenía en mente, atar los cabos sueltos antes de meterse a fondo con ese asunto pendiente.

A Eris Alhena no le gustaba que la observaran trabajar por lo que la editora permaneció de pie, en completo silencio, con la mirada clavada en el suelo, como tantas otras veces. El dedo de la autora se quedó oscilando como la espada de Damocles sobre la tecla del punto, los ojos clavados en la pieza cuadrada y negra del teclado pero la mente inmersa en la última frase que había escrito. Pasó un minuto en la misma posición hasta que, finalmente, dejó caer el dedo sobre la tecla como cuando el verdugo acciona la palanca que abre el foso del ahorcado haciendo cumplir la sentencia. A continuación, juntó ambas manos, las entrelazó y apoyó los labios sobre ellas en posición de rezo, mientras releía lo último que había escrito emitiendo leves susurros, apenas perceptibles, indescifrables. Las aletas de la nariz se abrían y cerraban mientras respiraba con fuerza cada vez que encontraba algo que no le gustaba. Acarició con el pulgar los labios y levantó la mirada hacia la editora.

—Por el momento puede valer.

Como si la voz de la escritora fuera una señal de aviso, la editora supo que ya podía dejar de escrutar el suelo que con el paso de los años se había aprendido casi de memoria a base de encuentros parecidos en el despacho de la autora.

—¿Qué me traes?

—Lo que pediste.

—¿Ya?

Eris cogió el sobre con ansia voraz mientras la editora sonreía

satisfecha. No era sencillo conseguir de la autora arranques espontáneos como aquel. Meticulosa y perfeccionista hasta la saciedad, le gustaba tener todo bajo control. Exigente en su trabajo, era implacable con sus propias novelas. En más de una ocasión, tras leer una crítica en alguna revista literaria donde alababan lo maravillosa que era su prosa y el lenguaje que empleaba, Eris había negado con la cabeza y, tras tirar la revista, había deseado no haber escrito esa misma novela que a tantos parecía gustarles.

—No llega ni de lejos a ser la mitad de buena de lo que lo fue *Ángel caído* .

La escritora utilizaba como vara de medir esa novela, la que ella consideraba que había sido su obra maestra, con la que había conseguido su primer premio y la que la había encumbrado en el éxito. Después de esa había escrito muchas otras. Era una autora prolífica, capaz de escribir un par de novelas o tres al año, pero su editora nunca le había escuchado hablar bien de ninguna de

ellas, o al menos jamás con la admiración con la que lo hacía con *Ángel caído*. Ese descontento y apatía la hacía escribir de manera compulsiva probablemente, pensaba su editora, en un intento por dar otra vez con una historia verdaderamente espectacular que consiguiera volver a satisfacerla como lo hizo esa primera. Buscaba de manera insaciable algo fastuoso, algo que marcara la diferencia. Algo de lo que sentirse orgullosa de nuevo.

Y aún no lo había encontrado.

Era una autora con manías. Jamás dejaba que su editora leyera ninguna de las novelas antes de terminarlas. Sólo lo hacía cuando ponía el punto y final a una historia. No permitía que llegara a manos de otro algo inacabado o que no hubiera sido revisado. Lo que para la escritora resultaba aceptable para la editora era, simplemente, perfecto. Cada una de ellas, una obra maestra de ingenio. Y no sólo lo pensaba ella, los millones de seguidores que tenía en todo el mundo y el éxito de ventas de todas y cada una de las novelas que publicaba no hacía más que confirmarlo.

La editora soportaba las rarezas de la escritora y no le importaba demasiado que no estuviera contenta con lo que escribía. Lo importante para ella era que lo hiciera, y mucho, porque todo lo que sacaban al mercado con su nombre se vendía como churros. Y eso, Eris lo cumplía a la perfección. La autoexigencia y disciplina que la propia autora se imponía a sí misma era una mina de oro para la editorial y, por defecto, para su editora que se llevaba una comisión por las ventas de las novelas. Por eso le gustaba mantenerla contenta dentro de sus posibilidades. Intentaba cumplir todas y cada una de las peticiones que le hacía, aunque en ocasiones excediera sus labores como editora e hiciera más bien el trabajo de una asistente personal.

—¿Son los resultados? —Eris abrió el sobre rompiendo la solapa con un abrecartas que tenía sobre la mesa.

—Así es.

—No los esperaba tan pronto.

—Bueno, les dije que era urgente —la editora sonrió de nuevo satisfecha.

—Buen trabajo.

No había sido difícil conseguirlo. Nunca lo era. Dar el nombre de Eris Alhena en cualquier sitio era una puerta abierta a la predisposición y el buen hacer de todo el mundo. Era de sobra conocida la *generosidad* de la autora por el trabajo rápido y bien hecho. Cuando Eris hacía una petición era porque lo necesitaba para escribir. Nunca le pedía nada a la editora que no tuviera relación con sus novelas. Por eso, nunca preguntaba para qué, aunque a veces pareciera extraño o inconexo con la escritura. De un modo u otro, en su cabeza era necesario para resolver algo, para alcanzar una idea y la editora sabía que el resultado sería una nueva novela o terminar la que tenía empezada. Eso era lo único que importaba.

Eris sacó los documentos que había dentro y los revisó rápidamente. Lentamente asintió y la editora supo lo que aquel gesto significaba.

—Ha llegado el momento.

—¿Estás segura? —Fue la primera vez que se atrevió a cuestionar lo que la escritora se proponía.

—Es necesario. Tú misma lo has visto —dijo mientras señalaba los documentos que había sobre la mesa.

—Lo sé.

Lo que Eris Alhena esperaba encontrar en aquel sobre, cumplía con sus predicciones, aunque no era exactamente lo que esperaba. Aquellos resultados eran como una roca cayendo pendiente abajo: ya nada podía detenerla. Volvió a juntar las manos entrelazándolas y apoyó los labios sobre ellas, de nuevo en esa posición tan característica de la escritora cuando pensaba. Con semejante informe se hacía imperiosa la necesidad de seguir adelante con el plan. Ahora o nunca. No era

algo que pudiera dejarse para otro momento. El tiempo corría en su contra. Aún tenía mucho por hacer. Debían ponerse manos a la obra lo antes posible.

—Es necesario —volvió a repetir—. Encárgate de todo. Comunicado oficial, prensa... No concederé ninguna entrevista una vez des la noticia.

La editora asintió mientras sacaba su agenda.

—Creo que en tres o cuatro días puede estar hecho.

—Que sea antes.

—Hay pendiente una entrevista para la radio... pasado mañana. —Cáncélala. No la daré. No hay tiempo que perder.

—Pero, ¿así, tan abruptamente? —Era la segunda vez en el día que se atrevía a cuestionar las decisiones de la escritora—. Hace apenas un par de meses desde el lanzamiento de tu última novela. ¿No sería recomendable terminar de promocionarla?

—¿Estás loca? Esas dichosas promociones duran demasiado tiempo. Me agotan. Consumen una energía que ahora no puedo malgastar. No. Cancela todo lo que esté programado desde mañana. Esta misma tarde hago las maletas y me marcho.

Eris se levantó después de apagar el ordenador. Metió en el sobre todos los documentos y, frente a la estantería, comenzó a seleccionar algunos libros para llevarse que fue guardando en su maletín.

—¿Tienes la dirección?

—Sí —la editora abrió de nuevo la agenda para comprobarlo y cerciorarse.

—Cuando esté todo organizado vienes —le entregó el sobre—. Lo dejo todo en tus manos. Sé que sabrás cómo gestionarlo. Te espero en Matices.

Matices era una casa familiar donde Eris solía refugiarse para escribir en los momentos complicados, cuando necesitaba encontrar una respuesta. No podía decirse que cuando se encontraba en blanco. De todas las batallas con las que podía enfrentarse un escritor a lo largo de su carrera, esta era una que Eris jamás había tenido que librar. Las ideas, las historias nuevas, siempre fluían en su cabeza.

Aquel lugar, al que la editora había ido alguna que otra vez, era un remanso de paz y silencio. Se encontraba completamente alejada de todo. No tenía vecinos cerca y el pueblo más próximo se encontraba a unos quince kilómetros. Era el lugar perfecto para perderse en sus propios pensamientos, evitar las distracciones innecesarias, buscar respuestas a las preguntas que podía hacerse. Ya había recurrido a la vieja casona en otras ocasiones para escribir. Durante su estancia se recluía completamente: desconectaba teléfonos, internet, el correo... No permitía que nada ni nadie la interrumpiesen. La editora sabía que cuando se marchaba allí debía esperar a que fuera la autora la que volviera a contactar con ella. La dejaba hacer porque jamás había incumplido un plazo de entrega. Confiaba en su sistema de trabajo que las estaba haciendo de oro a las dos.

La casa había sufrido varias reformas desde que la compraron sus tatarabuelos después de llevar un tiempo completamente abandonada. Ahora no se parecía en nada a lo que fue en sus inicios. La arquitectura moderna y de diseño contrastaba con el entorno en el que se encontraba. Había pasado de una generación a otra de manera directa. La familia padecía un extraño trastorno que dificultaba los embarazos y hacía altamente peligrosos los partos. Por eso, una vez concebido y nacido el primer hijo, abandonaban todo intento de tener más descendencia. Exclusivamente se aventuraban de nuevo a ello cuando el vástago fallecía durante la infancia. Sólo en una ocasión se dio esta situación y la madre murió durante el parto. La editora conocía toda esta información gracias a una de las novelas de corte autobiográfico que Eris había escrito hacía unos tres años, *La única hija*, donde reflexionaba sobre la soledad y el miedo a la muerte, un tema recurrente en sus escritos. A veces se preguntaba si Eris escribía de aquella manera porque sentía que era la

única manera que tenía de dejar algo de sí misma a las futuras generaciones.

Nunca había dado a entender que tuviera intenciones de tener hijos. Jamás hablaba de ello y no sabía si lo evitaba porque le resultaba doloroso o porque simplemente había decidido que la maternidad no era para ella. Había releído *La única hija* varias veces en un intento por descubrir cuál era el posicionamiento de la autora al respecto. ¿Querría tener hijos pero el miedo a la muerte, el riesgo, era demasiado para ella? ¿Se sentiría cobarde y ruin en ese caso? ¿O jamás había sentido la necesidad de convertirse en madre y por tanto el trastorno genético que sufría no afectaba en absoluto a su vida diaria? Eris era todo un misterio. Siempre lo había sido y estaba segura de que siempre lo sería. Hermética en su manera de ser, a veces lo eran también sus escritos haciendo infranqueable el paso entre su vida y los lectores. Con otros autores resultaba fácil detectar aspectos de su personalidad o de su propia vida leyendo sus novelas, pero con ella era diferente. Cuando se adentraba en terreno abiertamente autobiográfico lo hacía desde fuera, como una espectadora de lo que ha sucedido a su alrededor. Elucubrar qué parte de lo que aparentemente era ficción resultaba biográfico era imposible de saber con certeza.

La editora miró el sobre que ahora estaba en sus manos y asintió. Sacó el informe y supo que era el mejor lugar al que podía dirigirse para cumplir con lo planeado.

—¿Dos años? —preguntó la editora en un susurro trémulo.

—Dos años.

Dos años parecía tanto... y a la vez tan poco. Dos años podían ser suficiente tiempo como para que todo el mundo se olvidase de Eris Alhena. Demasiado tiempo en inactividad, pero era poco para conseguir escribir esa novela que la escritora llevaba años buscando. Al menos eso pensaba su editora que había visto cómo año tras año, novela tras novela, ella desdeñaba lo que escribía. En esta ocasión parecía estar muy segura de que lo iba a conseguir, de que con esta es con la que pasaría a la historia.

—Sé lo que quiero contar. Estoy segura de que va a ser esta. Sólo necesito tiempo. ¡Necesito vivir!

Sus palabras, cargadas de emoción casi tiznadas de locura, expusieron en su momento, a la editora, la idea de su nueva novela. Jamás había hecho algo así antes. Nunca. Las ideas permanecían en su cabeza hasta que les daba forma y vida en la hoja en blanco y, una vez acabadas, dejaba que las leyera. Jamás la había hecho partícipe de ello. Esta actitud, junto con la asombrosa positividad con la que estaba haciéndole frente, era algo totalmente fuera de lo común en Eris.

De nuevo miró el informe.

—Dos años...

No dudaba de la capacidad de la autora para escribir una novela en ese tiempo. Sabía que era capaz de mucho más. Dudaba de si el resultado sería el que Eris esperaba, si al final no se convertiría en otra más dentro de la pila de las desahuciadas por la escritora. Y si esto era así, ¿entonces? ¿Serviría de algo regresar después de dos años con una nueva novela? Una novela que en seis meses sería un éxito de ventas sin vacilación, dada la trayectoria de la escritora, pero que pasados dos años podría ser una colisión con todo el trabajo realizado durante tantos años. Las novelas tenían un corto periodo de vida. Estaban en boca de los lectores durante un mes, a lo sumo dos. Una buena promoción prolongaba ese estado a varios meses, pero requería trabajo y presencia. Ausentarse durante tanto tiempo era condenarse al olvido y suponía dos años sin ninguna novedad. Sus lectores ansiaban algo nuevo y estaban acostumbrados a, como mínimo, una novela por año. Esta maniobra podía salirles cara o podía ser la mejor estrategia de marketing de la historia. Era posible que a su regreso, fuera o no la obra maestra que Eris esperaba, los

lectores, sus fieles lectores, ansiosos por devorar algo fresco volverían a ella como las moscas a la miel, pero una ausencia tan prolongada podía colocar muy alto las expectativas de todos y, quizá, no fuera suficiente una novela como las otras.

—Esta novela me immortalizará.

Las palabras de Eris parecían leer los pensamientos de ella. Intentaban ser un bálsamo para la herida de desconfianza que se había abierto entre ambas y la editora pretendía que surtieran efecto. Las tomaba y bebía de ellas desde que se lo planteó y cada vez que salía el tema a relucir. Jamás albergó la esperanza de que semejante idea se le pasara: una vez se le ocurría algo era imparable. Procuraba convencerse de que si Eris lo había decidido así es porque era la mejor solución. Por eso, desde el principio, hizo todo lo que estuvo en su mano para llevarlo a cabo, aunque esta vez no era capaz de confiar ciegamente en ella.

—Me immortalizará. Estoy segura. Y, entonces, podré morirme tranquila.

Los pelos de la editora se erizaron al escucharla hablar de esa manera.

CAPÍTULO 1

Todo truco crea una ilusión, esconde una mentira y genera un prestigio. Para que la ilusión tenga lugar la mente debe entrar en el juego y el mago debe conseguir que creas que lo que maneja es algo vulgar y corriente, que parezca simplemente lo que es. Pero no es así. Todo buen truco esconde una gran mentira. Lo que parece normal deja de serlo y se convierte en algo excepcional. Pero un buen truco no se limita sólo a hacer desaparecer un objeto. No. Debe hacerlos volver. Así es como se genera el prestigio. Así es como el mago consigue embaucarnos y provocar en nosotros la fascinación por la magia. Porque, al finalizar un buen truco, crees que todo ha vuelto a la normalidad, que lo que había desaparecido, regresa; que lo imposible, durante un momento, se ha hecho realidad. Pero no es así. Lo que vuelve nunca es lo mismo que se fue. Ahí está el engaño.

Recuperas tu objeto, el billete reconstruido sin un solo resquicio de rotura o la carta con tu firma y el mago sigue teniendo su pañuelo vulgar, sus manos con las que rompió tu billete o su baraja. Todo está como debería ser, pero durante el proceso del truco, todo se ha puesto patas arriba.

Como si fuera casi un dogma, Alicia preparaba cada uno de sus trucos siguiendo esta pauta al pie de la letra porque estaba firmemente convencida de que esta estructura mantenida durante siglos por los magos de todo el mundo era lo que captaba y asombraba al público. No sólo el giro, sino el regreso a la normalidad. Era fácil esconder algo, lo difícil era hacerlo volver sin que nadie se diera cuenta de dónde había estado escondido. Es fácil romper un billete, lo difícil es hacer creer al público que el billete que aparece al final del truco es el mismo que apareció al principio. Es el ilusionismo: el arte de producir fenómenos que parecen contradecir los hechos naturales. Era algo que desde siempre había atraído la atención de Alicia y por eso decidió convertirse en maga.

Sus padres se habían mostrado reticentes pero al final tuvieron que asumir que Alicia no cambiaría de parecer. La magia se había convertido en su vida. Ensayaba los trucos una y otra vez en su casa, un pequeño piso en el centro de la ciudad repleto a rebosar de objetos: chisteras, pañuelos, flores, jaulas, barajas de todos los tipos, cajas grandes, pequeñas y medianas, espadas, espadines, una guillotina... y sólo cuando tenía un repertorio de trucos bien dominado comenzaba su recorrido por las distintas salas de Madrid mostrando su número a los programadores que, con desidia, los hacían pasar uno tras otro. Meses de práctica resumidos en una hora de espectáculo

de la que sólo visualizaban un número. Si los sorprendías, te permitían hacer dos. Alicia comenzó preparando varios números que no estaban interconectados entre sí. Simplemente escogía los trucos que le parecían más interesantes y los practicaba hasta la saciedad, hasta que cada uno de los movimientos que se realizaban durante el número quedaban grabados en su anatomía de tal manera que ni siquiera los pensaba. Los gestos fluían y formaban parte de ella. Era el único modo de conseguir que un truco funcionase, de lo contrario, estabas vendido al ojo crítico del público. Cualquier duda, cualquier gesto extraño, forzado, diferente a los demás, restaba puntos. Una mirada al lugar equivocado y estaba todo perdido. La mirada. No mirar jamás donde se está haciendo la maniobra central. Atraer la atención a otros lugares, contar historias, señalar con la mano... pero nunca mirar.

Presentó en varias ocasiones ese tipo de espectáculo, pero se dio cuenta de que al no estar interconectados, perdía el interés del programador. Necesitaba que quisiera saber qué más podía ocurrir en aquel escenario. Por eso, comenzó a preparar números en los que hubiera un hilo conductor durante todo el espectáculo de modo que al acabar el primer truco quedaba la sensación de inacabado, de continuidad. Durante un tiempo le funcionó y la contrataron un par de temporadas en varias salas pero después estuvo un tiempo sin pasar ninguno de los castings que realizaba así que volvió a pensar cuál sería el mejor modo de reinventar la muestra que hacía en cada una de las pruebas. Mantuvo el hilo conductor pero le dio una vuelta de tuerca más: el prestigio del primer truco no sucedía hasta el truco final. Eso invitaba al programador a querer saber más, ¿dónde estaba el objeto que había desaparecido?

Por el momento se iba apañando con lo que ganaba en las tres salas donde la habían contratado esta temporada, en los cumpleaños, bautizos y comuniones además de lo que sacaba haciendo algunos trucos de calle entre semana en el parque del Retiro.

Para Alicia lo que más le satisfacía era realizar los números de parque. Era cierto que allí, sin luces de ambiente, ni música, todo perdía un poco de misterio. La grandeza que sentía dentro de una sala con los focos centrados en ella, el espacio del escenario que abarcaba como suyo no lo tenía en un parque, pero sólo en el Retiro percibía con total claridad el asombro del público, las risas, la emoción de verse engañados. Las caras de los niños, que no quieren saber dónde está el engaño, a diferencia de los adultos, sino que creen en la magia. Creen que lo que allí sucede es real, que un conejo puede salir de una chistera o una paloma de un pañuelo, que las cartas tienen vida propia o que un ramo de flores puede surgir de un puño cerrado. Alicia los mentía, al fin y al cabo, eso era ella: una gran embustera, y ellos se lo creían. Y durante el tiempo que dura un truco de magia es el único momento donde la gente quiere ser engañada sabiendo con certeza que van a serlo.

Alicia no supo que iban a engañarla ni quería serlo, pero la engañaron. Entonces perdió la fe. Perdió la ilusión en la magia y empezó a detestar la mentira en todas sus formas. Se veía incapaz de seguir acudiendo a cursos donde la enseñaban a mentir, ver videos tutoriales por internet donde se desvelaba el embuste de los trucos o de inventar sus propias farsas. Todo le resultaba burdo. Todo era demasiado doloroso. Empezó a perder confianza, sospechaba que era demasiado evidente y que cualquiera, prestando un poco de atención, detectaría el ardid.

A diferencia de ella, que no había sido capaz de ver el engaño. Intentó presentarse a varias pruebas que resultaron ser un absoluto desastre. Los objetos se le caían de las manos, sudaba y no era capaz de acompañar los trucos con relatos. Se veía incapaz de mentir. No podía fingir una

realidad que no era.

Se retiró un año. Durante ese tiempo no quiso saber nada de la magia. Empaquetó todo lo que tenía en casa y lo metió en un trastero de alquiler. Evitaba pasar por las calles donde sabía que había salas de magia, borró los canales de televisión en los que emitían programas de magos conocidos y dejó de ir al Retiro. No jugaba a las cartas. Se buscó un trabajo como camarera y rompió todo contacto con la magia.

La magia le recordaba a ella y dolía. Dolía más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Le dolía haber sido tan estúpida como para no darse cuenta de que detrás de toda esa relación, que ella pensó idílica, sólo había un interés económico. Lo que ella creyó entusiasmo por su trabajo no era más que una estratagema para averiguar qué había detrás de algunos de sus mejores trucos de cosecha casera, esos que no se podían encontrar en las redes, entre otras cosas porque Alicia era muy celosa de su trabajo. Pero confió en ella mientras le pedía sentada desde el sofá de su casa, con ojos de cordero degollado, después de mostrarle uno de sus últimas creaciones que le enseñase dónde estaba el truco.

—Anda. ¡Enséñame cómo lo haces!

—Pero así pierde el encanto. Se pierde la magia del momento.

¿No prefieres creer que lo que has visto ha sucedido realmente?

Lilith, seductora, se levantaba del sofá y, acercando sus labios a escasos centímetros de los de Alicia, volvía a susurrarle:

—¡Enséñame cómo lo haces!

Y Alicia se lo explicaba. Al principio, como si los trucos fueran parte de algún tipo de juego sexual. Llegó a pensar que, de algún modo, la propia magia excitaba a Lilith. Después, no sólo deseaba saber cómo, sino que quiso participar en los números. Quiso que le enseñase a realizar, primero, parte de los trucos y, después, los trucos enteros. Y Alicia poco a poco la instruía en el arte que era su vida y Lilith cada vez era más diestra en la prestidigitación. Empezó a llevarla a los espectáculos y, como dúo, tenían un éxito arrollador. Introdujeron diálogos cómicos durante la actuación y el público se enrojecía las palmas de tanto aplaudir al finalizar la función. Fue una buena época. Durante ese tiempo, no tuvieron que realizar demostraciones a los programadores, ni castings de ningún tipo. No era necesario. Todas las salas querían que *Alith*, el nombre artístico con el que se las conocía, actuase en su local. Tenían funciones a lo largo de toda la semana, y doble función los fines de semana.

—¿Por qué no inventas algo nuevo? —le decía Lilith.

—Ahora no es necesario. Tenemos un buen espectáculo y las salas tienen el aforo completo durante varias semanas. Creo que aún hay *Nigromante* para rato.

—Me apetece aprender algo diferente. Estoy cansada de siempre lo mismo.

Y Alicia pensaba e inventaba nuevos trucos para satisfacer el apetito insaciable de Lilith porque era incapaz de negarle nada. Y la enseñaba de nuevo. *Nigromante* aún estaba en las salas en su máximo esplendor y ya habían creado un nuevo espectáculo mejor aún. Un espectáculo del que Alicia se sentía muy orgullosa: era suyo al completo. Todos y cada uno de los trucos que se desarrollaban los había ideado ella. Estaba segura de que en cuanto se lo mostrasen a un par de salas quedarían tan maravilladas por la novedad que la noticia correría como la pólvora: «*Alith* tiene nuevo espectáculo». «Lo nunca visto de *Alith*». «*La bruja de Endor*. El nuevo espectáculo de *Alith*. Los trucos que no has visto jamás».

El prestigio de Alicia estaba por las nubes y varias escuelas de magia querían que diese clases magistrales allí. Su capacidad creativa superaba la de muchos de los magos más reconocidos y una famosa cadena le ofreció incluso un programa, pero ella lo rechazó. No creía en los trucos a través de la televisión. Le gustaba el cuerpo a cuerpo con el espectador. El reto era mayor. Y el embuste, si salía bien, provocaba una mayor satisfacción.

Todo era perfecto. *Nigromante* en las salas y *La bruja de Endor* lista para la acción. Varias salas, en las que sólo habían comentado muy por encima que tenían ya otro espectáculo preparado, se mostraron interesadas.

Alicia no estaba segura de cuánto tiempo más podría haber durado la farsa sin darse cuenta. ¿Hasta cuándo se habría aprovechado de su confianza?

Lilith.

Lilith, la irlandesa pelirroja con la cara bañada en pecas, que chocó con ella cruzando la Gran Vía. Lilith la que se ofreció a invitarla a un café para suplir el que se le había caído a Alicia cuando ambas colisionaron. Lilith, que con su extraño acento la había conquistado al pronunciar su nombre seseando la “c”. *Alisia*, la llamaba al principio. Después, simplemente *Alis*.

Lilith. Lamia. Empusa. Vampira.

La sedujo para beberse su sangre. Con cabeza y torso de mujer, Alicia no se dio cuenta de que su cuerpo era el de una serpiente que sigilosa había entrado en la madriguera del conejo. La había seguido hasta *el país de las maravillas* y ella había creído que era una más de aquellas magníficas criaturas. Por suerte, Alicia había despertado del sueño a tiempo, si no, muy posiblemente la Lamia se la habría comido aunque, en ocasiones, Alicia había llegado a desear ese final antes que descubrir que la iba a entregar a la Reina de Corazones. Ser devorada era mejor que ser traicionada. El dolor era tan fuerte que habría preferido que se hubiera bebido toda su sangre, que la hubiera exprimido hasta dejarla seca, antes que soportar el duelo que suponía saberse engañada.

Lilith, la irlandesa pelirroja con la cara bañada en pecas. Lilith, la irlandesa pelirroja con la cara bañada en pecas y la piel de porcelana. Lilith, la irlandesa pelirroja con la cara bañada en pecas y la piel de porcelana que resultó ser mármol.

Frío mármol.

Duro mármol.

Pesado mármol.

Una losa que Alicia se había visto obligada a arrastrar desde entonces. Aún hoy se pregunta: «¿Hasta cuándo se habría aprovechado de mi confianza?».

¿Había sido el azar quien le abrió los ojos?

Nunca iba a ver espectáculos de otros magos. Otros sí lo hacían e intentaban coger ideas para los suyos propios, pero Alicia pensaba que ver lo de otros dificultaba su capacidad creativa. Se veía influida de algún modo por lo que había visto y le resultaba más complicado inspirarse con nuevas ideas, frescas y propias. Pero aquel día entró en esa sala: La Reina de Corazones. En su puerta anunciaba un nuevo espectáculo y como todas las salas de la zona, intentaban vender la novedad aunque fuera un repertorio de trucos manidos y vistos hasta la saciedad. No estaba segura de si entró porque el cartel le pareció atractivo por lo misterioso que resultaba o porque el nombre de la sala de algún modo la vinculaba con el suyo propio en alguna estratosfera del cerebro, pero entró. Había estado alguna vez en ella, realizando una prueba, aunque nunca llegaron a programar su espectáculo. Uno de los retos, después del éxito alcanzado con *Nigromante*, era intentar vender a La Reina de Corazones *La bruja de Endor*. En esta ocasión, Alicia estaba segura de que no la rechazarían.

Dentro, todo parecía diferente a cuando ella estuvo la última vez. La sala, preparada para que el público pudiera tomar algo mientras veía el espectáculo, estaba tenuemente iluminada y, el escenario, a oscuras. Sólo una luz cenital fría bañaba una caja, que desprendía pequeños destellos, situada en el centro. El murmullo del público le erizó el vello de la nuca y los brazos, recordando la sensación que ella misma sentía entre bambalinas cuando escuchaba el rumor de los espectadores mientras se acomodaban en sus asientos. Una inyección de adrenalina. Una mezcla entre terror y disfrute tan placentera que resultaba adictiva. Se sentó y pidió un refresco. A su lado, un par de mujeres se sentaron también y, ajenas a la presencia de Alicia, hablaban animadamente de otro espectáculo de magia.

—Vi *Nigromante* y fue una pasada. Creo que jamás he visto un espectáculo como ese.

—Te lo dije. Menos mal que esta vez me hiciste caso.

—Bueno, ya sabes que no suelo guiarme por lo que gusta a todo el mundo. No quiero sentirme como un borreguito arrastrado por las masas, pero hay que reconocer que si está teniendo éxito es porque se lo merece.

Alicia sonrió mientras sorbía su refresco por la pajita negra, satisfecha de escuchar la opinión totalmente sincera de dos desconocidas. Una de las mujeres sacó del bolso un programa de mano.

—A ver qué tal este. Dicen que es mejor que *Nigromante*. —No te creas todo lo que dicen.

—¿Lo has visto ya?

—No.

—¿Entonces?

—Ya te he dicho que no me gusta fiarme de las opiniones ajenas. Prefiero verlo con mis propios ojos y opinar por mi cuenta.

—Misterioso es, desde luego.

Alicia ni siquiera había reparado en el programa de mano que le habían entregado en la entrada. Lo sacó del bolsillo de su cazadora y, desdoblándolo, le echó un vistazo.

Un sudor frío le recorrió la espalda al ver la silueta de la maga que se ocultaba detrás de un antifaz de purpurina morada, un sombrero de copa y un mono de lentejuelas turquesas.

Un antifaz que cubría unas pecas.

Un sombrero de copa que escondía un pelo bañado por el fuego.

Un mono de lentejuelas turquesas que ocultaba una piel de porcelana.

Alicia no tuvo que esperar a que empezara el espectáculo para adivinar que aquella era Lilith, la irlandesa pelirroja con la cara bañada en pecas y la piel de porcelana que resultó ser mármol.

Lilith. Lamia. Empusa. Vampira. Mármol.

Necesitaba romper de algún modo con el pasado. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados la noche en la que descubrió la traición de Lilith. Con el cuerpo vacío de sangre — probablemente se la había bebido la Lamia— y el corazón latiendo a una velocidad excesivamente lenta, Alicia creyó que iba a desmayarse en cualquier momento. Las voces de las mujeres sentadas a su lado le llegaban huecas y el programa de mano que sostenía a duras penas entre los dedos se oscurecía por momentos. ¿O era la luz de la sala que se estaba apagando lentamente? Levantó la mirada y de nuevo clavó sus ojos en la caja sobre el escenario, el único elemento que recibía algún tipo de luz en ese momento. La música comenzó a sonar. Cuando escuchó los primeros acordes sintió ganas de vomitar. ¿Había plagiado hasta el sonido? No le hizo falta quedarse a verla aparecer en escena. Sabía perfectamente cuál sería el truco de apertura y con cuál cerraría. Se levantó tambaleándose y estuvo a punto de tirar una de las copas que había sobre la mesa.

—¿Qué le pasa a esta?

—Estará borracha.

Borracha no. Aturdida. Noqueada. Todo a su alrededor parecía moverse a cámara lenta. Alguien le dijo que se quitara de en medio y alcanzó como pudo la salida.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

El personal de sala intentó sostenerla pero Alicia se escurrió entre sus dedos y siguió avanzando. Tenía que salir de allí. Quería alejarse todo lo posible de la vampira.

No recordaba cómo consiguió llegar a casa aquella noche, pero sí lo que hizo una vez llegó. El aturdimiento dio paso a la furia, la rabia, la ira. Comenzó lanzando todo lo que pertenecía a Lilith por la ventana hasta que unos vecinos protestaron por el alboroto y uno de los zapatos de la Lamia estuvo a punto de aterrizar sobre la cabeza de un transeúnte. Decidió que no quería acabar metida en un lío por culpa de la vampira. Así que intentó serenarse y pensar con la cabeza fría. Lo tiraría todo al contenedor de la basura, cerraría con llave y la dejaría puesta en la cerradura. Echaría la cadena de seguridad. Empusa tendría que buscarse otro sitio donde pasar la noche.

No quedó nada de Lilith en la casa. Pero tampoco nada que perteneciera a Alicia y pudiera recordarle a ella.

Se mudó de piso. Se hizo camarera.

A pesar de sus esfuerzos por pasar página, la herida se abría cada noche y Alicia la lamía en un intento por limpiarla. Deseaba que cicatrizase de una vez por todas, pero supuraba. Escocía. El dolor estaba presente y, con él, Lilith.

Durante mucho tiempo regresó a casa sintiéndose magullada, dolorida en todas las partes de su cuerpo.

Entonces llegó ella: Eris Alhena y su *Ángel caído*. Sofía, su mejor amiga, le regaló la novela, que en aquel momento había ganado el premio Virginia Woolf, en un intento por mantenerla entretenida y alejar sus pensamientos de Lilith y de lo que había ocurrido. Fue todo un acierto. Eris Alhena formó parte del resurgir de Alicia y eso era algo que dejaba huella. La escritora se convirtió en su lectura de cabecera. Sofía, desde entonces, le regalaba todos y cada uno de los libros que publicaba, que no siendo de autoayuda, resultaron ser como un bote salvavidas para su amiga. Cada año ansiaba la publicación de su próxima novela.

Con *Ángel caído* se reconstruyó a partir de sus propias cenizas. Había tanto de ella en la historia que contaba... La traición y el dolor llevaban la batuta pero de un modo que a Alicia le resultó curativo. Verse reflejada como en un espejo en los sentimientos y situaciones que vivía la protagonista le permitió salir a la superficie y volver a coger aire. Bocanadas de aire puro. La distorsionada realidad que había estado viviendo sumergida en aquella pesadilla ahora era clara. Volvía a ver la claridad y preveía días soleados.

El cambio fue radical. Recuperó todo lo que había guardado en el trastero de alquiler y volvió a llenar su pequeño piso de magia.

—Menos mal que te hice caso, Sofía, y no lo tiré a la basura.

Los objetos que habían sido su vida volvían a serlo una vez más. Mientras los revisaba y arreglaba algunos que habían sufrido las consecuencias de aquella trágica noche, Sofía la ayudaba a ordenarlos dentro del caos reinante en el piso.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Ahora voy a volver a empezar.

—¿A qué te refieres?

—Voy a crear un nuevo espectáculo.

Sofía, que estaba a punto de colocar en la estantería una columna de libros que parecían formar parte de la decoración del suelo en el salón junto a una de las mesitas bajas, se detuvo en seco.

—¿Quieres decir de nuevo completamente?

—Completamente.

—Todos los trucos... ¿vas a crearlos de cero?

—Así es.

Sofía se volvió de cara a la estantería y mirando los lomos se dispuso a colocarlos por orden alfabético.

—¿No crees que puede ser demasiado?

—¿Por qué?

—Llevas un año alejada de todo este mundillo. ¿No piensas que es exigirte demasiado para empezar?

Alicia colocó un objeto de prueba en la guillotina.

—Ya lo he hecho antes. Puedo hacerlo ahora también.

Soltó el seguro y la afilada hoja cayó partiendo en dos el objeto.

—Detesto que hagas eso.

—Forma parte de la magia del truco. El miedo.

Sofía se acercó a ella y colocó sus manos sobre la de Alicia que aún se mantenía sobre la palanca de seguridad.

—De lo que tengo miedo es de que vuelvas a caer —Alicia apartó la mirada de Sofía y la concentró en algún punto del suelo—. Has sufrido mucho. Te he visto tan hundida... no quisiera verte así de nuevo.

Clavó sus ojos en los de Sofía.

—Me han engañado una vez. No voy a ser tan estúpida como para caer de nuevo en la misma trampa.

—A veces no es tan fácil ver las cosas con claridad.

—Ahora sé dónde está la puerta trasera para escapar.

—El amor nos vuelve ciegos y cambia la perspectiva de las cosas.

—¿Me estás pidiendo que no me vuelva a enamorar?

—Te estoy pidiendo que te tomes las cosas con calma.

Alicia se liberó de las manos de Sofía y se agachó sobre una de las cajas de cartón que habían colonizado el salón, el pasillo y el dormitorio principal. Empezó a rebuscar sin saber muy bien qué era lo que quería encontrar. Simplemente no tenía ganas de seguir hablando. Sus manos trastearon con varios objetos sin terminar de decidirse por ninguno de ellos en concreto. Sentía la mirada de Sofía clavada en su espalda. Esperando. No era de las que se daba por vencida fácilmente y Alicia supo que aquella batalla estaba perdida. No podrían seguir ordenando el piso hasta que no hablasen sobre ello. Soltó el artilugio que tenía en la mano y se sentó en el suelo.

—Estoy cansada de la calma.

Sofía se sentó a su lado.

—Explícate —le acarició la espalda y Alicia se sintió reconfortada.

—Llevo un año en absoluta calma.

—Llevas un año dentro de un caos emocional.

Alicia la miró con reproche.

—¿Me vas a dejar hablar o vas a corregir todas y cada una de las frases que digo?

—Perdona. Continúa.

—Antes de aquella noche todo era actividad. Mi cabeza estaba siempre en ebullición, con ideas nuevas. Después, llegó la nada. Lo único que había era dolor, pero se convirtió en una constante a la que me acabé acostumbrando. Creo que me volví adicta a ese dolor. Me regodeaba en él porque

de alguna manera me mantenía cerca de ella.

Sofía abrió la boca para hablar pero Alicia colocó sobre sus labios el dedo índice y corazón pidiéndola silencio.

—Sé que suena estúpido. ¿Cómo podía querer sentirme cerca de alguien que me estaba provocando semejante sufrimiento? —Bajó la mirada avergonzada—. Yo la quería, Sofía. La quería muchísimo. Lo que hacíamos juntas... la vida que llevábamos... Todo era perfecto.

—Salvo por el simple detalle de que era una mentirosa.

—Sofía...

Había un deje de reproche en su voz que estaba perdiendo energía. Sabía que su amiga llevaba razón. Lo único que quería era hacerla comprender el proceso por el que había pasado y negar la verdad de lo que había sentido durante muchos meses era intentar engañarse a sí misma. Muy posiblemente no era la mejor manera de haber gestionado lo que ocurrió, pero fue su forma de hacerlo. Quizá se hundió aún más, pero lo importante es que había conseguido salir a la superficie.

—Ya sé que era una mentirosa. Pero resulta complicado borrar las señales que te han dejado. Por suerte ya he pasado página.

—Sé que has pasado página, pero has estado mucho tiempo en un estado de ausencia que...

—Fue mi duelo.

—Hablas de todo esto como si hubiera sido un desgraciado accidente en lugar de lo que en realidad fue. Le restas importancia a lo que te hizo. La descargas de culpabilidad. Creo que eso no es bueno. Te obliga a verla de una manera que no me gusta. Los duelos se pasan por las personas que amamos.

—Yo la amé.

—¡Pero te hizo daño!

—Las personas que nos aman también nos hacen sufrir a veces.

—No te equivoques. Quien bien te quiere no te hará sufrir. Quien bien te quiere te hará reír.

—Ahora vas a corregir el refranero popular.

—En eso también estás equivocada. La sabiduría popular a veces no es tan sabia como nos han hecho creer.

Sofía se había puesto de pie y hablaba elevando la voz. Alicia sabía que se preocupaba por ella y no quería verla sufrir. Eran amigas desde la infancia y siempre, de manera incondicional, se habían apoyado la una en la otra para todo. Se conocían como las palmas de sus propias manos tanto que, en ocasiones como aquella, saber con exactitud lo que pasaba por la mente de la otra podía llegar a ser desesperante, tal como le estaba pasando a Sofía en ese momento.

—Sofía, no quiero discutir contigo. Y menos por culpa de ella. Es historia. Te puede gustar más o menos cómo he conseguido superarlo, pero de ninguna manera voy a permitir que vuelva a entrar en mi vida. De ningún modo. Y ahora estamos permitiendo que vuelva a adueñarse de la situación.

—Tienes razón. En este momento lo importante eres tú y lo que piensas hacer.

—Lo que voy a hacer es... —sacó un pañuelo, se lo mostró por ambos lados y en una sacudida sacó un ramo de flores de plástico—, ¡magia!

Y eso fue lo que hizo. Tal como había predicho Sofía, no fue fácil, y trabajar sobre ideas nuevas después de tanto tiempo le resultó complicado además de doloroso en algunas ocasiones. Su cabeza, inevitablemente se iba a trucos que formaron parte de *La bruja de Endor* y que nunca llegó a realizar. Eran buenas ideas que debía desechar. Pero los recuerdos estaban ahí y a veces se sorprendía a sí misma llevando a cabo uno de ellos en la soledad de su piso. Al terminarlo la sensación de vacío y angustia era muy poderosa, pero alejaba los pensamientos que la arrastraban

al pasado y volvía a ponerse manos a la obra. Le llevó más tiempo del que hubiera deseado preparar un buen espectáculo. Un nuevo espectáculo. Pero lo hizo.

Comenzó a visitar salas de magia para ofrecerlo. No tardaron mucho en contratarla en varias de ellas. El sello de *Alith*, que en realidad era el de Alicia, había dejado huella y sabían que volver a subirla sobre un escenario sería un éxito. Alicia no buscaba éxito ni fama. Lo único que quería era retomar la vida que le gustaba. Y su regreso fue bueno pero, a pesar de las expectativas de todos, no lo fue al mismo nivel. No le importó. Para ella era suficiente tener un par de salas o tres donde realizar su espectáculo y volver al Retiro.

Entre bambalinas comenzó a escuchar el murmullo de los espectadores que entraban en la sala y tomaban asiento. El corazón comenzó a latirle con fuerza y notó un hormigueo en los brazos y piernas. Hacía tiempo que había regresado a las tablas pero esa sensación nunca desaparecía. Esos momentos previos al comienzo de la función eran únicos. Llevaba un par de temporadas con el mismo espectáculo, el séptimo desde que lo retomó todo de nuevo. Este último había alcanzado tanta popularidad que los llenos en la sala obligaron a prorrogarlo durante dos años. Pero Alicia no era de las que se conformaban y, aunque mantenía los números que estaban contratados, siempre le gustaba introducir alguno nuevo. Esta era la primera noche que iba a realizar uno de los trucos que formaron parte de *La bruja de Endor*. Habían pasado siete años. Para ella era un auténtico desafío repetir los movimientos que daban forma al número. Gestos que había repetido hasta la saciedad con Lilith. Cuando le robó el espectáculo desechó todo lo que formaba parte de él porque Lilith se había apropiado de ello, pero con el tiempo Alicia comenzó a sentir la necesidad de reclamar lo que había sido, y era, suyo.

Le había contado a Sofia lo que iba a hacer en la función de esa noche. Esperaba reproches por su parte. Le sorprendió la respuesta de su amiga.

—Me parece perfecto, cariño. Era tuyo. Es tuyo.

Desde donde se encontraba no podía ver al público, pero sentía la presencia de su amiga entre él. Aquella noche la necesitaba más que nunca. Era su punto de apoyo. Tenía miedo de quedarse inmóvil. Se lo iba a jugar todo a una carta: había decidido abrir el espectáculo con ese número. Si se quedaba bloqueada lo haría al principio de la función. Necesitaba que fuera así. No se veía con fuerzas ni capaz de mantener la mente en el resto de trucos sabiendo que en medio podría suceder el apocalipsis.

La luz de sala se apagó y los murmullos del público fueron apagándose poco a poco. El silencio en ese instante era sobrecogedor. Centenares de pares de ojos centrados en el escenario a la espera de su aparición, prestando toda su atención a lo que iba a suceder allí esta noche. De un modo u otro, todos habían oído hablar del espectáculo y esperaban ver algo extraordinario pero ninguno, salvo Sofia, eran conscientes de lo verdaderamente extraordinario que iba a ocurrir aquella noche.

Escuchó amortiguada la voz de uno de los técnicos. —¿Prevenida?

Alicia asintió. Cerró los ojos y respiró hondo mientras sacudía

todo el cuerpo para liberar la tensión acumulada. La música comenzó a sonar.

Mientras se desmaquillaba y recogía un poco el camerino recibió un mensaje de Sofia.

“*Esta noche no te espero en la puerta de atrás. Quiero que salgas por la puerta principal*”.

Alicia sonrió a su imagen al otro lado del espejo.

CAPÍTULO 2

No tardó demasiado en recoger sus cosas. La tranquilidad de disponer del camerino para ella sola le permitía guardar allí tanto el vestuario que utilizaba durante el espectáculo así como todos sus artilugios. Dentro del caos que solía reinar alrededor de Alicia, había un cierto orden para la siguiente función. Cogió su mochila y, al salir, cerró con llave. De manera automática, instintiva, se dirigió por el pasillo de carga y descarga para salir por la puerta de atrás, entonces recordó el mensaje que le había enviado Sofia y, sonriendo, se dio media vuelta y fue directa a la entrada principal. Allí, el vigilante de seguridad, la única persona que quedaba ya en el recinto, extrañado por la novedad, se despidió de ella y le abrió la puerta. Fuera, Sofia la esperaba sujeta a cinco globitos de helio que flotaban sobre su cabeza intentando escapar del cobijo del paraguas, cada uno con una de las letras que componían la palabra magia. Sofia abrió los brazos y Alicia, en un par de zancadas se vio envuelta en ellos. Su amiga la apretaba con fuerza mientras le susurraba al oído:

—¡Lo has conseguido! ¡Lo has conseguido!

Sin deshacer el abrazo, Alicia resguardada sobre el hombro de Sofia, intentaba contener las lágrimas. Lo había conseguido. ¿Significaba eso que por fin Lilith había pasado a la historia? Por primera vez, anheló que así fuera. Estaba cansada de su recuerdo. Estaba agotada de librar batallas contra el fantasma que de vez en cuando se colaba en sus pensamientos. Quería vivir de nuevo libre, sin temor a que cualquier cosa pudiera invocar de nuevo a su espíritu y echar a perder todo. Observó la calle iluminada por las farolas, los reflejos de sus luces en el pavimento mojado por la lluvia, las gentes que iban y venían y tomó aire profundamente y lo dejó salir en una exhalación. Con ella sintió cómo se vaciaba y parecía que se quitaba una pesada carga de encima. Como si una losa que le hubiera estado oprimiendo el pecho durante mucho tiempo hubiera desaparecido de pronto y, por fin, sus pulmones podían expandirse con libertad.

—Creo que lo he conseguido.

Sofia la apartó un poco para mirarla a los ojos.

—No lo dudes. Lo has conseguido.

Sonrió y le entregó los globitos.

—¿Son para mí?

—¿Y para quién si no, bobita?

—Muchas gracias.

—No me las des, aún tienes que averiguar lo que contienen. Alicia miró los globos y comprobó que dentro de cada uno de

ellos había algo, lo que le pareció una especie de nota. —¡Ah! ¿Así que vienen con sorpresa?

—Yo no sé hacer eso que tú haces —dijo moviendo los dedos

haciendo círculos una vez se libró de los globos—, pero tengo mis maneras de sorprender también.

—Nolo pongoduda—Alicialosmiródenuevo—.¿Cómo...?

—¿No es evidente? —Sofia sacó un alfiler del bolsillo y se lo mostró.

—Por supuesto. Pinchándolos.

En orden, comenzó a pincharlos. En el primer estallido las dos miraron a ambos lados comprobando que no hubiera nadie que pudiera asustarse por el ruido. La nota cayó al suelo y Sofía se agachó a recogerla. Alicia la desdobló y leyó en voz alta lo que ponía en ella.

—Me encanta verte sonreír de nuevo —instintivamente sonrió y miró a Sofía ladeando ligeramente la cabeza—. Ya veo. Son mensajes positivos, ¿no?

—Deja de preguntar tanto y sigue pinchando globos. ¿Acaso yo te pregunto cómo haces tal o cual truco?

—Pues sí, a veces...

—Bueno, que ahora no estamos hablando de eso. Hay que ver qué poquito te gusta ser el centro de atención. Cualquiera diría que eres artista.

—Soy maga.

—Cariño, perteneces al mundo del espectáculo. Eres artista. Y deja de hablar tanto y dale al alfiler que si no nos van a dar las uvas.

—Ya voy, ya voy.

Alicia pinchó el globo con la letra *a*.

—Algunas veces nos sumimos en la oscuridad pero...

El juego empezaba a resultar divertido. Pinchó enseguida la *g*.

— ... guardamos en nuestro interior una luz que...

Sacó la nota de la letra *i*.

— ... iluminará de nuevo el camino.

Miró con lástima el último globo, con la *a* final.

—¿A qué esperas?

—Muchas gracias, Sofía.

—No tienes que dárme las —Sofía miró el reloj de su muñeca—. Venga, que se hace tarde.

—Tarde, ¿para qué?

—Que pinches de una vez y dejes de preguntar.

Alicia pinchó el último globo y leyó.

—Ahora a comer. No sé tú, pero yo me muero de hambre. ¡Menudos horarios tienes! —Alicia se rio—. No es ni medio normal que tengas que cenar a estas horas. Por suerte, conozco un sitio donde aún sirven cenas —la dirección que venía escrita en la nota la leyó para sí misma mientras abría los ojos como platos—. ¡No!

—¡Sí!

—¿En serio?

—Tan en serio como que si llegamos tarde perdemos mesa y no hay huecos libres hasta dentro de tres meses.

—¿Y a qué estamos esperando?

Alicia se lanzó hacia la carretera y alzó la mano para parar al primer taxi que viera pasar. Cuando Sofía se acercó a ella, agarró la muñeca de su amiga para comprobar la hora.

—¡Es tardísimo!

—Tranquila, tenemos quince minutos de margen para llegar con retraso.

—¿Cómo me has dejado que me entretuviera tanto con los globos?

—¿Gracias? ¿Sofía eres la mejor amiga del mundo? ¿Cómo has conseguido mesa aquí? Con la de cosas bonitas que podías estar diciéndome ahora y, ¿lo único que se te ocurre es regañarme?

—Lo siento. Tienes razón. ¡Muchas gracias! —Y la abrazó para demostrarle lo agradecida que estaba.

Un taxi, que venía a gran velocidad y no parecía que fuera a parar, se detuvo de un frenazo a su lado. Abrieron las puertas y tomaron asiento. Indicaron la dirección al conductor y le pidieron que se diera toda la prisa posible. No hubo que azuzarlo mucho más, pisó el acelerador a fondo y, tanto Sofia como Alicia, se preguntaron si los taxistas no recibirían multas por conducir de aquella manera. En menos de diez minutos habían llegado al restaurante.

A pesar de que, tanto en la puerta como en la página web, se indicaba a partir de qué fecha había disponibilidad para reservar, la gente se agolpaba y hacía cola a la espera de que hubiera alguna cancelación que les permitiera entrar. Alicia y Sofia pasaron por delante de todos y de algún modo se sintieron superiores. Se preguntó cómo habría conseguido su amiga un hueco. Hasta hacía sólo un par de días Sofia, ni siquiera la propia Alicia, sabía lo que iba a ocurrir aquella noche durante el espectáculo y no había ninguna fecha señalada cerca que justificara un intento de reserva con antelación: nada de cumpleaños, ni navidades... Nada de nada.

Atravesaron el restaurante y, en el camino, Alicia observó a las personas que charlaban en las mesas, degustando los distintos platos, el ambiente, las luces, el decorado... todo era mejor de como se lo había imaginado. Se puso seria e instintivamente empezó a caminar erguida y dejó de arrastrar los pies. Cuando el camarero las dejó a solas en el reservado con la carta, Alicia abrió los ojos y la boca emitiendo un grito sordo de emoción, agitó los brazos en el aire mientras daba pequeños saltitos.

—Me alegra que te haga ilusión —Sofia parecía mantener la calma a pesar de la novedad. Colgó en el perchero el bolso y la chaqueta mientras señalaba la mochila y el chal de Alicia que, por costumbre, había dejado en el respaldo de la silla.

—¿Ilusión? ¿Estás de broma? —Cogió de manera automática sus cosas y se las dio a Sofia para que las colgara también, sin poder dejar de mirar todo lo que la rodeaba—. ¡Esto es una pasada! Se acercó a las paredes y las acarició con las palmas de las manos.

—No puedo creerme que esté aquí.

—Anda, siéntate —Sofia ya se había acomodado en su sitio y echaba un vistazo a la carta—. Te recomiendo el pato mechado con frutas y arroz salvaje.

Alicia se volvió hacia ella con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¡¡Ya has estado aquí!! Pero, ¿cuándo? ¿Cómo? —Hizo una pausa mientras se sentaba y con las palmas sobre la mesa se inclinó hacia Sofia—. ¿Con quién?

Su amiga fingió ruborizarse, pero Alicia sabía que se moría de ganas por contárselo todo. Sofia cogió la servilleta y comenzó a desdoblarla.

—Digamos que he conocido a alguien.

Alicia acercó un poco más la silla a la mesa.

—¿Alguien del género femenino o del masculino?

—Femenino.

—¿Dónde?

—En una exposición.

—No te creo.

—¿Por qué?

—Es muy de película, ¿no?

—Pues es la pura verdad. Lo juro.

—¿Y cómo fue? No me lo digas, no me lo digas —dijo Alicia agitando los brazos en el aire—. Creo que puedo adivinarlo —comenzó a masajear sus sienas como si fuese una pitonisa y puso voz trémula y grave—. Tú observabas una pintura preguntándote qué demonios estaría pensando la artista para haber hecho semejante cuadro. Ella, se acercó, se colocó a tu lado y soltó alguna frase

en plan: «me encanta cómo maneja el color». Tú la miraste y, mientras te sonreía, te ofreció una copa que casualmente le sobraba en las manos.

—¡Uy! Te has acercado, pero no.

—Bueno, pues cuéntame cómo fue.

—Si me dejaras hablar...

El camarero entró en ese momento y ambas dirigieron toda su atención hacia él.

—¿Han decidido lo que van a beber?

—Sí. Beberemos vino.

—¿Alguno en especial?

—Un Vega Sicilia —Alicia iba a protestar pero Sofia le pisó un pie debajo de la mesa—. Gracias.

El camarero entendió que de momento aún tenían que decidir lo que iban a comer y volvió a dejarlas solas. Alicia se levantó y fue directa a su mochila.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que no traigo dinero suficiente para pagar esta cena. Debería haber empezado a ahorrar cuando tenía cinco años.

Sofia se levantó, le quitó la cartera de las manos y se la guardó de nuevo en la mochila.

—Relájate.

—¿Cómo voy a relajarme? ¿Un Vega Sicilia?

—Hoy me encargo yo de todo.

—Tu cuenta bancaria, después de hoy, se va a quedar en números rojos.

—Quieres dejar de pensar en el dinero. Disfruta de la noche.

Alicia volvió a sentarse. Abrió la carta. Todo resultaba apetecible, sólo ver las imágenes que habían seleccionado de los platos transmitía sensaciones al paladar, pero los precios se le atragantaban. El pato mechado no era uno de los más baratos.

—Sofía...

—Deja ya de protestar y pídetelo —Alicia hizo un mohín, un quiero y no puedo, no debo pero me encantaría tanto... Sofía suspiró y dejó caer la carta sobre la mesa—. Me vas a dar la cena. ¿Si te digo que yo no lo voy a pagar te quedas más tranquila?

—No entiendo.

—No entiendes porque no me dejas hablar y que te explique las cosas.

Alicia juntó las manos en posición de perdón.

—Tienes razón. Estábamos hablando de cómo conociste a tu churri.

—No me gusta esa palabra.

—¿Ves? Eres tú la que te desvías del tema. Venga, al grano. —Cuando quieres puedes ser de lo más asertiva.

El camarero volvió con el vino y Alicia esperó pacientemente a que sirviera ambas copas, deseando que volviera a marcharse para que Sofia pudiera seguir con la historia.

—¿Han decidido qué van a cenar?

—Pato mechado con frutas y arroz salvaje para las dos. Muchas gracias —indicó con urgencia.

Le entregó las cartas y el camarero se marchó por donde había entrado.

—Decías que la habías conocido en una exposición.

—Sí, pero no de la manera que tú lo has explicado. ¿Recuerdas esa exposición en la galería Mayoral de Barcelona, la de *Mujeres surrealistas y su conexión con Cataluña* ?

Alicia asintió.

—Como no voy a acordarme. Era la primera vez que se iba a presentar una exposición de mujeres

del surrealismo en España. Incluía obras de Valentin Hugo, Maruja Mallo, Lee Miller, Frida Kahlo, Dora Maar, Remedios Varo, Ángeles Santos y Leonora Carrington.

—Exacto. Esa misma. La comisaria de la exposición quería...

—¿Estás liada con una comisaria de arte?

Sofía, ignorando la interrupción de Alicia continuó hablando.

—Quería que el día de la inauguración fuera especial y, ya que es el día en el que acuden las personalidades importantes y las celebridades, quiso que el catering no fuera un catering al uso.

—Bueno, vale. ¿Cuándo entras tú en escena?

—La comisaria quiso darle ese toque surrealista también a la comida que se iba a ofrecer durante la inauguración. Así que decidió pedirle a Itziar Urrutia que le diseñase un menú de cóctel específico que fuese en la línea de la pintura de las artistas.

—¿Itziar Urrutia? ¿La chef de este restaurante? ¿La chef del Khimaira?

Sofía asintió intentando reprimir una sonrisa.

—¿Estás saliendo con Itziar Urrutia? —Sofía guardó silencio pero la sonrisa finalmente consiguió escapar y apareció en sus labios—. ¡Estás saliendo con Itziar Urrutia! ¡No me lo puedo creer! — Alicia miró a su alrededor incapaz de asimilar la noticia—. Pero, ¿y cómo alguien como ella se fijó en ti?

—¡Eh! Gracias por la parte que me toca.

—Quiero decir que estáis en niveles sociales muy distintos, ¿cómo entras tú a formar parte de la historia?

—Bien, yo entro a formar parte de la siguiente manera.

Cuando Sofía le contó que había tenido que ir a Barcelona a realizar unas fotografías de una preboda al amanecer en la playa para unos novios que se casaban en un pequeño pueblecito de Teruel unas semanas más tarde y que, regresando al hotel para coger la pequeña maleta que había traído para dirigirse a la estación de tren, cargada con todo el equipo, y volver a Madrid en el mismo día, estuvo a punto de ser atropellada, le pareció algo extraño pero dentro de lo normal en la vida de su amiga que recibía pedidos de reportajes fotográficos de lo más estrambóticos.

Ahora, cuando le contó que la persona que conducía el coche que casi la arrolla era la propia comisaria de la exposición y que como disculpa le ofreció que asistiera aquella misma tarde a la inauguración donde podía hacer fotografías y codearse con grandes personalidades del mundo del arte, le pareció tan surrealista como las obras de las artistas que iban a exponer.

Lo que ya le pareció que rizaba el rizo fue que la propia Itziar, no sólo se había limitado a diseñar y elaborar el menú sino que se había desplazado hasta Barcelona para supervisar personalmente la recepción. Muy celosa del trabajo bien hecho había solicitado a la comisaria una lista con los invitados y sus posibles alergias o intolerancias alimentarias, con tan mala suerte que la aparición improvisada de Sofía en la inauguración fue justamente lo que provocó el caos aquella tarde cuando cogió una cuchara de degustación que llevaba algo de cacahuete, fruto seco al que su amiga era alérgica. Los asistentes empezaron a quedarse callados escuchando cómo tosía y las miradas se centraron en ella. Cuando el color de su cara empezó a parecerse al azul y sus mejillas parecían haber doblado su tamaño, alguien reaccionó gritando: «¡Es alérgica! ¡Está sufriendo un shock anafiláctico!». Sofía no recordaba nada más en la sala de exposiciones. Se desmayó en ese mismo momento. En el hospital conoció a Itziar que, sintiéndose culpable por lo que había pasado, era la que se había hecho cargo de llevarla al hospital.

Alicia silbó asombrada.

—Mi historieta frente al cuadro se queda en un cuento para niños con semejante guion.

Ambas se rieron a carcajadas. El camarero entró con el pato mechado y les deseó buen provecho.

Alicia cogió los cubiertos y después de aspirar una bocanada de aire frente al plato, algo que solía hacer habitualmente antes de empezar a comer, pinchó un pedazo de carne y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos y emitió un pequeño gemido.

—¡Uhm! ¡Esto está...está...!

—Te lo he dicho. Menos mal que algunas veces me haces caso.

—Tendrás queja de mí.

Se afanaron en dar buena cuenta de sus platos y durante un rato reinó el silencio en el reservado sólo interrumpido de vez en cuando por la aparición del camarero para comprobar si necesitaban algo. Degustaron el vino de textura aterciopelada con un regusto a frutos rojos y negros y, cuando quisieron darse cuenta, se habían acabado la botella. De manera espontánea el camarero entró con una pequeña degustación de platos.

—Cortesía de la chef —indicó mientras los colocaba sobre la mesa y retiraba los otros.

Sofía sonrió.

—Dígale de nuestra parte que muchas gracias.

—Ya sé yo cómo se lo vas a agradecer esta noche —comentó Alicia cuando el camarero salió.

—No seas grosera —le reprendió su amiga con complicidad—. Todavía nos estamos conociendo. Hemos salido un par de veces o tres. No estamos en ese punto.

Su amiga era muy precavida a la hora de embarcarse en una relación. No era de las que se lanzaban de cabeza a la piscina. Más bien tanteaba poco a poco la temperatura del agua, la profundidad. Entraba por la escalera a su paso.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—No sé. Es simpática, pero aún es pronto.

Alicia miró con una mezcla de voracidad y veneración las cucharas blancas de porcelana con distintas muestras.

—Siempre había querido probar una cosa de estas.

Ambas cogieron una cuchara y las entrechocaron a modo de brindis. Después se la llevaron a la boca y las dos simultáneamente cerraron los ojos en expresión de placer.

—Creo que vamos a necesitar más vino —dijo Sofía.

—¿Más?

—Sí. La ocasión lo merece.

Avisaron al camarero que apareció con una nueva botella. Después de mostrársela lo sirvió en copas limpias y se retiró. Sofía levantó la suya y Alicia la imitó.

—Por nosotras. Merecemos que todo nos vaya bien.

—Por nosotras —convino Alicia.

Bebieron.

—¡Ah! Se me olvidaba.

Sofía se levantó y buscó algo en su bolso. Sacó una revista que colocó al lado de Alicia.

—¿Qué es esto?

Su amiga se sentó, cogió otra de las cucharas y se la llevó a la boca.

—Esto es la revista que viene en el periódico del domingo.

Alicia puso los ojos en blanco para remarcar que aquel dato era obvio.

—Ve a la página veinticuatro.

Alicia se limpió las manos con la servilleta color bermellón e hizo lo que le había dicho Sofía. Cuando dio con la página y la abrió, la fotografía y el titular la impactaron.

—Eris Alhena regresa después de dos años de retiro —leyó en voz alta.

Hacía tiempo que Alicia no sentía la ansiedad que uno experimenta cuando se obsesiona con algo.

Cuando descubrió a la autora después de leer *Ángel caído* se creó una especie de conexión con ella difícilmente explicable de cara a los demás sin parecer una auténtica loca. Comenzó a seguirla por las redes y cada mañana al levantarse lo primero que hacía mientras preparaba el desayuno era revisar las novedades que hubiera publicado. Cuando tenía tiempo libre, navegaba por internet buscando entrevistas, tanto escritas como videos, de la autora. Le interesaba lo que tuviera que decir, porque de algún modo sentía que cualquier cosa que ella pudiera pronunciar la ayudaría de una manera u otra. Había sido su tabla de salvación en, hasta ahora, el peor momento de su vida y eso deja una impronta difícil de borrar.

Cuando Eris Alhena, bueno en realidad su editora, publicó el comunicado oficial de su retiro de manera indefinida, Alicia sintió una extraña sensación de vacío, una pérdida, una ruptura, como Sandra Bullock en *Gravity* cuando se queda flotando en el espacio. Esa misma sensación de ingravidez y, de fondo, la absoluta oscuridad. Se preguntó qué haría sin ella. Sus novelas le provocaban una adicción que tampoco se atrevería a confesar en público. Sólo Sofía la conocía, pero no hasta los niveles a los que había llegado realmente. Sabía que era una gran conocedora de la autora, de lo que había dicho o dejado de decir, y por supuesto fan de todas sus novelas. Lo que no sabía era el rastreo obsesivo que hacía en la red en busca de algo nuevo, todos y cada uno de los días, en varias fases de búsqueda ordenada: *Twitter*, *Instagram*, *Facebook* y la página oficial de la autora. Después, grupos donde la gente que la seguía publicaba novedades. A continuación, páginas relacionadas con prensa, blogs literarios. Por último, *YouTube*. Podía llegar a pasar horas revisando la red y cuando no encontraba ninguna novedad, releía o volvía a reproducir las entrevistas que más le habían gustado.

Durante el primer mes después del comunicado continuó con este proceso que ya había asimilado como habitual en su vida, pero con el paso de las semanas la información nueva fue desapareciendo hasta que finalmente no había nada diferente de lo que alimentarse. Entonces regresó a sus novelas y volvió a leerlas.

Todas.

Tres veces.

Cuando empezó a sentirse como un naufrago en una balsa en mitad del océano, con litros de agua a su alrededor que no podían saciar la sed que tenía y se vio intentando estrujar un paño seco en su boca, desesperada por extraer la más mínima gota de agua dulce, supo que debía dejar de seguir buscando y rendirse a la evidencia: eso era todo lo que tendría de Eris Alhena.

En aquel momento, con esa novedosa información que desconocía sobre ella, el saber que pasando la portada del artículo a doble página, en el que aparecía una fotografía que Alicia identificó claramente como antigua, había un reportaje o una entrevista con datos nuevos de la autora, le provocó un temblor, el mismo que un adicto a las drogas experimenta en presencia de ellas después de un tiempo de abstinencia. Deseaba ponerse a leer de inmediato, pero no le pareció correcto enfrascarse en las páginas de la revista y aislarse de todo, dejando a Sofía abandonada. Porque sería así. Se abstraería de tal manera en la lectura que todo lo que la rodeaba acabaría por desaparecer y, después de las molestias que se había tomado su amiga para cenar allí esa noche, no le pareció correcto. Intentando que no le temblara la mano, cerró la revista.

—Así que vuelve.

—Eso parece. No está mal planteada la entrevista, aunque yo le habría hecho otras preguntas. En el artículo no explica cuál fue el motivo de su retiro durante estos dos años.

Sofía era una fotógrafa con un punto de vista muy peculiar, y le sucedía lo mismo como periodista. Tenía un ojo crítico y era mordaz en sus artículos de opinión. En los reportajes de investigación en los que había trabajado era implacable. No le gustaba dejar cabos sueltos. Su carisma y una

amplia red de contactos le abría muchas puertas, algo que varios periódicos de tirada nacional valoraban de ella: no todo el mundo tenía acceso a la información a la que podía llegar ella.

—Tampoco hay imágenes nuevas —se animó a añadir Alicia—. La portada es una fotografía que le hicieron para un reportaje de la revista *Tintero* en el año 2012.

—¡Ah! Pues yo pensé que era una actual.

—No.

—¿Y las demás?

Sofía la invitó a que abriera de nuevo la revista. Haciendo un esfuerzo inconmensurable echó un vistazo por encima al resto de fotografías que completaban el artículo intentando no centrarse en ninguno de los párrafos ni titulares. Una vez revisado, volvió a cerrarla.

—Son todas antiguas. Años: 2012, 2013 y 2014.

Su amiga apoyó la barbilla en la mano izquierda mientras observaba el vino en la copa que sostenía con su mano derecha.

—¿Qué extraño, verdad? Después de todo este tiempo le realizan una entrevista y, ¿no la publican con fotos nuevas?

—Ya sabes. Ha habido muchos rumores sobre su repentina desaparición.

—Sobre su desaparición y sobre el hecho de que fuera la editora la que diera el comunicado. La autora nunca llegó a pronunciarse al respecto. Canceló todas las entrevistas. Levantó mucho revuelo.

—Decían que estaba enferma.

Alicia acarició la portada de la revista.

—Quizá no fuera sólo un rumor. Puede que le detectaran un cáncer y para poder hacer frente al tratamiento se retiró. Ahora, si lo ha superado, vuelve a escribir pero no la fotografian porque su aspecto está muy deteriorado por la quimio.

—Pero eso no tendría sentido —añadió Sofía—. Un regreso así, después de luchar contra una enfermedad, es un cebo perfecto tanto para las ventas de sus propias novelas como para la revista que publica en primicia su regreso.

—No hables tan frívolamente de esto. Es algo serio. Estamos hablando de una persona que ha estado enferma, puede que a punto de morir —Alicia se mostró más molesta de lo que le habría gustado.

—Soy realista. A la gente le encantan las historias de mártires y sufridores. Una escritora como ella, con tantos seguidores, si trae consigo una historia como esa puede estar segura de que, sea lo que sea lo que haga en los próximos meses, va a ser un éxito absoluto.

—¿Tú crees?

—Si una persona a quien admiras pasa por una experiencia así y después regresa para seguir ofreciéndote lo que más te gustaba de ella, ¿no lo consumirías como una posesa?

Alicia guardó silencio. Consumiría como una posesa cualquier cosa que viniera de ella, efectivamente.

—Al fin y al cabo, la relación fan-artista es una relación egoísta por ambas partes. El artista recibe la fidelidad de sus fans, pero ellos beben de lo que produce y si no hay nada que les pueda aportar... adiós fidelidad.

Alicia pensó que ella le sería fiel siempre. Incluso cuando creyó que ya no habría nada más de Eris Alhena siguió admirándola como el primer día.

—Sólo la muerte es capaz de romper eso: es el único momento en el que el artista deja de reportar algún beneficio al fan y, sin embargo, este se mantiene más fiel aún que antes. Pero no comprendo por qué no han sacado las primeras imágenes de la autora después de pasar la enfermedad, de luchar

durante dos años contra ella.

—Quizá la entrevista la ha concedido vía telefónica.

—No. Cuando la leas te darás cuenta de que no. La periodista que la firma hace las típicas narraciones sobre cómo llega el entre- vistado, cómo viste, si sonríe o se queda serio...

Cada vez que Sofía utilizaba las expresiones como “cuando la leas”, Alicia sentía un deseo muy poderoso de abrir la revista y ponerse a leer inmediatamente. Era como ponerle la miel en la boca constantemente y pedirle que no se relamiera aún los labios.

—Creo que ha sido ella misma la que ha prohibido expresamente que no la fotografien en ese estado. Ya sabes que la mujer es un tanto peculiar —concluyó Sofía.

El comentario hirió un poco a Alicia. Sí, Eris Alhena tenía sus rarezas pero, ¿quién no? Era escritora y eran de sobra conocidas las manías que suelen tener los escritores. Amélie Nothomb sólo logra escribir entre las cuatro y las ocho de la mañana enfundada dentro de un pijama nuclear naranja. Isabel Allende comienza a escribir el ocho de enero de cada año y al hacerlo enciende una vela. Cuando se apaga, deja de escribir. Gabriel García Márquez necesitaba tener una flor amarilla en su mesa y escribía descalzo. ¿Por qué esas excentricidades eran consideradas genialidades de autor en esos casos y en cambio las de Eris Alhena le parecían algo negativo? Al menos, la sensación que tuvo Alicia era que su amiga criticaba a la escritora.

—Todos los escritores tienen manías —justificó.

—Sí, eso no te lo niego. Pero no hace falta que la defiendas siempre a capa y espada...

—¡Yo no la defiendo! —Alicia sintió como si hubiera regresado a casa de sus padres y estuviera escuchando a su madre.

—Que no te pagan por defenderla.

Sabía que Sofía lo estaba haciendo a propósito, para picarla pero a pesar de ello no podía evitar caer en la trampa. Sus argumentos eran banales, reducidos al tan socorrido tema económico. No todo lo que puede despertar un interés o es digno de admiración y ser defendido debe hacerse porque te reporte algún beneficio. Intentó serenarse antes de responderla de nuevo. Respiró hondo un par de veces mirando hacia la mesa y después levantó la mirada.

—Simplemente intento que la veas de manera objetiva como lo haces con el resto de escritores.

—¡Si yo no la miro de ninguna manera extraña! A mí lo que haga esta señora me da exactamente igual. Pero me dan igual ella y todos los demás.

Detestó que la llamase señora. ¡Sólo era tres años mayor que ellas! Muy probablemente ese era el motivo por el que la prosa de Eris había conseguido captar tan bien los sentimientos de Alicia. No existía una brecha generacional entre ambas. Hablaban el mismo idioma. Pero para descubrir algo así primero hay que leer.

—Eso es porque no te gusta leer novelas —atacó Alicia.

—¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra?

—No eres capaz de comprender el vínculo que se establece entre un lector y su escritor a través de sus novelas.

—Su escritor... ni que fueran de vuestra propiedad.

Alicia la ignoró y continuó argumentando.

—Cuando las palabras llegan, cuando son capaces de conectar contigo entonces no hay vuelta atrás. Alimentarte de ellas se convierte en algo vital para tu existencia.

—¿No te parece que estás exagerando un poco?

—Ni lo más mínimo. Pregunta a cualquiera que tenga un autor favorito. Comprobarás que todos te dicen lo mismo.

Al ver que no conseguía convencerla intentó tirar hacia algo más cercano a ella.

—No sólo se produce con un escritor. Lo mismo con pintores, fotógrafos, cantantes, actores... Hay algo en el arte que conecta con nosotros en un nivel profundo, de un modo beneficioso para nosotros si quieres hablar de ello en esos términos. ¿No crees que algo que te reporta tanto deba ser defendido?

—Supongo.

Alicia tomó aquella respuesta como un sí y, por tanto, una pequeña victoria en esa amistosa discusión. Sofia le ofreció una de las cucharas, cuyo contenido se había quedado ya frío y ella cogió otra. Masticaron en silencio, pensando en lo hablado. Sofia bebió de nuevo de su copa y rellenó la de Alicia.

—¿No te pica la curiosidad por saber cuál es su apariencia ahora?

—¡Qué simple eres Sofia! Ese es un detalle nimio.

Pero lo cierto era que sí, le devoraban las ganas de poder volver a visualizar entrevistas, acudir a encuentros con la escritora o a la firma de sus libros. Necesitaba volver a sentir su presencia. Y por supuesto, después de dos años, quería saber en qué había podido cambiar. De un modo extraño le preocupaba que hubiera sufrido, que fuera real la historia del cáncer, que toda esa experiencia se hubiera llevado a la Eris Alhena que ella tanto admiraba.

— Quizá tengas una posibilidad de comprobarlo... y muy de cerca.

—¿A qué te refieres?

—Lee el último párrafo de la entrevista.

CAPÍTULO 3

Cuando llegó a casa después de la cena, a pesar de estar agotada, lo primero que hizo fue encender el ordenador. Había subido por las escaleras para no tener que esperar al ascensor y las manos le sudaban tanto por los nervios que se le quedaron pegadas a la revista. Tuvo la sensación de que el ordenador tardaba una eternidad en encenderse y la única forma que encontró de intentar tranquilizarse fue mover la pierna derecha arriba y abajo apoyándola en la punta del pie. Introdujo la clave de acceso. Después se metió en internet y copio literalmente la dirección que aparecía en la entrevista. La página se abrió. Las agujas de un hermoso reloj de bolsillo antiguo con números romanos se movían al revés marcando una cuenta atrás que indicaba el tiempo que quedaba para participar en el concurso. «Cena con Eris Alhena. Responde a las preguntas sobre la autora y demuestra lo que la conoces». El concurso consistía en un cuestionario de diez preguntas sobre la escritora. Cada pregunta acertada valía un punto, cada error restaba 0,25 puntos. Era como realizar un examen. La persona que obtuviera la mayor puntuación saldría ganadora. En caso de empate se echaría a suertes. El premio consistía en una cena con la autora en el restaurante Khimaira. «¡Qué casualidad!», pensó Alicia.

Se dispuso a responder al cuestionario con la presión de estar haciéndolo en el último día de concurso. Colocó la flecha del ratón sobre el botón de “Iniciar encuesta” pero antes de clicarlo dudó. Sofía había dado por hecho que ella lo sabía todo de la autora y, prácticamente, la había convencido de que iba a ganar. «Nadie sabe tanto como tú de Eris Alhena», le había dicho. Y ella, por un momento, así lo había creído. Pero ahora que estaba a punto de comenzar a responder sintió la presión de no estar a la altura. ¿Y si no lo sabía todo? ¿Qué sucedería si había alguna pregunta que no era capaz de responder? Temía no estar a la altura.

—¡Vamos! ¿No irás a perder esta oportunidad por una tontería así? —se dijo a sí misma en voz alta rompiendo el silencio de la noche en su piso—. No. Por supuesto que no. ¿Y si sales vencedora?

En realidad le costaba contemplar esta opción. No porque no fuera posible, sino porque no era capaz de imaginarse sentada en la misma mesa que Eris Alhena, durante un par de horas, cenando con ella, charlando, teniendo la oportunidad de preguntarle todo aquello que siempre había querido saber.

—Bueno, si ganas, tampoco hace falta que la interrogues —se reprochó a sí misma.

Pulsó el botón de inicio y, antes de comenzar a leer la primera pregunta se secó las manos sobre los muslos. Después, levantó la mirada y al comprobar que sabía la respuesta le infundió ánimos para pasar a la siguiente. Según iba avanzando, la adrenalina liberada era mayor y la euforia, proporcionalmente, obligaba al corazón a latir a más velocidad. La pregunta siete había sido especialmente complicada, había dudado entre dos fechas, pero finalmente acertó. Después de responder a la nueve, tocó con los pulgares de ambas manos las yemas del resto de dedos como si estuviera esparciendo polvos mágicos. Sólo quedaba una pregunta y llevaba todas acertadas. Se preguntó, si fallaba la décima, cuántas personas habrían acertado al menos nueve y serían sus rivales en el sorteo. Pulsó el botón “siguiente” y tras leer la décima pregunta se levantó de la silla dando un grito de alegría que inmediatamente ahogó tapándose la boca para evitar despertar a los

vecinos. ¡La sabía! ¡Sabía la respuesta! Diez de diez. El corazón parecía querer salirse del pecho. ¿Habría habido alguien más capaz de responder a todo el cuestionario correctamente?

—Antes de cantar victoria, responde y confirma —se advirtió a sí misma—. No hagas como la del cuento de la lechera. Primero asegura tus opciones y luego veremos qué pasa.

Respondió y dio a “Finalizar”. Apareció la puntuación que había obtenido y le pidieron los datos para registrar su cuestionario. Lo completó y, cuando le dio a enviar y vio el mensaje: «Sus respuestas han sido enviadas correctamente», comenzó a saltar por la habitación. Bailaba conteniendo las ganas de gritar a la vez. De pronto se detuvo en seco.

—Puede haber alguien que también haya sido capaz de responder a todo.

Se detuvo unos segundos a meditarlo. La posibilidad estaba ahí pero lo vio poco probable.

—Nadie es tan *friki* como tú.

Ahora tenía que esperar a que acabase el día, entonces llamarían al ganador por teléfono para comunicarle el premio.

Aquella noche no apagó el móvil como solía hacer habitualmente y, para asegurarse de que no se agotase de manera imprevista la batería, lo conectó al cargador. Apenas pudo pegar ojo y agradeció que al día siguiente fuera su día de descanso. El tiempo pareció estirarse más de lo normal y las horas transcurrían a una velocidad anormalmente lenta. Alicia intentó distraerse, practicando trucos, elaborando bocetos de otros nuevos pero toda concentración resultaba imposible. Deseaba que llegaran las tres de la tarde, hora a la que se cumplía el plazo para completar los cuestionarios. ¿Y si no llamaban ese mismo día? ¿Y si cuando la llamaban estaba en la ducha o actuando en el escenario? ¿Volverían a intentarlo de nuevo o pasarían al siguiente con mayor puntuación? Esta situación comenzó a angustiarla y se pasó la tarde comprobando que tuviera activado el sonido del móvil.

Sobre las ocho, recibió una llamada. Estaba en la cocina, bebiendo agua y al escuchar el timbre de su teléfono soltó el vaso en el fregadero y salió disparada hacia el salón. La pantalla iluminaba indicaba que el número era desconocido. El corazón galopaba desbocado en su pecho como si lo estuvieran azotando con un látigo. Se secó los restos de agua de los labios con el dorso de la mano y deslizó el dedo sobre la pantalla para responder.

Cuando colgó, lo primero que hizo fue gritar. Lo segundo, llamar a Sofía para contárselo.

—Sabía que no había nadie tan *friki* como tú —le dijo Sofía.

Ella también lo sabía y, pese a ello, había pasado un día de máxima tensión.

Después de hablar con Sofía, se dejó caer en el sofá. Había sido incapaz de desconectar el teléfono del cargador para responder la llamada de la revista y tampoco se le ocurrió hacerlo cuando llamó a su amiga. Estaba tan nerviosa que lo único que quería era salir de dudas. Tumbada, se agarró a uno de los cojines sin poder creérselo. ¡Iba a conocer a Eris Alhena! ¡Iba a estar a menos de cincuenta centímetros de ella! Gritó de nuevo, para liberar toda la euforia que tenía dentro y se tapó la cara con el cojín. Hacía muchísimo tiempo que no sentía esa sensación de bienestar que la estaba envolviendo. Mirando hacia el techo, hizo un balance de lo que había sucedido: por fin había conseguido pasar la última página con Lilith, se había enfrentado al pasado y había conseguido vencerlo y, ahora, iba a conocer a la persona que le dio las fuerzas necesarias para superar la primera página de su desengaño. ¿Sería casualidad? De algún modo el círculo se cerraba de una manera perfecta. ¿Era algún tipo de señal? Alicia no sabía si era cosa del destino, del azar, o si simplemente era lo que tenía que pasar. De lo único que estaba segura es que iba a aprovechar el momento, porque oportunidades como esa no pasaban más de una vez en la vida de nadie.

Llamó a la sala donde debía actuar al día siguiente y les dijo que no podría ir. Quizá fue la única

ventaja que encontró al hecho de ir a taquilla en el espectáculo y, por tanto, ser autónoma. Cobraba por actuación y ella podía decidir si había o no función. Además, al día siguiente, sólo hacía un par de números englobados dentro de un espectáculo general compuesto por varios magos. La sala lo único que tenía que hacer era pedir a algunos de ellos agregasen algún truco más a su repertorio para completar el tiempo que estaría ella ausente. Se sintió inmensamente aliviada de que no fuera el día que hacía su espectáculo completo. En ese caso se habría visto en una situación mucho más complicada. No habría sido tan fácil cancelar, sobre todo porque las entradas estaban vendidas de antemano. Si hubiera ocurrido de esa manera, habría tenido que desechar la idea de cenar con Eris. Alicia agitó la cabeza para sacarse esos pensamientos.

—¿Por qué eres tan negativa? ¿En lugar de pensar en la suerte que estás teniendo, te pones a elucubrar lo que habría ocurrido en el peor de los casos?

Se incorporó y fue directa a su dormitorio. Tenía que pensar qué iba a ponerse para conocer a la escritora.

No quiso arreglarse demasiado. Si la autora había pasado por una enfermedad, quizá no estuviera en su mejor momento, y presentarse con un aspecto saludable era posible que la incomodase, así que intentó ir lo más neutra y natural posible. Le dijeron que acudiera al restaurante a las nueve y en la puerta dijera la palabra «espejo». Debía ser la clave para que supieran que era la ganadora del concurso. A pesar de ello, llevaba el corazón en un puño el segundo antes de decirle la palabra al hombre que estaba en la puerta, como si todo pudiera ser parte de un sueño. El hombre sonrió. —Por aquí.

Su voz fue como el pellizco que le permitía comprobar que

en realidad estaba despierta y que, en menos de un minuto, iba a conocer a su escritora favorita. Hacía sólo un par de días que había estado allí con Sofía y en ese momento jamás se pudo imaginar que acabaría compartiendo el mismo reservado con Eris Alhena. Agradeció que el lugar no le fuera del todo extraño, le aportaba una pequeña dosis de comodidad y seguridad.

Cuando el *maitre* colocó la mano sobre el pomo de la puerta que daba acceso al reservado, Alicia contuvo la respiración. Había llegado el momento. Detrás de esa puerta se encontraba la mujer que había conseguido rescatarla de la peor depresión de su vida. La mujer cuyas palabras eran como una droga para ella. ¿Cómo podía afrontarlo? ¿Estaría a la altura? No sólo por el hecho de poder decir o hacer algo incorrecto, sino el ser capaz de estar a la altura mental de una persona como ella. ¿Le aburriría su conversación? ¿Y Eris? ¿Sería cómo ella se la imaginaba? Sin poder controlarlo, se echó a temblar. ¿Y si la autora no resultaba ser como esperaba? Pensó que esto debería haberlo valorado antes de completar el cuestionario. Para ella, Eris Alhena formaba una parte muy especial de su vida y tenía una imagen de ella, formada a base de leer sus libros y entrevistas y ver sus reportajes, que no estaba segura de querer perder. Conocerla y descubrir que todo es una mera ilusión, una imagen creada para el público, y que en realidad podía ser una harpía sería algo difícil de superar. Una terrible decepción. Se preguntó por qué demonios se había colocado en este lugar de manera voluntaria. Eran de sobra conocidas las historias de personalidades famosas que de cara a la galería dan un perfil y que en la vida real resultan ser taimadas y hurañas. Un perfil que no es tan perfecto como parecía. ¿Quería ella perder la imagen de perfección que tenía de la escritora? ¿De qué le serviría saber cómo era en realidad? A Alicia lo único que le importaba era poder continuar teniendo ese bote salvavidas que tanto le había ayudado. Quizá tenía razón Sofía y su relación con la autora era egoísta por su parte. Maldijo el momento en el que su amiga la había animado a participar en ese estúpido concurso. Ahora ya no

había vuelta atrás. Sea lo que fuere lo que iba a encontrar al otro lado de la puerta, sería la realidad que tendría que afrontar en adelante.

El hombre abrió el reservado y Alicia encontró a una mujer de espaldas a ella que estaba colgando su bolso en el perchero. Tenía una melena lisa y castaña, tal como la solía llevar siempre, suelta. A Alicia no le pareció que fuera una peluca. Se preguntó cuánto puede tardar el pelo en crecer después de pasar una quimioterapia. La mujer se volvió y sonrió a la recién llegada.

—Vaya, ya estás aquí.

Rodeó la mesa y le ofreció la mano a Alicia para estrechársela. —Eris Alhena.

—Alicia.

—Bienvenida —con la mano abierta señaló la mesa, indicándola que podía tomar asiento—. Yo acabo de llegar.

Iba maquillada, pero a Alicia no le pareció que lo hubiera hecho para ocultar su aspecto demacrado. Se sentó sin poder evitar mirarla fijamente.

—Dame tu mochila, si quieres.

—Sí, gracias —fue lo único que alcanzó a responder Alicia. El camarero les dejó las cartas de vino y comida, tal como había hecho la vez anterior, y después desapareció. La puerta se cerró de espaldas a Alicia que no podía dejar de mirar a la autora. En persona parecía ligeramente diferente. No se la veía delgada en extremo. En general, no le pareció que estuviera convaleciente de una enfermedad. «Quizá hacía meses que se había recuperado y había querido esperar a ahora para regresar, cuando verdaderamente se encontraba bien», se dijo Alicia llegando a la conclusión de que eso era lo más lógico. La autora ojeaba la carta.

—Puedes pedir lo que quieras. La revista se hace cargo de la cena.

Alicia sintió que ella se encontraba incómoda y se obligó a bajar la mirada hacia su propia carta. Había sido muy descarada escrutándola de aquella manera.

—El pato mechado con arroz salvaje y frutos está muy bueno —comentó intentando rebajar la tensión.

—¿Ya has comido aquí?

La pregunta molestó un poco a Alicia. ¿Es que no tenía aspecto de poder permitirse una cena en el Khimaira? ¿La estaba juzgando?

—Sí —se limitó a responder sin ni siquiera mirarla.

—Acepto tu sugerencia. Creo que pediré eso. Nunca he estado aquí.

Alicia levantó la mirada de su carta y sus ojos se cruzaron con los de la autora que sonreía amable. La encontró irresistible. Si hubiera podido se habría golpeado la cabeza contra la mesa. Se estaba enfadando con Eris pensando que la estaba juzgando y era ella la que, por el miedo a la decepción, estaba mirándola de manera diferente a como lo había hecho hasta ahora. Decidió que debía relajarse y disfrutar.

Después de que el camarero les tomara nota, se quedaron a solas sin más objetivo que el de charlar entre ellas. La autora carraspeó en varias ocasiones y Alicia miraba fijamente la servilleta intentando encontrar un tema de conversación del que hablar. Quería decirle muchas cosas, pero todo le sonaba ridículo y ñoño en su cabeza.

—Supongo que debo darte la enhorabuena, aunque suene algo pretencioso.

—La verdad...

Alicia se vio interrumpida por el sonido de un mensaje en el teléfono móvil de la autora.

—Un segundo —se disculpó, mientras lo leía—. Nada importante. Mi editora me pide que nos hagamos una foto para publicarla después en las redes. ¿Te importa?

—No, claro que no.

La escritora se levantó y se sentó en la silla contigua a la de Alicia. Colocó el móvil frente a ellas, el brazo izquierdo sobre los hombros de Alicia y se hicieron un *selfie*. La maga tragó con dificultad. El contacto físico con la autora superaba con diferencia las expectativas de cincuenta centímetros que había previsto el día anterior.

—Ya está. Muchas gracias.

El perfume de la autora le llegó como una suave caricia, una mezcla de grosella, violeta, jazmín y sándalo. Estaba comprobando que la foto hubiera salido bien y Alicia no podía evitar mirar su perfil. Nunca había visto el perfil de la escritora. Siempre sacaban de ella planos frontales. Se sintió afortunada por poder verla desde esa perspectiva desde la que no todo el mundo podía mirarla. Su piel se veía aterciopelada por el maquillaje, llevaba un ligero toque de color melocotón en las mejillas, los labios rosas y sólo una raya negra dibujaba la línea de las pestañas realzadas con máscara negra. Fue a colocarse el pelo detrás de la oreja, pero se interrumpió y simplemente lo echó hacia atrás pasándose los dedos desde el nacimiento, en la frente.

—Ha salido perfecta —colocó el móvil en el asiento contiguo y la miró—. Se acabó el teléfono por hoy. Esta noche es para ti.

«Perfecta eres tú», pensó Alicia. Había algo diferente, supuso que era el hecho de estar hablando con Eris directamente en lugar de escuchar cómo interactuaba con otras personas, pero su esencia estaba ahí. Ese gesto para colocarse el pelo, era característico de ella. Le había visto hacerlo muchas veces durante las entrevistas. Era inevitable que algo hubiera cambiado, habían pasado dos años. Dos años sin verla aparecer a través de ningún medio. Todos cambiamos constantemente y Alicia desconocía por completo qué había ocurrido en su vida durante ese tiempo. Ella misma habría sido incapaz de reconocerse antes y después de Lilith.

—Quería darte las gracias.

—¿Por qué?

Alicia sintió cómo sus mejillas se ruborizaban anticipando lo que iba a decir.

—Supongo que habrás oído a muchos decirte lo mismo pero, a mí, tus novelas me rescataron.

La escritora guardó silencio y clavó sus ojos en los de Alicia que se arrepintió de haber dicho nada delante de ella. Acababa de ponerla en una situación incómoda y no quería que se sintiera así.

—La verdad es que me han hecho muchos comentarios sobre mis libros, pero nunca nadie me había confesado algo así.

La autora cruzó las manos en gesto de plegaria y apoyó los labios sobre ellas.

—Creo que me voy a quedar en esta silla, si no te importa.

—En absoluto —respondió Alicia casi en un susurro, notando la cercanía de las piernas de la escritora junto a ella y, de nuevo, su perfume.

El camarero entró con los platos y les sirvió el vino. Alicia hubiera preferido que no lo hubiera hecho. Una vez las dejó solas el ambiente se había enfriado un poco pero supo que no habría más interrupciones en un buen rato. Estaban simplemente ellas dos. No quería mirarla de manera descarada, pero deseaba grabar cada uno de los gestos, cada instante, en su memoria. Para siempre.

—¿Qué fue lo que te ocurrió?

La pregunta sorprendió a Alicia.

—¿Cómo?

—¿Que qué fue lo que te sucedió antes de que mis novelas te rescataran?

—Bueno...

La autora se llevó la mano izquierda sobre el pecho como muestra de arrepentimiento.

—Disculpa, no quería ser entrometida. No tienes que responder si no quieres.

—No, no. Tranquila. Cuando me comunicaron que había ganado el concurso pensé que lo primero que te contaría sería el motivo por el que me gustan tus novelas. Pero no quiero aburrirte con mis problemas —Alicia se llevó las manos a la cara y se ocultó tras ellas—. ¡Dios! Sueno como una auténtica chiflada.

—Estamos aquí para charlar y conocernos, ¿no? No todo va a ser hablar de mí y de mis novelas. Esas ya las conoce todo el mundo. Quiero que me cuentes cosas tú. Esta noche tú eres la protagonista de esta historia.

Alicia, animada por la actitud de la escritora le explicó lo sucedido con Lilith con todo detalle y el modo en que sus palabras le proporcionaron un nuevo modo de ver las cosas, cómo *Ángel caído* transformó por completo su forma de afrontar ese engaño. La autora pareció quedarse sumida en sus propios pensamientos mientras escuchaba el relato de Alicia.

—Ahora intento ir con más cuidado. Me cuesta más confiar en las personas.

—En cambio, sin conocerme de nada, estás hablándome de cosas muy personales.

Había un cierto tono de reproche en el modo en que lo dijo como un pequeño cachete de atención en la cara, «dices una cosa y haces la contraria. No eres consecuente con tus actos. ¿Es que no has aprendido nada después de todo eso?». Se sintió herida y se arrepintió de haber hablado más de la cuenta. Tenía razón. ¿Es que no había aprendido nada? En el fondo había algo de verdad en aquello, pero con ella no le parecía estar hablando con una desconocida. Era como si la conociera de toda la vida, por eso se había animado a hablarle de Lilith.

Temió haber aburrido a la escritora que quizá lo único que quería, de aquel compromiso, era pasar una cena tranquila y entretenida. Ella había sido amable al animarla a charlar para romper la tensión, pero no tenía por qué adentrarse en los problemas personales de los demás.

Se quedaron en silencio. Alicia no se atrevía a decir nada para no meter la pata de nuevo.

Finalmente, la escritora fue quien rompió el silencio de nuevo.

—Tuve un problema con las drogas.

La mirada de la autora era amable y sincera, limpia de ningún tipo de intención. Era como si de algún modo se estuviera disculpando por cómo la había hablado antes, confesando ella misma algo personal.

—Fue hace mucho tiempo. Supongo que *Ángel caído* también me rescató a mí.

En la novela la protagonista pasaba por una experiencia de drogodependencia que acaba arrastrándola. Su dignidad es pisoteada, no sólo por las personas que la rodean y se aprovechan de la situación, sino también por ella misma. La única persona en la que ella confía, la traiciona, la vende para obtener su propia dosis de droga. Ese es el punto de inflexión en la novela. El momento de resurgir de las cenizas, de afrontar que las cosas pueden ir mal, pero no tiene por qué ser siempre así.

—En una entrevista te oí decir que había un componente autobiográfico en todas tus novelas. ¿Es cierto?

—Si no fuera cierto no lo habría dicho, ¿no crees? —De nuevo esa sonrisa que le resultaba tan irresistible a Alicia. Era su *kriptonita*. Las palabras de la autora no podían molestarla si iban acompañadas de una sonrisa así.

—Tienes razón.

—Es inevitable... —la autora dudó antes de continuar, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para expresarse. Alicia nunca le había visto dudar, en ninguna entrevista. Supuso que adentrarse en terreno personal no era tan sencillo como hablar de literatura—... es inevitable plasmar parte de tu propio ser en lo que escribes.

La escritora comenzaba a coger confianza aunque siempre de manera contenida, como si temiera decir algo equivocado, como si midiera todas y cada una de sus palabras. Alicia se sorprendió por la sinceridad y la emoción con las que la estaba hablando. Se sintió una privilegiada. Era una faceta de la autora que no había visto en ninguna de las entrevistas que le habían hecho, como si hubiera dos personalidades dentro de ella: la exigente escritora y la persona con debilidades. Todos tenemos dentro esa dualidad, lo que mostramos a los demás y lo que realmente llevamos dentro. Sólo unos pocos privilegiados, los que nosotros mismos elegimos y a los que permitimos el acceso a esos rincones oscuros de nuestra personalidad, saben cómo somos en realidad. Aunque nunca, nadie, salvo una misma sabe lo que verdaderamente esconde. Todos tenemos secretos que no confesaríamos a nadie. Alicia pensó que en el caso de las personalidades públicas, como era el caso de Eris Alhena, esa dualidad se veía fuertemente marcada. Por un lado, la imagen que quiere dar de cara a los demás, la imagen por la que es pública, en este caso su profesión de escritora. Por otro lado, su cara más personal que no tenía por qué verse en las intervenciones públicas que hacía. Por eso, aquel arranque de sinceridad hizo que Alicia se sintiera especial. Aunque también se preguntó ¿por qué con ella? ¿Por qué se atrevía a dar ese paso, quitarse la máscara que solía llevar, con una completa desconocida? Sea cual fuere la respuesta a esa pregunta, Alicia era feliz. Le gustaba ese perfil de la autora. En absoluto se arrepintió de haber participado en el concurso. Lo que se había encontrado no era exactamente lo que recordaba o la imagen que tenía de la autora, pero la novedad era mejor de lo que habría esperado. Todo aquello era mucho más de lo que habría podido imaginar de un encuentro así.

—¿Qué ha sucedido durante estos dos años? —preguntó Alicia, envalentonada por la actitud sincera de la escritora.

Las aletas de la nariz de la autora se abrieron hasta quedarse blancas. Su respiración era fuerte e, inconscientemente, apretó los labios. No hacía falta ser una experta en expresión corporal para saber que la pregunta había sobrepasado el límite. A Alicia no le habría sorprendido que le diera una contestación seca y cortante, pero no tuvo la oportunidad de averiguarlo. El teléfono de la escritora comenzó a sonar. Cogió el móvil y antes de responder se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Disculpa —y salió.

Se ausentó durante cinco minutos. Cinco largos minutos en los que Alicia pudo reprenderse a sí misma un centenar de veces insultándose de todas las maneras posibles. Aquel era el momento más importante de su vida. Estaba a solas en el reservado de un restaurante de lujo cenando en compañía de su escritora favorita. Podría haber hablado de sus libros, preguntado cosas sobre ellos y estaba segura que, el simple hecho de nombrarlos, les habrían proporcionado conversación para toda la noche. Eris Alhena trataba en ellos tanto temas de actualidad como aquellos que tocaban las relaciones humanas y los sentimientos. Sólo adentrarse en una de sus novelas habría podido hacer de la cena un momento inolvidable y sin incidentes. En cambio, había querido profundizar en lo personal, primero hablando de sí misma y poniendo a la autora en una posición incómoda que le había obligado a hablar también de su propia vida para intentar quitar hierro al asunto. Y Alicia, en lugar de percibir que era necesario un cambio de tema, había querido seguir hurgando en la llaga. «¿Qué te creías? ¿Qué iba a decirte a ti el motivo por el que había decidido

ausentarse durante dos años? ¿Pero quién te has creído que eres?», se repetía una y otra vez mientras se golpeaba la frente con la mesa.

En ese momento se abrió la puerta. Alicia se incorporó como impulsada por un resorte.

—Bueno, ya estoy aquí.

Alicia esperaba que regresara enfadada o al menos con actitud de dar por finalizada la velada. Por el contrario, la encontró más animada que antes de irse.

—Era una llamada sin importancia. Por esta noche —clavó su mirada en Alicia—, no nos volverán a molestar.

Acto seguido apagó el teléfono y lo guardó en el bolso. Sus movimientos eran más confiados. Había en su mirada algo diferente. Supuso que la copa que traía en la mano a medio terminar podía estar influyendo en el cambio de actitud de la escritora. Estaba a punto de terminársela y hacía apenas cinco minutos que se había marchado sin ella. Era muy poco tiempo para casi terminarse una copa.

—¿Quieres una? —Sonrió—. Claro que la quieres. Es una noche para celebrar, ¿no crees? ¡He vuelto! —gritó.

Antes de que pudiera responder estaba llamando al camarero. Mientras traía la comanda, volvió a sentarse junto a Alicia. El olor de la copa le confirmó que bebía un Martini. No arrastraba las palabras al hablar, pero su comportamiento era tan diferente a como lo había sido durante toda la cena: contenido, meditando las respuestas antes de darlas, pensativa, incluso ausente y en cambio ahora... ¿Estaba borracha? Si era así, por primera vez en toda la noche la encontraba más parecida a lo que recordaba haber visto en los videos. Alicia se preguntó si acudiría a las entrevistas con alguna copa de más para desinhibirse.

Era evidente que la escritora había tomado las riendas y ahora dirigía el carro hacia donde ella quería. Eris entrecerró un poco los ojos y capturó entre sus dientes la aceituna de su copa. Después se relamió el dedo.

¿Estaba flirteando con ella?

El camarero trajo la copa y una vez se marchó, Eris volvió a ser la primera en hablar.

—Tú te has leído todas mis novelas, ¿verdad? —preguntó sin dejar de sonreír de aquella manera que a Alicia le parecía irresistible, mientras jugaba con una llave que le colgaba del cuello. —Sí —la respuesta casi se le quedó atragantada en la garganta. —Bien. Entonces conocerás *Los pecados de Eva*.

Los pecados de Eva. Su voz era melodiosa y profundamente erótica. Hipnótica.

—Sí, claro.

Alicia comenzó a ponerse nerviosa. ¿Iba a hacerle preguntas sobre ella? ¿Y si no era capaz de responder? Evidentemente, le iba a resultar muy difícil concentrarse teniéndola tan cerca y con esa actitud tan, tan cercana.

—Antes me has preguntado si hay algo autobiográfico en todas mis novelas.

Alicia asintió. ¿A dónde quería ir a parar?

Eris se aproximó a ella hasta que sus cuerpos quedaron a escasos centímetros. Podía percibir el cálido aliento de la escritora sobre sus labios y el aroma embriagador de su perfume mezclado con el del Martini. Sintió deseos de abrir su boca y aspirar, para introducir así una parte de Eris en ella. Sintió una sacudida en el vientre. ¡En qué estaba pensando!

Mentiría si dijera que no había pensado en la autora de ese modo alguna vez. Era realmente atractiva y en más de una ocasión había releído los pasajes eróticos de sus novelas buscando que las palabras de Eris la acariciaran y la hicieran estremecer.

—Adivina qué parte de la novela era autobiográfica —le susurró y en el movimiento para

articular las palabras, sus labios se rozaron levemente.

De nuevo una sacudida.

En *Los pecados de Eva*, Eris hablaba sobre la sexualidad, concretamente sobre el despertar lésbico de la protagonista. Tampoco hacía falta ser una experta para concluir que, por el comportamiento de la autora y la mención a la novela, estaba flirteando con ella.

—Antes nos hemos puesto demasiado serias, ¿no crees?

Alicia bajó la mirada arrepentida. Sí, por su culpa la primera parte de la cena había estado cargada de tensión y había resultado incómoda en varios momentos.

—Pero no debemos permitir que eso arruine la noche.

¿La noche? ¿Es que iba a haber algo más después de la cena? Como si la autora la hubiera leído el pensamiento añadió:

—Siempre que no tengas otros planes.

¿Otros planes? Aunque los hubiera tenido los habría cancelado. Aquella noche era para Eris Alhena. Negó con la cabeza.

—Te diré lo que vamos a hacer. Vamos a terminarnos estas copas. A brindar por la vida y por mi regreso. Después vamos a coger un taxi y vas a probar el mejor champán del mundo. ¿Qué te parece?

¿Que qué le parecía? Le parecía completamente surrealista, eso le parecía. Como si estuviera soñando. Un sueño del que no quería despertarse. Alicia no estaba segura de qué responder a aquello. ¿Eris Alhena le estaba proponiendo pasar la noche con ella o eran imaginaciones suyas? Intentó pensar en qué sería lo que Sofía le recomendaría que hiciese. Concluyó que las palabras exactas de su amiga serían: «Sólo tenemos una vida. Aprovecha el momento. Que te acuestes con ella no significa que te vayas a comprometer para toda la vida», aunque la idea de comprometerse con Eris Alhena le resultó muy atractiva. Agitó la cabeza, negando, para sacar la confusión que tenía dentro.

—Lo siento, entonces.

—¿Qué? —preguntó Alicia, abriendo los ojos, sintiendo que las paredes del reservado se bamboleaban a su alrededor.

—Me había parecido que tú también...

Ahora fue Eris quien bajó la cabeza y su comportamiento, desinhibido, volvió a ser el mismo que al principio de la cena.

—Lo siento. No quería hacerte sentir incómoda. Pensarás que soy una fresca.

—No, no, no —se apresuró a aclarar Alicia—. Estaba... —no sabía cómo explicar todo lo que se le había pasado por la cabeza en un momento—. Es que me resulta increíble que esto me esté pasando a mí. El mero hecho de estar cenando contigo es como un sueño. La idea de pasar la noche juntas es más de lo que esperaba del encuentro de hoy. Me está costando asimilarlo.

—Yo tampoco esperaba esto de hoy, pero es agradable encontrar sorpresas en la vida, sobre todo si son como esta.

Clavó sus ojos en Alicia que se vio arrastrada por el deseo y acabó naufragando en los labios de Eris, sin estar segura de si todo lo que estaba sucediendo era verdad o el mejor sueño de su vida.

CAPÍTULO 4

Quiso abrir los ojos pero la claridad proveniente, supuso, de la ventana se lo impidió. Volvió a cerrarlos a cal y canto y las pestañas optaron por anclar con seguridad el cierre para evitar más daños. El resto del cuerpo parecía responder a lo que le ordenaba, pero se mostraba rebelde,

insurgente, y a pesar de hacer lo que le pedía lo hacía de un modo lento y parsimonioso, dando a entender, claramente, que no le parecía buena idea; como si cada músculo de su cuerpo se hubiera atado a una bola de acero para ralentizar a propósito los gestos que ella quería realizar con diligencia. Además gritaban resentimiento. Había dolor en ciertos lugares, parecía que hubiera estado haciendo un ejercicio intenso durante varias horas. Un pinchazo en las sienes, penetrante, la atravesó de lado a lado y vagos recuerdos de lo que había sucedido durante la noche empezaron a aparecer entre una neblina de confusión. Por el momento lo único que tenía claro era que había bebido más de la cuenta. Hacía tiempo que no se despertaba con una resaca como esta. No desde los tiempos de Lilith, donde beber le ayudaba a conciliar el sueño. Aunque el dolor era diferente a otras veces. Intentó hacer memoria y recordar qué era lo que había estado bebiendo. Entonces, la imagen de Eris se materializó en su cabeza. Estaban en el reservado del restaurante. ¿Había sido verdad? ¿Habían cenado juntas y Eris le había ofrecido pasar la noche con ella?

¿Qué hora era? Hizo, de nuevo, intento de abrir los ojos pero la claridad era totalmente insoportable. ¿Dónde estaba? ¿Ocurrió? ¿O todo había sido un sueño y estaba en su casa? Sintió la mullida cama bajo su cuerpo, abrió las aletas de la nariz para percibir el aroma de las sábanas, su textura al tacto con los dedos. Detectó el lugar desde el que provenía la claridad.

No. No estaba en su casa. Aquella no era su habitación. Un hormigueo le recorrió el estómago. ¿Estaba en una habitación de hotel con Eris Alhena? Con miedo a romper el encantamiento y descubrir que todo en realidad era un sueño, se volvió lentamente en la cama hasta que su hombro chocó con algo tras ella. Regresó a su posición anterior. Estaba claro que había alguien más con ella en esa cama.

«¿Te has acostado con Eris Alhena!», se dijo mientras apretaba las sábanas dentro de sus puños. Intentó tranquilizarse aunque lo que en realidad quería era levantarse y pegar saltos de alegría, gritar por la ventana y llamar por teléfono a Sofía para contárselo. Pero para contarle, ¿qué exactamente? Era incapaz de recordar lo que había sucedido en esa habitación durante la noche. Como fotogramas de una película, a su mente acudían imágenes de la cena, más o menos nítidas. Recordaba partes de la conversación, sensaciones... A Eris con la copa de Martini en la mano y el aroma de su boca cerca de la de ella. El primer beso. ¿Hubo más? Su copa, un Martini como el de Eris. Cuando salieron del reservado Eris se mostró fría y distante, se despidió del camarero y le pidió que llamase a un taxi. Dentro del taxi la frialdad se deshizo como un cubito de hielo en el desierto.

Hubo más besos. Muchos más.

Cuando llegaron, Eris sacó dinero de su bolso.

—Espera cinco minutos. Después, entra.

Volvió a besarla en los labios y salió del coche. Alicia obedeció mientras sentía el calor del alcohol encendiendo sus mejillas. A los cinco minutos, pagó al taxista con el dinero que Eris le había dado y se bajó. La puerta estaba abierta. Recorrió la distancia hasta la entrada por el camino de césped que, cómplice de su secreto, amortiguaba sus pasos. Una vez dentro echó un vistazo. Había muchas puertas. Todo se movía. ¿Cuántos Martini se habían bebido? Después de ellos, había habido una ronda de chupitos. ¿O habían sido varias? Estaba claro que se le estaba subiendo a la cabeza. Abría unas y otras: un baño, un cuarto de plancha, otro baño, un dormitorio vacío. Subió las escaleras después de revisar toda la planta baja. «Los dormitorios principales están siempre en el piso superior», se dijo. Ascendió y su intuición le dijo que había acertado. Estuvo a punto de gritar que la había encontrado, por suerte encontró algo de lucidez dentro de su embriagado cerebro para no hacerlo y quedar en ridículo. Levantó el puño, pero antes de que sus

nudillos hicieran contacto con la madera blanca, la puerta se abrió. Tras ella estaba Eris, sonriendo. «Haría cualquier cosa por esa sonrisa», pensó Alicia mientras hacía incursión en la habitación.

«¡No! ¡Cualquier cosa, no! No hay que entregarse de esa manera. El riesgo es muy alto», se aleccionó. «Aunque eso no quita para que una pueda darse una alegría de vez en cuando», se confirmó a sí misma como recordatorio de que no todo era sufrir en la vida. Alicia echó un vistazo a la habitación. Era... increíblemente blanca. Más grande de lo habitual, mucho más que su propia habitación. Sobre la mesa de escritorio donde Eris tenía algunos libros, había una bandeja con dos copas y una botella.

—¡Champán! —afirmó Alicia al recordar que Eris la había invitado a probar el mejor champán del mundo, o algo así. —Exacto. Champán.

—¿Es bueno?

«Estoy muy borracha», pensó. «No debería beber más». —Jamás has probado un champán como este.

—¿Ah, no? ¿Y tú como lo sabes?

—Te lo aseguro. Este es especial.

—Creo que no debería...

—Sólo una copa, para probarlo.

Eris se acercó a ella y se agarró a las solapas de la chaqueta de Alicia acercándola a su propio cuerpo. Sus labios volvían a estar muy cerca.

—Por favor —rogó Eris—. Hace dos años que no me divierto. Quiero que mi regreso sea por todo lo alto.

Alicia pensó que quién era ella para negarle una noche de diversión sobre todo si estaba dentro de sus planes. También hacía mucho tiempo que no se divertía de esa manera, sin analizar las consecuencias de cada uno de sus actos, moviéndose por impulsos, por instinto. Y en ese momento su instinto le gritaba que siguiera adelante, que no dejara pasar la oportunidad, que por una vez en la vida hiciera algo sin pensar en lo que pasaría después. Jamás habría podido imaginar, ni en sus mejores sueños, que algo como aquello pudiera sucederle a ella.

—Está bien. Una copa, pero sólo para probarlo —accedió y Eris la premió con un beso.

Había perdido la cuenta de cuántas veces sus labios y los de Eris se habían saboreado, reconocido, acariciado, rozado, lamido... ¿Era cierto?

—Ponte cómoda mientras sirvo las copas —le susurró la escritora mientras la empujaba sobre la cama.

Alicia se dejó caer y, mirando al techo, sintió cómo la habitación giraba a su alrededor. Definitivamente había bebido más de la cuenta y sabía que la copa de champán no iba a mejorar la situación. Eris se sentó a su lado, con las dos copas aflautadas en las manos, le ofreció una a Alicia.

—Por nosotras.

—Por nosotras —repitió Alicia saboreando el hecho de que ese *nosotras* la incluía a ella y a la escritora, a la que ella idolatraba, en la misma frase.

Bebieron y cuando la copa se acabó Eris volvió a rellenarla y para entonces Alicia ya no discernía correctamente el estado en el que se encontraba, ni era capaz de ver con claridad que beber más acabaría nublándole la capacidad de decisión. A partir de ese punto los recuerdos comenzaban a mezclarse en una serie de fogonazos en los que imágenes extrañas, más propias de los sueños que de la realidad, se alternaban con frases, risas y sonidos que, por separado, no tenían ningún sentido pero juntos aún menos.

Alicia apretó los ojos, aún tumbada en la cama, intentando recordar qué había sucedido después. Todo era confuso. Demasiado confuso.

Se preguntó si se había quedado dormida o si habría caído inconsciente después de beber tanto porque lo que venía después... ¿Después? Después parecía antes, y antes era después. El tiempo iba hacia delante pero un reloj de bolsillo, primero muy pequeño que acabó ocupando todo el techo, giraba sus manecillas al contrario indicando la inminente cuenta atrás. «¿La cuenta atrás de qué?», se preguntó. Alicia apartó a Eris que se encontraba sobre ella. ¿O era al revés? Se puso en pie. El aire parecía muy concentrado dentro de la habitación.

—Necesito respirar —recordaba haber dicho.

Intentó llegar a la ventana para abrirla. Estaba a unos pasos de la cama. Cuando creyó haber salvado la distancia que los separaba, lo que parecía cerca se convertía en lejos.

¿Qué está pasando?, preguntó en voz alta. ¿O había sido Eris quien había hecho la pregunta? Se olvidó de la ventana que parecía tan lejana ahora.

Una arcada.

¿Había vomitado sobre la alfombra blanca de la habitación? Procuró hacer memoria de lo que había sucedido después pero todo era difuso. Recordó que pensó en el baño cuando vino la primera arcada. Dio la espalda a la ventana y avanzó por el estrecho pasillo hacia el baño. ¿Era estrecho? ¿Existía siquiera ese pasillo? ¿Caminaba hacia delante o hacia atrás? Todo estaba enredado en su cabeza. La cama, la lámpara, las copas y la botella presentaban tamaños incoherentes y se preguntaba qué hacía allí un conejo. Pasó junto al espejo y ella misma aumentó su tamaño de manera considerable y cuando, aterrada, creyó que chocaría con el techo, regresó a su tamaño normal. El corazón le latía desbocado. Continuaba caminando hacia el baño pero no parecía moverse. Bajó la mirada a sus pies y no tuvo claro si avanzaba o retrocedía, allí había dos pares de pies y cada uno apuntaba en una dirección. La sensación era angustiada. Observó a su alrededor en busca de algo tangible, algo que la devolviera a la realidad, pero mirase donde mirase todo parecía totalmente distorsionado a sus sentidos. El blanco de la moqueta chilló y Alicia se tapó los oídos. Cerró los ojos. No quería ver más, quería dejar de sentirse así de extraña. Tenía miedo. Mucho miedo. Se pellizcó a sí misma, desesperada por despertar del sueño y el pellizco le devolvió un regusto ácido en la boca. Sabía a limón.

La voz, de un color amarillo champán, le llegó amortiguada.

«Quédate con ella», Alicia se preguntó si era su cabeza quien hablaba de esa manera.

—Alicia —escuchó que decía alguien a su espalda.

—Me quedo. No voy a ningún lado —respondió.

—Ven a la cama.

Abrió los ojos y buscó la cama aunque no esperaba encontrarla donde se suponía que debía de estar. Cuando la localizó, vio a Eris que le pedía que se acercara. Sonreía y en cambio parecía triste, y aunque su boca permanecía cerrada la carcajada que la acompañaba apuntaba al techo con tanta fuerza que Alicia pensó que si seguía lanzándola de esa manera hacia allí, acabaría por atravesarlo.

—Ven —repitió de nuevo mirándola.

Y Alicia obedeció, porque lo único tangible en ese momento era la sonrisa de la autora. Agarró la mano que la escritora le ofrecía y el contacto de su piel le supo a polvos pica-pica. Como si fuera el detonador de una explosión, le invadió una extraordinaria sensación de euforia. El miedo, que se había apoderado de ella unos minutos antes, había desaparecido. Alentada por el cambio, dejó de tener un papel sumiso y tomó la iniciativa. Se lanzó sobre ella y la besó. Era la primera vez que la besaba por decisión propia y eso la animó aún más.

—Alicia...

Y la mano de la escritora se apoyó sobre su pecho, apartándola ligeramente. No supo interpretar el gesto.

«Acuéstate con ella si es lo que quieres», ¿de nuevo su cabeza?

—Yo quiero —se respondió.

«Ella también, no te preocupes». *Ella también*, se repitió a sí misma.

«No te resistas».

—No me resisto —volvió a lanzarse sobre la autora que quedó atrapada bajo su cuerpo.

—Alicia...

¿Sonaba como un lamento o era un gemido? ¿Existía alguna diferencia? La autora se apartaba cada vez que Alicia intentaba besarla. El juego le resultó excitante.

Recordó el modo apasionado con el que la había besado dentro del taxi. Cómo sus manos, las mismas manos que escribían todas esas palabras, pasajes eróticos, que habían guiado la suya propia para abandonarse al placer, recorrían ahora su cuerpo, explorando, tanteando el territorio provocando terremotos en él, sacudidas acompañadas de un oleaje cálido y húmedo. Ella misma se había resistido al principio, pero las habilidosas manos de Eris habían conseguido hacerla olvidarse del taxista y de la vergüenza, y se había abandonado a ella.

Ahora, en la cama, quería que la autora se abandonara del mismo modo. Quería hacerla sentir placer, quería escucharla gemir, hasta que sus gritos fueran desgarros en su garganta. Se inclinó para besarla, pero la mano de la escritora volvió a interponerse entre ambas.

—Alicia...

Y su mirada se desvió hacia la puerta de la habitación. O quizá fue hacia la ventana, Alicia no estaba segura. La maga giró la cabeza ligeramente. La autora la capturó entre sus manos y la obligó a mirarla fijamente.

—Alicia...

Y Alicia se preguntó por qué repetía tanto su nombre. Sus ojos parecían decir algo pero su boca sólo repetía una y otra vez: *Alicia, Alicia, Alicia*. Su mirada se volvió turbia. Ya no sonreía. ¿Por qué no sonreía?

«Acuéstate con ella», de nuevo la voz.

—Eso intento pero... —la miró fijamente. No parecía la misma. Su actitud había cambiado por completo. No quedaba ni rastro de la lascivia que se había apoderado de ella anteriormente. Seguía resultando increíblemente sensual pero de un modo casi enigmático— ... no quiere.

«Claro que quiere». *Claro que quiere*, se repitió, pero no parecía tan obvio.

Intentó besarla de nuevo, esta vez, tanteando ella misma el terreno, comprobando la reacción de la escritora. Esta se apartó y, girando sobre sí misma, se colocó sobre Alicia. Le sujetó las muñecas contra el cochón y el pelo desordenado le cayó sobre la cara. Jadeaba por el esfuerzo, su respiración agitaba su pecho y el cuello desnudo palpitaba, bombeando sangre con fuerza.

—Alicia... me gustas —dijo en un susurro apenas audible y por un motivo inexplicable sus palabras parecían cargadas de culpabilidad, como si en lugar de una declaración fuera una disculpa.

La autora levantó la mirada al techo y suspiró. Cuando volvió a mirar a Alicia, estaba llorando.

—Yo no quiero —sollozó.

Tras ella, otra Eris sonriendo, se asomó por encima del hombro de la autora. La sonrisa se tornó en una extraña mueca que a Alicia le pareció una carcajada muda. O es que todo se había silenciado. Había silencio absoluto. Abrió los ojos, los cerró y volvió a abrirlos y ahí estaba de nuevo la imagen doble de la escritora. En un primer plano, llorando, su versión más dulce y

contenida con una mirada cargada de, ¿miedo?, ¿culpabilidad? En un segundo plano, tras ella, la Eris confiada, sonriente con los ojos eufóricos. Volvió a cerrar los ojos.

Todo era confuso. Nada parecía real.

Al abrirlos la Eris que sonreía de manera extraña levantó la botella de champán y golpeó la cabeza de la autora con fuerza.

Alicia apretó las sábanas dentro de sus puños mientras su corazón se aceleraba. Abrió los ojos de golpe. Los obligó a mantenerse abiertos a pesar de la claridad de la ventana. Su respiración galopaba apresurada, obligando a su pecho a expandirse y contraerse con fuerza. Sólo se escuchaba el aire que entraba y salía en sus pulmones. Intentó acallarlos, pero era imposible. El miedo, el mismo miedo que había sentido durante la noche se había vuelto a apoderar de ella. ¿Había sucedido?

Procuró tranquilizarse. Intentó analizar la situación. Efectivamente, no se encontraba en su casa. Estaba en una habitación que, a pesar de lo distorsionado de los recuerdos, parecía ser la misma habitación en la que había entrado el día anterior. Al lado de la ventana, sobre la mesa seguían las copas con restos de pintalabios y con un culín de champán en la base. La botella no estaba a la vista.

Sintió un escalofrío.

¿Qué había pasado en aquella habitación?

En el suelo había unos pantalones. Se tocó sus piernas desnudas y comprobó que eran los suyos. El espejo a los pies de la cama seguía ahí. Miró su reflejo con miedo. A su lado yacía alguien bajo las sábanas. En su lado, su propio cuerpo se agitaba casi convulsionado por la tensión y el espejo reflejaba el vaivén de las sábanas arriba y abajo. Al otro lado, resultaba imperceptible la respiración de su acompañante que parecía dormir plácidamente.

«Sólo ha sido una pesadilla», se dijo. «Bebiste más de la cuenta. Demasiado. Más que nunca en toda tu vida. Probablemente caíste inconsciente a la primera de cambio. Has perdido la oportunidad de disfrutar de una maravillosa noche con tu escritora favorita, hiciste el ridículo con total seguridad. Puede que incluso vomitases sobre la alfombra». Desde la cama no lo pudo comprobar.

«¿Entonces todos esos recuerdos? Todos esos recuerdos no son más que la mezcla entre el exceso de alcohol, el cansancio y las pesadillas. Lo único real es que cenaste con Eris, viniste a esta casa y te quedaste en coma por culpa de la borrachera que llevabas encima». Asintió ante la lógica de sus propios pensamientos.

Todo estaba enmarañado en su cabeza y cuanto más lo pensaba más surrealista le parecía. No había conexión entre lo que había visto, lo que había oído y lo que había sentido. Era imposible que la alfombra chillase o que un pellizco le supiera a limón. Era como si los sentidos se hubieran cruzado: había oído colores, saboreado el tacto y los sonidos tenían color. No es que lo hubiera asociado, es que lo había sentido vívidamente.

Entonces, lo comprendió todo.

Cerró los ojos mientras se reía aliviada al saber que lo que había pasado durante la noche tenía una explicación. Esos síntomas se conocían como sinestesia y eran el efecto habitual tras el

consumo de algunas sustancias psicotrópicas como el LSD , o la mescalina de algunos hongos.

¡Eris la había drogado!

Después de tranquilizarse se sintió terriblemente decepcionada. De pronto, no le resultó extraño. Ya le había confesado que en un momento dado tuvo contacto con las drogas. Además, su comportamiento había sido raro durante toda la noche. Supuso que la propia escritora tras responder a aquella llamada telefónica, no sólo regresó con una copa de Martini, quizá incluso ella misma ya había tomado algo, de ahí la euforia y el cambio de actitud al volver al reservado. Después, se habían emborrachado. De todos modos, le habría resultado imposible detectar la droga en su copa. Apenas era suficiente una pequeña cantidad de LSD para provocar los efectos alucinatorios. ¿En qué momento lo habría hecho? Supuso que fue con el champán. Era en la habitación donde todo se volvía difuso y extraño.

Se incorporó en la cama y se quedó sentada mirando hacia la ventana. Finalmente, sus peores temores se habían hecho realidad: conocer a Eris le había mostrado su verdadera personalidad y había resultado ser una auténtica decepción. Se preguntó con cuántas fans más habría hecho lo mismo. Quizá, en el fondo, siempre había sabido que ella era así. Al fin y al cabo, su forma de comportarse en las entrevistas a veces podía llegar a ser arrogante, en ocasiones frívola. Muy posiblemente la admiración que sentía por ella le había impedido ver lo que Sofia, en cambio, parecía haber detectado perfectamente en la escritora. Se sintió estúpida. ¡Cuándo aprendería! La confianza ciega no funcionaba, al menos para ella. Ir con una venda sobre los ojos y asumir que el otro no va a traicionarte era una auténtica locura. Ella lo sabía por Lilith y había vuelto a caer, y para más inri, esta vez con una completa desconocida. «¿Desde cuándo una confía ciegamente en alguien que no conoce de nada? Nunca», se respondió a sí misma. «De todos modos, ¿cómo iba a imaginarme que una escritora conocida querría drogarme en un encuentro como el de anoche?». Alicia intentaba buscar algún tipo de excusa pero lo único cierto eran los hechos: la había drogado. Ya no sería capaz de ver a la escritora con los mismos ojos y tampoco a sus novelas. Esa revelación le supuso un conflicto de sentimientos. Hasta ese momento Eris había sido una parte muy importante de su vida. Sin haber estado físicamente presente había influido de una manera muy fuerte y guiado sus movimientos en uno de los momentos más difíciles. Decidir, o sentir, que todo eso ahora no significaba nada o al menos que su significado no podía ser el mismo, era como intentar borrar una parte de sí misma. No estaba segura de cómo afrontar algo así. Sabía que podría ser capaz de sacar a Eris de su vida: lo único que tenía que hacer era dejar de seguirla por las redes, no buscar más entrevistas, no leer nada suyo. Pero ¿podría extraerla, como un cirujano extrae un elemento extraño en un cuerpo con unas pinzas, sin tocar nada de lo que hay alrededor? ¿Podía sacarla de su vida y mantener intacto el recuerdo de la fuerza con la que salió adelante en aquel entonces, darle el mismo valor sin que este quedara ya manchado por la decepción que sentía en este momento?

Apoyó los codos sobre los muslos y dejó caer la cabeza sobre las manos. El dolor, resultado de la resaca, era insoportable. Y todos aquellos pensamientos no ayudaban en absoluto. Cada pinchazo la atravesaba desde la sien hasta la nuca. Se llevó la mano a la parte trasera de la cabeza para masajearla, a ver si de ese modo conseguía apaciguar esa sensación tan desagradable. El pelo tenía una textura extraña, estaba duro. Se masajearon con más fuerza para intentar separar los pelos que parecían haberse aglomerado en un pegote.

Entonces, se quedó completamente paralizada. El recuerdo de la botella de champán y cómo Eris se había golpeado a sí misma con ella... ¿O en realidad la había golpeado a ella? Apartó la mano de la nuca y temblando la puso delante de sus ojos. Restos de sangre reseca teñían las yemas de sus dedos. Se llevó la otra mano a la boca para ahogar el grito que pugnaba por salir de su

garganta. ¿Eris la había golpeado brutalmente en la cabeza? ¿Qué clase de psicópata era? No tenía ningún recuerdo después del golpe. Probablemente se había desmayado tras el impacto.

Hasta ahora.

Su cuerpo comenzó a temblar. La misma mujer que la noche anterior la había herido de aquella manera yacía dormida a su lado en ese momento. Era evidente que la escritora no estaba bien de la cabeza. Alicia pensó que quizá Sofía llevaba razón en cuanto a que la autora era muy extraña, de una manera poco habitual. ¿Por qué lo hizo? ¿Había tratado de matarla? ¿O simplemente había sido uno más de sus extravagantes comportamientos? Golpear a una amante en su propia habitación. ¿Se podía considerar su amante? No recordaba haber llegado a tener sexo con ella. Se miró las piernas desnudas y se preguntó qué habría pasado una vez perdió la consciencia. Dada la brutalidad que había demostrado Eris, Alicia temió cualquier cosa. Entreabrió las piernas y chequeó sus bragas. No había sangre. «Si me ha forzado de algún modo, al menos no ha sido con ningún objeto que me haya dañado internamente». No sabía cómo debía sentirse respecto a eso, ¿aliviada?, ¿agradecida de que no hubiera sido brutal en ese aspecto también?, ¿humillada?, ¿violada? No estaba segura de lo que había ocurrido y era posible que no llegase a saberlo con certeza.

Dio gracias por no tener un solo recuerdo.

Alargó el pie derecho y con el dedo pulgar e índice pinzó los pantalones y los atrajo para sí. Temía moverse demasiado y despertar a la bestia que había tras ella. ¿Se comportaba siempre de aquella manera? ¿O sólo cuando estaba bajo los efectos del alcohol y las drogas? No iba a darle ninguna oportunidad para que se explicase, le daba igual lo que tuviera que decir. Sus palabras ya no significaban nada para ella. No entendía qué era lo que había pretendido la escritora aquella noche, ni lo que buscaba. Le daba igual.

Tenía que vestirse y largarse de aquella habitación lo antes posible. De pronto se convirtió en una necesidad imperiosa. Simplemente ansiaba alejarse lo máximo posible de ella. No quería volver a mirarla a los ojos porque lo único que vería en ellos sería el reflejo de su propia humillación.

No quería armar ningún escándalo. Simplemente saldría de la habitación y no hablaría del tema con nadie. Si le contaba algo de todo esto a Sofía probablemente la obligaría a denunciar a la escritora, puede que incluso llegase a escribir un artículo para alguno de los periódicos en los que trabajaba. No. Por alguna extraña razón no quería nada de eso. Mientras se subía el pantalón hasta las rodillas se sintió en parte responsable de lo que había sucedido. «Nunca bebes de este modo. Siempre mantienes un cierto control. ¿Qué intentaste demostrar ayer? ¿No eras capaz de resultar divertida, de ser tú misma, sin intoxicarte de alcohol? Jamás habías hecho esto por nadie. No era tu manera de impresionar a las mujeres».

Pero Eris parecía tan poderosa, tan confiada. Esa confianza era la que había hecho dudar a Alicia. A su lado se sentía pequeña, insignificante y no quería que Eris percibiera esa insignificancia. Quería que la viera igual que Alicia la veía a ella, quería resultarle atractiva, quería ver en sus ojos el deseo y temió, por un lado, no ser capaz de despertar esos sentimientos en ella y, por otro, estar plenamente consciente cuando viera en ellos su propia menudencia. Por eso había bebido.

Cuando Eris volvió tras la llamada telefónica, la conexión que se había establecido entre ambas durante la cena se había roto, pero ella se encargó de crear un nuevo lazo motivado por otros sentimientos más básicos a los que Alicia respondió dejándose llevar. Ver algún tipo de deseo en la escritora fue como una droga, no quería que dejara de mirarla así. Tenía la sensación de que la escritora esperaba algo de ella, algo grande y temió no ser capaz de mantener esa nueva conexión que se había creado. «¿Y de qué te sirvió?», se reprochó. «De nada. Absolutamente de nada. Perdiste el control y te expusiste a una situación de peligro que por suerte no ha acabado mal, o al

menos no tan mal como podría haber sido».

Se armó de valor. Ahora era por la mañana y ella estaba completamente sobria. No tenía lo que pudiera llegar a hacer Eris si se despertaba. Sus sentidos estaban alerta y disponibles cien por cien para responder ante cualquier eventualidad, muy al contrario a como se encontraba durante la noche. Se puso de pie y subió el pantalón hasta la cadera. Lo abrochó y se acercó a la mesa junto a la ventana. Había restos de un polvo blanco sobre la bandeja plateada que confirmó sus sospechas.

Negó con la cabeza.

Si hacía un par de días alguien le hubiera dicho que se iba a ver envuelta en una situación así, jamás lo habría creído. Se llevó la mano derecha a la nuca y la masajeó mientras miraba las copas, testigos mudos de lo que había sucedido la noche anterior. El pendiente le rozó la mano e instintivamente comprobó con la otra que los llevaba puestos. El izquierdo se había soltado. Dio media vuelta y se acercó hasta la mesilla para comprobar si estaba por allí y miró también bajo la cama. Nada. Debía de haberse soltado entre las sábanas. Se acercó a la almohada y la inspeccionó. Vio la sangre, reseca y oscura, sobre ella y automáticamente se llevó la mano a la nuca.

Entonces, se dio cuenta de que había algo extraño. La mancha no estaba en su lado de la cama. Había llegado hasta allí por capilaridad, pero sólo el final de la mancha se situaba donde ella había estado tumbada. El origen provenía de más allá. La sábana cubría a la escritora casi por completo y ocultaba parcialmente la almohada. Alicia estiró la mano, temblando, y prendió la sábana con el pulgar, el índice y el dedo corazón y tiró de ella poco a poco. El pelo de la escritora era un conglomerado. Una herida reseca cerca de la coronilla había cubierto de sangre toda la parte posterior de la cabeza y desde allí había ido desplazándose hasta el lugar donde Alicia había dormido. Soltó la sábana y aunque quiso gritar, no pudo. Volvió a llevarse la mano a la cabeza. No había ninguna herida allí. Su pelo se había manchado por transferencia. No era su propia sangre, sino la de la escritora.

—¡Dios mío! —Alcanzó a decir en voz alta—. ¿Qué es lo que he hecho?

CAPÍTULO 5

Alicia había despertado del sueño y se había encontrado con que la realidad era mucho peor y más aterradora que si hubiera permanecido atrapada dentro de él eternamente.

El cuerpo de la escritora yacía inmóvil sobre la cama, cubierto por la sábana blanca salpicada de manchas rojas, sobre todo en la parte superior, la que había estado en contacto directo con la herida. El color oscuro de la sangre coagulada y reseca en la cabeza destacaba como un faro en mitad de la noche en el océano entre tanta blancura. Las paredes, los muebles, las lámparas... todo era de un blanco impoluto, un blanco que parecía gritar culpable una y otra vez. Un blanco del que era imposible escapar: la sangre estaba ahí y la evidencia del crimen no se podía ocultar de ninguna manera.

¿Qué había hecho?

A su cabeza regresaba una y otra vez la imagen de la falsa Eris, la ficticia, la visión doble que brutalmente había golpeado la cabeza de la escritora. Esa sonrisa, cargada de maldad y el golpe seco.

Después, nada.

Absolutamente nada.

Cerró los ojos, intentado rescatar de su mente algún recuerdo

más de lo que había sucedido. Le resultaba increíble que todo aquello le estuviera pasando a ella. Por más que intentaba encontrar una explicación que la exculpara, no la había. Estaba drogada. Recordaba el deseo que la quemaba por dentro, cómo la autora se resistía y la voz en la cabeza de Alicia que la invitaba a continuar a pesar de las negativas de la escritora. Y en el fondo, trazas de una sensación de poder, de dominación, que la habían excitado más. ¿Habría llegado a forzarla si ella no hubiera conseguido librarse de su captura? ¿Habría sido capaz de ello? Temió la respuesta a esa pregunta. Dado que estaba bajo los efectos de una droga alucinógena que la impedía actuar plenamente consciente de lo que hacía, las sensaciones más básicas, aquello que quizá ocultamos muy profundamente y que jamás sale a la superficie cuando lo pasamos por el filtro de la ética y las normas sociales, en aquellos momentos afloró libremente sin ninguna restricción. La imagen de la escritora sobre ella, sus lágrimas... Alicia quería recuperar qué era lo que había sentido en ese momento, pero lo único que tenía claro era la imagen cargada de ira y maldad de la Eris que la había golpeado. ¿Era su propia ira y maldad lo que había visto en aquel rostro? ¿La droga le había provocado esa alucinación como un reflejo de lo que estaba sintiendo en ese momento? ¿La negativa de la escritora había conseguido despertar en ella semejante rabia hasta el punto de golpearla brutalmente? Alicia se llevó las manos a la boca, como si de esa forma pudiera contener el grito de angustia que quería salir desde lo más profundo de sus entrañas.

Era una asesina.

Se veía incapaz de hacer daño a nadie, pero todo apuntaba directamente a ella y los recuerdos, vagos y confusos, no hacían más que corroborarlo. Pero no sentía que hubiera sido ella misma durante la noche y eso dificultaba enormemente su capacidad de asimilar los hechos y asumir responsabilidades. En su interior aquel crimen lo había cometido otra persona distinta a ella. En sus propios recuerdos ni siquiera se veía a sí misma empuñando la botella y, por tanto, a pesar de la evidencia, era incapaz de afrontar lo que estaba ocurriendo. ¿Qué iba a hacer ahora? Eris Alhena era una persona pública, tarde o temprano empezaría a echarla en falta, sobre todo en estos momentos en los que había anunciado su regreso después de los dos años de retiro. Todo el mundo esperaba sus apariciones.

Tenía que salir de allí.

De allí, ¿de dónde?

Ni siquiera sabía dónde estaba. No importaba, sea como fuese, lo importante era que debía abandonar esa casa lo antes posible y alejarse de ella. Observó de nuevo el cuerpo inmóvil sobre la cama. No había posibilidad alguna de que cuando la encontraran pudieran pensar que había sido un accidente o una muerte natural. El golpe en la cabeza era un dedo acusador imposible de esquivar. Además, ella era la principal sospechosa. «Lo eres porque en realidad eres culpable», se dijo. Había un registro informático que demostraba que ella había ganado el concurso, testigos que podían confirmar que habían cenado juntas y que se habían marchado en el mismo taxi. Incluso el propio taxista podría corroborar que Alicia había entrado en la casa una vez las dejó allí. Sólo su palabra podría negar lo que había ocurrido en esa habitación durante la noche. «¿Qué negación? Lo has hecho. No hay más que decir al respecto», se reprendió. Pero Alicia no quería acabar en la cárcel y menos aún por algo como esto.

Ella no quería matar a la escritora. No entraba en sus planes en absoluto. No había sido ella quién había empuñado la botella. Estaba bajo los efectos de las drogas, alienada. ¿Cómo llamaban a eso

en los juicios de las películas? ¡Ah, sí! Enajenación mental. Podría alegar eso y salir impune. Aún tenía toda la vida por delante, estaba viviendo su mejor momento profesional de nuevo y, personalmente, se encontraba bien. ¿Cuántos años podrían caerle por asesinato? No. Homicidio involuntario. Seguro que eso también resta años a la condena. ¿Cuántos? Daba igual, no podría resistir verse recluida de esa manera.

«¿Qué he hecho?», se preguntaba una y otra vez y deseó que aquel dichoso reloj que se le había aparecido en las alucinaciones existiera de verdad, para así poder dar marcha atrás, retroceder en el tiempo y rechazar esa copa de champán. Era ella, la propia escritora la que había provocado toda esta hecatombe. ¿Alguien la creería si dijera que la había drogado sin decírselo? ¿Que había cometido un asesinato bajo los efectos de una sustancia psicotrópica que ella no había tomado voluntariamente? De algún modo la propia Eris Alhena la había empujado a hacerlo, ¿no? ¿Se podría considerar una especie de suicidio?

Alicia agitó la cabeza, pero ¿qué estaba diciendo? Escuchaba sus propios pensamientos y se dio cuenta de que no tenían ni pies ni cabeza. ¿Se estaría volviendo loca? ¿O lo estaba de verdad? «Respira. No saques las cosas de quicio», se dijo. Y eso hizo. Se colocó de espaldas al cuerpo y miró por la ventana mientras intentaba que su respiración se normalizase sin éxito. Eris la había drogado en contra de su voluntad. Eso era un hecho. Y ella había golpeado a Eris en la cabeza y la había matado. Eso, era otro hecho, aunque estuviera bajo los efectos de la droga.

—Está bien —se aventuró a decir en voz alta—. Pero no pienso entregarme. Deberán encontrar las pruebas necesarias para inculparme. Todo apunta hacia mí, pero son pruebas circunstanciales. Si consigo que no haya ninguna prueba física, si las hago desaparecer, entonces será más complicado que me condenen por su muerte.

Intentó hacer memoria de los lugares que había podido tocar de la casa. Había abierto las puertas del piso de abajo. Limpiaría todos los pomos. Bajó la mirada a la mesa que tenía junto a ella. Una de las copas de champán era la suya, pero no era capaz de identificar cuál de las dos. Las lavaría y volvería a guardarlas. Nada que pudiera indicar que Eris había tenido compañía esa noche. La bandeja, también debía desaparecer. No recordaba haber tocado los muebles, sólo había estado en la cama. Se dio la vuelta y sin fijar su mirada en la herida de la cabeza, revisó las sábanas en busca de pelos. Cogió dos o tres que encontró, aunque alguno le pareció más clarito que el suyo propio y dio por hecho que era de la escritora. ¿Encontrarían células de su piel en aquellas sábanas? La congoja empezó a ascender desde la boca del estómago y se instaló en la garganta. ¿Qué estaba haciendo? ¿A quién pretendía engañar? No era una criminal profesional. Las probabilidades de conseguir hacer desaparecer cualquier rastro de sí misma de esa habitación era casi imposible. Se trataba de la policía científica de quien estaba hablando, personas que dedicaban su vida a buscar pruebas, por ínfimas que fueran para encontrar al culpable. Su biología estaba en toda aquella habitación: su piel, su pelo, cualquier pestaña, su saliva en la copa, sus huellas en los muebles. Alicia giró observando toda la habitación y sintió que no tenía escapatoria. Las paredes parecían juntarse unas con otras haciendo cada vez más pequeño el espacio vital allí dentro.

Era cuestión de tiempo que dieran con ella. Hasta entonces esperaría en su casa.

Se sentó a los pies de la cama y se echó a llorar, desbordada por la situación. ¿Cómo era posible que una vida pudiera cambiar tan radicalmente de un día para otro? Hacía tan sólo cuarenta y ocho horas, estaba en su casa deseando recibir la llamada que le confirmase que había sido la ganadora del concurso, que le abriría las puertas para conocer a la persona que más admiraba del mundo. Y ahora... Levantó la mirada, vio su imagen en el espejo y, a su lado, el bulto blanco. La había matado. Le había arrebatado la vida.

En un segundo.

Y había arruinado la suya también en ese sencillo segundo.

El recuerdo vívido del golpe dibujaba perfectamente el instante en el que todo había cambiado. Era fácil volver a él una y otra vez, adelante y atrás. Como si se rebobinase una película. Antes del golpe, todo era perfecto. Justo después, su vida ya no era la misma. Jamás volvería a serlo. Independientemente de si acababa en la cárcel, la Alicia antes del golpe y la de ahora eran dos personas completamente diferentes. ¿Cómo podría soportar durante el resto de su existencia que sus manos habían quitado la vida a otra persona? ¿Cómo podría convivir consigo misma sabiendo que había matado a Eris Alhena?

—La he matado —las palabras salían de su boca en susurros apenas audibles mientras observaba el cuerpo a su lado—. La he matado. Decirlo en voz alta la hizo ser consciente de lo que eso significaba. ¿Qué importaba ya que Eris la hubiera drogado o no, o que hubiera podido llegar a decepcionarla su comportamiento? Eso no importaba. Muchas personas nos pueden decepcionar, pero una sigue adelante y aparta de su camino aquello que no le aporta nada. Lo que ella había hecho tenía una importancia mucho más grave que el simple hecho de haber descubierto la verdadera personalidad de la escritora. Lo que ella había hecho... no tenía palabras para describirlo.

—¿Cómo voy a poder vivir después de esto?

Alicia volvió a clavar su mirada en el cuerpo y se preguntó cuánto tiempo llevaría en ese estado. ¿Estaría fría? ¿Cuánto habría tardado en morir?

Entonces, contempló la posibilidad de que no estuviera muerta y aún hubiera posibilidades de salvarle la vida. Como impulsada por un resorte se levantó de la cama y la rodeó hasta colocarse frente a ella. La imagen desde ese lado era todavía más escalofriante que de espaldas: tenía los ojos medio abiertos, la expresión de la cara... no dejaba lugar a la duda. El rostro afilado, la mueca de la boca, la palidez de la piel, y la mirada totalmente perdida, extraviada. Acercó la mano temblorosa al cuello desnudo de la escritora para tomarle el pulso, aunque estaba segura de que no iba a encontrar ningún signo de vida allí. Presionó el dedo índice y corazón sobre él. Estaba helada.

Se llevó la mano izquierda a la boca para reprimir una arcada mientras lloraba. Una arcada no de asco, sino de angustia. Aguantó unos segundos y en seguida apartó la mano. No fue capaz de permanecer más tiempo en contacto con su piel. Tampoco le pareció que hiciera falta.

Era evidente que estaba muerta.

De manera infantil, Alicia deseó poder recurrir a alguno de sus trucos para poder restaurar lo que había hecho. Devolver a su estado natural lo que había sido desnaturalizado. Sabía que no serviría de nada. Su magia no podía resolver el truco, no podía realizar el prestigio y regresar a la normalidad. El giro no tenía vuelta atrás.

Levantó la mirada y echó un último vistazo alrededor. Decidió dejar todo como estaba y marcharse. No iba a entregarse porque le resultaba demasiado duro admitir que era una asesina, pero no iba a dificultarles que pudieran dar con ella. Había cometido un crimen y tendría que pagar por ello. Quizá esa sería la única manera de soportar la vida cargando con algo así sobre la espalda. Lloraba, pero el llanto ya no era acongojado, ni angustiado. No se percibía dentro de su propio cuerpo. Había una extraña calma dentro de ella. Los ojos le ardían y de pronto sintió la irrefrenable necesidad de que alguien la abrazase y le dijera que todo iba a ir bien, aunque fuera una mentira. Cogió su mochila, salió de la habitación y bajó las escaleras corriendo.

Una vez fuera se vio en mitad de una zona residencial con muchos árboles, rodeada de casas unifamiliares pero no de construcción homogénea. Supuso que se encontraba en una zona más o

menos rica. Los diseños de las casas parecían sacados de una revista, obras a medida provenientes de la mano de arquitectos contratados para construir la casa de sus sueños. Algo así sólo se puede pagar si uno tiene dinero y Eris Alhena, claramente lo tenía.

Sacó su teléfono móvil y ordenó al GPS que localizase su ubicación. No estaba muy lejos de Madrid capital. La urbanización pertenecía a Majadahonda. En el plano, comprobó que si caminaba unos setecientos metros calle abajo, acabaría en una avenida principal. Allí había una parada de autobús. Se puso en marcha y a lo largo de toda la calle lo único que se oían eran sus pasos. Deseó hacer menos ruido, pasar desapercibida, pero el silencio allí era tal, que casi habría podido escuchar las pisadas de una hormiga, o al menos eso le pareció a ella. Cuando llegó a la parada echó un vistazo al plano de la marquesina. Por suerte uno de los autobuses que pasaba por allí la llevaba a la ciudad directamente.

Se sentó a esperar.

Poco a poco comenzó a llegar más gente a la parada y Alicia empezó a sentirse incómoda. ¿Eran imaginaciones suyas o todo el mundo la observaba? Se limpió los ojos. Quizá las lágrimas habían arrastrado el poco maquillaje que se había echado la noche anterior. Se miró los dedos para comprobar si había algún resto negro de la máscara de pestañas que pudiera confirmar su teoría. Entonces vio la sangre reseca en sus manos y recordó que su pelo había quedado manchado por la de Eris. Sacó un pañuelo de la mochila y se lo colocó sobre la cabeza.

El viaje en el autobús se le hizo interminable. Cada vez que alguien se la quedaba mirando, en sus ojos, se reflejaba su propia culpabilidad, como si fueran capaces de ver lo que había hecho. La atrocidad que había hecho. Según avanzaban las paradas, entraba más y más gente, y ella lo único que quería era encontrarse sola, lejos de todas esas personas que parecían juzgarla sin conocerla. «Ha sido un accidente», quería gritar, «no soy una asesina». Pero lo cierto es que sí lo era y decir lo contrario sería mentir.

En cuanto reconoció una de las calles colindantes a la casa de Sofía, se bajó del autobús aliviada por poder abandonarlo, sintiendo a su espalda la mirada de los que se quedaban dentro. Callejeó hasta que finalmente llegó a la casa de su amiga. Avanzó hasta alcanzar su portal y de manera automática levantó el dedo y lo colocó sobre el portero, pero antes de pulsarlo pensó en qué era lo que iba a decirle a Sofía. «¿Qué haces aquí», se preguntó. «¿Qué vas a contarle? ¿Cómo crees que se va a tomar algo así? No es como otras veces en las que puedes haber metido la pata y necesitas su consejo. Esto es grave. Muy grave. Has matado a una persona y no a cualquier persona. Has matado a una escritora conocida. ¿Qué piensas que hará? ¿Darte una palmadita en la espalda y decirte que no pasa nada? ¡No! Tú has cambiado de ayer a hoy. Ya no eres la misma y cuando se lo digas también cambiarás para ella. Además, al contárselo la colocas en la tesitura de tener que ser cómplice guardando tu secreto o de tener que entregarte a la policía». Sabía que eso era lo que le decía la lógica pero en aquellos momentos necesitaba una amiga. Alguien con quien poder desahogarse. Se preguntó dónde estaba la sensatez de la que ahora hacía gala cuando se emborrachó la noche anterior. Ignorándola por completo pulsó el portero automático y esperó, temblando, a que respondiera.

—¿Quién es?

Por el tono de voz, la había despertado.

—Soy Alicia —respondió casi en un lamento.

Sin más respuesta, el sonido de la puerta al abrirse fue su invitación para pasar. Cuando Sofía abrió, terminándose de atar la bata a la cintura, la sonrisa con la que la recibió se tornó en una mueca.

—¿Qué haces con eso en la cabeza?

Alicia se llevó la mano al pañuelo, pero no fue capaz de quitárselo. Aún no.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sofía mientras tiraba de ella para que entrase en el piso.

La maga quería hablar pero las palabras no salían de su boca. Sofía la detuvo en su camino hacia el salón y la obligó a volverse.

—Alicia, ¿qué ha pasado?

Sofía la sujetaba con fuerza de los brazos y Alicia era incapaz de levantar la mirada. ¿Vería ella también la culpabilidad en sus ojos? Se frotaba las manos de manera inconsciente. Sofía las miró y vio los restos de sangre.

—¿Qué es esto?

Alicia rompió a llorar y se abrazó a su amiga que, en silencio, la envolvió con los suyos.

—Tranquila. Ya estás a salvo.

A Alicia eso no era lo que le preocupaba. Ella misma había resultado ser el peligro. Sofía no insistió con más preguntas por el momento. Simplemente se quedaron en la misma posición durante varios minutos mientras Alicia se desahogaba y liberaba toda la tensión acumulada a través de las lágrimas.

—Necesito un poco de agua.

Sofía fue hasta la cocina y la maga se sentó en el sofá del salón. Le entregó el vaso y se colocó a su lado, esperando a que fuera ella la que tomara la iniciativa para hablar. Tenía que dar una explicación a su amiga, si no ¿para qué había ido hasta allí?

—Ha... ha... —era incapaz de pronunciar las palabras.

—Tranquila.

Los ojos de Alicia estaban clavados en el fondo del vaso, ahora vacío, buscando la mejor manera, si es que la había, de contarle lo que había sucedido.

—Sofía ha ocurrido algo que...

Volvió a echarse a llorar, ocultando su rostro con las manos. Sentía que el aire le faltaba.

—¿Cómo voy a vivir después de esto?

—Cielo, ¿has ido al hospital a que te hagan un reconocimiento médico? En estos casos es necesario hacerlo siempre. Y poner una denuncia.

Alicia salió de su escondrijo y miró a su amiga. ¡Pensaba que la habían violado! Creía que ella era la víctima. ¡Qué equivocada estaba! ¿Cómo iba a decírselo? ¿Qué ocurriría cuando pasase de ser víctima a verdugo? Negó con la cabeza.

—Sé que puede resultarte duro, pero no hay que dejarlo estar. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Sofía...

—No, Alicia. En esta ocasión no puedo dejar que decidas lo que creas más conveniente. En este momento no tienes la mente clara. Estás influida por todo lo que ha pasado. Lo he leído otras veces. Te sientes humillada y no quieres volver a recrear lo vivido. Sólo olvidar.

—Sofía, no me han violado.

Su amiga contrajo las cejas en expresión de absoluta perplejidad. Alicia se llevó la mano al pañuelo y, poco a poco, se lo quitó. Sofía abrió la boca pero no emitió sonido alguno.

—¡Estás herida!

Inmediatamente se puso a revisar la cabeza de la maga en busca de la herida, pero no fue capaz de encontrarla. Despacio, se apartó para poder mirarla con perspectiva.

—¿De quién es toda esta sangre?

—Ese es el problema, Sofía. Esta sangre no es mía.

—¿Es de tu agresor? ¿Lo has...?

Las palabras se quedaron perdidas en la garganta de Sofía que se levantó y comenzó a pasear de

un lado a otro del salón con una mano apoyada en la cintura y otra en la cabeza.

—No pasa nada, buscaremos la manera de solucionarlo. Ha sido en defensa propia.

—Sofía.

—Debemos llamar a un buen abogado. Tengo una amiga que podría hacernos el favor además está especializada en casos de violencia y acoso.

—Sofía.

—Tienes que decirme dónde ha sido. ¿Has escondido el cuerpo o ha quedado a la vista?

—Sofía. No ha habido ningún violador.

Su amiga se quedó parada observándola como si fuera incapaz de comprender lo que le había dicho.

—¿Cómo?

—Por favor, siéntate. Lo que tengo que decirte es muy grave.

Sofía obedeció y se sentó a su lado.

«Tengo miedo. Tengo miedo de perderla», se dijo y bajó la mirada avergonzada. No se veía con fuerzas para mirarla a los ojos y confesar. Temía ver en ellos la decepción. No quería ser consciente del cambio que iban a experimentar en el momento en que le dijera que había cometido un asesinato.

—Anoche...

—¡Eso es! Comencemos por el principio —la animó Sofía—. Así será más fácil para ti.

Esas no serían las palabras que utilizaría para explicar su situación en esos momentos.

—Anoche cené con Eris Alhena en el Khimaira —Sofía asintió—. Todo fue bien. Ella se comportaba de manera extraña. Al menos me pareció que era diferente a la idea que yo tenía de ella.

—Bueno, ya sabes que la imagen que suelen dar los famosos en televisión no tiene por qué corresponderse con la realidad.

—Sí, lo sé. De hecho, tras recibir una llamada volvió y su comportamiento fue más distendido, más como suele ser en las entrevistas. Venía con una copa en la mano.

Sofía abrió la boca como para decir algo, pero finalmente asintió para confirmar que entendía a lo que se refería.

—Vamos que le da a... —hizo el gesto con la mano para indicar que bebía.

—Eso creo yo.

—Lo siento, cariño. ¿Te decepcionó mucho?

Alicia negó y, a mitad de gesto, se encogió de hombros. ¿Acaso eso importaba ya?

—El caso es que bebí yo también.

—¿Tú?

—No quería parecer una mojitata. Sentía que esperaba algo de mí y no me veía capaz de cumplir con sus expectativas —se excusó intentando justificar su comportamiento que ella misma encontraba censurable.

Sofía abrió las aletas de la nariz como muestra de reproche. Ya lo sabía. No hacía falta que la recriminase el haberse comportado como una adolescente. Era plenamente consciente de que esas actitudes eran más propias de esa edad que de la suya. Jamás había hecho nada que no hubiera querido sólo por impresionar a alguien o para encajar en algún sitio. Siempre había sido fiel a sus principios y a lo que le dictaba su conciencia. En esos momentos no sabía qué era lo que su conciencia tenía que decir y lo que menos le preocupaba era el haberse emborrachado para caer bien a la escritora.

—El caso es que me invitó a pasar la noche con ella.

—¿Con ella?

—Sí. Yo tampoco me lo podía creer.

—¿Y qué hiciste?

—Acepté.

—Mira la mosquita muerta. Pero no vayas a creerte que tuviste éxito por beber.

—De hecho me arrepiento de haber bebido tanto. Cuando llegamos a su casa...

—¿Estuviste en su casa?

—Sí, pero hasta esta mañana no he sido consciente de dónde me encontraba.

—¿Esta mañana?! ¿Has pasado toda la noche con ella?!

—Sofía, por favor, me gustaría que no mostrases tanto entusiasmo con todo esto. Me dificulta el poder explicarte lo que ha sucedido.

—Está bien. Lo siento.

Supuso que su amiga no contemplaba en absoluto la posibilidad de que Eris tuviera algo que ver en lo que había pasado. Se mostraba distendida para intentar tranquilizarla, otras veces lo había hecho también. Centrarse en lo positivo que hubiera ocurrido antes de la desgracia para contrarrestar. Lo hizo en el funeral de su abuela haciendo especial hincapié en trivialidades o anécdotas para superar los agonizantes momentos vividos en el hospital hasta el momento de la muerte. Alicia sabía que Sofía no se había olvidado en absoluto de que había ido a su casa por algo grave. Simplemente equilibraba energías para protegerlas, de lo contrario, la marea las arrastraría.

—Como te decía, estaba muy borracha cuando llegué y allí, me ofreció seguir bebiendo. Tomamos champán, pero... después de esa copa todo empieza a volverse confuso en mi recuerdo.

—Probablemente superaste tu nivel de tolerancia al alcohol.

—No, Sofía, fue algo más.

—¿Cómo que algo más?

Su amiga, que hasta el momento se había mantenido lo más neutral posible ante el relato de Alicia, sobre todo desde que había comenzado a contarle los detalles de su cita con la escritora, mudó el rostro.

—Creo que me echó algo en la copa.

—¿Droga?

—Sí. Un alucinógeno. Es posible que LSD, aunque no estoy cien por cien segura.

Sofía negó con la cabeza y, de pronto, abrió los ojos como platos.

—Entonces, ¿toda esa sangre?

—Es lo que trato de explicarte. Durante las alucinaciones vi cosas muy extrañas. Lo último que recuerdo es que la propia Eris apareció tras ella misma y se golpeó con la botella en la cabeza.

—Evidentemente eso es imposible.

—Exacto.

Alicia guardó silencio esperando que su amiga pudiera atar cabos y le ahorrarse el tener que terminar el relato.

—Crees que fuiste tú.

—¿Quién si no? No había nadie más con nosotras.

—¿Y ella? Por la mañana...

Alicia asintió.

—Había sangre en la cama... muchísima —se llevó la mano a la cabeza—. Intenté tomarle el pulso...

Levantó los ojos hacia Sofía que la interrogaba sin palabras.

Alicia simplemente negó.

Su amiga se levantó y reemprendió sus paseos por el salón como si aquel gesto la ayudase a pensar.

—Vale. ¿Alguien sabe que estuviste en su casa?

—El taxista que nos acercó hasta allí.

—¿Crees que podría recordar tu cara? Es posible que siendo de noche no...

Alicia se levantó y detuvo la trayectoria de su amiga.

—Fui la ganadora del concurso. Si ese taxista declara que llevó a la escritora a su casa con otra chica, todo va a apuntar a mí. Hay huellas mías por toda su habitación y probablemente restos de pelos, piel, pestañas... Cuando la encuentren sabrán que he sido yo. No hay modo de librarme de esto.

—No puede ser. Tiene que haber alguna manera —se deshizo de las manos de Alicia y volvió a caminar—. Estabas drogada. ¿No se puede declarar enajenación mental o algo por el estilo?

—Ya lo he pensado, Sofía, pero, ¿de qué serviría?

—¿Cómo que de qué serviría? ¡Estamos hablando de la cárcel!

—¡He matado a una persona, Sofía! Muy posiblemente la cárcel es lo que merezco.

¿Lo merecía? Sabía que la lógica decía que sí, pero los recuerdos, vagos y totalmente ajenos a ella le impedían asumir la responsabilidad, aunque fuera consciente de que era plenamente suya.

Alicia bajó la mirada y vio la sangre reseca en sus manos.

—Necesito lavarme un poco.

Y, sin esperar respuesta, fue hacia el baño.

Ya estaba todo dicho. Agradecía la reacción protectora que había tenido su amiga, que no se había detenido a juzgarla por su acto, pero era necesario que saliera de esa burbuja y afrontara la realidad de la situación. De nada les iba a servir, ni a ella ni a Sofía, comportarse de esa manera, obviando el hecho principal. El asesinato. El crimen. Porque esa era la realidad y no todo lo demás. ¿Qué importaba que estuviera borracha o que la hubieran drogado? Al final, lo único verdaderamente importante era que Alicia había matado a una persona.

Había arrebatado una vida. Y eso no tenía vuelta atrás.

Se arrodilló junto a la bañera y abrió el agua caliente. Cuando tuvo la temperatura adecuada comenzó a mojar el pelo cabeza abajo. El agua que desaparecía por el desagüe estaba teñida de rojo.

Un rojo diluido.

Como diluida sentía la culpa.

Poco a poco, su pelo dejó de estar apelmazado, volvió a ser el mismo de siempre. Estaba limpio y todo lo que le era ajeno había desaparecido. Alicia deseaba que por ese mismo desagüe, toda esa sangre se hubiera llevado consigo lo que había sucedido y toda la confusión de sentimientos que albergaba en su interior, pero no había sido así. Se incorporó y con una toalla se secó el pelo. Al mirarse en el espejo comprobó que por fuera todo había vuelto a la normalidad. Parecía la Alicia de siempre, pero por dentro, todo había cambiado. Jamás podría volver a ser la misma que fue ayer.

Sofía apareció en el umbral de la puerta y se quedó apoyada en el marco.

—No tienes ningún recuerdo de ti misma cometiendo el crimen.

Alicia negó.

—Entonces, ¿cómo sabes que fuiste tú y no otra persona?

—Ya te lo he dicho: no había nadie más allí.

—¿Segura? Dijiste que estabas tan borracha que no sabías ni dónde estabas. ¿Cómo puedes

asegurar que la casa estaba vacía?

—No lo puedo asegurar, pero es lo más probable —Alicia dejó la toalla y agarró las manos de su amiga—. Te agradezco la confianza que estás depositando en mí, pero negar la evidencia no nos lleva a ningún sitio. Yo... yo la maté. Y acarrearé con las consecuencias.

—Pero no puede ser. Tú serías incapaz de matar a una mosca. Pondría la mano en el fuego por ti.

—¿La pondrías por una Alicia completamente alienada de sí misma por culpa de las drogas?

Sofía no respondió.

—Durante ese estado alterado sentí muchas cosas que no creí que pudiera sentir. Tenía pensamientos... Sofía, la Alicia que tú y yo conocemos no lo habría hecho, pero la Alicia en la que me convertí durante el tiempo que duró el efecto de la droga sería capaz de cualquier cosa —sus ojos se quedaron fijos en los de Sofía—. De cualquier cosa.

CAPÍTULO 6

Era cuestión de tiempo que alguien encontrara el cadáver de la escritora y avisara a la policía. Como si Sofía le hubiera leído el pensamiento, encendió la televisión y puso el canal de noticias veinticuatro horas.

—En cuanto se sepa algo, darán la noticia —afirmó su amiga dejando el volumen de la tele lo suficientemente alto como para escuchar de fondo con claridad lo que decían pero lo suficientemente bajo para que pudieran hablar.

Alicia asintió. Claro que darán la noticia. No se trataba de una muerte cualquiera. Se trataba de la muerte de Eris Alhena. Paradójicamente eso suponía un alivio: podían estar completamente seguras de que saldría en la prensa sí o sí. No sería algo que pasase desapercibido. De esta manera, una vez se supiera, sabría que en cuestión de horas, o como mucho unos días, la policía aparecería en su casa para detenerla como principal sospechosa.

Se tumbó en el sofá y abrazó unos de los cojines mientras veía pasar las imágenes en el televisor. Odiaba las noticias. Detestaba que la prensa únicamente utilizara aquellos reportajes que mostraban todo lo negativo, todo lo que ponía en evidencia la maldad de las personas y de la sociedad. Y le repugnaba la cara de los presentadores a los que a veces imaginaban con largos colmillos dando la noticia, relamiéndose la sangre ajena en beneficio propio.

Cerró los ojos. Se sentía agotada y aunque deseaba poder quedarse dormida, le resultaba imposible. Los extraños recuerdos de la noche anterior se le aparecían una y otra vez y ella intentaba encontrar en ellos un atisbo de lucidez. Cualquier cosa que le permitiera sentirse vinculada de verdad con lo que había pasado porque, a pesar de estar segura de lo que había visto aquella mañana, aún se mantenía distanciada de lo que había hecho durante la noche. Se preguntó si todos los asesinos se sentirían así después de cometer sus crímenes. Según decían, muchos de ellos eran incapaces de mostrar remordimiento alguno por el acto cometido. A Alicia le pasaba lo mismo: por más que lo intentaba no era capaz de sentirse arrepentida porque no guardaba ningún recuerdo evidente de haber hecho nada. Se sentía mal por la consecuencia en sí: Eris Alhena había muerto y ella había matado a una persona. Eran dos hechos reales, pero se sentía completamente ajena al segundo. Se removió inquieta en el sofá. ¿Padecería algún tipo de trastorno psicológico? Examinó su comportamiento respecto a la escritora. La forma de revisar una y otra vez lo que

escribía, lo que publicaban de ella, las entrevistas... ¿Podrían decir que estaba obsesionada? Su objeto de deseo era Eris Alhena y controlaba todo lo que la rodeaba, la idolatraba y en la cena... ¿Pasó algo en la cena que pudiera desencadenar de manera indirecta una rabia tan fuerte hasta el punto de llegar a matarla?

Volvió a cambiar de posición, se colocó boca arriba y abrió los ojos mirando al techo. Resopló con fuerza, angustiada ante la posibilidad de sufrir algún tipo de trastorno que era incapaz de controlar. ¿Y si volvía a pasarle? ¿Podía saber cuándo y qué lo desencadenaría? Miró a Sofía, sentada a su lado, sin perder ojo a la televisión. ¿Peligraría su vida estando a su lado?

Se incorporó y dejó el cojín a un lado.

—Creo que me voy a ir.

Sofía la miró perpleja.

—¿Por qué?

—Yo... —se puso en pie y fue a la cocina.

Sofía fue tras ella siguiendo sus movimientos.

—¿Qué haces?

Alicia estaba abriendo los muebles de la cocina, revisándolos.

Buscaba algo.

—¿Dónde tienes la lejía?

—¿Lejía? ¿Para qué quieres lejía ahora?

Alicia se incorporó y se puso frente a frente a su amiga. —Me he lavado el pelo en tu bañera. ¡He sido tan estúpida de

lavarme el pelo en tu bañera! Ahora he dejado restos de su sangre en tu casa. Cada segundo que permanezco aquí te estoy haciendo cómplice de mi crimen. Además... quién sabe de lo que soy capaz.

—Alicia, no hables así, por favor.

—Es la verdad —volvió a agacharse—. Si me dices dónde la guardas terminaré antes.

—En el escobero.

Alicia abrió el mueble que había dicho su amiga, cogió la lejía y fue directa a la bañera. Desde allí gritó:

—Dame un estropajo que no te importe tirar a la basura.

Sofía apareció en el umbral de la puerta con el estropajo en la mano. Alicia lo cogió y vertió lejía en él y en la bañera, después comenzó a frotar con fuerza. No tenía ni idea de cómo hacer desaparecer las pruebas, pero lo iba a intentar. Después de repasar todos los rincones de la bañera se puso en pie y cogió la toalla con la que se había secado.

—Espero que no le tuvieras cariño. Dame una bolsa de basura —dijo mientras pasaba a su lado por la puerta.

Sofía fue tras ella.

—En el último cajón.

—¿Qué?

—Las bolsas de basura están en el último cajón.

Alicia cogió una y metió dentro el estropajo y la toalla.

—Ahora me voy a marchar. No tienes que preocuparte por nada, me desharé de la bolsa lejos de tu barrio.

—Alicia, no me gusta lo que estás haciendo. Pareces... pareces...

—¿Una criminal? ¿Una asesina? Siento decirte esto pero lo soy. No de manera voluntaria, pero lo soy. Y no voy a permitir que mi inconsciencia y las consecuencias de ella te afecten a ti de ninguna manera. Ha sido un completo error haber venido aquí esta mañana. No sé en qué estaría pensando. Cogió el pañuelo de su mochila y lo metió también en la bolsa. Fue hacia la puerta.

—Alicia, por favor, no es necesario que te vayas.

Antes de girar el pomo de la puerta principal se volvió hacia su amiga.

—Creo que aún no eres capaz de ver el alcance de todo esto. No te conviene en absoluto relacionarte conmigo. Sólo voy a traerte problemas.

—¿Esto qué es? ¿Algún tipo de despedida?

Alicia inspiró profundamente. No lo había pensado así, pero lo cierto es que de un modo u otro sí podía serlo. No pensaba volver a la casa de su amiga en un tiempo para evitar que pudieran acusarla de complicidad o encubrimiento y es posible que, una vez obtuvieran todas las pruebas, acabase en la cárcel. Así que sí, era una despedida.

—Lo siento, Sofía.

Fue lo único que alcanzó a decir antes de abrir la puerta. Comenzaba a bajar las escaleras cuando escuchó su voz.

—Estaré aquí siempre que me necesites.

—Gracias —dijo en apenas un susurro, sin volverse a mirar.

Salió del portal y no levantó los ojos hacia las ventanas como solía hacer otras veces. Sofía acostumbraba a asomarse y seguirla con la mirada hasta que desaparecía en la esquina de la calle. Esta vez no quiso mirar, para no levantar sospechas, y porque le resultaba muy duro mirarla como siempre siendo consciente de que todo había cambiado; de que no habría más despedidas como esa. Aun así, podía sentir sus ojos siguiéndola, salvaguardando su camino.

Cuando dobló la esquina, el vínculo que la había mantenido unida a ella se rompió y Alicia comenzó a caminar con pasos seguros y fuertes. Debía armarse de valor para afrontar todo lo que estaba por llegar. Decidió regresar caminando a su casa. Estaba a unos cinco kilómetros de la de Sofía, y para llegar a ella dio un rodeo. Debía deshacerse de la bolsa de basura en un punto inconexo entre ambas casas. Una vez lo hizo, se quitó un peso de encima.

Cuando entró en su casa, todo seguía tal y como lo había dejado la tarde anterior, eran sus cosas, y sin embargo de algún modo se sentía desconectada de todo, como si no le perteneciera. «Todo esto es de la otra Alicia y esa ya no va a volver», se dijo. En la estantería superior de la librería del salón estaban todas las novelas de Eris Alhena, así como las revistas y periódicos que contenían artículos y entrevistas de ella. La Eris Alhena que ella conocía, justamente la que contenían todas esas palabras de la estantería, había dejado de existir también. Para un ojo cualquiera pasaría desapercibido, pero para Alicia, *Ángel caído* resaltaba entre todos los demás libros. Había sido su Biblia, su Corán y su Torá. En él había encontrado las respuestas a muchas preguntas que se había hecho, y también un modo de enfrentarse a ellas.

Al menos todo eso era lo que significaba para la Alicia de ayer. Se preguntó qué significaría para la Alicia de ahora. Esperaba abrirlo y reencontrarse con las mismas sensaciones que había sentido una y otra vez cuando lo había leído. A fin de cuentas, reencontrarse consigo misma. Si era así, ¿podría asegurar que seguía siendo la de siempre? ¿Si su manera de vivirlo era diferente sería una confirmación de que ya no era la misma? ¿Y eso suponía algo negativo? Eris Alhena también había cambiado en los dos años que habían transcurrido. «Todos cambiamos. Todos

estamos en constante evolución», se dijo. «Lo que hicimos ayer construye lo que seremos mañana. Pero construimos sobre los cimientos que ya existen. Una no puede dejar de ser una misma complemente. La estructura evoluciona o cambia el material que nos construye pero se asienta sobre una base. No puede ser que haya cambiado tanto, hasta tal punto que mi propia esencia sea tan diametralmente opuesta a como ha sido hasta ahora. Soy una asesina porque el hecho en sí así lo determina. Acción-reacción. Causa-efecto. Pero no soy de naturaleza una asesina. Las circunstancias me han convertido en una».

Colocó el dedo sobre el lomo del libro, dudando aún si abrirlo y ojearlo justo en esas páginas en las que ella sabía que había una fuerte carga emocional, las que siempre la habían removido por dentro para comprobar si su esencia seguía ahí, si lo mismo que la conmovía ayer, era capaz de conmovérsela hoy y, cuando se decidió a sacarlo, sonó el teléfono. Abandonó su propósito, fue hasta la mochila y sacó el móvil. Era Sofía. Dudó entre contestar y no hacerlo. Finalmente lo hizo.

—No deberías llamarme.

—¿Estás viendo la televisión?

—No.

—Pon el canal de noticias —silencio—. Están hablando de ella.

Alicia hizo lo que le decía su amiga. Era un reportaje sobre la escritora.

« Tras dos años de misterioso retiro, Eris Alhena regresa. Tal como anunciaba su editora hace unos días, la escritora que había buscado en este aislamiento una fuente de inspiración y reflexión, vuelve para no defraudar a sus lectores. Aún no han hecho declaraciones sobre el título o tema de la novela que está a punto de publicar la ganadora del premio Virginia Woolf, pero según ha asegurado su editora “no dejará a nadie indiferente”. Mientras se espera la publicación de esta novela, a la que según su editora “aún se le están dando algunos retoques”, la autora, prolífica como es, ha escrito durante este tiempo un libro de relatos que saldrá a la venta la próxima semana. Con motivo de esta publicación hay convocada una conferencia para mañana en el Círculo de Bellas Artes donde la autora...».

El reportaje hizo un repaso sobre las novelas de más éxito de la escritora y dio paso a otra noticia relacionada con el mundo de las letras.

Ni una palabra de su muerte.

—Aún no la ha encontrado nadie.

—Ya veo —comentó Alicia.

—Antes de mañana alguien intentará contactar con ella para la

conferencia.

—Supongo.

—Entre hoy y mañana.

—Lo sé.

—No me puedo creer que esto esté pasando de verdad. —Sofía voy a colgar.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—Voy a ir a tu casa —dijo tajante Sofía.

—No.

—Sí. No voy a permitir que pases estos dos días sola en casa. —Y yo lo que no puedo permitir es que acabes en la cárcel por

mi culpa.

—Voy a ir.

—No pienso abrirte la puerta.

—Pues me pondré a llamarte a voces en mitad de la calle para

que a nadie le pase desapercibido que estoy ahí y que quiero verte.

Ahora fue Alicia la que provocó el silencio al otro lado del teléfono. Negó con la cabeza y cerró los ojos. No quería que Sofía lo arriesgara todo por ella, pero en el fondo estaba deseando la compañía de alguien.

—Está bien —accedió al final.

Cuando Sofía entró en su casa, Alicia no podía imaginar lo que su amiga había planificado durante el camino.

—Aún estamos a tiempo —dijo mientras cerraba la puerta y llevaba a Alicia hacia el salón.

—¿A tiempo de qué?

—De eliminar las pruebas.

—¿Qué estás diciendo, Sofía?

Alicia pensó que había perdido el juicio por completo. Ella ya había contemplado la posibilidad de deshacerse de las pruebas o restos que pudieran incriminarla pero lo había descartado por imposible. Estaban hablando de muchísimas variables que podían escapar a su control y si detectaban que habían intentado acabar con las pruebas la condena llevaría consigo agravantes. Lo último que quería era empeorar las cosas.

—Lo que digo es que nadie ha encontrado el cuerpo aún. Podemos regresar y eliminarlo todo.

—Sofía, creo que te has vuelto loca.

—Si no hay pruebas no pueden culparte.

—Su habitación al completo debe estar repleta de restos míos. Es imposible que consigamos hacer desaparecer todo.

Sofía se quedó pensando unos segundos en lo que Alicia decía. Entonces la miró con los ojos abiertos de par en par como si acabase de tener una idea mejor.

—¿Y si nos deshacemos del motivo principal?

—¿A qué te refieres con el motivo principal?

—Me refiero a que si encontrar el cuerpo de la escritora es lo que va a desencadenar que busquen pruebas y por tanto tus restos en su habitación, por qué no deshacernos del cuerpo. Sin cuerpo no hay delito, ¿no? ¿No es eso lo que dicen?

Alicia se quedó estupefacta ante la argumentación de su amiga. Después de unos segundos de inmovilidad y perplejidad absoluta, la maga parpadeó varias veces y se echó a reír. ¡Aquello era una completa locura!

—Nos podrían pillar con las manos en la masa. Además, no tenemos ni idea de cómo hacerlo y cada minuto que pasa aumenta la probabilidad de que alguien vaya a la casa o intente contactar con ella. Es demasiado tarde —se llevó las manos a la cabeza—. Pero qué estoy diciendo. Esto es absurdo.

—Puede que no.

—Sofía, deja de decir tonterías.

—Eris siempre ha sido una persona muy estrambótica. Podría suceder que desapareciera sin decirle nada a nadie. Además, tú te has leído todas sus novelas, sabes cómo escribe, quizá

podríamos falsificar algún tipo de nota escrita desde su propio ordenador e impresa en su propia impresora. ¿Quién podría dudar de su autenticidad?

—¿Profesionales de estilo y escritura? Olvídate. No vamos a volver a esa casa. En primer lugar, porque no tengo la llave y, por tanto, no veo la manera de poder entrar en ella. En segundo lugar, no tenemos ni idea de cómo deshacernos de un cadáver sin dejar restos —Sofía abrió la boca para hablar y Alicia supuso que ya se había encargado de buscar información en internet sobre el mejor modo de hacerlo—, y aunque lo supiéramos —continuó Alicia evitando que su amiga tomase la palabra—, lo suyo sería hacerlo en un lugar alejado, tranquilo y seguro para evitar que nos cojan en mitad del proceso —Sofía asintió confirmando esto último—, y no veo ninguna manera de desplazar un cadáver sin que nos pillen.

Sofía dejó caer los hombros.

—¿Entonces vamos a rendirnos? ¿Así, sin más? —Y se echó a llorar.

—No me estoy rindiendo —Alicia la envolvió con sus brazos.

—No quiero que te metan en la cárcel —sollozó apretando su boca contra el hombro de la maga.

—Ni yo —dijo mientras acariciaba el pelo rizado de su amiga.

—Si hay una posibilidad, ¿por qué no intentarlo?

—Porque tengo que asumir la responsabilidad de mis actos —Alicia apartó a Sofía para que la mirase—. Si me pasara algo parecido a mí, ¿no querrías que se hiciera justicia? ¿Que la persona que lo hizo pagara?

Sofía asintió.

—No voy a encubrir ni a mentir. Hice lo que hice y ha sido el mayor error de mi vida, pero no estamos hablando de algo que se pueda enmendar. Sofía, —tragó antes de continuar hablando porque las palabras se le atravesaban en la garganta—, le he arrebatado la vida a alguien —se apartó de ella y se desplomó en el sofá—. No hay manera de escapar de eso, ni aún eliminando todas las pruebas del mundo.

Sofía se sentó a su lado y le pasó la mano por la espalda, acariciándola mientras se secaba las lágrimas con la otra.

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó Alicia.

—Ni siquiera me he parado a pensar en cómo te sientes tú. Me he obsesionado con las consecuencias inmediatas pero no había reparado en las secuelas psicológicas que algo así puede dejar en ti.

Alicia la miró y sonrió, aunque sus ojos delataban el cansancio físico y el agotamiento mental que arrastraba.

—Lo cierto es que no sé cómo me siento —ocultó su rostro con las manos y negó. A continuación, abandonó su escondite y volvió a mirar a Sofía—. En realidad sí lo sé. He matado a alguien y no soy capaz de sentir nada. Y eso... me aterra. ¿Qué clase de monstruo soy?

—¿Cómo que no sientes nada?

—Nada de arrepentimiento. Nada de culpa.

Sofía frunció el ceño sin comprender.

—No puedo creerme que no te arrepientas.

—Claro que me arrepiento. Cuando lo pienso fríamente, soy consciente de que esa muerte ha sido culpa mía, pero no consigo sentirme mal. Siento como si yo no lo hubiera hecho. Como si hubiera sido otra persona. Me siento todo lo mal que puede una sentirse cuando sucede algo malo por su culpa por accidente. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Intento recordar. Intento que los recuerdos verdaderos vengan a mi cabeza, pero tengo todas esas imágenes confusas y totalmente surrealistas ocupando todo y no consigo verme en ninguna de ellas haciendo nada malo. ¿Puedo ser culpable de algo que no recuerdo haber hecho?

Alicia pensó que sí, que no recordar no la eximía de culpa de cara a los demás pero, ¿internamente? Algo no funcionaba de manera correcta. Deseaba con todas sus fuerzas conseguir verse golpeando a la escritora y, aunque la visión fuera horrenda, la prefería a esto. Al menos con ella tendría un motivo tangible para martirizarse. Ahora, su única realidad eran los recuerdos ficticios que guardaba de la noche.

—Quizá poco a poco acaben aclarándose.

—¿Y si no?

Sofía suspiró y Alicia supuso que no encontraba una respuesta adecuada que darle.

—¿Y si esto es lo único que tengo?

—Entonces habrá que esperar a que la policía haga sus averiguaciones. Ellos son los únicos que pueden darte la respuesta que estás buscando.

—Sofía, estoy asustada.

—La verdad siempre da miedo porque puede confirmar nuestros peores temores.

—¿Y si en realidad no estaba bajo los efectos de ninguna droga?

—¿Qué quieres decir? Dijiste que te habían drogado.

—Eso he pensado todo el tiempo. La alteración de los sentidos y los restos de polvo blanco que encontré sobre la bandeja me hicieron pensar en algo así pero, ¿y si no me drogaron?

—No te entiendo, Alicia.

La maga se puso de pie y decidió poner todas las cartas sobre la mesa. No podía seguir reprimiendo más el temor que estaba detrás de todas aquellas suposiciones.

—¿Y si padezco algún tipo de trastorno de la personalidad?

—Pero qué estás diciendo.

Sofía se puso en pie en actitud defensiva.

—Escúchame. Hay personas que sufren episodios de disociación de la personalidad, que son capaces de vivir dos vidas diferentes sin que la personalidad de una albergue recuerdos de lo que hace la personalidad de la otra. Y si sufro algo parecido. Es lo único que podría explicar el por qué no tengo ningún recuerdo de haber hecho lo que es evidente que he hecho.

Sofía se acercó a ella y la sujetó por los brazos con fuerza obligándola a que la mirase.

—Ahora escúchame tú a mí. Sí que tienes recuerdos de esa noche. Si hubieras tenido un desdoblamiento de la personalidad, como tú dices, no recordarías nada de esa noche, en cambio sí te recuerdas allí. Recuerdas lo que pasó porque viste cómo Eris era golpeada aunque no seas capaz de verte haciéndolo. Eso es producto del efecto de la droga.

—¿Tú crees?

—No sólo lo creo. Lo sé.

Alicia deseaba tener fe en lo que decía su amiga. Ver con tanta claridad que no era nada que estuviera en su cabeza y, por tanto, fuera de su control, lo que la había colocado en esta situación sino una serie de catastróficos y desafortunados acontecimientos ajenos a ella que podía controlar y evitar que volvieran a suceder. Pero no estaba segura.

Volvió a sentarse en el sofá y Sofía fue tras ella, se sentó a su lado y la abrazó. Alicia cerró los ojos y durante unos segundos se abandonó. Se permitió respirar hondo y, al hacerlo, se sintió de algún modo aliviada. Ser consciente de la presencia física de su amiga, saber que no estaba sola, la reconfortó. Deseó poder aislarse en una burbuja que las envolviera y dejara fuera de ella todo lo demás. Un lugar en el que no existiera ni el tiempo ni el espacio, un lugar en el que el pasado y

el futuro no importasen, donde sólo contase el presente y ese momento. Donde ese abrazo fuera todo. Pero esa burbuja no existía y lamentablemente el pasado condicionaba su presente y su futuro.

Recordó las palabras de su amiga. Sólo la policía podía darle las respuestas que buscaba, sólo ellos podrían contarle qué había sucedido exactamente en esa habitación durante la noche. Por tanto, que descubrieran el cadáver era lo único que podría apaciguar el desasosiego que sentía dentro, esa extraña sensación de culpabilidad ajena.

Sólo les quedaba esperar. Y ante esa revelación una insólita paz se adueñó de ella.

—¿No tienes hambre?

—¿Qué? —preguntó Sofía, confusa.

—No he comido nada desde anoche y estoy hambrienta. —¿Cómo puedes estar pensando en comer?

—No sólo pienso en comer. Pienso en todas las cosas que ahora puedo hacer con libertad y que muy pronto dejaré de poder hacerlas.

Sofía guardó silencio un momento antes de contestar.

—La verdad es que yo tampoco he desayunado hoy.

Alicia miró su reloj.

—Daría cualquier cosa por unas tortitas o unos churros, pero por las horas que son yo diría más bien que deberíamos estar pensando en la comida, más que en el desayuno.

—¿Quién lo dice?

—El reloj.

—Al diablo con las horas y los convencionalismos. Si quieres tortitas o churros, tendrás tortitas o churros. Y desayunaremos en la comida o comeremos en la merienda. Haremos lo que queramos.

Alicia sonrió. Agarró la mano de su amiga y la apretó con fuerza.

—Gracias.

Sofía le devolvió la sonrisa.

—Te lo dije: estaré aquí siempre que me necesites.

Su amiga cogió la mochila que había traído y se dirigió a la puerta de la entrada.

—¿Adónde vas?

—¿Cómo que a dónde voy? A por tu desayuno-comida.

—De eso nada. Nos vamos las dos juntas.

Alicia cogió su propia mochila y se acercó a su amiga.

—Quiero aprovechar al máximo el tiempo que me queda de libertad —y entrelazó los dedos de su mano con los de ella.

Se sintió afortunada de tenerla a su lado. Las palabras de Sofía no eran volátiles y ligeras como para que el viento se las llevase. Tenían peso y se mantenían firmes. Eran ciertas: siempre había estado ahí, en lo bueno y en lo malo. Nunca le había fallado. Y sabía que seguiría siendo así en adelante. Era la única persona en la que confiaba ciegamente. La única en la que mantenía esa confianza después de lo de Lilith; la única de la que nunca había dudado. Jamás cambió su actitud hacia ella después de la traición de la vampira porque en ningún momento contempló la posibilidad de que Sofía pudiera hacerle algo semejante. Y a pesar de lo execrable de la situación en la que se encontraba ahora, se sentía extremadamente dichosa al saber que podía contar con ella; que no estaba sola.

Salieron del piso y fueron a la busca y captura de la cafetería que aún tuviera churros del desayuno o que estuviera dispuesta a servir tortitas a aquellas horas. Sofía no le soltó la mano. Ni cuando bajaron las escaleras, ni cuando se encaminaron calle arriba rastreando los locales de la

zona. Era como si quisiera transmitirle seguridad, como si dijera «mientras estés a mi lado, nada malo puede pasarte».

Y Alicia lo creía y no quería que la soltara. Aquello era más real que todo lo que había sucedido desde la noche anterior y, a la vez, más confuso. Observó a Sofía mientras preguntaba a uno de los camareros la posibilidad de conseguir su objetivo. Amable, siempre con una sonrisa, solía caer bien a la gente. Cuando hablaba se la escuchaba porque tenía cosas interesantes que decir y lo que no lo era tanto conseguía que lo fuera. Se volvió y guiñó un ojo a Alicia mientras levantaba el dedo pulgar en señal de victoria.

Jamás había sentido la necesidad de abrazarla como lo estaba sintiendo en ese momento. Era un deseo irrefrenable, como si un poderoso imán ejerciera una fuerza magnética sobre ella y, aunque su cuerpo se resistía a obedecer, todo su interior parecía desbordarse hacia Sofía.

¿Por qué?

Supuso que todo era reacción a una situación límite. Estaba manejando muchas emociones muy diferentes dentro de sí misma desde el día anterior. Era como una bomba de relojería; un cóctel que, de lo dispar que era, tenía que explotar por algún lado. La tensión era tan grande, que cualquier fisura provocaría una fuga. Encontrar una vía de escape que le permitiera rebajar esa tensión suponía un alivio tal, que se agarraba con fuerza a ella. Era como encontrar una isla en medio del océano cuando se ha naufragado: una jamás habría contemplado la posibilidad de vivir allí de manera permanente, quizá ni siquiera se habría fijado en ella al mirar un mapa, aunque siempre hubiera estado ahí. Pero la situación extrema del naufragio conseguía que se convirtiera en el mejor paraíso. Si además resultaba que la isla contaba con agua potable, refugio y comida, provocaba un maravilloso espejismo de plenitud y seguridad. Era la única explicación posible a los sentimientos que estaba experimentando en ese momento. ¿O no?

—Vamos —la llamó Sofía, desde el sitio que había escogido para comer—. Si tardas más pido por ti.

Alicia se acercó hasta la mesa que estaba junto a la ventana. Fuera la gente iba de un lado a otro, ocupada en sus obligaciones diarias, sin apenas reparar en nada ni nadie. El mundo seguía hacia delante como si nada hubiera sucedido. Se preguntó a cuántas personas les importaría que hubiera muerto Eris Alhena. A cuántas les afectaría en algo que esa persona concreta hubiera dejado de existir. Entonces, por primera vez desde que descubriera la muerte de la escritora, pensó en la posibilidad de que tuviera una familia. Se tapó la boca con las manos para evitar que se escapara un lamento de sus labios y cerró los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía acariciándole el brazo.

Alicia negó. Negó porque no quería hablar más del asunto y negó porque poco a poco comenzaba a ser consciente de la magnitud de lo que había hecho. No era sólo una muerte lo que debería cargar sobre sus hombros sino la desdicha de todas esas personas que apreciaban a la escritora, que la querían o admiraban. Debería cargar con el peso de todas esas palabras no escritas, las palabras no dichas, los te quiero y hasta luego que jamás volverían a repetirse, las despedidas interrumpidas.

El camarero se acercó a ellas con la comida.

—He pedido todo: churros y tortitas. Y un chocolate caliente, que sé que te gusta.

La maga asintió intentado sonreír. No quería mostrarse desagradecida con su amiga después de aquello. No sólo no había cambiado su forma de verla después de conocer la verdad, sino que no la había abandonado a su suerte, se había incluso ofrecido a eliminar las pruebas que pudieran incriminarla. Estaba dispuesta a arriesgar su propia libertad por ella. Lo menos que podía hacer era sonreír, pero sonreír sinceramente, para agradecerle todo lo que estaba haciendo. No le

resultó muy difícil. Sólo tuvo que mirarla durante unos segundos para volver a sentir esa sensación de bienestar que le proporcionaba estar a su lado. Alicia inspiró profundamente y dejó que la emoción la embargara por completo.

Comenzaron a comer y ninguna de las dos dijo nada. Estaban hambrientas pero hasta ese momento no habían sido conscientes de ello. Alicia intentó apartar cualquier pensamiento relacionado con la muerte de Eris Alhena de su cabeza. No le resultó difícil crear distancia. La imagen de la Eris malvada golpeando a la escritora era suficiente para alejarla de allí y colocarla en un lugar externo a todo. Era su antídoto, su analgésico. Recurrir a esa imagen era suficiente para establecer un muro entre ella y todo lo que había sucedido. Quería disfrutar de cada momento. Cuando la detuvieran y metieran en la cárcel ya tendría tiempo de martirizarse. Ahora sólo existían ella, Sofía y los deliciosos platos que tenían delante.

La maga cogió la taza y saboreó el chocolate caliente y, después de terminarse el último churro, extendió la nata y el sirope por encima de las tortitas con el cuchillo. Cortó un pedazo y se lo metió en la boca.

—¡Uhm! —cerró los ojos de placer. No sabía si era por el efecto naufragio pero aquello le supo a gloria—. Hacía años que no comía unas tortitas como estas. Creo que voy a tener un orgasmo.

—Sssh —dijo Sofía llevándose el dedo índice a los labios para indicarle que no hiciera ruido, mientras intentaba contener la risa—. Nos está mirando todo el mundo.

Alicia se volvió y comprobó que, efectivamente, estaban siendo el centro de atención.

—¿Lo he dicho demasiado alto?

Sofía asintió mientras masticaba un pedazo de churro. Alicia empezó a emitir pequeños gemidos, fingiendo que experimentaba un orgasmo.

—Uhm. Sí... ¡Sí!

—¡Alicia! —Le reprendió su amiga dándole una patada por debajo de la mesa.

La maga se rio y juntó las manos a modo de disculpa.

—Lo siento. No he podido evitarlo.

—¡Acabas de hacer un Meg Ryan! —exclamó Sofía levantando las cejas varias veces—. Es la primera vez que te escucho tener uno.

—Esto ha sido falso completamente. La realidad supera a la ficción —y le guiñó un ojo.

—Cuando estuvimos viviendo juntas nunca te oí.

—Bueno, es que por aquella época no estuve demasiado activa que digamos.

—Recuerdo a una chica que trajiste una vez...

—¡No!

—Sí —Sofía se rio a carcajadas—. A esa sí la oí. ¿Qué demonios le hiciste para que gritara de aquella manera?

Alicia se llevó el tenedor a la boca y lo relamió.

—Una maga nunca desvela sus trucos. Si quieres saberlo tendrás que probar.

—¿Me estás proponiendo algo? —susurró Sofía adelantándose un poco sobre la mesa.

Alicia se encogió de hombros y siguió comiendo mientras miraba por la ventana sin dejar de sonreír. ¿Por qué había dicho aquello? ¿Estaba jugando o verdaderamente estaba flirteando con Sofía? «No. Es sólo el naufragio y la isla. De todos modos otras veces hemos bromeado con esto sin que fuera a más. Es sólo un juego».

Se llevó la taza a los labios para terminar lo que quedaba de chocolate. Entonces, se le cayó de las manos y se quedó completamente paralizada, con los brazos en la misma posición, la boca abierta y la respiración entrecortada.

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía mirando hacia la ventana, en la dirección en la que lo hacía su

amiga.

Alicia sólo pudo pronunciar dos palabras:

—Es ella.

CAPÍTULO 7

—¿Qué pasa? —Volvió a preguntar Sofia.

No obtuvo ninguna respuesta. Se fijó en Alicia. Le temblaban las manos que seguían en la misma posición, como si hubiera quedado inmortalizada en una fotografía.

—Es ella —repitió de nuevo en apenas un susurro que, a Sofia, casi le costó escuchar.

Alicia se levantó, sin prestar atención a los restos de chocolate que habían salpicado su camiseta y el pantalón. Empujó la silla hacia atrás con tanta fuerza que estuvo a punto de volcarla. Sofia, comprobaba por la ventana qué había provocado semejante reacción en su amiga cuando, atónita, vio cómo Alicia se encaminaba con pasos torpes a la puerta y salía a la calle. Una vez fuera se detuvo y después arrancó a correr calle arriba.

El corazón de la maga latía desbocado y galopaba con tanta fuerza en el pecho que casi podía sentirlo en la garganta. Quería darle alcance antes de perderla de vista pero, cuando estuvo a un par de metros de distancia, se frenó en seco.

¿Era ella?

Procurando no llamar su atención siguió sus pasos a una distancia prudencial y observó su forma de caminar, estudió con detalle su silueta, el pelo, el movimiento de los brazos al andar... cualquier cosa que pudiera confirmarle que era ella sin tener que llamarla o pedirle que se volviera para comprobarlo. Si era ella de verdad, no se veía con fuerzas para enfrentarse a algo así. Todo volvía a ser confuso. A su mente volvían una y otra vez pasajes, frases sueltas, de *Ángel caído*. ¿Era posible que hubiera regresado?

Después de seguirla durante varias calles sin conseguir asegurar si era ella o si estaba equivocada, intentó decir algo, lo que fuera, para llamar su atención y que se volviera.

—¿Er...?

No fue capaz de pronunciar palabra. Si era ella la impresión sería demasiado intensa. Estaba segura de que se desplomaría en el suelo. Pero tenía que confirmarlo. No podía dejar pasar algo así. No después de todo lo que había sucedido. Necesitaba una explicación y sólo podría conseguirla de su boca. Era la única que podía dar algún sentido al rumbo que había tomado su vida.

Alicia se armó de valor y decidió actuar antes de que el semáforo donde se había detenido se pusiera en verde para los peatones.

—¿Eris? —preguntó y el sonido de aviso para ciegos del semáforo ahogó sus palabras.

La mujer a la que había estado persiguiendo pisó la calzada y comenzó a cruzar la calle. «No es ella. Claro que no es ella. ¿Cómo iba a serlo?», se recriminó apoyando la palma de la mano en la frente apartándose el flequillo que la había empapado de sudor. Pero no pudo evitar continuar mirándola mientras se alejaba. ¿Era tan parecida! Y aun estando segura de que no era posible que la escritora hubiera regresado de entre el mundo de los muertos, Alicia se lanzó sobre el paso de peatones cuando el semáforo ya daba el aviso, parpadeando, de que iba a tornarse rojo.

—¿Eris? —Volvió a llamar y esta vez la voz salió con fuerza de su garganta.

La mujer, que ya había llegado al otro lado de la calle, se detuvo. El corazón de la maga dejó de

latir sobrecogido y, con él en un puño, esperó pacientemente viendo cómo se desarrollaba la situación. Temía volver a repetir su nombre, como si al hacerlo pudiera invocar de verdad el espíritu de la escritora y reencarnarlo en piel y hueso frente a ella, en el cuerpo de aquella mujer. Durante una fracción de segundo contempló la posibilidad de que Eris Alhena estuviera viva. Si era así eso significaba que no había matado a nadie y por tanto su libertad no peligraba. Sólo por eso merecía la pena volver a intentarlo, pronunciar el conjuro, volver a llamarla y hacer que la mujer que tenía frente a ella se volviera y mostrara su rostro, su identidad. Hacer desaparecer el velo que cubría el truco y desvelar qué había tras él verdaderamente: ¿humo o la escritora?

—¿Eris?

Y la mujer se volvió. Y al hacerlo se rompió el encantamiento. O más bien la maldición. Porque una terrible maldición había caído sobre Alicia aquella mañana que había cambiado su vida por completo y de pronto todo se transformaba en humo delante de ella, desapareciendo como por arte de magia. Lo que parecía negro ahora era blanco. Lo que había desaparecido regresaba de nuevo a su estado natural y nada de lo que había sucedido parecía tener una explicación lógica: simplemente había sucedido. El prestigio había tenido lugar y por más que Alicia intentara encontrar la explicación racional al truco, se veía incapaz de hacerlo. Era, ¿magia?

—¿Sí? —dijo la mujer y al ver a Alicia arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Eris? —preguntó una vez más la maga, que no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

—¿Quién si no? —Y la escritora se rio—. Tienes mala cara.

«Tenías que haber visto la que tenías tú esta mañana», se dijo Alicia.

—Parece que hubieras visto un fantasma.

¿Lo había visto? ¿Lo estaba viendo?

—Pero...

Alicia intentaba hablar pero se sentía completamente confusa. Había deseado con todas sus fuerzas que fuera cierto, que la escritora estuviera viva pero tenerla delante confirmando ese hecho ponía en entredicho todo lo que había sucedido durante la mañana.

—¿Cómo? —Fue lo único que alcanzó a decir.

—¿Cómo qué?

Alicia se acercó un poco más a ella para comprobar que no era un holograma, sino tangible. De carne y hueso.

—¿Estás bien? —preguntó la escritora.

—¿Y tú? —le preguntó la maga como respuesta.

—Bueno, he tenido días mejores.

—Ya —Alicia la escrutaba con el ceño fruncido.

—No sé tú, pero creo que ayer me pasé un poco con el alcohol —y sonrió, como siempre sonreía ella, de ese modo cautivador que tanto le había gustado a Alicia.

Ahora esa sonrisa le resultaba escalofriante. Había comprobado el poder hipnótico de sus labios y los efectos que, dejarse llevar por él, podía causar.

—Anoche...

—Lo sé.

Eris se llevó la mano al pecho a modo de disculpa. La había visto hacer ese mismo gesto durante la cena, la diferencia entre ese momento y este es que entonces le pareció sincero y ahora no.

—Me comporté de manera extraña. Y te pido disculpas. Hacía mucho tiempo que no salía con nadie desconocido y creo que se me fue de las manos.

Alicia parpadeó varias veces. ¿En serio?

—Pero esta mañana...

—Ya —bajó la mirada avergonzada—. Vi que te habías marchado antes de que me levantara.

¿Eso era todo lo que tenía que decir acerca de esta mañana? Alicia esperó a que añadiera algo más. Eris se llevó la mano a la frente y entrecerró los ojos.

— O anoche fue horrible o debía de tener un aspecto espantoso para que ni siquiera te quedases a desayunar. Las mañanas no son mi mejor momento, tengo que admitirlo. Y menos aún si he bebido mucho.

« ¿Aspecto horrible? Había sangre por toda la cama y estabas helada como un témpano de hielo. A eso no le llamaría tener un aspecto horrible. Diría que... ¡estabas muerta! Nadie en su sano juicio se habría quedado allí para desayunar».

—Además, tengo un remedio infalible contra la resaca que podría haberte enseñado —la expresión de afectación y disculpa había desaparecido por completo, y la Eris seductora volvía a la carga.

Alicia ya conocía los remedios de la escritora. Se alegraba de no haberse quedado. Quizá le hubiera ofrecido alguna droga para paliar los efectos del alcohol o incluso puede que se la hubiera suministrado en el desayuno sin pedirle consentimiento, tal y como había hecho durante la noche. Algo debió notar la escritora en la expresión de la cara de Alicia, porque dejó de sonreír.

—O puede que no fuera mi aspecto lo que te hizo marcharte esta mañana.

Y la escrutó con la mirada esperando alguna respuesta por su parte. ¿Qué quería que le dijera? ¿Que creía que estaba muerta y por eso se había largado sin llamar a una ambulancia o a la policía? ¿Que había pensado que ella misma la había matado? Resultaba absurdo siquiera plantearse manifestar nada de eso en voz alta. ¿Que se sentía tan confusa por culpa de la droga que ella le había dado que no era capaz de saber con certeza qué había pasado durante la noche? ¿Que aquella mañana había resultado una locura por culpa de ella? Eso sí podía decírselo.

—¿Tan mal estuvo la noche? —preguntó la escritora. —Mira, Eris, yo no suelo beber.

—Cualquiera lo diría —y la escritora volvió a sonreír.

Escuchar aquel comentario fue como recibir el pinchazo de un dardo. Era cierto, se había pasado y Eris no la conocía en absoluto. No tenía por qué creerla. Se sintió estúpida por verse en la necesidad de justificarse pero de algún modo quería cambiar la mala imagen que la escritora hubiera podido llevarse. ¡Ella no era así!

—No suelo beber, pero ayer lo hice. No me preguntes por qué porque nunca lo admitiré en público. Esperaba poder pasar una velada contigo, conocerte... y llevarme un buen recuerdo de esa noche.

—¿Pero?

—Pero apenas guardo recuerdos de lo que hicimos o dejamos de hacer.

—¿No recuerdas nada?

Las imágenes, como fognazos se proyectaron en la retina de Alicia a gran velocidad, hasta que finalmente Eris golpeaba a Eris. No. No podía decir que tuviera recuerdos de lo que sucedió. Al menos no recuerdos reales.

—No.

—Lo lamento. Para ti era un momento especial y yo lo fastidié.

Volvió a llevarse la mano al pecho con afectación. Sí, fue ella la que se cargó la que podía haber sido la mejor noche de su vida. Había conseguido convertirla en una auténtica pesadilla de la que aún no estaba segura haber despertado. Todo era demasiado confuso como para tener claro qué era cierto y qué no.

—Fue decisión mía beber más de la cuenta.

—Ya, pero yo te alenté. Lo siento.

—No es por eso por lo que deberías disculparte.

—¿Ah, no? —La escritora de nuevo se puso seria. Parecía turbada—. Entonces, ¿por qué debería disculparme?

—Lo sabes perfectamente.

Alicia no se atrevía a decirlo abiertamente. Sería acusarla de algo muy grave y no tenía pruebas para demostrarlo. Sólo sus extraños recuerdos y los restos de aquel polvo blanco en la bandeja. Todo apuntaba a que Eris la había drogado pero ni podía fiarse de las apariencias, ni por lo visto, de los hechos.

—Ya —la autora miró a ambos lados de la calle, como si quisiera comprobar que nadie más estaba escuchando esa conversación.

Alicia no quería dejarla en evidencia. Antes de pensar que estaba muerta y tras sospechar que Eris la había drogado, no había contemplado la posibilidad de denunciarla. Ahora tampoco iba a hacerlo, pero quería dejarle bien claras las cosas: sabía lo que había hecho.

—Sé lo que hiciste —afirmó e intentó que sus palabras estuvieran cargadas de peso.

Quería que sintiera la responsabilidad de su acto, que no se quedara con la sensación de que algo tan grave como eso podía quedar en agua de borrajas. La maga también comprobó que nadie más estuviera pendiente de lo que hablaban. Eso era algo entre ella y la autora.

Eris apretó los labios mientras asentía con la cabeza.

—Entiendo —guardó silencio mientras la examinaba con la mirada—. ¿Cuánto quieres?

¿Cuánto quería? ¿Es que pensaba que estaba ahí para chantajearla?

—¿Cómo?

—Por tu silencio, ¿cuánto?

Observó a la escritora que a pesar de encontrarse en una situación delicada parecía mantener la calma. A Alicia le dio la sensación de que ya se había visto envuelta en algo parecido en algún otro momento. Se preguntó cuántas idiotas como ella habían caído en su juego. Cuántas admiradoras que ansiaban impresionar a la escritora habrían sucumbido a sus encantos para después darse cuenta del verdadero tipo de persona que era.

Alicia no terminaba de comprender por qué había empleado semejante artimaña con ella. ¿Drogarla? ¿Para qué? Si no quería tener sexo con ella simplemente con decirlo habría sido suficiente, aunque ya la hubiera invitado a su casa. Nadie estaba obligado a hacer nada. Se suponía que estaban ahí para pasarlo bien. Para divertirse. A Alicia le habría resultado imposible disfrutar, sabiendo que la otra persona no estaba cómoda o se encontraba mal.

Cerró un momento los ojos y casi sintió una punzada de dolor al volver a recordar la sensación que había recorrido su cuerpo al emplear la fuerza sobre la autora mientras aquella voz en su cabeza le pedía que siguiera a pesar de que la escritora le decía que no. Sintió un escalofrío. ¿Habría podido llegar a disfrutar a costa del sufrimiento de la autora? ¿Esa persona que había sentido de esa manera y que se había comportado así, era ella realmente? Agitó la cabeza para sacar esos pensamientos de su cabeza. Quería creer que no. Ella no era en absoluto así, ¿verdad? ¿O en el fondo sí que albergaba cierto sadismo en su interior? No. No podía ser cierto. Si no hubiera estado bajo los efectos de esa droga y Eris le hubiera dicho que no, habría parado sin lugar a dudas. No era un monstruo.

Aquella maldita droga ya le había hecho dudar dos veces sobre su verdadero yo: por un lado, creyendo que podría abusar de otra persona y disfrutar con ello y, después, haciéndola creer que era capaz de matar a alguien. No. Aquello era algo que no podía pasar por alto. Por su culpa se estaban tambaleando todos los cimientos de su existencia y por más que lo negara, las sensaciones seguían ahí, al igual que los recuerdos y, aunque fueran falsos, ella los había sentido y los tenía

grabados en su memoria. De algún modo su imprudencia iba a marcar un antes y un después en su vida.

Y si el motivo no era evitar el sexo, entonces Alicia no supo encontrar ninguna explicación lógica. Aunque estaba claro que en todo aquel encuentro no había nada lógico.

—Dime cuánto quieres y te lo pagaré.

Alicia miró con repulsión a la escritora. El dinero no iba a ser capaz de reparar la rotura que se había producido dentro de ella.

—¿Así lo arreglas todo?

Eris abrió su bolso y sacó un talonario de cheques y una pluma. Era la pluma con la que solía firmar los libros. «La pluma que da voz a sus palabras pero también la que sella el silencio de los demás», pensó Alicia. «Cuánto poder en una única mano».

—No veo de qué otra forma podemos solucionar esto de manera que resulte beneficioso para las dos. Yo mantengo mi reputación y tú te llenas los bolsillos. Creo que es un buen trato.

—¿Y ya está?

Eris que había empezado a rellenar el talonario, se detuvo y levantó la mirada con la misma expresión que uno puede tener cuando está en un mercadillo regateando precios y sabe que su oferta puede ser rebatida.

—¿Qué más quieres?

—Quiero que te responsabilices de lo que hiciste.

—¿Quieres que pague por ello? Eso es lo que te estoy ofreciendo.

—No todo se puede comprar con dinero.

—Todos tenemos un precio. Estoy segura de que tú tienes el tuyo. Simplemente dímelo y lo anotaré aquí —dijo mientras señalaba con la pluma el talonario.

—No todo es tan sencillo.

—Hasta donde yo sé, sí lo es.

Alicia guardó silencio ante la arrogancia de la escritora. ¿Aquello lo daba la fama? ¿Ese poder sobre los demás, esa creencia de estar por encima de todo y de todos? ¿El creer que con el dinero se puede solucionar absolutamente todo? Le hubiera gustado pensar que ese comportamiento era el efecto de esa fama, que en el fondo la Eris Alhena que ella creía que existía, la que idílicamente albergaba en sus pensamientos, no era así de verdad. Como si, al igual que ella, sus actos sólo fueran la consecuencia de una droga y su verdadero yo se mantuviera intacto debajo de todas esas capas falsas que se habían superpuesto sobre su piel. ¿Cómo era posible que esa misma persona que tenía frente a ella fuera la que había escrito aquellas maravillosas novelas que ella había devorado hasta la saciedad? Era imposible que todos esos pensamientos, todas esas ideas que estaban plasmadas en palabras hubieran salido de la misma cabeza. ¿El dinero y la fama podían corromper a alguien hasta el punto de convertirlo en una persona completamente diferente?

Poco a poco estaban comenzando a ser el centro de atención. Se habían quedado en mitad de la acera nada más cruzar el paso de peatones y la gente se las quedaba mirando al pasar, bien porque les parecía molesto que estuvieran en medio, bien porque Eris Alhena no pasaba desapercibida y más de una persona había cuchicheado a su acompañante algo mientras las señalaban. Finalmente, como era de esperar, una persona se acercó hasta ellas y se disculpó por interrumpir.

—¿Eres Eris Alhena? —preguntó la intrusa en un tono tímido.

—Sí. Por lo que se ve, esa soy yo —respondió la escritora mientras sonreía de nuevo.

—Me encantan tus libros. ¿Podrías...? —Y la chica le ofreció el libro que tenía en la mano.

—¿Firmártelo? Claro.

Eris guardó el talonario en el bolso y cogió el libro que la muchacha le había entregado.

—*¿Ángel caído!* —exclamó Eris al comprobar la portada y miró a Alicia.

—Me encanta. Creo que esta es la tercera vez que lo leo.

La maga bajó la mirada avergonzada. Se veía reflejada en el comportamiento pueril de la muchacha que se había acercado. Ella también la había idolatrado de esa manera. Había empleado horas de su vida en leer lo que escribía, en leer y escuchar lo que decía en las entrevistas. A fin de cuentas, en empaparse de toda su forma de pensar y de ver la vida. Ahora que parecía estar conociéndola de verdad deseaba con todas sus fuerzas que por capilaridad no se hubiera impregnado ni siquiera de una gota de su filosofía porque le resultaba detestable.

—¿Cómo te llamas?

—Rosalía.

La mujer miraba a Eris sin dejar de sonreír mientras la escritora le firmaba la novela.

—Aquí tienes.

La escritora le entregó la novela y le devolvió la sonrisa a la chica como solía hacer siempre. También habría sucumbido a ella en otro momento. Ahora, Alicia la veía con otros ojos. Había conseguido crear una especie de muro en el cual rebotaban todos los artificios de Eris que hasta ese momento le pasaban inadvertidos. «Los hechizos de Circe ya no funcionan conmigo», se dijo la maga. «Por suerte tengo un poco de *moly*, el antídoto contra todas tus pociones».

—¿Podría hacerme una foto contigo? —preguntó la muchacha animada por la predisposición de la escritora.

—Claro que sí. Déjame tu móvil. Mi amiga nos hace la foto, ¿verdad?

¿Había lugar para decir que no? Detestaba cuando la gente hacía eso. Ofrecer tu amabilidad por ti, de manera tajante pero amistosa, y agregar esa pregunta final que es absolutamente retórica, porque no espera una respuesta diferente a lo que ya se ha afirmado previamente. Le hubiera gustado decirle que no. Le habría encantado decir: «Perdona, pero nosotras no somos amigas». Pero aquella chica no tenía por qué pagar los platos rotos. Ella quería la foto de la diosa embaucadora porque estaba bajo el influjo de sus hechizos. Adelante. La ignorancia da la felicidad. Si ella era feliz así, Alicia no era nadie para arrebatarle esa felicidad. Cogió el móvil y les hizo la foto.

—Muchas gracias —y la muchacha abrazó el libro mientras se iba.

Eris la siguió con la mirada durante unos instantes y la saludó con la mano cuando la chica se giró por última vez para ver a su diosa. Después, la escritora volvió a prestar atención a Alicia que no sonreía.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó, como si aquella interrupción simplemente hubiera cortado el flujo de una conversación trivial cualquiera.

—Esto es de locos.

Alicia negó con la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho, a la defensiva. No sabía si estaba más enfadada por el comportamiento de la autora o por lo que significaba que se comportase así. Detestaba que las consecuencias fueran la pérdida de algo tan importante para ella. De algún modo, Eris le estaba arrebatando todo eso. «Si no la hubiera conocido nada de esto habría pasado. Podría seguir siendo una ignorante feliz, como esa chica. Ahora ya no hay vuelta atrás».

—Querías comprarme pero te aseguro que tu dinero no puede conseguirlo todo.

Alicia se dio media vuelta y aprovechó que el semáforo estaba en verde para cruzar la calle en sentido opuesto. Ya había tenido suficiente. Seguir hablando con ella no le aportaba nada bueno, lo único que hacía era empeorar las cosas. Había ido tras ella porque su presencia significaba que en realidad no era una asesina. Una vez confirmado eso, no necesitaba nada más de esa persona.

—¡Espera!

Eris la seguía. Alicia continuó caminando hasta llegar a la acera y no pensaba detenerse.

—¡Espera! —Volvió a gritar.

Alicia puso los ojos en blanco mientras se volvía.

—¿Qué?

—Me gustaría solucionar esto.

—¿Ah, sí?

—Sí.

La maga volvió a cruzarse de brazos.

—Te escucho.

—Veo que eres un hueso duro de roer.

—¿Qué esperabas? ¿Recibir una palmadita en la espalda y que te dijera “Ya está. Todo pasó”?

Las cosas no son así.

—Ya veo que no.

—¿Qué quieres?

La pregunta de Alicia estuvo unos cuantos decibelios por encima de lo que le habría gustado y ahora las miradas se centraban en ellas, no por estar en medio ni porque reconocieran a Eris, sino porque estaban discutiendo.

—Creo que no es un buen lugar para hablar de este tema.

«Evidentemente no», pensó Alicia. «Hablar sobre cómo drogas a la gente sin su consentimiento no es algo como para ir alardeando de ello».

—¿Qué te parece si vienes esta tarde a mi casa y charlamos tranquilamente? Estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo que nos beneficie a las dos.

Alicia dudó que eso fuera posible. Mucho tendría que rebajarse el orgullo de la escritora para alcanzar una disculpa lo suficientemente sincera para que la maga pudiera aceptarla y quedarse satisfecha. El sufrimiento que le había provocado durante aquella mañana no se resolvía con tiritas. La herida era mucho más profunda, tanto que incluso teniéndola delante como la tenía, aún se sentía confusa y le costaba aceptar que estuviera viva. Eso era lo único que importaba ahora, conseguir arreglar el estropicio que había dejado en su cabeza. No le apetecía nada seguir en contacto con Eris, ni siquiera verla de nuevo, pero hacerlo para hablar del tema y en su propia casa podría, quizá, esclarecer lo que había ocurrido realmente durante la noche. Era posible que, al regresar a la casa ahora que se encontraba completamente lúcida, los verdaderos recuerdos aflorasen a su memoria para restaurar la herida que ahora parecía irreparable.

—Está bien.

Eris asintió aliviada.

—Perfecto. Ya sabes dónde está mi casa.

—Preferiría que me dieras la dirección.

Ni recordaba cómo había llegado durante la noche, ni al salir en estado de shock por la mañana se había fijado lo suficiente como para regresar. En ningún caso contempló la posibilidad de tener que volver allí.

Eris sacó un cuaderno y anotó las señas. Después arrancó la hoja y se la entregó sonriendo. ¿No se daba cuenta de que con ella eso ya no funcionaba? Alicia cogió la hoja, la dobló y se la guardó.

—Dime tu número de móvil y a lo largo del día te llamo para concretar hora. Aún tengo algunas cosas que hacer.

«Por supuesto. No sólo realizas la afrenta sino que además para disculparte debes hacer que todos remuevan cielo y tierra para que sea en el momento que más te conviene a ti». Alicia puso los ojos en blanco. Detestaba aquella situación. Cada minuto que pasaba con ella lo único que conseguía

era empeorar su opinión sobre la escritora.

—Como quieras —respondió Alicia con tono despectivo y le dictó su número. Mientras lo hacía pensó que preferiría no haberlo hecho. No quería que Eris tuviera nada de ella.

—Te llamaré o enviaré un mensaje, según esté de liada.

—Por supuesto.

Y Alicia se dio media vuelta negando con la cabeza. Había aceptado porque pensaba que el sacrificio que supondría tener que seguir hablando con ella y soportando su arrogancia podría ayudarla a aclararse. Única y exclusivamente por eso. Lo había hecho por interés propio. Se lo repitió varias veces porque sentía que casi tenía que convencerse de ello. No lo hacía por hacerle un favor a la escritora. Lo hacía en su propio beneficio. Pero tenía la sensación contraria, como si fuera la escritora la que le estuviera haciendo el favor a ella: creando un hueco en su apretada agenda para quedar, abriéndole las puertas de su casa para que pudiera recibir una disculpa.

Totalmente aberrante.

Eris era una auténtica maestra de la manipulación y lo hacía de tal manera que conseguía hacer mella sin que una se diera cuenta. No era forzado, le salía sin más. Estaba dentro de su naturaleza. Lo tenía incorporado como forma de ser y, de natural que era, pasaba inadvertido. Por suerte, Alicia ya no estaba ciega. Podía detectar el juego, el truco, para evitar caer en la trampa. Aun así, calaba de alguna manera. Percolaba por algunas fisuras de la piel y se infiltraba dentro, subrepticamente. Era como una inyección. Sabes que va a dolerte y sabes que el escozor que sientes proviene del propio líquido que te han inyectado. Pero a pesar de tener toda esa información, el pinchazo duele y no puedes evitar que escueza.

Regresó sobre sus pasos enfadada pero aliviada. De alguna manera, ver venir el pinchazo da una cierta tranquilidad. Te permite tener la situación ligeramente controlada. Recorrió las mismas calles y en ese momento le parecieron muy distintas a hacía unos minutos, cuando había hecho el mismo recorrido en dirección contraria. De hecho, ella misma se sentía diferente. De nuevo se había producido un punto de inflexión. Había pasado de la más completa oscuridad a ver la luz de nuevo. Su perspectiva de futuro, ahora, no tenía nada que ver con la de aquella misma mañana. Ahora, su libertad no estaba en juego.

No era una asesina.

En el camino de vuelta a la cafetería se cruzó con Sofía que estaba muy nerviosa. Le explicó que había intentado seguir sus pasos pero al tener que entretenerse en pagar, la había perdido de vista y había estado callejeando, intentado dar con ella, desesperada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras la agarraba por los brazos.

—Si te lo cuento no te lo vas a creer.

CAPÍTULO 8

—Pero, ¿qué has visto? Has salido como alma que lleva el diablo.

—No es qué, sino a quién.

Sofía se quedó en silencio, esperando una respuesta. ¿Podría creerla? ¿La creería cuando le contase que acababa de encontrarse con Eris Alhena, la misma persona que esa misma mañana había visto muerta en la cama? Incluso a ella le costaba dar crédito a lo que acababa de suceder, a lo que estaba sucediendo durante todo aquel día. Parecía de locos. Se alegraba enormemente de haberse encontrado con la escritora viva, eso modificaba sus perspectivas de futuro de manera radical. Si bien era cierto que el torbellino emocional que había experimentado la había dejado exhausta y casi al límite de su energía, prefería que hubiera sucedido así si el desenlace era este.

¿Cómo había podido llegar a dudar de sí misma de aquella manera? ¿Crear que era capaz de matar a alguien? Pensar que el efecto de una droga podía incitarla a hacer algo que estando sobria era incapaz de llevar a cabo. Era absurdo. Una es como es. Su esencia debe permanecer imperturbable seas cuales sean las circunstancias en las que se vea envuelta, ¿no?

Y, sin embargo, así había sido. Había llegado a pensar que podía hacerlo. La sensación daba miedo. Daba miedo sospechar que una puede dar cobijo en su interior a una bestia que no es capaz de dominar, que, en cualquier momento, y por motivos desconocidos, puede explotar. Suponer que lo que creemos que somos sólo es una parte de lo que en realidad es nuestro propio ser; que no tenemos la certeza de saber cómo reaccionaríamos ante cualquier circunstancia porque para ello deberíamos vernos inmersos en cada una de ellas y experimentarlas para averiguar qué haríamos en cada ocasión. Como si se tratara de un iceberg del que sólo conocemos la parte visible, pero debajo esconde todo aquello que jamás hemos llegado a explorar. Para poder saber qué hay bajo la superficie deberíamos sumergirnos en el agua helada y modificar nuestra manera de vernos, porque allí las condiciones son diferentes. Al final, es el mismo iceberg sólo que su parte oculta puede ser letal, violenta, traicionera. Cuando un barco colisiona con él y lo desestructura en su parte más profunda el iceberg reacciona, ataca, rompe, destruye y, si hace falta, hunde. Ella había creído que era como ese iceberg. Pero, ¿puede el iceberg no ser consciente de su propia estructura? ¿De su propia dimensión? Hasta aquella misma mañana habría dicho que no. Una sabe dónde tiene sus límites, cuáles son sus aristas más letales a las que nadie debe acercarse, aun estando estas aristas ocultas de cara a los demás, y sabe cómo controlarlas. Después, había llegado a creer que era posible que no supiera en realidad cómo era y que podría albergar lugares que eran indomables. Y ahora volvía a estar casi segura de que conocía perfectamente quién era ella. La cuestión era, ¿si había aristas que controlar significaba que podían descontrolarse en algún momento?

Inspiró profundamente e intentó dejar de dar vueltas al asunto. La realidad era la siguiente: Eris Alhena no había muerto y ella no era una asesina. Punto. No había más que debatir. Lo único que importaba ahora era dejarle claro a Eris que no podía drogar a la gente por su propia cuenta de aquella manera. Alicia no pensaba denunciarla, lo tenía claro, pero por supuesto que sí iba a poner un límite a ese comportamiento. No sabía con certeza si era ilegal lo que le había hecho a ella, aunque sospechaba que sí, por tanto, daría un ultimátum a la escritora: si no lo cumplía iría a la policía.

Alicia se enganchó del brazo de su amiga y comenzaron a caminar de regreso al piso.

—Podemos estar tranquilas. Ya no hay nada de lo que preocuparse.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que la policía ya no va a venir a por mí. —¿Cómo estás tan segura?

—Porque como tú bien dijiste: sin cuerpo no hay delito. Sofía se detuvo en seco.

—¿Cómo qué sin cuerpo no hay delito? Explícate más claro porque no estoy entendiendo nada de nada.

—Eris no está muerta.

—¿Cómo que no está muerta?

—Pues eso. Que está viva.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque acabo de verla.

Alicia sonrió satisfecha. Su amiga por fin iba a poder estar tranquila también.

—¿Cómo?!

—Te dije que te iba a resultar difícil creerme.

—¿Así? ¿Por la calle? ¿Caminando, tan ricamente? —Tan ricamente, eso es.

—Pero... no entiendo. Tú dijiste...

—Ya sé lo que dije. Pero parece ser que lo que vi, o creí ver, no era cierto.

—Estaba helada. Fueron tus palabras textuales.

—Así lo sentí yo cuando la toqué. O cuando creí tocarla. —¿Y la sangre?

—Creí verla. Todo seguía siendo el efecto de la droga. Los efectos del LSD pueden durar hasta doce horas. Desde que me tomé aquella copa hasta que me levanté por la mañana aún no habían pasado ni ocho.

—Pero...

—¿Sofía! Acabo de decirte que he visto a Eris y he estado hablando con ella.

Su amiga guardó silencio y se quedó observándola. Alicia se sintió incómoda. ¿Qué demonios pasaba? ¿Es que no pensaba alegrarse por ella?

—¿Y si aún sigues bajo los efectos de la droga? ¿Y si has creído verla y no es así?

Sofía cogió la cara de Alicia con ambas manos y estiró la piel de las mejillas hacia abajo para ver las pupilas.

—¿Cómo podemos saber si aún estás drogada?

Alicia se deshizo de los brazos de Sofía.

—¡Te aseguro que era de carne y hueso!

—¿Como el cadáver de esta mañana?

Alicia se sintió molesta. ¿Por qué en lugar de alegrarse por la buena noticia no hacía más que cuestionar la verdad de lo que acababa de suceder? En ningún momento dudó de que hubiera matado a la escritora. Y en cambio ahora que parecía que todo había sido una horrible pesadilla de la que por fin se había despertado, dudaba de su veracidad. Y lo que más le molestaba de todo era que estaba haciéndola dudar. ¿Había sido real su encuentro?

Claro que sí. ¿Cómo podía estar dudándolo? Era absurdo. Incluso una chica se había acercado a ellas. Claro que era verdad. La mentira era todo lo anterior.

—Olvídate del cadáver. Eso ha sido sólo una ilusión. ¿Vale?

Alicia quería dejar de hablar de muertes y asesinatos. Quería volver a su vida normal. Pensar en lo de siempre: sus trucos, los nuevos números, futuros espectáculos... No quería saber nada más sobre el tema. Ni sobre lo que había sucedido durante la noche, que aún seguía siendo una laguna para ella, ni lo que había creído ver durante la mañana, ni la sangre...

La sangre.

Había llegado a casa de Sofía con la cabeza manchada. Su amiga lo había visto claramente. Eso no podía ser efecto de su imaginación. ¿O sí? ¿Es posible que hubiera creído ver cómo su amiga reaccionaba a la sangre de su cabeza? Se quedó observándola ahora a ella. Si tan claro tenía que no estaba ya bajo los efectos de la droga en esos momentos, entonces podía fiarse ciegamente de lo que fuera a contestar su amiga. Simplemente tenía que formular la pregunta. Sofía no iba a mentirla. No tenía por qué hacerlo. Comenzó a temblarle todo el cuerpo. Temía hacerlo. Si la sangre era real, si la respuesta de Sofía era real, si la conversación con Eris Alhena era real entonces, ¿de quién era la sangre?

—Sofía.

Su amiga, que había reemprendido el camino con los brazos cruzados se detuvo y se volvió.

—La sangre... —Alicia se señaló con el dedo índice la cabeza, temblando. Era incapaz de pronunciar una palabra más.

Sofía simplemente asintió. El corazón le latía con fuerza y su respiración se había acelerado. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Es que la pesadilla nunca iba a terminar?

—Entonces... —y se volvió, desviando su mirada hacia el lugar donde se había encontrado con la escritora.

—Será mejor que regresemos a casa.

Sofía la agarró del brazo y la condujo hasta el piso. Alicia ni siquiera fue consciente del recorrido. Todo era demasiado confuso de nuevo. Necesitaba esclarecer la laguna de la noche anterior. Sólo así podría quedarse tranquila. Debía responder a todas esas preguntas que seguían sin respuesta.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba sentada en su sofá mirando hacia la televisión apagada. Sofía la sacó de sus pensamientos al tocarle el brazo y le ofreció una infusión. Alicia la cogió y volvió a mirar hacia el frente.

—Enciéndela, por favor.

Sofía cogió el mando e hizo lo que le pedía.

—Pon el canal de noticias veinticuatro horas.

Si Eris había sido una ilusión, entonces no tardarían en dar la noticia de su muerte. Si, por el contrario, era real, en algún momento saldría en televisión. Tenía previstas varias entrevistas, una de ellas para un programa de literatura de la 2. Tarde o temprano alguien desvelaría la verdad.

Entonces lo recordó. Bajó la mirada y observó el bolsillo de su pantalón. Ahí había guardado la nota que Eris le había dado con su dirección, escrita de su puño y letra. Dejó la taza sobre la mesa y llevó la mano al bolsillo. Antes de meterla en él, dudó. ¿Y si no estaba allí? Se armó de valor y la introdujo. Sintió como si se quitara un peso de encima.

¡Había un papel! ¡Había un papel!

Lo sacó y desdobló.

—¿Qué es eso? —preguntó Sofía.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Aquí lo tienes —y se lo entregó a su amiga.

—¿Calle de los abedules 7?

—¡Eso es! ¡Calle de los abedules 7! ¡Esa es la dirección de Eris!

—¿Y?

—¿No lo entiendes? Ella me ha dado esta nota antes, cuando nos hemos encontrado en la calle.

Sofía seguía mirando la nota escéptica.

—¿Para qué iba a darte una nota con su dirección?

—Cuando hemos hablado le he dejado claro que sabía lo que me había hecho anoche. Ella ha querido comprar mi silencio y yo me he negado a aceptar su dinero.

—¿Te ha ofrecido dinero para que no dijeras nada acerca de la droga?

—Eso es. Yo me he negado. Y como estábamos empezando a llamar la atención de la gente que pasaba por allí, me ha pedido que vaya esta tarde a su casa para hablar tranquilamente sobre el tema.

—¿Qué?

—Me ha dicho que me llamaría para concretar la hora.

—¿Y le has dicho que sí?

—Claro. Esto no puede quedar así. No puede hacer lo que le plazca sin consecuencias. Está jugando con las personas. Alguien tiene que pararle los pies.

—¿Y tienes que ser tú exactamente?

—Sí, porque soy una de las damnificadas. Quién sabe a cuántas chicas más les puede haber hecho lo mismo.

Sofía entró en el mismo bucle de preguntas por el que ya había pasado Alicia. Un montón de porqués que no tenían una respuesta clara. Preguntarse el motivo por el que Eris podía

comportarse de aquella manera no las conducía a ningún sitio, sobre todo porque esa actitud de la escritora, quizá sólo tenía sentido para ella.

—Tengo que ir esta tarde. Ella es la única que puede decirme por qué lo hizo.

—Pero la sangre...

—Por eso mismo. ¿De quién es esa sangre? Porque tanto tú como yo la hemos visto. Necesito averiguar en qué me puedo haber visto envuelta esta noche sin saberlo.

Sofía la obligó a volver la cabeza y se la revisó de nuevo. —No tengo nada —comentó Alicia, mientras su amiga la examinaba de manera exhaustiva—. No me duele y no tengo heridas. La sangre no es mía.

Se volvió.

—Pero si no es tuya, ni tampoco es de ella...

¿Tampoco era de Eris? Alicia no se había fijado en ese detalle. No había reparado en la cabeza de la escritora. ¿Tenía alguna herida? Si era así, el pelo se la cubría. No le había parecido verla, pero eso no quería decir que no la tuviera. Era posible que estuviera ahí, oculta.

—¿Y si sí era de ella? ¿Y si lo que vi esta mañana se parece más a la realidad de lo que pensamos?

Sofía frunció el ceño.

—Explícate.

—Imagina que sí la golpeé durante la noche. Le hice una herida y sangró. Daremos por cierto que he conversado con ella en la calle, que eso ha sido real. Entonces el golpe no la mató. Yo no la maté. Es posible que simplemente la viera inconsciente, o dormida, y que lo aparatoso de la sangre más los efectos de la droga me hicieran ver la situación mucho peor de lo que era. Recuerda que oí gritar a un color y las voces me parecían de colores. Es perfectamente aceptable que hubiera podido creer que estaba helada al tocarla o que me pareciera que estaba muerta a simple vista.

—Vale. Si esa teoría es cierta, ¿entonces por qué quería comprar tu silencio? ¿No sería más lógico que te hubiera dicho que te iba a denunciar por agredirla?

Alicia lo meditó un momento. Lo que decía Sofía tenía sentido. Intentó buscar una explicación plausible.

—Salvo... —hizo una pausa procurando encontrar algo de lógica en lo que iba a decir—. Salvo que al decirle que sabía lo que me había hecho sospechara que yo podría demandarla a ella y entonces no tendría todas las de ganar. Sería un escándalo para ella. —No sé, Alicia. Hay algo que no me cuadra en todo este asunto.

Alicia asintió. Sí, a ella tampoco. Pero sabía que las respuestas sólo podría obtenerlas de boca de Eris. Ellas podrían elucubrar todo lo que quisieran pero la verdad sólo la conocía la escritora.

Se quedaron un momento calladas, mirando pasar las noticias sin prestar atención a ninguna, cada una inmersa en sus propios pensamientos.

—Entonces, ¿vas a ir esta tarde? —preguntó al fin Sofía.

—Sí. Es la única manera que veo de poder aclararlo todo.

—Estoy asustada.

Alicia sonrió. Le pareció agradable la preocupación de su amiga.

—¿Por qué?

Ella no estaba asustada. Sí, tenía miedo de lo que pudiera desvelar la verdad, pero no de Eris.

—Todo es demasiado macabro. Demasiado turbio. Esa mujer no me da buena espina. Que te haya ofrecido dinero por tu silencio... Cuando alguien maneja una situación de esa manera no está dispuesta a aceptar un no por respuesta. Y tú te has negado.

—Claro que no acepta un no por respuesta. Por eso me ha pedido que vaya esta tarde.

—Vas a ir pero no para aceptarlo. Seguirás enrocada, ¿entonces?

—¿Entonces qué?

—No sé. Hay algo en ella...

—Nunca te ha gustado que la admirase. Admítelo.

Y era cierto. A pesar de haber sido Sofía la que le había descubierto a la escritora, nunca le había gustado el modo obsesivo con el que Alicia la había acogido en su vida.

—Creo que pocas personas son dignas de admiración. Y pienso que no es posible admirar a alguien completamente desconocido.

—¿Quizá estabas un poquito celosa? —Se aventuró a bromear Alicia. Les hacía falta rebajar un poco la tensión.

—No es eso. Simplemente siempre me ha dado malas vibraciones —Sofía se había puesto a la defensiva.

—¿Pero si no la has conocido personalmente! Tú misma lo has dicho: no se puede admirar a quien no conoces. Si no se puede admirar tampoco se puede despreciar.

—Ya sabes a lo que me refiero. Lo hemos hablado mil veces. En ocasiones nuestro instinto nos pone sobre aviso con ciertas personas. No porque hayan hecho nada en especial, simplemente porque lo sentimos así.

Alicia sabía a lo que se refería su amiga. Ella pensaba que era una cuestión de energías. Algo que a día de hoy no se podía explicar, porque no se conocía con certeza, pero que estaba ahí. Gente con la que conectas y gente con la que no.

—Además no saber por qué te drogó, la sangre... Si es suya, su reacción es extraña, y si no es de ella... ¿Qué es lo que ha pasado en esa casa anoche?

Eso era justamente lo que quería saber Alicia.

—No quiero que vayas.

—Tengo que ir.

—¡No! No tienes por qué hacerlo. Puedes dejarlo estar.

—Necesito hacerlo. Es la única manera. Quizá estar de nuevo en la casa me devuelva los recuerdos que ahora soy incapaz de rescatar.

Sofía se levantó del sofá y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Deberías haber aceptado el dinero. Era la mejor manera de haber liquidado este asunto.

Alicia valoró lo que decía su amiga. Quizá tenía razón. ¿Por qué seguir hurgando en la llaga? Porque la duda seguía ahí. Ser incapaz de recordar era como una espina: resultaba molesta. Pero si al final la herida había resultado ser menos profunda de lo que se había imaginado y podía ponerle una simple tirita para prevenir infecciones y esperar a que se curase, ¿por qué no hacerlo? ¿Por qué no atajar todo este asunto de manera sencilla? Porque necesitaba saber. Y una espina, aunque la herida no sea profunda, si no se saca se puede infectar. Esa necesidad resultaba mucho más fuerte que cualquier otra cosa. La curiosidad mató al gato, dicen. «Pues si yo soy ese gato, correré el riesgo», se dijo Alicia. La escritora la había metido en esa situación y sería ella quien la sacara.

—¿No hay otra manera? —preguntó Sofía en un tono de súplica.

—En esa habitación sólo estuvimos ella y yo anoche. Si yo no recuerdo nada, entonces Eris es la única que puede decirme lo que ocurrió.

Sofía se sentó junto a Alicia en el sofá y agarró sus manos, acariciando el dorso con el dedo pulgar. Mirándolas fijamente, como si allí pudiera encontrar las palabras acertadas. Después las apretó y Alicia supo que su amiga quería convencerla para que desistiera en su empeño de ir

aquella tarde a casa de Eris.

—La cuestión es: ¿acaso importa? —Apretó las manos de Alicia—. ¿Acaso importa?

Su amiga estaba a punto de echarse a llorar, supuso que de la frustración. Debía sentirse frustrada por no ser capaz de hacerla cambiar de opinión. Ambas se conocían lo suficiente como para saber dónde estaban los límites y cuándo una estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. En este caso, la posición de Alicia era prácticamente inamovible y Sofía debía saberlo.

—¡Claro que importa! ¡A mí me importa! —respondió Alicia.

Sofía se había rendido ya. Habían encontrado una salida para lo que creían que era un callejón cortado y quería tomarla sin considerar si había otras opciones antes. Era como si se encontraran en una bifurcación de caminos. Por un lado, un túnel oscuro pero corto en el que desde su posición podían ver la luz al otro lado. Sabían con certeza que aunque no verían nada durante el trayecto sería sólo por un breve periodo de tiempo y después llegarían al exterior. Por encima del túnel, había un sendero que parecía adentrarse en un espeso sotobosque donde quizá tuvieran que atravesar matas de zarzas que habría que superar llevándose algún que otro arañazo. Además, era posible que tuvieran que enfrentarse con algún animal salvaje que podía ser peligroso. De cualquier modo, lo que podían encontrarse en este segundo camino eran todas suposiciones porque de él sólo podían ver con claridad el principio. Y, aunque sabían por el mapa que al final de la senda llegarían al mismo punto que por el túnel, su recorrido era desconocido. Pero adentrarse en él suponía saber por dónde habían pasado, qué suelo era el que pisaban, qué árboles las rodeaban. Significaba conocer completamente qué había a lo largo de la senda, a diferencia del túnel en el que todo estaba oscuro.

Sí, el túnel era más sencillo.

Resultaba tentador.

Pero jamás podrían decir qué hubo durante el camino.

«Para Sofía el problema más grande está resuelto», pensó la maga. Y quizá ella también debería sentirse satisfecha con esto. Muerto el perro se acabó la rabia, aunque en este caso fuera justamente la no muerte la que había atajado el problema.

¿Importa lo que pasara?, se preguntó Alicia. «Si no lo recuerdas y es algo malo, te ahorras el sufrimiento de saberlo y si no pasó nada extraordinario, tampoco te va a aportar nada meterte en ese jardín».

¿Entonces por qué se empecinaba? Porque esa laguna resultaba inquietante. No sólo el hecho de no recordar lo que había hecho durante un lapso de tiempo. Era por todos aquellos recuerdos confusos que continuaban en su cabeza de manera vívida. Eso era lo que lo hacía más inquietante. No ser capaz de diferenciar qué era real y qué una ilusión dentro de todo ese maremágnum.

A parte, estaba la sangre. Si no hubiera sido por ella, quizá habría seguido adelante sin más. Los recuerdos, igual que en los sueños habrían ido desapareciendo con el tiempo pero esa sangre... Esa sangre era real. Necesitaba una explicación. No podía obviarla sin más.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan cabezona?

—Tú no lo entiendes —Alicia se levantó y fue a la cocina a por un vaso de agua. Estaba sedienta. Sofía fue tras ella.

—¡Claro que no lo entiendo! ¿Cómo quieres que comprenda? Es absurdo que quieras volver a su casa sabiendo lo que te ha hecho. ¡Es... absurdo!

En aquel momento, su amiga se había puesto a temblar probablemente en parte por la inquietud, en parte por la rabia de no conseguir hacerla entrar en razón. Estaban poniéndose paranoicas y alguien debía restablecer la calma. No podían dejar que los nervios se apoderaran de la situación. La maga intentó verlo todo con distancia. No veía ningún peligro en lo que iba a hacer.

Simplemente hablaría con la escritora sobre lo que había sucedido la noche anterior, esclarecerían los hechos. Ya está. ¿Qué más podía suceder? La maga no pensaba aceptar nada de lo que le ofreciera la autora, de ese modo minimizaba al máximo cualquier riesgo de volver a ser drogada para quien sabe qué. Además, no hacía más que pensar en que si se hubiera quedado allí esa misma mañana posiblemente se habrían ahorrado todos estos disgustos, porque estaba segura de que todo debía tener una explicación lógica.

—¿De qué tienes miedo? ¿Tú me ves asustada? —preguntó Alicia, intentando tranquilizarla.

Sofía guardó silencio unos segundos, mirando fijamente a la maga, dejando que las lágrimas salieran para liberar la tensión acumulada. Finalmente se limpió los ojos con el dorso de la mano y miró hacia el techo.

—No lo sé. No sé por qué tengo miedo. Pero lo tengo. Hay... hay algo en todo esto que me da mala espina.

—Es sólo una persona.

—Las personas pueden hacer mucho daño.

—No, si sabes de qué pie cojean.

—¿Lo sabes? ¿Sabes con seguridad de qué pie cojea Eris?

—Sé por dónde no voy a volver a caer.

Sofía cogió el vaso que Alicia tenía en la mano, abrió la nevera y se sirvió agua de la jarra. Iba a beber pero se interrumpió.

—¿Sabes qué es lo que me inquieta de esa mujer? El no saber por qué te drogó. Por más que lo pienso no consigo encontrar ninguna razón lógica para lo que hizo y eso me perturba. Cuando uno hace algo así es con una finalidad, y aparentemente ella simplemente te drogó. Punto —hizo una pausa y bebió agua—. No tiene sentido.

Sofía llevaba razón. No tenía sentido. Pero nada de lo que había sucedido lo tenía.

—Por eso mismo tengo que ir a su casa. No puedo conformarme sólo con el hecho. Tengo que saber el motivo. Porque, como tú bien dices, tiene que haberlo —Alicia agarró la cara de Sofía entre sus manos y le acarició las mejillas con los pulgares—. Te prometo que tendré mucho cuidado. Además, en esta ocasión tú sabrás en todo momento donde estoy.

Sofía dudó durante unos segundos, buscando algo en los ojos de Alicia y finalmente asintió.

—Está bien. Pero no la pierdas de vista, no le des la espalda y no tomes nada de lo que te ofrezca.

—Sí, mamá —bromeó Alicia para quitar hierro al asunto.

Cogió la mano de Sofía y la condujo de nuevo al salón. Debían trazar alguna especie de plan. Sofía se ofreció a esperarla en un coche fuera de la casa de Eris, pero Alicia consideró esa medida innecesaria.

—Será suficiente con que me llames por teléfono o me envíes un mensaje. Puedo coger tu llamada en cualquier momento o responder tus mensajes para decirte que todo va bien —Sofía levantó una ceja para mostrar su disconformidad—. No me va a secuestrar. Sólo es una visita. Es la única medida de seguridad que necesitamos —hizo una pausa—. Así sabrás que estoy consciente.

Alicia se sonrió.

—No tiene gracia.

Para ella sí la tenía. Haberse tomado un segundo para coger distancia le permitía verlo todo desde otro prisma. Según iban pasando las horas el dramatismo que había adquirido la situación parecía ir difuminándose. Sobre todo, desde que había podido hablar con Eris. Lo más grave había dejado de ser un problema, por tanto, todo lo demás le resultaba nimio. Sí, quería respuestas. Pero las quería porque le resultaba inaceptable que alguien hubiera tenido la osadía de privarla de su libertad, anulando su voluntad sin su consentimiento. Quería volver a estar con Eris porque

deseaba decirle un par cosas. No le gustaba cómo se había comportado durante la noche, pero aún menos la arrogancia con que la había tratado durante su encuentro aquella mañana. Quería dejarle bien claro que las personas como ella no siempre se salen con la suya, que siempre hay alguien dispuesto a defender sus derechos, que no se deja pisotear y mucho menos comprar. Que su dinero no lo puede todo y que hay personas con principios que son capaces de ser fieles a ellos por encima de todos los talonarios del mundo.

Sonrió de nuevo, al imaginar la cara de circunstancias de la escritora cuando le dijera todo eso personalmente, y sintió una enorme satisfacción.

—No tiene gracia —repitió Sofia.

Su amiga, ahora, era incapaz de ver las cosas con perspectiva como lo estaba haciendo ella, pero cuando lo hiciera, ambas se reirían por lo exageradas y dramáticas que se habían puesto. Le gustaría conseguir transmitirle la calma que tenía ahora y se sentía responsable de la inquietud de Sofia: ella se la había provocado.

—Lo siento.

—¿El qué? ¿Reírte?

—No. Siento haberte preocupado. No tenía que haber ido a tu casa esta mañana — Alicia bajó la mirada—. No tenía que haberte contado nada.

—No digas eso.

Sofía la cogió por la barbilla y la obligó a levantar la cabeza.

—Quiero que siempre cuentes conmigo.

—Pero mírate. Estás llorando y angustiada por mi culpa.

—Bueno, la llorera ya se me pasó.

—Pero sigues angustiada.

—Se me pasará también. La verdad es que no sé qué me ha dado —ahora fue ella la que apartó la mirada de Alicia—. Me sentía impotente ante la idea de perderte.

—No me va a pasar nada.

La maga la abrazó.

—No me va a pasar nada —repitió en un susurro.

—No me refiero a esta tarde sino a esta mañana, cuando creí que podrían meterte en la cárcel. Yo... no sé qué haría sin ti.

Alicia no deshizo el abrazo y clavó la mirada en la estantería del fondo, donde tenía libros y algunos marcos con fotografías, casi todas de ellas dos. Inspiró profundamente y el aroma de Sofia la embargó. Desde que la conocía usaba ese perfume. Si se cruzaba con alguien por la calle que llevara el mismo, inmediatamente, pensaba en ella. Cerró los ojos y deseó que aquel momento no terminase. *No sé qué haría sin ti.* «Yo tampoco», pensó Alicia.

—¿Que qué ibas a hacer sin mí? Pues seguir adelante con tu vida. Con Itziar.

—Itziar... —susurró Sofia.

Su amiga no había tenido mucha suerte con sus parejas. Primero fue aquel chico, Lucas, del que se enamoró perdidamente. El primer amor. Solían salir los tres juntos. Fue ella la que le pidió salir a él. Tenían muchas cosas en común: compartían aficiones, gusto por la misma música y el mismo tipo de películas... Para Sofia fue un *shock* darse cuenta de que él no sentía deseo sexual por ella y él no le dio ninguna otra explicación. Con el tiempo descubrieron que lo que sucedió fue que el chico era gay y no se había atrevido a decírselo abiertamente, pero eso fue mucho después. Hasta entonces, Sofia se echó la culpa a sí misma, por no haber sido capaz de despertar en él esos sentimientos. Quizá si hubiera sabido lo de su homosexualidad en ese momento no habría llegado a obsesionarse con su físico como lo hizo después de que Lucas y ella lo dejaran. Eran muy

jóvenes y su autoestima estaba por los suelos. La única manera que encontró de controlar la situación fue a través de la comida. Alicia no sabía con certeza si su amiga perdía peso por estética o si era una forma de autocastigarse. Sea como fuere alcanzó unos límites que comenzaron a rozar el coqueteo con la muerte. Alicia lo intentó todo con ella, pero sus palabras caían en saco roto. Por suerte, apareció aquella estudiante de intercambio italiana que consiguió abrirle los ojos. Fue estando con ella, saliendo por la noche por Chueca, cuando vieron a Lucas con otro chico. Eso, unido a la voracidad con la que Laura deseaba a Sofía, fue el empuje que su amiga necesitaba para salir del agujero y volver a coger confianza en sí misma. Jamás volvió a tener problemas con la alimentación.

El error con Laura fue no calibrar correctamente la situación. Llegó en un momento clave para Sofía y se agarró a ella como a un clavo ardiendo sin pensar en las consecuencias. Las consecuencias fueron que Laura sólo estaría durante seis meses en Madrid, de Erasmus. Después volvería a su país y, por muchas promesas que se hicieran, ambas deberían haber sabido que serían incapaces de mantener viva esa relación a distancia, sobre todo después de saber que Laura provenía de una familia ultracatólica y conservadora que de ningún modo permitiría que su hija tuviera una relación con otra mujer.

Después tuvo una época en la que no quiso comprometerse con nadie. Simplemente quería disfrutar. Coincidió cuando estuvo trabajando en un supermercado para pagarse la carrera. Allí conoció a Vera, una policía y cliente habitual, con la que mantenía relaciones sexuales sin obligaciones ni ataduras. Simplemente sexo. Cuando descubrió por las noticias que había sido detenida por cometer varios homicidios decidió que ya había jugado suficiente con fuego.

Luego fue aquel chico de la universidad con el que estuvo saliendo. Demasiado posesivo y demasiado celoso. Con la mano, también, demasiado larga. Por suerte, Sofía no se anduvo con remilgos ni contemplaciones. No le dio segundas oportunidades: la primera vez que le puso la mano encima lo mandó a paseo. «La gente no cambia», le dijo su amiga cuando le contó lo que había pasado. «No voy a darle una segunda oportunidad para que vuelva a pegarme. Quien bien te quiere no te hará sufrir. Quien bien te quiere te hará reír», eso mismo le había dicho durante la cena hacía un par de días. Sofía había hecho de ello su *leitmotiv*.

Su última relación duró tres años. Fue con un fotógrafo. Eric, se llamaba. Con él, Sofía descubrió el gusto por la fotografía. Durante ese tiempo Alicia y ella se veían menos, pero lo entendía. La edad que tenían en ese momento no era la misma que cuando eran estudiantes. Era una relación adulta que exigía un mayor grado de compromiso. Se fueron a vivir juntos y Alicia iba de cuando en cuando a cenar. Alguna vez llevó a Lilith con ella.

Estuvieron a punto de casarse. Probablemente lo habrían hecho si no hubiera sido por el accidente. Sofía estaba embarazada de pocas semanas. En el momento del accidente no lo sabía. Se lo dijeron en el hospital, cuando le comunicaron que habían tenido que extraérselo porque no había latido. También le comunicaron que Eric no había sobrevivido tras la colisión. Había muerto en el acto, le dijeron. No había sufrido. Era invierno y las ruedas patinaron en una zona helada. Eric se había empeñado en ir por esa antigua carretera de montaña en lugar de coger la de peaje. Se les hizo de noche y las temperaturas bajaron drásticamente helando partes de la calzada. El coche quedó siniestro. Fue un milagro que Sofía hubiera sobrevivido.

Después de aquello su amiga se sumergió de lleno en el trabajo, no quería saber nada de relaciones.

Hasta Itziar.

Cuando se lo contó en el restaurante la otra noche la sorprendió gratamente. Quería que Sofía fuera feliz. Lo merecía. Quizá la *chef* fuera capaz de devolverle la alegría que perdió con Eric.

Era cierto que habían salido sólo dos o tres veces, pero eso no significaba que para Sofía fuera algo trivial. Solía tomarse las cosas en serio y después de este tiempo de *celibato* que se había autoimpuesto, el dar el paso y comenzar de nuevo a salir con alguien debía de haber supuesto para ella al menos una jornada de reflexión. No era algo que su amiga hubiera decidido a la ligera. Posiblemente, antes de aceptar la proposición de la *chef*, habría hecho el mismo repaso que Alicia acababa de hacer a su vida amorosa y el balance era tan negativo que cualquiera se pensaría dos veces el aceptar o no. Si había dicho que sí es porque sentiría que las heridas, todas las que hubieran estado pendientes de cicatrizar, en especial la de Eric, estaban ya curadas.

CAPÍTULO 9

Sofía se levantó y se llevó las manos a los párpados inferiores, como si quisiera limpiarse las lágrimas. Fue un acto reflejo porque hacía un rato que había dejado de llorar y no había nada que limpiar. Después se las limpió en el pantalón.

—Voy a por un vaso de agua. ¿Quieres uno?

Alicia asintió, aunque no tenía sed y supuso que ella tampoco.

Acaban de beber.

—Necesito ir al baño.

Se levantó del sofá y se metió en el baño.

—¿Alicia?

—Sí. Estoy aquí.

El tono de su teléfono móvil le llegó amortiguado a través de

la puerta.

—Es tu teléfono.

Alicia abrió la puerta y fue directa al salón. El número que la

llamaba no estaba registrado en su agenda.

—Debe ser Eris —manifestó en voz alta antes de deslizar el dedo sobre la pantalla para responder—. ¿Diga?

—¿Alicia?

—Sí, soy yo.

—Hola de nuevo. Soy Eris.

«Me lo imaginaba», pensó la maga.

—Te espero en casa a las cinco. Llama a un taxi. Yo lo pago. Alicia comprobó el reloj. En una hora. «Muy típico. No sólo tienes que estar disponible para ella en el momento que le interesa sino que además asume que estás completamente a su disposición, de modo que puede llamarte sólo con una hora de margen, dar por hecho que no te pilla en mal momento y que puedes dejar lo que sea que estuvieras haciendo para ir corriendo a cumplir con sus deseos».

—Está bien. Pero no tengo mucho tiempo. Esta noche tengo función.

Y era cierto. Además, no pensaba cancelar el espectáculo por

ella. Lo que tenían que solucionar podía resolverse rápidamente y aunque no fuera así, Alicia quería permitirse el lujo de obligar a la escritora a ajustarse a los tiempos de los demás en lugar de a los suyos propios. Colgó antes de que Eris pudiera decir una sola palabra de réplica o de despedida. Entre ellas, en aquel momento, sobraban las cortesías.

—¿Era ella? —preguntó Sofia, aunque sabía la respuesta. Alicia se limitó a asentir. «¿Cómo puede ponerse todo patas arriba de un día para otro? Ayer todo era completamente diferente a como es hoy. Un segundo, y al siguiente estás muerto. O has matado a alguien. O has hecho algo de lo que puedes arrepentirte el resto de tu vida». La diferencia entre esas afirmaciones y las opuestas es tan sólo un segundo.

Un chispazo.

Un cortocircuito.

Un *click*.

«No existen las aseveraciones rotundas. Todas son frágiles como una burbuja de jabón. Basta una ráfaga de viento o alguien que con su dedo la explote. Por suerte, la mayoría no sabemos esto y creemos justo lo opuesto: hay ciertas cosas que son rígidas y consistentes y, por supuesto, que están bajo nuestro estricto control y supervisión. Eso nos permite vivir con la tranquilidad de tener el poder sobre nuestras propias vidas. Si creyéramos que todo es tan sutil y quebradizo nos volveríamos locos. Seríamos incapaces de saber quiénes somos. Pero es cierto. ¡Somos tan fácilmente influenciables! Se nos puede manipular y convencer. En eso consiste la magia, en hacer creer a la gente algo que es mentira». Cogió la mochila y fue hacia la puerta de la entrada. Sintió la presencia de Sofia detrás de ella.

—¿Qué estás haciendo?

—Me voy contigo.

—No. Hemos quedado en que te quedarías aquí y esperarías a que regresase.

Sonó más tajante de lo que pretendía.

—No puedo quedarme aquí mientras tú andas por ahí con esa mujer.

—Sólo voy a conversar con ella. No hay ningún peligro. —¿Y por qué tengo esta extraña sensación aquí —se señaló el esternón—, dentro del pecho?

—Porque te estás poniendo paranoica y eso puede provocar una crisis de ansiedad. Ese es uno de los síntomas.

—Tengo la sensación de que algo malo va a ocurrir. —Por el amor de Dios, Sofia. ¡Eris Alhena no es una asesina en serie ni nada por el estilo!

—¿Pues no entiendo por qué se ha comportado de esa manera!

Si ha tenido los pocos escrúpulos de drogarte sin consentimiento para quién sabe qué propósitos, me pregunto ¿qué más sería capaz

de hacer?

Alicia también se hacía esa misma pregunta pero prefería ignorarla. Una completa desconocida había anulado su voluntad y, por tanto, su libertad de acción. Y daba miedo. Daba miedo el hecho en sí y daba miedo no saber los motivos que la habían llevado a hacer algo así. Ahora que había conocido a la verdadera Eris Alhena, todas las virtudes que ella había podido creer que tenía habían desaparecido. Sólo quedaba su lado oscuro y Alicia no hacía más que preguntarse ¿cómo de oscuro podía llegar a ser? Prefería no saberlo. Al igual que ahora deseaba no haberla conocido. «Todo sería diferente si jamás hubiera ido a esa cena». Lamentaba lo que había perdido allí. Le gustaba cómo era su vida antes. Ahora no estaba segura de si podría volver a ser la misma de nuevo. Muchas cosas se habían removido dentro de ella. «El punto de vista ha cambiado. Quizá ya no vuelva a ser capaz de ver las cosas con los mismos ojos». Pero, claro, todas estas preocupaciones no podía manifestarlas en voz alta delante de Sofía. Lo único que conseguiría sería aumentar su crisis de ansiedad.

—Voy a hablar con ella porque me debe una disculpa y una explicación —afirmó para tranquilizar a Sofía y además para convencerse a sí misma de que esa era la verdad—. Ambas serán difíciles de obtener. La primera, si la consigo, será falsa. No veo a esta mujer capaz de arrepentirse de nada de lo que hace. Y la segunda, seguramente será lógica y mañana nos estaremos riendo de lo absurdo del día de hoy. En cualquier caso, es lo que mejor que puedo hacer. Es la única manera para que podamos quedarnos tranquilas. Su amiga no parecía muy convencida pero finalmente claudicó. Alicia se dio la vuelta y, cuando iba a poner la mano en el pomo de la puerta, sintió cómo Sofía tiraba de ella y la envolvía en un abrazo.

—Ten mucho cuidado.

Salió del piso, paró al primer taxi que vio y le entregó la nota que Eris le había dado. El camino se le hizo largo y lo achacó a las pocas ganas que tenía de estar allí en ese momento.

—Ya hemos llegado.

La voz del taxista la sacó de sus pensamientos. Pagó, salió del coche y se acercó hasta la puerta. Pulsó el portero automático. —Pasa.

Un pitido le indicó que la puerta estaba abierta. Había estado aquella misma mañana allí, había pasado por aquella misma entrada y, sin embargo, lo veía todo como si fuera completamente

nuevo para ella. Entonces reparó en que no se encontraba en el mismo barrio residencial. La única casa que parecía haber en kilómetros a la redonda era esta. El silencio era absoluto, interrumpido por el canto de algunos pájaros y el crujir de las ramas

de los pinos. Comprobó la dirección. Era correcta; la que Eris le había dado. En el frontal de la fachada en letras de forja se podía leer “Matices”. Supuso que sería el nombre de la finca. Mientras recorría el camino de baldosas color mostaza se vio como Dorothy entrando en Ciudad Esmeralda, preparada para sufrir la terrible decepción que suponía descubrir que el maravilloso mago de Oz no era tan maravilloso. Todo, una impostura. Por suerte ella ya lo sabía. No la cogería por sorpresa. ¿Entonces por qué se encontraba tan inquieta? Quizás la clave residía en no estar segura de si en realidad estaba entrando en el castillo de la Bruja Mala del Oeste. La casa era aséptica: toda la fachada de cristal y las

pocas paredes que había blancas. «Eso sí lo recuerdo. El blanco impoluto. Aunque no era esta sino otra». La puerta estaba abierta. Entró y cerró tras ella.

—¡Estoy en la cocina!

Alicia no sabía dónde estaba ubicada pero se guio por el sonido de la voz para llegar hasta ella. Eris iba vestida con una bata de raso turquesa que contrastaba con el blanco de los muebles, el suelo, la encimera y los azulejos. Llevaba una toalla envuelta en la cabeza, como si acabara de salir de la ducha. Estaba manipulando la cafetera, una de esas en las que el café va metido en cápsulas, asépticas como su casa. Todo bien empaquetado para que nada pudiera mancharse. Se dio la vuelta con una taza en cada mano.

—Es nueva. La cafetera. Siempre he tenido ganas de una como esta. La compré esta mañana. Un capricho. Por cierto —comentó despreocupadamente—, dime cuánto ha sido lo del taxi. —Olvídalo —no quería su dinero, quería una disculpa. —Está bien. No insistiré. Por el momento —y sonrió. La bata, ligeramente atada, dejaba entrever el hueco entre ambos pechos, desnudo. La escritora la sorprendió con la mirada clavada ahí y sonrió.

—Bueno, espero que no te importe —Alicia apartó los ojos automáticamente hacia la ventana—. Creo que entre nosotras están superadas estas barreras de intimidad, ¿no?

¿Qué quería decir con eso? ¿Que se habían acostado? Alicia no lo recordaba.

—Además, he tenido un día muy agitado y necesitaba darme una ducha para relajarme.

Había dejado las tazas sobre sus correspondientes platos y ahora se masajeaba el cuello con una mano. ¿Le dolería de verdad? ¿Sería por el golpe? ¿Significaba que había habido algún golpe entonces? Cada movimiento suponía un auténtico reto para la maga. La bata se ahuecaba con el gesto dejando entrever uno de los pechos. No quería que la escritora volviera a cogerla mirando ahí. Lo último que deseaba es que creyera que la tenía comiendo de la palma de su mano cuando no era así.

—Vayamos al salón. Estaremos más cómodas.

Alicia dudó que pudiera sentirse cómoda en su compañía. Eris cogió la bandeja con el café, que Alicia no pensaba tomarse, y fue delante de ella dirigiendo el paso. El salón era como todo lo demás, hospitalario: sofá blanco, alfombra y muebles blancos. La única diferencia: el suelo ajedrezado. Tuvo la sensación de estar preparándose para una partida complicada. A pesar de que la temperatura era cálida, sintió frío al entrar.

Eris se sentó y cruzó las piernas. La bata resbaló y dejó una de ellas completamente a la vista. Se inclinó hacia delante para echarse el azúcar y removerlo. De nuevo, la bata rebelde se ahuecaba invitando a observar furtivamente lo

que tapaba parcialmente. Cogió la taza y se echó hacia atrás. Terminó de remover y el tintineo de la cuchara contra la porcelana a Alicia le resultó hipnótico. Después limpió la cuchara en el canto de la taza y la dejó sobre el plato. Metió el dedo índice en el asa y pinzó con el pulgar. Levantó la taza y se la llevó a los labios. Sorbió, sólo un poco, sin hacer ruido. Aséptica también. Y emitió un pequeño gemido.

—Delicioso.

Alicia se sentía confusa. Había algo en aquel ambiente que la dejaba aturdida. ¿O era la propia Eris? Tenía algo de magnético y sugestivo. Era tremendamente sensual, eso no podía negarlo, pero aparte sus movimientos eran envolventes, como un torbellino que te acababa arrastrando. Por unos segundos casi se había olvidado de todo lo que había ocurrido, del verdadero motivo por el que estaba allí. Por un momento, le parecía haber sentido de nuevo esa fascinación por la escritora. El mismo estupor que había conseguido engancharla a ella desde que leyó las primeras palabras de *Ángel caído*. Durante ese instante, deseó dejarse arrastrar por él. Hacerlo le permitía volver atrás. La colocaba en el estado anterior al que no estaba segura si podría regresar.

—Me gustaría que solucionásemos esto como personas adultas y con la mayor discreción posible.

La voz de la autora la sacó de su aturdimiento. Parpadeó varias veces y se recordó a sí misma por qué estaba allí. No se dejaría arrastrar. Se lo había prometido a Sofía.

—A pesar de tu negativa de esta mañana, voy a insistir. Eris se levantó, y con movimiento de alfil se desplazó hasta la mesa de cristal donde estaba el bolso. Sacó de nuevo el talonario. —Mi oferta sigue en pie. Dime la cantidad que desees y, si es factible, te extenderé en este momento el cheque. Por supuesto, a cambio de tu absoluto silencio. Después no tendremos que volver a saber nada más la una de la otra —se volvió y la miró sonriendo—, salvo que desees lo contrario.

Alicia sintió un escalofrío. Eris estaba de pie y ella se sintió en posición de inferioridad. Decidió levantarse también y protegerse con el muro de la torre.

—Ya te dije que no estoy en venta.

—No te conviene en absoluto esta actitud. Puede que acabes manchándote —se llevó la mano a la nuca, en el mismo punto donde Alicia creyó haber visto la herida aquella mañana.

Jaque. ¿Era una amenaza? Su voz sonaba intimidatoria. —Sé lo que hiciste.

Avanzó ella también posiciones. No quería dejarse amilanar. Eris se replegó y volvió a guardar el talonario en el bolso.

Alicia quiso interpretarlo como una pequeña victoria. Acababa de comerse el peón de avanzadilla que trabajaba para la reina. Había conseguido que se diera por vencida con respecto al chantaje. «No

estoy en venta», se repitió para reafirmarse en su posición. Intentaba infundirse valor. Estaba haciendo lo correcto.

—Esto no debería haber sucedido así —comentó la escritora de espaldas a ella, con las manos apoyadas sobre el respaldo de una de las sillas que había junto a la mesa de cristal.

Alicia quería alimentarse de cada gesto que pudiera indicarle que estaba avanzando posiciones en el tablero de ajedrez. Ver a Eris dudar respecto a su próximo movimiento, intentando asimilar que no todo está bajo su control, le produjo cierta satisfacción. —Ahora quiero una explicación —se atrevió a exigir. —Cualquier cosa que diga podrá ser usada en mi contra. ¿No es eso lo que dicen en las series de policías?

—Necesito saber en qué posición me coloca a mí. No puedes enrocarte en el silencio —*Enrocada en el silencio* era uno de los títulos de las novelas de la autora.

Alicia se sintió flaquear. Esta vez había sonado ansiosa, casi desesperada. Le pareció haber presionado sin estrategia. Eso era arriesgado. Si la escritora descubría su punto débil podría acabar dominando la situación. Podría decidir no hablar.

—¿Tienes miedo?

Dudó y la ventaja que tenía se tambaleó. ¿Lo tenía? En parte sí.

Tenía miedo a la verdad. La escritora se comportaba de manera extraña y Alicia temió que lo que tapaba el velo de su memoria fuera más grave de lo que había supuesto.

—Yo tuve miedo. Por eso hice lo que hice.

Alicia se sintió aliviada. ¿Eso quería decir que estaba dispuesta a hablar?

—Se podía haber solucionado de otra manera —dijo la maga, animándola a seguir, acercándose con sigilo como un peón, paso a paso. —Lo hice porque lo tenía que hacer —sentenció—. Tú simplemente fuiste un daño colateral —hizo una pausa—. Eres un daño colateral.

No se hacía responsable de la gravedad de lo que había hecho.

Veía justificación en ello y ninguna consecuencia.

—Podías haberme dicho que estabas asustada.

—¿A ti? ¿A una completa desconocida? ¿De qué me habría servido? Jamás habrías llegado a comprenderlo. Sólo yo sé lo que significa sentirse así. Totalmente vulnerable.

—A esta completa desconocida la invitaste a pasar la noche contigo. Me hubiera gustado estar consciente para poder decidir hasta qué punto formaba parte de todo esto —la autora la había tratado como si fuera una fiera que hubiera que domar, incapaz de controlar sus instintos—. Yo no soy una bestia.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que soy un animal?

Las piezas estaban cayendo una a una hasta que ya sólo quedaban las reinas sobre el tablero. Se habían despojado de todo lo demás. Ahora era un tú a tú.

La autora se volvió. Clavó sus ojos en los de Alicia. Después,

los cerró y apretó los labios.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero la verdad. Quiero una explicación sobre lo que sucedió anoche.

Una frente a otra se quedaron mirando en silencio. —Espera aquí un momento. Ahora vuelvo.

Eris salió del salón, dejando a Alicia completamente sola.

«No la pierdas de vista, no le des la espalda y no tomes nada de lo que te ofrezca», esas habían sido las palabras de Sofia. El silencio en la casa era abrumador y la escritora, que caminaba descalza, se movía sigilosa; sin emitir ni un solo ruido. Se le erizaron los pelos de la nuca. ¿Qué podía hacer? No iba a ir tras ella, persiguiéndola por la casa. Se quedó donde estaba, de pie, de frente a

la puerta por la que había salido la autora. Observó el café de su taza, intacto. ¿Le habría echado algo? No pensaba comprobarlo.

Aguzó el oído, intentando captar el más mínimo sonido. Cuando la escritora apareció por la puerta, Alicia se sobresaltó. Traía un sobre blanco. Se acercó a ella. La expresión de su cara parecía derrotada. ¿Estaba ganando?

—Aquí tienes. Toda la verdad.

Le entregó el sobre y se sentó en el sofá. Continuó tomando su café, como si nada hubiera pasado. Alicia no entendía nada. ¿Qué era aquel sobre y qué tenía que ver con lo que había sucedido entre las dos la noche anterior? En el dorso había escrita una palabra en alemán que Alicia no entendía. Miró a la escritora y esta la invitó a que lo abriera y examinara su contenido con total libertad. Se sentó en una de las sillas y lo colocó sobre la mesa de cristal

donde hacía unos minutos había estado Eris. Lo abrió y sacó su contenido. Comenzó a leer el primer documento. Frunció el ceño. ¿Qué demonios era todo eso?

—Te dije que no lo comprenderías.

El golpe la dejó inconsciente.

PARTE II MENTIRA

«Y es que aquella niña tan original jugaba a veces a ser dos personas distintas».

Alicia en el país de las maravillas. Lewis Carroll.

CAPÍTULO 10

Miró el reloj por enésima vez desde que estaba allí. Observó el papel que le habían entregado con un número escrito en bolígrafo. «Ya no tenemos ni nombre. Sólo somos un número». Se sintió asqueada. No entendía por qué les pedían que confirmasen la hora concreta a la que asistirían si después eran atendidas por orden de llegada. Para poder hacer eso, tenía que estar disponible las veinticuatro horas. Nunca se sabía cuándo podrían convocarte para algo importante. Así era imposible planificar nada. Trabajar en cualquier otra cosa supondría tener que rechazar algunas audiciones o estar pidiendo favores constantemente. Sabías cuándo entrabas, pero no sabías la hora a la que saldrías. En alguna ocasión había estado más de hora y media esperando su turno. Y todo, ¿para qué? ¿Para cinco míseros minutos? Se sentía una mendiga del tiempo.

Lo peor era cuando le tocaba de las últimas. Para entonces no tenía ninguna oportunidad. El director o la directora de casting a esas alturas ya estaba hasta las narices de ver pasar gente repitiendo lo mismo una y otra vez, dando las mismas directrices, corrigiendo los mismos errores y, aunque no quisieran que fuera así, el cansancio hacía estragos e influía en su percepción y receptividad. El nivel de exigencia era mucho mayor que al principio: para conseguir llamar su atención debía hacer algo realmente espectacular o tener la suerte de que su cara cayera en gracia.

¿Cuánto tiempo llevaba haciendo lo mismo? ¿Cuatro? ¿Cinco años? Cuatro o cinco años malviviendo con lo mínimo, realizando trabajos esporádicos para subsistir en los que duraba poco porque siempre debía faltar para alguna audición y acababan echándola. Gastando el dinero que no tenía en clases para mejorar, porque pensaba que si aún no la habían seleccionado para nada importante debía ser porque no era lo suficientemente buena, porque fallaba en algo. Había participado en algún anuncio, en algún videoclip, en cortos de estudiantes: varias docenas; pero eso no era lo que ella quería. Estaba esperando a que llegara su gran momento, el día en el que algún director de casting la vería y la elegiría como su protegida. Había escuchado tantas historias de actores y actrices famosas que habían conseguido hacerse un hueco gracias a oportunidades como esa, que no podía evitar soñar con que a ella también le ocurriría algún día. La parrilla de series televisivas tenían en su elenco actores y actrices que ni siquiera se habían formado o que jamás habían contemplado la idea de serlo. Estaban en el sitio oportuno en el momento adecuado. Actores que habían tenido la suerte y la oportunidad de hacerse un hueco, aún sin estar citados para una audición; que trabajaban allí sirviendo cafés y, de pronto, ¡*chin*!: alguien se fija en ellos —casualmente el director de casting—, y decide que es la cara que estaba buscando. Así, sin más. Ni prueba, ni interpretación, ni nada. Simplemente una cara que encaja con el perfil que busca. La oportunidad de su vida. «Jamás me había planteado ser actor». Odiaba cuando en las entrevistas decían ese tipo de cosas. «Pues deja hueco para los que llevamos soñando con ello toda la vida. Para los que nos hemos estado preparando, dejándonos la pasta en escuelas de interpretación para conseguir la mejor formación posible. Si no querías ser actor haber dicho que no», solía gritar a la

pantalla del ordenador o a la revista de turno cuando veía o leía esas entrevistas. «¡Qué mal repartido está el mundo!», solía pensar. Actores y actrices que provenían de familias que se habían dedicado a ello, que tenían un nombre, y acababan en el reparto de las series que veían todos los días en televisión. Algunos de ellos decían exactamente lo mismo que los otros: «La verdad es que habiéndolo visto en casa toda la vida, no tenía pensado dedicarme a ello». «¡No! ¡Claro que no! Pero un nombre así te abre muchas puertas y facilita las cosas», les reprochaba aunque sabía que no podían oírla. Ella amaba actuar. Amaba la interpretación con cada poro de su piel y no era capaz de comprender cómo alguien que no sintiera esa pasión por ella pudiera dedicarse a actuar. Lo veía una aberración. «Cuando uno actúa juega a mentir, pero miente desde la verdad», eso le habían enseñado en las escuelas en las que había estudiado donde también aprendió a valorar esa *verdad* en escena. No bastaba con fingir emociones. Había que conseguir encontrar el recorrido interno que podía provocarlas. Actuar significaba entre- gar su cuerpo y su mente al personaje, dejar que él fluyera a través de ella. Había algo de místico y por eso estaba segura de que sólo creyendo en ello se podía ser buen actor o actriz. Aquellos que se burlaban de ese proceso de búsqueda y conexión con el personaje jamás podrían ser reales, y, por tanto, creíbles en escena. Jamás serían buenos actores. De modo que escuchar comentarios de ese estilo de boca de personas sin vocación ni formación la enervaba. «Si no sientes dentro de ti la necesidad de transmitir emociones, de hacerlo lo mejor posible; si no tienes las herramientas para saber cómo buscar entonces no te dediques a esto y deja hueco a aquellos que lo amamos en cuerpo y alma». Por desgracia no bastaba con hacerlo bien.

Se sentía frustrada. Cada mañana, al mirarse en el espejo comprobaba lo que era su mayor castigo: tener una cara corriente. No era fea, pero tampoco guapa. Su cara resultaba agradable pero del montón. Si hubiera tenido que elegir habría decidido ser fea, tener algún rasgo característico. Eso abría puertas. Lo importante era tener algo que llamara la atención, que no fuera común, bien por ser una belleza extraordinaria, bien por ser horrible. Ser normal la hacía pasar desapercibida. Quizá los papeles que le habría proporcionado ser fea no serían de protagonista, pero al menos habría podido trabajar. Trabajar actuando, que era lo que ella quería. Lo de las pruebas de publicidad era un añadido.

La primera vez que presentó su curriculum y fotografías a una agencia de representación y obtuvo respuesta favorable, estuvo dando saltos de alegría durante más de cinco minutos. Había probado en las grandes y, esas, ni se habían dignado en responder. Llevaban la cartera de actores más importantes del país y no se iban a molestar en coger a una novata como ella. Lo sabía, así que tampoco resultó demasiado decepcionante. Entonces, optó por probar con otras más pequeñas, más independientes. Quizá no acabaría en una producción grande, pero para empezar no le importaba formar parte de proyectos pequeños. Eso le proporcionaría, por lo menos, experiencia. Una de ellas comenzó a enviarle ofertas y a solicitar su presencia en diversos castings en los que creían que podía encajar. Con el tiempo se dio cuenta de que la mayoría eran pruebas para anuncios. Ninguna para películas, series u obras de teatro. Pero pese a ello, nunca decía que no. Había visto que algunas de las audiciones de publicidad estaban a cargo de directores de casting que luego se encargaban de la selección de actores para series y películas conocidas. Se tomaba esas pruebas como un escaparate donde poder darse a conocer. Su cara podía no llamar la atención, pero si coincidía con alguno de ellos varias veces quizá acabarían quedándose con su nombre.

Mientras esperaba su turno, se preguntó qué demonios estaba haciendo allí. Intentó recordar en

cuántos castings había estado esa misma semana. Este era el quinto y no estaban nada más que a miércoles. «¿De qué te quejas? Peor sería si estuvieras en casa esperando una llamada o un correo electrónico. Aquí por lo menos tienes alguna opción». Intentaba convencerse de ello, pero llevaba tantas pruebas con resultado negativo que le costaba creer que sirvieran para algo. Su autoestima no estaba pasando por su mejor momento y la confianza en sí misma, tal como había comprobado en su propia piel, no era uno de los rasgos que caracterizara a los actores, que constantemente están siendo sometidos a escrutinio y valoración. En cada nueva prueba deben demostrar lo que valen, lo bien que lo hacen, lo guapos que son. Y Emilia estaba empezando a dudar de que valiera para esto.

Cuatro o cinco años.

Cuatro o cinco años era el plazo que se había marcado para intentarlo. «Si para entonces no he conseguido nada mínimamente decente, entonces lo dejo y a otra cosa mariposa». Porque sabía que mantener ese ritmo de vida era insostenible. Sus ahorros, los que había recaudado con mucho esfuerzo mientras trabajaba y estudiaba en las escuelas, eran los que le habían permitido lanzarse a la aventura y perseguir su sueño. ¿Cuánto tiempo más necesitaba para darse cuenta de que quizá no había hueco para ella en esta profesión? «Soy buena», se repetía siempre que salía de un casting. «Simplemente es que aún no me ha visto la persona adecuada». Pero el argumento estaba perdiendo fuelle y en lo que iba de semana, todas las críticas que se había hecho a sí misma habían sido destructivas. Sabía que cuando esto sucedía debía cambiar de dinámica pero, una vez entraba, le costaba salir. Era una rueda que no paraba de retroalimentarse.

Una chica más alta que ella y con el pelo castaño claro recogido en un moño desenfadado entró subida en unos tacones espectaculares y fue directa a la mesa de recepción. «Si yo me peinase igual, parecería que vengo recién levantada y en cambio ella...». Al pasar delante de todas las demás personas que estaban allí sentadas —Emilia no quería generalizar con la palabra actores, porque muchos de ellos eran modelos—, sonrió y saludó. El resto le devolvió el saludo, y cada uno esbozó su mejor sonrisa mostrando su perfil bueno. Deforcación profesional. Ninguno lo hacía sinceramente. Cada persona que entraba en la sala suponía un adversario más contra el que enfrentarse. Alguien más contra el que medir carisma, encanto, belleza y, en algunas ocasiones, interpretación.

Estaba harta de ese tipo de pruebas. «Aquí no importan ni tu experiencia como actriz, ni tu formación. Aquí lo único que importa es tu cara y tu cuerpo». Se sintió como un pedazo de carne agroecológica: no tenía el certificado que la hacía más apetecible a los ojos del comprador y a nadie le interesaba que se hubiera estado alimentando de pastos y estuviera libre de hormonas y sustancias químicas. Daba igual su buena calidad porque lo que importaba era el aspecto. Echó un vistazo a su alrededor para comprobar contra quién se enfrentaba. Negó con la cabeza. No tenía nada que hacer. El ganado aquella mañana era espectacular.

Estuvo tentada de marcharse, pero se quedó. Necesitaba el dinero y si la seleccionaban para este anuncio tendría cubiertos un par de meses. Revisó el móvil con ansiedad. Era la decimoquinta vez que pulsaba el botón de bloqueo para comprobar si había entrado algún correo nuevo. Durante aquella semana había hecho una prueba para una obra de teatro. Era una producción pequeña de una compañía pequeña. Los ensayos no eran remunerados y el día de la función cobraban a taquilla, sabiendo que lo más probable era que la sala donde actuaran se llevase el cincuenta por ciento de lo recaudado. Vamos, una auténtica miseria. Poco más y tendría que pagar por actuar, pero la propuesta de la obra le resultó interesante. Era otro de los dogmas con los que se intentaba autoconvencer: «apuesta por proyectos independientes aunque tengas que acabar pringando por cuatro perras. Nunca se sabe dónde estará el nuevo Amenábar o la nueva Isabel Coixet». Lo malo

era que esas directrices estaban acabando por precarizar el trabajo de actor. ¿Cuántas más como ella estarían dispuestas a aceptar cualquier proposición para salvaguardar el “y si”? y si esta vez es la buena, y si esta directora después consigue algún premio y se acuerda de mí en su próxima producción, y si haciendo de figurante sin frase pringando todo el día por una miseria resulta que llamo la atención del director y me propone un papel regular en la serie... Muchos casos hipotéticos que de momento no se habían convertido en realidad.

Pero ¿y si?

La incertidumbre era lo único que la mantenía aún allí. «El no ya lo tienes. No te cierres puertas tú sola».

No todo lo dejaba al azar. Intentaba ayudarlo un poco. Cada mes rodaba alguna escena, a veces monólogos, a veces diálogos con alguna compañera de las escuelas a las que había asistido, y la enviaba a los correos electrónicos de todos los directores y directoras de casting en activo. Intentaba que los videos fueran breves para que no les resultase engorroso verlos ni una pérdida de tiempo y, además, debían contar algo para que les pareciese entretenido y atrayente. Por supuesto la escena tenía que favorecer que pudiera destacar alguna faceta interpretativa. Había rodado videos cómicos y dramáticos. Y un mes tras otro seguía el mismo patrón. Era trabajoso: preparar la escena, trabajar el personaje y la situación, ensayar, grabarse sin dirección intentando que el resultado no pareciera amateur... Después el montaje, con sonido y créditos. Lo más profesional posible. «Ante todo que se vea calidad», se decía mientras empleaba horas y horas a su preparación. Y luego los correos personalizados, para que tuvieran la sensación de que iban dirigidos expresa y exclusivamente a ellos, lo que suponía tiempo de indagar en qué proyectos andaban inmersos, cuáles eran los últimos en los que habían participado, si habían recibido algún premio... No tenía ni idea de si surtiría algún efecto. Tampoco sabía cuántos correos como el suyo recibirían a diario y si llegarían a ver alguna vez algo de lo que les enviaba. «En algún momento mi vídeo llegará justo en el instante exacto y cumpliré los requisitos que buscan para alguno de sus proyectos. Lo importante es estar ahí y sobre todo recordarles que existo». Pero como en el resto de principios que intentaba seguir a rajatabla, disciplinada y constante, estaban empezando a perder fuerza.

Cuatro o cinco años sin ningún resultado, salvo algún anuncio muy de vez en cuando, no era suficiente. Cuatro o cinco años así, eran demasiado tiempo. Eso minaba las esperanzas de cualquiera.

Volvió a mirar el móvil. Nada. Esperaba la respuesta de la compañía de teatro. De todos los proyectos posibles que podían fructificar aquella semana, ese era el que más le interesaba. Aunque no tenía el guion completo, durante la prueba les comentaron lo que ocurría durante la obra, cuál era la idea esencial que se quería tratar y el enfoque que se pretendía dar. Le gustaba el tema y le gustó la manera que tenían de enfocarlo. Era original. También les hablaron acerca del bagaje por el que pasaba el personaje para el que estaban haciendo la prueba. Le pareció muy interesante, muy rico en matices. Con muchas capas. Difícil, pero un buen reto. Un personaje con profundidad y nada estereotipado. No era fácil encontrar algo así en un proyecto pequeño. Solían tirar más de clásicos.

Se abrió la puerta y una mujer asomó la cabeza.

—¿Diecisiete?

Emilia miró su papel. Era el suyo. Al pasar junto a la mujer intentó sonreír, aunque no tenía ganas.

—Hola.

—Hola. Pasa —le ofreció y, después de entrar, cerró la puerta tras ellas.

La sala, era una sala de casting como otra cualquiera: paredes blancas, un par de focos, trípode y

cámara y la marca frente a ella en el suelo.

—Colócate en la marca.

Emilia ya estaba en ello antes de que le dijera nada.

—Bien. Mira un segundo a cámara... —lo hizo—. Perfecto. Primero vamos a sacarte unas fotos.

Emilia no entendía por qué le hacían fotos. Ella ya tenía su propio *book*, el cual, por cierto, le había costado bastante dinero. Las agencias no se conformaban con fotos más o menos bien hechas. Querían que fueran totalmente profesionales. Daba igual que tú hubieras entregado tu material. Ellas se encargaban de minar tu moral.

—¿Las ha hecho un fotógrafo profesional?

—Sí —solía responder ella, pero dudaba. ¿No parecían profesionales?

—Es que nos gusta que todas las fotos de nuestra cartera de actores y modelos tengan el mismo formato. Necesitamos fotos con ropa informal, elegante y en biquini. Mira, aquí te dejo la oferta que tiene nuestro fotógrafo. Échale un vistazo y mira tu agenda. Intentamos darte cita con él lo antes posible.

Emilia no quería volver a pagar para hacerse las mismas fotos que acababa de entregarle. Pero al final, pasó por el aro, porque no quería que la descartaran de posibles pruebas por no haber accedido a una sesión de fotos con su propio fotógrafo. Otro abuso más de los muchos con los que se había encontrado durante su peregrinaje de cuatro o cinco años.

Y a pesar de tener las fotos más espectaculares, a cada prueba que asistía volvían a sacarle otras nuevas.

—De frente. Un perfil. Mira a cámara. Bien. Crúzate de brazos. Ahora, una mano en la cintura —¿un movimiento sexy?—. Tócate el pelo. Baja la mirada, ahora mírame.

Emilia obedecía y casi se sabía los movimientos de memoria.

—Bien. Ahora vamos a hacer la prueba de cámara. Quiero que te presentes: di tu nombre y edad y me das tus perfiles.

Emilia bajó la mirada para comprobar que seguía en la marca. Observó el objetivo, negro e impersonal y dio comienzo al espectáculo.

—Soy Emilia Soriano. Tengo treinta y un años, y estos son mis perfiles.

Se detuvo unos segundos frente a la cámara, después se giró a la izquierda y ladeó la cabeza de nuevo al objetivo manteniendo el cuerpo perpendicular a él. De frente y hacia el otro lado. De nuevo mirada a cámara. De frente otra vez. Colocó las manos a la altura de la cara delante de ella y las mostró: primero las palmas y después el dorso.

—Vale. Perfecto. Tenemos suficiente. Si estás seleccionada te llamarán a lo largo de la semana.

Emilia frunció el ceño. ¿Cómo que suficiente? Durante su larga espera fuera había escuchado cómo daban una serie de directrices a todos los que iban entrando. Las típicas directrices para comprobar si encajas en el perfil que buscan. Interpretando algo parecido a lo que sucedería después en el anuncio. ¿Por qué a ella no le pedían que hiciera nada?

La mujer fue hacia la puerta para abrirla e invitarla a salir.

—Disculpe.

Se volvió hacia ella.

—¿Ya está?

—Sí.

—¿No va a pedirme que haga nada?

¿Tan poco encajaba físicamente que ni siquiera era una opción a evaluar?

La mujer se quitó las gafas y se acercó a ella.

—Ya sabes cómo funciona este negocio. A partir de los treinta las mujeres pierden interés en esta

profesión.

¡Por el amor de Dios! Estaba haciendo una prueba para anunciar una marca de leche. ¿Es que las personas de treinta años no tomaban leche?

La mujer se dio la vuelta y de nuevo se dirigió a la puerta. La abrió dejando espacio para que pasara Emilia mientras miraba en la lista el próximo número al que debía llamar. «Dieciocho, idiota. Después del diecisiete va el dieciocho, no hace falta que lo leas», y salió dando un portazo tras ella. Todos los que estaban fuera levantaron los ojos de sus teléfonos móviles sobresaltados.

A partir de los treinta las mujeres pierden interés en esta profesión. Salió a la calle sin poder quitarse esa maldita frase de la cabeza. Estaba enfadada, no por lo que le había dicho la mujer concretamente, sino por ser una confirmación de algo que ella había percibido pero que se quería negar a admitir. Había llegado demasiado tarde. Sólo tenía que echar un vistazo a las series y películas. ¿Qué proporción del elenco eran mujeres y cuántos hombres? ¿Qué tipo de papeles recibían y de qué edades las mujeres? ¿Y los hombres? Sí, lamentablemente, había llegado demasiado tarde. «Si no te haces un nombre a los veinte no tienes nada que hacer», se dijo. Y lo lamentó. No entendía por qué tenía que ser así. Era injusto que actores de cuarenta, cincuenta, sesenta años tuvieran cabida en grandes producciones con papeles protagonistas y que ellas tuvieran vetado el paso, reduciéndose su participación a jóvenes que servían de secundarias para esos protagonistas. Un punto más para flaquear en su intento por conseguir alcanzar su sueño. No el que pudieran cerrarle puertas por su edad. Podría haber seguido intentándolo porque creía en la suerte, pero últimamente, temía que la seleccionaran para un anuncio en el que el hilo argumental fuera sexista o en el que tuviera que anunciar algo en lo que no creía. ¿Qué haría en ese momento? ¿Aceptar o negarse? Era un trabajo, como otro cualquiera, pero no podía evitar pensar que se estaría vendiendo, que estaría vendiendo sus principios si participaba en algo así.

Sacó de nuevo el móvil. Nada. Ninguna novedad. En ese momento sentía la necesidad de recibir la llamada de la compañía de teatro. «Era un proyecto que me gustaba. Sería hacer algo en lo que creo. Crear algo que me parece que puede ser interesante. Y un reto. Ese papel era un verdadero desafío». Ya en la calle pasó junto a una cafetería y el aroma a café y a bollos recién hechos le abrió el apetito. Soñó con entrar, sentarse, pedir y disfrutar de ello para liberar la rabia acumulada. Pero pasó de largo: el remordimiento por gastar un dinero que no tenía en algo tan trivial sería demasiado grande. Así que durante todo el camino hasta la estación de metro estuvo imaginando cómo habría sido ese rato de mañana tomando un café y un bollo mirando por la cristalera que daba a la calle, viendo pasar a la gente de un lado a otro.

Comprobó el reloj. Iba con tiempo de sobra al siguiente casting que tenía programado. Consultó el plano de metro y decidió la ruta para llegar a la próxima sala. Aquella semana estaba siendo una locura, pero no era lo habitual. Lo normal era que se tirase meses sin recibir ni una llamada para una audición. Por eso decía a todas que sí. Cuando llegó a su destino, comprobó la dirección y se sentó en un banco cercano. Sacó de la mochila un sándwich —había previsto que tendría que comer fuera de casa—, y dio buena cuenta de él. Después se lavó los dientes y se enjuagó con el agua que tenía en la botellita. Sacó un espejo y comprobó que el maquillaje y los dientes estuvieran bien.

Odiaba toda esa parafernalia.

Revisó en el email de la agencia el papel al que optaba en esa ocasión: mujer entre treinta y cuarenta años, aspecto moderno. Papel de madre. El anuncio era de una conocida cadena de supermercados. En cuanto abrieron la puerta, entró, le entregaron el formulario para rellenar con sus datos: nombre, teléfono, edad; tallas de pecho, cintura, cadera y pie; tatuajes, *piercing*, deportes, aficiones; color de ojos y pelo. Disponibilidad. Ni rastro de experiencia de ninguna

clase, sólo asegurarse de que no había participado en ningún anuncio de la competencia en el último año. Entregó el formulario y la chica de recepción le asignó un número. No tardaron en llamarla. De nuevo fotos. Presentación. Perfiles. En esta ocasión le dieron la oportunidad de improvisar un poco con un carrito de la compra que tenía diversas cajas de cereales. «Si estás seleccionada te llamaremos durante la semana». Y volvió a salir.

¿Cuánto tiempo más así? Se dio de margen esa semana por si la llamaban de alguna de las pruebas y para terminar las que tenía pendientes. «Después, empezaré a buscar otra cosa. No aguanto más». Se encaminó de nuevo a la parada de metro, esta vez para regresar a su casa: un pequeño piso alquilado en una de las ciudades de la periferia de la capital. En la boca del metro se detuvo un segundo a buscar en la mochila el billete.

—¿Emilia Soriano?

Se volvió, buscando a la persona que la había llamado. Una mujer, vestida con traje color beige y una camisa blanca se acercó a ella extendiéndole la mano. Emilia se la estrechó de manera refleja.

—¿Emilia Soriano? —Volvió a preguntar la mujer.

—Sí, soy yo.

Se llevó una mano al bolsillo, sacó una tarjeta y se la entregó a Emilia. «*Celia Alarcón. Editora. Editorial Seis Hermanas*».

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Soy Celia Alarcón, editora de la editorial Seis Hermanas. Me gustaría hablar unos minutos con usted si tiene un momento.

Emilia miró hacia la boca de metro y después el reloj. No tenía nada pendiente y, aunque el encuentro le resultaba totalmente extraño, decidió que no habría nada de malo en charlar con aquella mujer desconocida —que parecía saber claramente quién era ella—, en alguno de los cafés de la zona.

—¿De qué se trata?

—Tenemos una propuesta que hacerle.

¿Tenemos? ¿Quiénes?

—Está bien.

—Le parece que tomemos un café allí —la mujer señaló una cafetería que pertenecía a la misma franquicia en la que antes había deseado entrar y que quedaba a unos cinco metros de ellas. Emilia asintió y fueron hacia allí. Una vez tomaron asiento, Celia alzó la mano para llamar a la camarera que en seguida vino a tomarles nota.

—Un café solo con hielo —miró a Emilia—. Invito yo. —Café con leche.

Le habría gustado pedir alguno de los deliciosos bollos del escaparate, pero le pareció excesivo. Además, temía que el chocolate se le quedase entre los dientes mientras hablaba con la mujer. No quería causar una mala impresión. Cuando la camarera les trajo los cafés, Celia vertió el azúcar y lo removió con tranquilidad. No parecía tener ninguna prisa por comenzar a hablar.

—Me comentó antes que tenía una propuesta que hacerme —se aventuró a decir Emilia.

—Exacto. Tenemos una propuesta que hacerle desde la editorial.

Emilia estaba confundida. ¿Qué tenía que ver una editorial con ella?

—Disculpe, ¿de qué ha dicho que me conocía?

—¡Ah, sí! Es cierto. Déjeme que le explique. Hace tiempo que estamos siguiendo su trayectoria.

¿Qué trayectoria? ¿Pequeñas obras y algún que otro anuncio? —Nos gusta cómo trabaja y queremos proponerle algo.

Emilia no quería hacerse ilusiones antes de tiempo y prefirió preparar la coraza por si acaso. No

terminaban de encajar las piezas.

—Sí, eso ya lo ha dicho, pero no veo qué puedo tener que ver con una editorial. Puede que haya habido un error. Quizá se ha confundido —temió decir las siguientes palabras y explotar la burbuja que estaba empezando a formarse—. No soy escritora.

—No. Por supuesto que no —la editora se rio a carcajadas—. No hay ningún error. Usted es Emilia Soriano, la actriz, ¿verdad? Usted actúa, ¿no? Ese es su trabajo.

¿Lo era? Era la primera vez que hablaban de ella en esos términos: actriz, trabajo, actuar... Oírlo en boca ajena lo hacía más real, como si el simple hecho de tener esa idea en su cabeza no fuera suficiente ni le daba el empaque necesario para que lo sintiera como cierto. ¡Sí! Ella era actriz y su trabajo era actuar.

—Sí, así es —y sintió que se hinchaba de orgullo al decirlo.

—Bien. Entonces vamos por el camino correcto —la mujer sonrió.

—¿De qué se trata? —preguntó Emilia, y en el acto lamentó haber podido parecer ansiosa, pero estaba deseando conocer los pormenores de la propuesta.

—Es un proyecto —Celia clavó sus ojos en ella—. Un proyecto grande. Y complicado. Bastante complicado, pero creemos que usted podría llevarlo a buen puerto.

De nuevo se hinchó y pensó que, si seguía así, no cabría por la puerta al salir.

Emilia se quedó observando a la editora, deseando que continuase hablando. ¿Era posible que ese fuera el momento? ¿Su momento? ¿La oportunidad que llevaba esperando tantísimo tiempo? «Ha sido como decían en las entrevistas», se dijo. En mitad de la calle, sin estar en ninguna prueba y de pronto: ¡*chin*! Ahí estaba, hablando de un proyecto importante con una editora de una de las editoriales más grandes del país. No tenía ni idea de qué podía tratarse pero de algo sí estaba segura: por fin había llegado a los ojos adecuados. Quizás alguno de las docenas de vídeos que había enviado, había sido visto por algún director o directora que casualmente conocía a alguien de la editorial. Quizá le habían hablado del proyecto y esa persona que había visto su video se había acordado de ella y pensó que podía encajar. Era posible que la hubiera recomendado y de ahí que la editora estuviera al tanto de lo que había hecho hasta ahora. En los emails incluía siempre su dirección web donde subía todo el material que tenía, además de su curriculum y fotografías. Ahí estaba toda su trayectoria como actriz. Quiso dar saltos de alegría, pero se contuvo. Ante el silencio de la editora decidió intervenir de nuevo.

—¿Podría darme algo más de información?

—Es largo de explicar. Esta primera toma de contacto era simplemente para presentarme e indicarle nuestros intereses en usted. Nos gustaría que se reuniera formalmente con nosotras esta tarde, sobre las siete y media. Enviaremos un taxi a recogerla a la dirección que usted nos indique.

—¿Las siete y media? —Emilia miró el reloj para calcular el tiempo que tenía de volver a casa, darse una ducha y seleccionar lo que iba a ponerse.

—¿Algún problema?

—No. En absoluto.

Le habría gustado hacerse la interesante. Fingir que debía consultar su agenda o hacer ver que les iba a hacer un favor teniendo que desplazar un ensayo o algo importante para acudir a la cita. Cualquier cosa antes que dar a entender que estaba completamente libre, pero no se atrevió a hacerlo. Era jugar con fuego. Además, nunca se le había dado bien. «Si en los castings escribo con ansiedad disponibilidad *completa* con la idea de quitarme adversarios por el horario, no voy a ser tan estúpida de no hacerlo con algo como esto».

—Las siete y media es perfecto.

—Dígame su dirección y un teléfono de contacto para el taxi. Y no se comprometa para la cena.

Emilia la miró interrogante.

—Por si acaso.

Asintió e hizo lo que le pedía. Se despidieron en la puerta de la cafetería y cuando ya hubo pasado los torniquetes y estaba en el andén esperando el metro, sabiendo que la editora no podía verla de ningún modo, comenzó a dar saltos de alegría y a gritar. «¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!»), mientras el resto de viajeros se la quedaban mirando extrañados.

Llegó a casa e intentó mantener la calma, pero le resultaba imposible. En ese momento le hubiera gustado tener a alguien a quien llamar. Alguien a quien contarle lo que acababa de pasarle. Pero no había nadie lo suficientemente importante para ella, que formara parte de su vida íntima, que pudiera comprender el alcance de algo así ni a quien tuviera verdaderas ganas de decírselo. Disfrutó en soledad de ese instante e intentó grabarlo en su memoria. Algo así sólo pasaba una vez en la vida. «Este es mi tren y voy a agarrarme a él con fuerza». Se duchó sin dejar de sonreír, porque cada vez que rememoraba el encuentro se sentía feliz. Después, en ropa interior, frente al armario, examinó lo que tenía. No quería ir demasiado elegante, pero tampoco demasiado informal. Optó por unos vaqueros y una camiseta suelta color azul marino. «Ya saben cómo eres y lo que haces. Ya has pasado la primera barrera. No tienes que impresionarles ni resaltar por encima de otras. Ya estás dentro. Ahora van a hablarte del proyecto. Está en tu mano decir sí y no. En esta ocasión tienes tú el poder», se decía mientras se aplicaba una ligera capa de maquillaje en la cara, daba un toque de color a las mejillas y labios y una pincelada de negro en las pestañas. Sencilla.

Miró el reloj y se asomó a la ventana. El taxi ya estaba abajo. Antes de apagar la luz de la entrada y cerrar la puerta echó un vistazo al piso. Esa misma noche cuando regresase a casa sería alguien diferente, aunque en ese momento ya se sentía un poco distinta. Se subió en el taxi. No hizo falta que diera ninguna dirección: sabía perfectamente a dónde tenía que ir. Durante el recorrido, intentó prestar atención a los lugares por los que pasaba, pero su cabeza era un torbellino de pensamientos y en seguida dejó de fijarse en la calle. ¡Una editorial! Quizá le iban a proponer protagonizar la adaptación de una de las novelas que tenían publicadas. «Siempre había querido trabajar en una adaptación». Agitó la cabeza intentando sacar ese pensamiento de la cabeza. «No te hagas películas antes de llegar. Deja que lo que tengan que proponerte te sorprenda». Aunque la idea se quedó planeando en su cabeza el resto del viaje porque, ¿qué otra cosa sino podría proponerle una editorial a una actriz? Un gusanillo se le instaló en el estómago y se preguntó si podría probar bocado en caso de que la invitasen a cenar como había sugerido la editora en su encuentro. Todo parecía mágico. Todo parecía de película y era incapaz de creer que le estuviera pasando a ella. Cuatro o cinco años y, al final, la espera había merecido la pena. Pensó que nada podía empañar su felicidad en ese momento. ¿Nada? De pronto la idea de que el proyecto no encajara del todo con sus principios la asustó. Si era así, ¿qué haría? «Acepta. No puedes negarte a algo grande. Puede ser la catapulta que necesitas. Eso puedes planteártelo en pequeños proyectos que no te aporten lo suficiente, pero en algo así debes tragar». Deseó que fuera lo que fuese lo que la editorial quisiera proponerle no distara mucho de sus ideales para no tener que enfrentarse a algo así.

Se había hecho de noche en el trayecto y fuera todo estaba oscuro. Emilia fue consciente de que habían salido de la ciudad y no tenía la menor idea de dónde se encontraba. Los faros alumbraban una zona boscosa a los lados de la carretera y tuvo un mal presentimiento. No parecía haber vida en kilómetros a la redonda. Se removió incómoda en el asiento trasero y evitó el contacto visual directo con el conductor a través del retrovisor interior. Había visto muchas películas y series con el mismo argumento y, en todas ellas, la chica que iba detrás salía mal parada. Comenzaron a

sudarle las manos. Consultó el reloj. Llevaban más de cuarenta minutos de camino. ¿Dónde demonios estaban? El vehículo comenzó a aminorar la marcha. Emilia miró por las ventanillas pero era incapaz de ver nada. Entonces el coche giró a su izquierda y se adentró en un camino de tierra flanqueado por árboles. Se planteó tirarse del taxi en marcha, pero ¿qué haría después? No tenía ni idea de dónde estaba. Miró la pantalla del móvil: no había cobertura. Intentar que el GPS la sacase de allí no era una opción. ¿Qué haría en mitad de la noche en medio de aquella completa oscuridad? No. La idea era absurda. Esperaría pero manteniéndose alerta. Después de un minuto por el mismo camino, los faros alumbraron una valla y, al llegar a ella, se detuvo. El taxista se volvió.

—Es aquí señorita.

—¿Aquí? —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Sí, aquí.

Emilia se sintió estúpida. ¿En qué momento se había vuelto tan paranoica? Fue a sacar dinero del bolso.

—No se preocupe. La carrera ya está pagada.

Se lo había imaginado aunque no quiso darlo por hecho. Llevó la mano a la manija de la puerta e intentó abrir pero esta no cedió. Volvió a intentarlo sin éxito. Sintió que empalidecía y se puso de nuevo nerviosa y a la defensiva. Volvió a intentarlo de nuevo varias veces seguidas. Imposible. La puerta estaba atrancada. El coche era demasiado nuevo como para tener un seguro manual al lado de la ventanilla que ella misma pudiera accionar. Era inevitable recordar *El coleccionista de huesos*.

—¡Déjeme salir! —Y volvió a tirar de la manija con fuerza.

—¡Espere! ¡Espere! —dijo el conductor—. Está puesto el seguro.

Pulsó un botón y Emilia pudo abrir la puerta. No se despidió ni le dio las gracias. Estaba demasiado alterada para hacerlo.

Las luces de los faros iluminaban la reja y un letrero en forja que decía: Matices.

CAPÍTULO 11

Los faros del coche le permitieron ver que la verja estaba abierta. La empujó y, al hacerlo, las luces del porche de la casa se encendieron alumbrándole el camino hasta la puerta mientras el taxi daba la vuelta y regresaba por donde había venido. A sus pies el camino de grava se había transformado en uno de baldosas color mostaza gastado entre cuyas uniones había crecido césped. El mismo césped que se extendía hacia los lados. Emilia no fue capaz de distinguir hasta dónde porque se perdía en la oscuridad. Según se fue acercando los reflejos de la luz sobre la fachada le permitieron ver que estaba totalmente acristalado. Subió los escalones al porche y la puerta se abrió. Tras ella apareció Celia Alarcón sonriendo.

—Buenas tardes. Bienvenida.

—Buenas tardes.

La voz casi se le quedó atravesada en la garganta. Tosió para

liberar la tensión que había acumulado durante el incidente en el taxi e intentó relajarse. Al fin y al cabo, debería sentirse feliz de estar allí: su gran oportunidad había llegado. Quería disfrutar de ese momento. Celia le indicó con la mano que podía pasar y, tras ella, la editora cerró la puerta.

Entró al recibidor y echó un vistazo, disimuladamente, hacia ambos lados. No quería que pensasen que era una fisgona. Allá donde mirase la casa era blanca. Incluso las escaleras que parecían conducir al piso superior lo eran. A Emilia le transmitió sensación de limpieza y orden. Pureza.

—Por aquí.

La editora pasó delante de ella para mostrarle el camino a través de un pasillo con tantas puertas que la actriz fue incapaz de pensar en suficientes dependencias diferentes para cubrir todas esas habitaciones: cocina, baño, sala de estar, salón-comedor, dormitorio, aseo y cuarto de lavandería. Allí había muchas más y había, además, un piso superior. No podía imaginar cuánta gente podría caber en esa casa de manera simultánea. Imaginó fiestas y sintió el deseo de pertenecer a ese mundo: cada uno con su copa en la mano, todos elegantemente vestidos, charlando, riendo, haciendo contactos... Jamás había estado en ninguna y esa era su idea de lo que allí se hacía. En cambio, en ese momento, el silencio en la casa era sepulcral. Se preguntó si viviría alguien allí o si simplemente sería una casa para organizar grandes eventos o encuentros como el que la había llevado a ella hasta allí.

De entre todas las puertas del pasillo entraron en lo que Emilia supuso que era un despacho «Mira, esa opción no la había pensado. ¡Ah! Y la biblioteca. ¿Cómo he podido olvidarme de algo así? Todas las grandes casas tienen su biblioteca, sobre todo si la casa pertenece a algún escritor famoso. Podría haber también sala de juegos, con un billar en el centro». El juego le pareció divertido y la ayudó a relajarse y mostrarse más distendida. No quería parecer demasiado tensa. Quería dar la impresión de que estaba acostumbrada a encuentros como este.

Al entrar, frente a la puerta, había una gran cristalera que daba al exterior, ahora a oscuras. Intentó ver más allá pero sólo fue capaz de ver su reflejo en el cristal. Delante de ella, una mesa blanca, también, y una silla de cuero blanco. Las paredes estaban forradas de altas estanterías hasta el techo del mismo color, repletas de libros. A la izquierda un par de sillones orejeros mirando hacia una chimenea —que en ese momento estaba apagada— y, entre ambos, una mesa baja y sobre esta una carpeta. Encima de la chimenea un espejo que daba una mayor amplitud a la sala y que multiplicaba los libros que parecía haber dentro de aquella habitación. Nada parecía fuera de lugar. Nada parecía indicar que alguien trabajase allí dentro. Todo estaba en perfecto orden. Se preguntó si tendrían contratado a alguien que se encargase de la limpieza. «Por supuesto que sí. Todos los que tienen casas como esta tienen un servicio de limpieza».

Celia se dirigió hacia los sillones y Emilia tuvo que corregir su trayectoria que, de manera automática, la había llevado hacia la mesa del despacho pensando que la entrevista tendría lugar allí.

—Aquí estaremos más cómodas —dijo la editora y se sentó—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Emilia había respondido también de manera refleja. Siempre que le ofrecían algo solía decir que no para no causar ninguna molestia. En ese momento no supo si era la respuesta adecuada. Sabía que el que lo ofrecía lo hacía siempre por cortesía y no siempre porque verdaderamente quisiera o tuviera algo para ofrecer. Sólo decía que sí cuando se encontraba en confianza, con gente conocida.

Hacía mucho que no aceptaba nada en confianza.

Al intentar tragar saliva, se dio cuenta de que tenía la boca seca. «Quizá debería haber pedido un vaso de agua». Celia cruzó las piernas y colocó la carpeta sobre su regazo. La abrió y sacó algunos papeles y un bolígrafo. Revisó algo durante unos segundos y frunció el ceño. Emilia se puso ligeramente nerviosa. Aquello era una entrevista de trabajo y supuso que lo que la editora tenía entre sus manos sería su curriculum. Se preguntó por qué habría frunció el ceño. La actriz continuó escrutándola con la mirada buscando alguna respuesta ante el silencio de la editora. Celia inspiró profundamente. A continuación, relajó la expresión de la cara y volvió a sonreír mirando hacia Emilia que aguardaba impaciente lo que tuviera que decir.

—Bien. Lo primero de todo, ¿puedo tutearte?

La actriz asintió.

—Quiero darte las gracias por haber venido hasta aquí.

Emilia se sintió incómoda, ella no había pagado el taxi así que mucho no le había costado. Para ella hacer un esfuerzo, en su situación, era todo aquello que le suponía un gasto económico. No había llegado al punto de saber valorar y apreciar su tiempo, que en realidad era su bien máspreciado. Estaba tan acostumbrada a que su disponibilidad perteneciera a otros, que no se planteaba siquiera la idea de que otorgarle a alguien su tiempo fuera algo que se debiera agradecer.

—Para mí es un honor.

¿Un honor? Pensó que aquello había estado un poco sobreactuado. Aún no tenía ni idea del motivo por el que estaba allí. Había hecho sus elucubraciones pero en realidad no sabía nada, por tanto hablar de honor quizá era excesivo.

—Como te dije en la cafetería, hemos estado siguiendo tu trabajo y estamos muy interesadas en que formes parte del proyecto que tenemos entre manos.

—Sí, eso me dijo. Pero, ¿en qué consiste exactamente?

Celia apretó los labios como si la respuesta que iba a dar fuera muy complicada.

—La verdad es que no es un proyecto convencional. Rompe cualquier esquema conocido y por eso antes me gustaría charlar un poco contigo. Necesito saber un poquito más de ti.

—Está bien. Pregunte lo que quiera.

—Muchas gracias por tu predisposición —bajó la mirada hacia la documentación que tenía entre las manos—. Dado lo —hizo una pausa como si buscara la palabra adecuada— *peculiar* del proyecto y que es altamente confidencial debo hacerte algunas preguntas antes de entrar en materia y es posible que sean de corte personal. Sería algo así como un examen previo para comprobar si cumples las condiciones mínimas necesarias antes de hablarte del proyecto.

Emilia se sintió incómoda. ¿Qué tipo de preguntas personales podían influir en la obtención de un trabajo? Detestaba esa situación. Detestaba que la preguntasen por su situación personal porque consideraba que eso no la incapacitaba de ninguna manera para cumplir con el trabajo. Deberían ceñirse a experiencia y formación. Inconscientemente se agarró a los brazos del sillón con fuerza.

—Es por seguridad.

Emilia frunció el ceño.

—¿Seguridad?

—Sería absurdo ir revelando a todo el mundo los entresijos del proyecto si no se cumplen esos parámetros mínimos —la editora hizo una pausa y clavó su mirada en Emilia—. Para nosotras es muy importante que las respondas. Estamos prácticamente seguras de que tú eres la que debe llevarlo a cabo. De hecho, queremos que seas tú y no otra, pero tengo que hacer esas comprobaciones que te digo. Es importante.

Quería ser fiel a sus principios y estos le decían que si había alguna pregunta fuera de lugar se

negaría a responderla pero, por otro lado, la idea de que esta podía ser la oportunidad de su vida la obligaba a silenciarlos. «Ya la has oído. Ellas quieren que seas tú. Prácticamente lo tienen claro. No lo compliques más. Responde a todo. Negarte puede significar cerrarte la puerta y no sabes cuántas más como esta se van a abrir en tu vida. Traga con esto, como has tragado con todo lo demás por mucho menos. Quizá esta vez sea por algo grande».

Asintió y supo que con ello le daba vía libre para preguntarle lo que quisiera.

—Veo que tienes treinta y un años, ¿verdad?

—Así es.

La garganta estaba cada vez más seca. Sí, se había propuesto responder a todo, dejar que violasen su intimidad, pero no sabía si lo que respondiese, aunque fuese sincero, sería lo que ella estaba esperando. Había cosas que no podía controlar, como por ejemplo su fecha de nacimiento. ¿De nuevo su edad podía dar al traste con todo?

—Bien. Veo que te has formado durante cuatro años en una escuela y que además has realizado cursos específicos durante dos años, simultáneamente, durante tus estudios en la escuela.

—Sí. Y siempre que puedo continuo formándome.

Se aferró a la formación como a un escudo. Era todo lo que tenía en lo que podía confiar, lo que le había dado su base para trabajar.

—Entiendo que en todo ese bagaje de formación habrás conocido a muchas personas.

—Sí. Bastantes.

—¿Mantienes relación con alguna de ellas? ¿Profesores? ¿Compañeros?

Lo cierto era que no. Sus dotes sociales no eran demasiado buenas. No se metía en problemas y solía caer bien pero le sucedía como a su cara: pasaba desapercibida. Ningún profesor hizo jamás ademán de haber visto en ella algo especial y eso era algo que la obligaba a intentar mejorar cada día. Ella quería destacar sobre los demás, brillar con luz propia. En cuanto a los compañeros... costaba hacer amigos. Dentro de las escuelas le pareció que siempre estaban compitiendo y jamás percibió un ambiente de confianza, como si ninguno quisiera desvelar nada que pudiera ayudar al otro. Cada uno tenía sus métodos pero evitaban compartirlos. No podía decir que el ambiente fuera hostil, porque no lo era, se reían y divertían durante las clases. Aunque también lloraban y sufrían la frustración cuando algo no salía como los profesores querían. Pero había algo que impedía que las relaciones se estrecharan y Emilia sólo podía achacarlo a la constante competición en la que en el fondo se iban a convertir sus vidas. Si no brillabas no te veían. Emilia fue consciente en ese momento de que ella nunca brilló.

Dudó la respuesta. Le parecía lamentable decir que no tenía relación con ninguna persona de las que había conocido durante su formación. Ni siquiera se había molestado en buscarlos por las redes sociales. Ella simplemente había ido a las escuelas y cursos a aprender. No a hacer amigos. Decidió disfrazar la respuesta sin llegar a mentir.

—No. De eso ya hace bastante tiempo. Además, al salir cada uno seguimos nuestro camino.

—¿Ni siquiera a través de las redes?

—No.

—¿Por qué? Es un modo cómodo y sencillo de mantener el contacto.

—No me gustan las redes.

Y era cierto. Extraño, pero cierto. Celia miró los documentos.

—Sin embargo, veo que tienes *Facebook* y *Twitter*.

—Sí, los tengo pero los uso de manera profesional. No publico nada sobre mi vida privada. Los tengo abiertos para que cualquiera pueda ver lo que publico, pero no tengo amigos.

Le sonó muy triste.

—¿Tendrías algún inconveniente en cerrar tus perfiles en las redes?

¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Lo tenía? ¿Tenía algún inconveniente?

—Supongo que no. Como ya le he dicho no me gustan las redes y no les dedico mucho tiempo.

Ciertamente no le importaría dar carpetazo a las redes, le parecían engorrosas y una pérdida de tiempo, pero como con todo lo demás se preguntaba, ¿“y si” alguien me busca para tener más información sobre mí profesionalmente y no es capaz de encontrarme porque no tengo perfiles? No le parecían útiles pero no podía obviar ese “y si”.

—Podría cerrarlos pero debería decirme por qué debo hacerlo.

Estaba dispuesta a ceder en lo que le pidieran pero, dado que lo que la estaba pidiendo entraba dentro de lo personal, quería que le dieran una justificación lógica. No aceptar a todo porque sí.

—Por supuesto —Celia sonrió—. ¿Vives sola?

Emilia intentó relajar la tensión que empezaba a formarse en la nuca. No entendía qué sentido tenían aquellas preguntas, sobre todo sin saber aún en qué consistía el proyecto. Para ella, desde su posición la cosa debería haber sido al revés: primero deberían haberle explicado en qué consistía y entonces ella podría decidir, poner en la balanza los pros y los contras, y asumir si debía o quería responder a ese tipo de preguntas.

—Sí.

—¿Pareja?

Emilia se removió en el sillón.

—¿Por qué me hace todas estas preguntas?

—Ya te lo he dicho. Son necesarias.

Celia anotaba cosas en los papeles sin levantar la cabeza y Emilia se inquietó al pensar que su rebeldía quizá podía estar restándole puntos. La editora aguardó en silencio, esperando su respuesta.

—No. No tengo pareja.

—¿Has tenido anteriormente?

—Alguna.

—¿Puedes ser más específica?

—Nada serio. Dos o tres.

—Tienes treinta y un años, sólo has tenido dos o tres parejas y, ¿no han sido nada serio?

Le molestó el tono con que hizo la pregunta. ¿Qué insinuaba? ¿Que estaba mintiendo? Estaba siendo totalmente sincera aunque le estuviera costando horrores seguir adelante.

—Tuve un lío en el instituto. Duró poco. Luego fui a estudiar a la escuela de interpretación. Allí es mejor no mezclar lo personal con lo profesional. Las emociones están a flor de piel y se suele magnificar todo. Se pasan muchas horas juntos. Yo preferí evitar cualquier contacto, quería centrarme en mis estudios, pero acabé cayendo. No salió bien. Por suerte al año siguiente se fue a estudiar a Bilbao y no volvimos a vernos.

—¿Y la tercera?

—Otro lío de corta duración hace un par de años.

—¿No mantienes contacto con ninguna de estas personas?

—No. Ya le he dicho que son historias que no acabaron bien.

Su respuesta fue cortante. Celia, de nuevo, apuntó algo. ¿Qué demonios anotaba? ¿Qué más daba con quién había estado o si tenía contacto con profesores o compañeros? Emilia no entendía nada. Se sentía incómoda y, por momentos, enfadada consigo misma y también con la editora. Se estaba rebajando. Estaba respondiendo a todas y cada una de las preguntas sin pedir explicaciones, sin replicar. Preguntas que, efectivamente, estaban fuera de lugar y la editora parecía insinuar que no

la creía.

—Háblame de tu familia.

—No entiendo. ¿Qué quiere saber?

—¿Tienes padres?

—Sólo tengo madre.

—¿Tienes relación con ella?

Emilia clavó sus ojos en los de la editora e intentó transmitirle la rabia que sentía dentro. Apretó los dientes y las mandíbulas se le marcaron.

—Murió.

—Lo siento —y anotó de nuevo—. ¿Hermanos o hermanas? ¿Tíos? ¿Tías? ¿Abuelos?

Emilia se acomodó en el sofá. No podía soportarlo más.

—Oiga. ¿De qué va todo esto? Lo siento. He respondido a todo lo que me ha preguntado aun sabiendo que no tendría por qué hacerlo pero me parece que está sobrepasando la línea. Necesito que me hable del proyecto. Para eso he venido aquí. Mi vida privada es mía. No tengo por qué darle ninguna explicación.

Celia levantó la mirada de los documentos hacia Emilia. Cerró la carpeta y cruzó las manos sobre ella.

—Entiendo que todo esto le parezca extraño, pero para el proyecto es importante que sepamos la mayor cantidad de datos personales de usted.

—Pero, ¿por qué?

—Aún no puedo decírselo.

—¿Y cuándo podrá? ¿Cuándo les dé las llaves de mi casa y la clave de mi cuenta bancaria?

Quería ponerse de pie y marcharse de allí pero dos cosas se lo impedían. Una, el miedo a estar cortándose ella misma las alas que la iban a permitir volar alto. Y dos, no tenía vehículo con el que regresar a casa. Estaba completamente acorralada. Podía enfadarse y patear, pero al final concluyó que debía seguir adelante, aunque le costara. Al menos hasta saber en qué consistía el proyecto.

—Está en su derecho si quiere marcharse —parecía que la editora le hubiera leído el pensamiento—. Si es así, llamaré a un taxi para que venga a buscarla.

Celia se levantó y se dirigió hacia el teléfono que había sobre la mesa. ¿Quería irse? En realidad no. Quería saber.

—No —levantó el brazo para evitar que marcara—. Está bien. ¿Cuántas preguntas más necesita hacerme?

—Sólo un par más.

—Está bien, pero sólo dos preguntas más.

—Además, lo estás haciendo muy bien —la editora le tocó el hombro al pasar junto a ella para sentarse de nuevo en el sillón.

Emilia supo que se estaba poniendo zalamera con ella, no había nada loable en las respuestas que había dado, simplemente eran la verdad, pero se dejó dar caba. Resultaba agradable. Además, si ella decía que lo estaba haciendo bien, significaba que aún tenía alguna oportunidad.

—Continuemos.

Celia sacó los documentos de la carpeta.

—Nos habíamos quedado en si tenía familia.

—No. Ninguna. Mis abuelos murieron siendo yo pequeña. Mi madre era hija única y yo también lo soy, así que no tengo parientes cercanos.

—Bien. Por último, ¿tiene algún proyecto entre manos?

—Ahora mismo no.

—¿No está trabajando para ninguna compañía?

—Creía que habían estado siguiendo mi trabajo —indicó con recelo Emilia.

—Sabemos que no ha estado en ninguna compañía teatral de manera permanente. Sí, haciendo suplencias durante alguna temporada. ¿Mantiene relación con la gente de esas compañías?

—No. Y esa ya es la tercera pregunta —quiso aclarar antes de continuar. Quería que se diera cuenta de que era consciente de que no estaba ajustándose a lo pactado—. Como usted dice, fueron suplencias. Cuesta integrarse en grupos ya formados. Una va y hace su trabajo, salva la temporada cubriendo la baja de alguno de los personajes y punto. Si te he visto no me acuerdo.

Y era así. Jamás. Nunca volvieron a llamarla de ninguna de ellas para algún papel estable en nuevas producciones. Eran compañías pequeñas, con su elenco fijo y preparaban obras de acuerdo a sus posibles. En sus planes no entraba ampliar el número de cabezas entre las que repartir lo poco que recaudaban por función.

—Así que ningún proyecto entre manos —repitió Celia mientras anotaba algo.

—No.

Lamentó responder tan rápido. Tan seca. Sonaba triste. Sonaba a que estaba disponible completamente para ellas y desesperada por conseguir un trabajo. Lo peor es que era así. Y eso les otorgaba poder. Recordó la compañía teatral de la que estaba esperando respuesta, pero eso no podía contar, no era nada seguro. Le hubiera gustado haber recibido una respuesta para al menos tener algo con lo que presionar o negociar en caso de que llegase el momento.

—Bien —Celia ajustó los folios en los que había estado haciendo anotaciones, las revisó y los pasó al final del montón—. Ahora me toca dar explicaciones a mí.

Emilia sintió que se quitaba un peso de encima. Había superado el corte. La sonrisa y buena predisposición de la editora rebajó un poco los ánimos de Emilia que por fin iba a saber por qué la habían citado allí.

—Antes de comenzar, necesito que me firmes una cláusula de confidencialidad.

La actriz frunció el ceño. Era la primera vez que le pedían que firmase algo así. En realidad, era la primera vez que se veían en una situación como esa en general. Celia le entregó la hoja que había sobre el montón. Emilia la leyó con detenimiento.

—Es por seguridad —esperó a que la actriz pudiera leerlo—. Básicamente viene a decir que aseguras que tanto si entras a formar parte del proyecto como si no, lo que se diga o veas en esta sala no se lo revelarás a nadie, siendo el incumplimiento de la cláusula motivo suficiente para llevarte ante los tribunales.

Le entregó el bolígrafo para que firmase. Emilia lo cogió con la mano temblorosa. Sonaba peligroso. ¿Estaba segura de que quería escuchar lo que tuviera que decirle? ¿Qué podían contarle tan importante que su silencio debía quedar sellado con un acuerdo como ese? ¿Quería seguir adelante? ¿Conocer en qué consistía el proyecto? Parpadeó varias veces y fijó su mirada en las palabras que había escritas en la hoja que tenía frente a ella. Abajo, el hueco para su firma y al lado la firma y sello de la editorial Seis Hermanas. Entonces se sintió estúpida. ¡Eran una editorial! Probablemente iban a hablar sobre la adaptación de alguna novela, puede que a lo mejor de un guion inédito. Si después a ella no le convenía formar parte de ese proyecto querían asegurarse que no iba a ir largando por ahí información confidencial. Sonrió para sí. «¿Cómo puedes ser tan desconfiada?». Firmó el documento y se lo entregó a la editora. Esta lo guardó en un portafolios y lo colocó debajo del montón de papeles.

—Perfecto. No sé tú, pero yo estoy sedienta. ¿Quieres algo de beber?

Estaba deseando un vaso de agua y dado que la misma editora había confirmado que necesitaba un

refrigerio no le pareció ninguna molestia aceptar su invitación.

—Espérame aquí un segundo. En seguida vuelvo.

Celia no tardó en regresar y Emilia superó la tentación de asomarse sobre los documentos que estaban sobre la mesa. Le entregó un vaso con agua fresca y, antes de acomodarse de nuevo en el sillón, fue a una de las estanterías y seleccionó varios libros. Después los colocó sobre la mesa que había entre ellas.

—¿Conoce a Eris Alhena?

El nombre le sonaba. Sus novelas solían estar entre las más vendidas, pero era incapaz de ponerle cara. Solía suceder con los escritores. Pueden ser muy conocidos pero lo que la gente sabe de ellos suele ser su nombre y los títulos de sus obras. En parte eso les facilitaba la vida, a diferencia de los actores. Podían tener fama, pero caminaban tranquilos por la calle.

—Sí, me suena haber leído su nombre en prensa.

—Estas son sus novelas. Las que tiene publicadas.

Eso debía significar que tenía escritas otras que no habían sido publicadas. Se preguntó si sería porque la editorial no las consideraba lo suficientemente buenas.

Celia le ofreció una de ellas y Emilia la tomó. Echó un vistazo a la cubierta y a la sinopsis. Parecía interesante. Quizá lo leyera en algún momento.

—¿Ha leído algo de ella?

No. No había leído nada de Eris Alhena. A Emilia le gustaba leer muchísimo, eso la enriquecía como actriz, la ayudaba a comprender mejor a los personajes y a coger ideas para crear rasgos y vivencias de aquellos que interpretaba. Por eso detestaba tener que responder que no a esa pregunta. De todos los autores y autoras que conocía, ¿qué posibilidades había de que la preguntasen justo por la obra de una que no había leído jamás? «Nunca tienes conocimientos suficientes para guardarte las espaldas», se lamentó.

Negó, sin atreverse a decirlo en voz alta.

—Bueno, eso será lo primero que deberás hacer si formas parte del proyecto. Leer las novelas de esta escritora, analizarlas, estudiarlas.

Emilia asintió. Sí. Definitivamente tenía pinta de que iban a hacer una adaptación de alguna novela de esta autora. Vale. Eso no le parecía complicado. Estaba acostumbrada a analizar los textos a fondo para extraer toda la información posible sobre los personajes que interpretaba. Estudiaba no sólo los textos, sino la época en la que fueron escritos, el momento histórico y la vida del autor. Era la única manera de profundizar correctamente y comprender lo que el autor quiso decir con su obra.

La actriz levantó la vista del libro y miró a la editora. Permanecía en silencio, pero no parecía estar allí. Es como si estuviera buscando la mejor manera de continuar.

—Como ya te he dicho, esta autora tiene muchas novelas aún sin publicar. Creemos que son buenas. Muy buenas —aclaró.

—¿Y por qué no las publican?

—El mercado literario tiene sus tiempos. Hay que dar a cada libro el espacio que merece con presentaciones, firmas... Dejar que tenga la oportunidad de recorrer el mundo de boca en boca. Si publicásemos todo lo que tenemos pendiente de Eris de golpe, muchos de ellos pasarían desapercibidos y no queremos eso.

—Entiendo.

Emilia lo entendía, pero no veía qué tenía que ver ella en todo eso. Quizá le estuviera hablando de una saga que tenía escrita la autora y que aún no se había publicado. Quizá estaba tanteando la posibilidad de que Emilia fuera capaz de comprometerse para un largo periodo de tiempo, como

había sucedido con la saga de Harry Potter. No habría sido lo mismo si los niños que encarnaban a los protagonistas hubieran ido cambiando de una película a otra.

—Lo que voy a contarte ahora es completamente confidencial. Sólo lo sé yo dentro de la editorial. La actriz asintió y se puso seria.

—La señorita Alhena está enferma.

—¡Oh! Lo lamento. ¿Es grave?

—Desgraciadamente sí.

Celia se levantó y fue a otra de las estanterías. Allí cogió varios volúmenes encuadernados en espiral. Se acercó a la mesa y los dejó junto a los otros libros. A diferencia de estos, no tenían portada, sólo el título en hojas en blanco. Allí había por los menos quince títulos más. Ninguno coincidía con los publicados.

—Esta es la obra inédita de la autora.

Emilia se preguntó de dónde sacaba tanto tiempo esa escritora para ser tan prolífica. Había muchas obras allí que aún no habían visto la luz y si cada una necesitaba su tiempo como había dicho la editora, llevaría varios años sacarlos todos.

—¿Cuánto tiempo le queda?

Celia se dejó caer en el sillón. Parecía derrotada, como si todo aquello le afectase de manera personal.

—Un par de años.

La actriz volvió a mirar los ejemplares. Dos años eran muy poco tiempo. La escritora jamás vería publicadas todas sus obras. Sintió lástima por ella. Todo ese trabajo, todas esas horas buscando la manera de contar lo que quería, jamás se verían recompensadas. Y ya no económicamente, simplemente, a nivel personal. No se podía imaginar lo que sería sentir que algo que una había creado de la nada pudiera convertirse en un libro publicado que podía llegar a miles de personas. En su caso, a millones.

—¿Cáncer?

Celia hizo un gesto y le dio a entender que no podía darle esa información.

—Necesito que conozcas a Eris personalmente.

Emilia asintió. Era lógico. La autora era la que mejor conocía su obra, era la que podía matizar todo aquello que a los demás se les podía escapar. Todas las sutilezas y los recovecos no dichos en la novela. Los silencios. Lo escrito entre líneas.

—Necesito que la observes: cómo se mueve, cómo piensa, cómo se expresa, cómo habla... todo.

La actriz asintió sin comprender demasiado para qué debía hacer eso. Entonces se le ocurrió: quizá lo que querían era hacer un *biopic* sobre la autora. Tenía su lógica. Sabían cuánto tiempo le quedaba. Ahora era el mejor momento para que una actriz como ella pudiera empaparse en persona de las peculiaridades y la forma de ser de la escritora. Le facilitaría el trabajo, mucho más que si tuviera que hacerlo *post mortem* revisando videos sobre ella y leyendo sus entrevistas. Sería trabajar de primera mano con la fuente.

—Necesito que seas ella.

Emilia asintió de nuevo. Era una gran responsabilidad. Jamás se había tenido que enfrentar a algo así. Interpretar a un personaje real era de las cosas más complicadas que debía hacer un actor, sobre todo si se quería ser fiel al original. Costaba tomarse licencias y libertades a la hora de interpretarlos. Cuando se tenía poca información sobre los personajes lo difícil residía en poder entender cómo pensaban. A veces, los documentos oficiales no eran suficiente para ser fiel y representar a una reina, por ejemplo. Y cuando se conocían un poco más, cuando había algo más de información pero no había registro gráfico sobre ellos, resultaba complicado imaginar cómo se

movían. Daba miedo. Daba miedo estar haciendo algo equivocado. Sería como mancillar su nombre. Emilia volvió a asentir para infundirse valor y confianza en sí misma. Podía hacerlo: tenía método y, lo que era mejor, tenía al sujeto vivo y disponible para ella. Era capaz de encarnar a la autora. Además, la editora también lo creía. Por eso le había pedido que viniese. Se sintió muy afortunada. No podía creerse que todo esto le estuviera sucediendo ahora, que se hubieran fijado en ella para un proyecto de semejante envergadura. Ella, que nunca había brillado. Ella, que tenía una cara corriente. Por fin había llegado su momento. Su gran oportunidad. Sintió deseos de echarse a llorar. Todo el esfuerzo, todos los sacrificios, al final habían merecido la pena. Deseó haber tenido a alguien a quien contárselo.

—Emilia.

La voz de la editora la sacó de su ensueño.

—Emilia —repitió. La editora estaba muy seria—. Es muy importante que comprendas lo que estoy queriendo decir.

Claro que la comprendía. Lo había dicho bien claro: quería que fuese ella.

—Sé que es una gran responsabilidad, pero no debe preocuparse por nada —intentó tranquilizarla. No quería que ahora perdiera confianza en ella—. Haré un buen trabajo. ¿Para cuándo está programado el inicio del rodaje? Me gustaría saber de cuánto tiempo dispongo para documentarme y poder estudiar a fondo a la autora.

—Emilia, no va a haber ningún rodaje.

La actriz frunció el ceño.

—No comprendo. ¿No quieren hacer un *biopic* ?

Celia apretó los labios e inspiró profundamente antes de responder.

—Necesito que seas ella. Necesito que tú suplantes a Eris Alhena.

CAPÍTULO 12

Emilia no estaba segura de haber oído bien.

—¿Cómo?

—Necesito que tú seas ella.

¿Querían que fuera su doble? ¿Qué clase de persona necesita

uno y para qué? Había oído que algunos personajes famosos tenían dobles para despistar a la prensa, pero no veía que una escritora tuviera una necesidad así.

—Creo que no la estoy comprendiendo bien.

—Necesito que tú seas ella cuando haya desaparecido. ¿Cómo que desaparecido? ¿En plan por arte de magia? —¿Es que se marcha a algún lado?

Celia sonrió incómoda.

—Lo siento, creo que no me he explicado bien. Me refiero

—hizo una pausa— a cuando haya muerto.

De todas las opciones que había barajado desde que había conocido a la editora, esa jamás se le habría pasado por la cabeza. Emilia miró fijamente a Celia y después sonrió.

—Es una broma, ¿verdad? ¿Dónde está la cámara oculta? Se acabó el juego —dijo mirando a las paredes—. Ya lo he pillado, ¿vale?

—No es ninguna broma.

La editora estaba completamente seria. ¿Lo decía de verdad?

—¿Entiendes ahora por qué tantas preguntas? ¿Comprendes el motivo de la cláusula de confidencialidad?

La actriz bajó la mirada hacia la mesa. Debajo de aquel montón de papeles estaba el documento que ella había firmado. Lo que le estaba proponiendo era suplantar la identidad de una persona, concretamente de una persona muerta —que iba a morir—, y eso era un delito. Con premeditación y alevosía. Si ella no aceptaba, y alguna vez se descubría lo que habían hecho, encontrarían ese documento que la hacía cómplice por encubrimiento. Porque saber y no decir, una vez hecho, era encubrir. Estaba metida en un buen lío. Intentó mantener la calma y examinar cuáles eran sus opciones. Podía no aceptar y pedirle el documento bajo promesa de no decir nada. Saber y no decir, sin ninguna prueba que demuestre que sabía, no era encubrir. Al menos no era encubrimiento demostrable. ¿Qué probabilidades tenía de que Celia Alarcón aceptara algo así? «Ninguna», se dijo Emilia. «Ya has visto con qué cautela ha ido contándotelo todo. No. No vas a poder recuperar ese documento». Entonces estaba en sus manos. Podía aceptar, lo que significaba renunciar a su propia vida para vivir la de otra persona. Supondría interpretar el papel de su vida, literalmente. Debería actuar el resto de sus días con el riesgo permanente de ser descubierta. Y si lo hacían, si descubrían el engaño, estaría perdida. O podía no aceptar. Pero debería vivir con la duda permanente y el riesgo a que la persona que ocupase su lugar cometiera un error que sacase todo a la luz y, entonces, estaría perdida también. Entre aceptar o no, prefería decir que sí. Al menos eso le daba algo de control sobre la situación. Depender de los actos de una tercera persona a la que no conocía de nada y confiarle su libertad no le gustaba nada. El panorama no pintaba nada bien. La última alternativa era intentar quitar a la editora la idea de la cabeza.

—No entiendo por qué quiere que la sustituya una vez que haya muerto.

Celia señaló los ejemplares no publicados de la autora.

—Es la única manera de que todo ese trabajo vea la luz.

—Pero puede publicarlo *post mortem*. ¿No sacó Michael Jackson un disco después de muerto?

—Le pareció de lógica.

—Esto es diferente. Eris tiene muchos seguidores. Les gusta verla en las firmas y las presentaciones. Su presencia vende más.

Ya. Y la de Michael Jackson en los conciertos. Emilia no veía la diferencia. Muchos lectores estaban deseando tener en sus manos publicaciones inéditas de autores conocidos que llevaban muertos cientos de años. ¿Por qué Eris Alhena iba a ser diferente? Intentó hacérselo ver a la editora.

—Eris es un icono.

¿Acaso no lo fue también Michael Jackson? La editora parecía obcecada con esa idea. Entendía que quisieran vender el mayor número de ejemplares posible —era una editorial, ese era su trabajo— pero llevarlo hasta ese extremo le parecía absurdo. Era arriesgar mucho para vender unos cuantos libros más. ¿Qué diferencia podía haber entre publicarlos estando ella viva que muerta? ¿Verdaderamente creía que iba a haber tanta diferencia?

—Cuando conozcas a Eris lo comprenderás.

Hablaba de ella en tono místico, como si verla en persona pudiera dar algún sentido a toda aquella locura. Al ver que por ahí no conseguiría hacerla cambiar de opinión optó por variar la estrategia.

—¿Se da cuenta de que me está pidiendo que renuncie a mi vida? ¿Qué deje de ser yo para convertirme en otra?

—Te dije que el proyecto era poco convencional.

—Eso es quedarse corta.

—Sólo sería durante el tiempo de promoción de estas obras. Una vez se acabe el material, comunicaremos su muerte y tú podrás recuperar tu vida.

Miró con recelo a Celia.

—¿De cuánto tiempo estaríamos hablando?

—Unos quince años. Quizá un poco menos. Eris acostumbra a sacar dos novelas por año. Depende de cómo decidamos promocionarlas.

Quince años. Era muchísimo tiempo.

—Durante ese periodo recibirás los honorarios por las ventas de las novelas tal como lo hace Eris, además de un sueldo extra por tu interpretación.

Eso era muchísimo dinero. Emilia comenzó a preocuparse porque estaba empezando a valorar la posibilidad de aceptar y eso le parecía una absoluta locura.

Las piezas iban encajando poco a poco. Ahora comprendía el porqué de las preguntas que le había hecho. Necesitaba saber qué tipo de vida social tenía. Este papel sólo podía llevarlo a cabo alguien a quien no pudieran echar de menos en todo ese tiempo. Alguien que pudiera desaparecer sin que nadie le echara en falta. Por eso debía cerrar sus redes sociales: tenía que dejar de publicar cosas como Emilia, debía esfumarse por completo. Ella era perfecta para el puesto. Sólo había un pequeño problema.

—Esto es una locura. ¿Cómo voy a suplantar a una persona tan conocida? Alguien se dará cuenta tarde o temprano del engaño. Las personas más allegadas, su familia.

—Al igual que usted, la señorita Alhena no tiene familiares cercanos vivos.

—Vale, pero, ¿y sus fans? Hay videos de ella por internet. Si yo empiezo a acudir a las entrevistas en su lugar no habrá escapatoria, se hará evidente la farsa. Nadie puede escapar a un primer plano, ni siquiera el mejor imitador del mundo.

—No tienes que preocuparte por eso.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Es un detalle importante, ¿no cree? —Emilia se sentó en el borde del sillón e intentó acercarse a la editora—. Quiero que sea consciente de lo absurdo del plan. Debería hacer lo que le he dicho: publicación *post mortem* —colocó su mano sobre la pila de libros sin publicar—. Si tiene tantos seguidores le aseguro que se morirán por tener en su poder novelas de su autora favorita una vez que ella haya desaparecido de la faz de la Tierra —la editora le prestaba atención—. Piénselo. Podrían crear un mito.

Celia pareció dudar durante unos segundos, dirigió la mirada a la mano de Emilia y al montón de obras inéditas. Creyó que iba a entrar en razón.

—Lo que está planteando es muy arriesgado. Pero no sólo para mí, sino para usted también.

Celia asintió y a Emilia le pareció que se quitaba un peso de encima. La editora miró hacia la puerta del despacho y su rostro se ensombreció. Después agitó la cabeza.

—No. Debe hacerse cómo te digo. No hay otra manera.

¿Pero cómo que no había otra manera? ¿Y lo que acababa de explicarle? Le pareció una posición muy testaruda. Se estaba cerrando en banda y Emilia no sabía el motivo. ¿Por qué se empeñaba en seguir adelante con algo que parecía no convencerla del todo? Había algo más. Algo que la actriz no alcanzaba a ver. Se sintió desconfiada. ¿Qué era lo que no le estaba contando?

Emilia se levantó del sillón y se dirigió a la cristalera. Intentó ver más allá. Le hubiera gustado disfrutar de las vistas, seguramente serían espectaculares, pero todo estaba demasiado oscuro. Tan oscuro como la proposición que le estaba haciendo. Era completamente aberrante y sin embargo era lo más grande que le habían ofrecido nunca. Estaba bien remunerado —así lo pensaba ella

porque era incapaz de dar valor económico al hecho de renunciar a su propia vida—, suponía el mayor reto de su carrera: interpretar a alguien y hacer creer a miles o millones de personas que ella es quien dice ser. No habría cortes ni interrupciones, como en cine. Teatro en estado puro. El espectáculo debería continuar pasara lo que pasase. Tendría público, sería una improvisación a gran escala, sin cuarta pared, sin bambalinas en las que poder resguardarse, sin camerino donde quitarse el maquillaje y salir del personaje... Sí, era un auténtico reto. Aterrador pero a la vez atrayente. Una parte de su cabeza le decía: «Acepta. Sé racional. No es para siempre y ganarás una pasta, suficiente para vivir durante muchos años después de que el telón se baje» pero la otra parte le decía: «Sí. Muy bien. Harás el papel de tu vida pero no podrás demostrárselo a nadie. No podrás sacar partido a esta experiencia a nivel de curriculum. Y esa es otra. Ya te han rechazado hoy por pasar de la treintena. ¿Qué panorama crees que te vas a encontrar dentro de quince años, cuando tengas cuarenta y seis? No te van a llover las ofertas, sobre todo porque a ojos de los directores de castings tu vida habrá sufrido una pausa laboral de quince años». Comprendía los contras. Eran muy poderosos, pero no podía quitarse de la cabeza el tope que se había marcado. Cuatro o cinco años. Durante ese tiempo había comprobado que no había un hueco para ella en este mundillo. ¿Qué podía hacerla creer que si se negaba a aceptar el proyecto iba a tener trabajo durante esos quince años? Nada. Nadie podía prever el futuro. Esta propuesta sí era algo tangible, algo real. Se aseguraba una estabilidad durante quince años. Y no sólo eso, con lo que ahorraría en ese tiempo podría vivir unos cuantos más. Es evidente que Eris ganaba mucho dinero con sus libros. Era escritora y vivía de ello. No muchos escritores podían decir lo mismo. Y no vivía nada mal. A la vista estaba. Semejante casa no se paga con un sueldo mínimo. Por tanto, si ella iba a vivir al mismo nivel que Eris y además iban a pagarle un sueldo como Emilia, la actriz, estimaba que al acabar el contrato podría vivir tranquila otros quince años más como mínimo. La idea iba ganando posiciones y Emilia se preguntó, ¿por qué no?

Se volvió y miró a la editora.

—¿Y la policía? Es un riesgo muy alto. Me estás pidiendo que incumpla la ley.

—No debes preocuparte por la policía. Eris dejará firmado un documento en el que te concede la potestad para ser beneficiaria de su obra, así como la autorización de su suplantación como representante legal. Muy parecido al poder notarial que se concede a un abogado para que acuda en tu lugar a los juicios.

Saber eso le daba una cierta tranquilidad. Lo que más le aterraba era la posibilidad de ser descubierta y acabar en la cárcel, pero si eso no era posible legalmente, entonces todo lo demás parecía tener suficiente peso y lógica como para aceptarlo.

—Supongamos que acepto. ¿Cómo haríamos?

Si ella, Emilia, tenía que desaparecer debería tener un lugar en el que poder vivir hasta que Eris muriese, porque dio por hecho que una vez que la escritora hubiera fallecido, ella ocuparía su casa hasta que finalizasen el proceso de promoción de las obras.

—Lo primero, tendrías que dejar el piso de alquiler y dar de baja todas las facturas. Cancelar tu número de móvil y tus cuentas bancarias —sonaba marcial—. ¿Te sería posible sacar el dinero en efectivo?

Por eso no había ningún problema. Sería un milagro no encontrarse la cuenta en número rojos. Asintió sin dar ninguna explicación más. Este detalle sobre la precariedad de su vida no tenía por qué saberlo la editora.

—Cogerás lo mínimo e indispensable, ya que vestirás como Eris y utilizarás los mismos productos que ella utiliza.

Tampoco había problema. Tenía algo de ropa y unos cuantos libros, un pequeño joyero con cosas

de su madre, un álbum de fotos y el resto estaban en su ordenador portátil.

—El tiempo apremia. Sólo tenemos dos años para convertirte en Eris. Si aceptas, mañana mismo te trasladarás a esta casa —hizo una pausa—. Vivirás aquí. Toda tu manutención estará cubierta. Durante dos años no podrás salir de esta casa, salvo que Eris o yo te lo pidamos. Y eso será sólo cuando creamos que estás preparada para enfrentarte al público. Mientras tanto deberás estar aquí recluida. Nadie puede verte durante este tiempo. No podrás realizar llamadas, enviar mensajes o correos electrónicos. Emilia Soriano no puede dar signos de vida.

Asintió. Cada vez que lo hacía sentía que perdía algo de sí misma. Un escalofrío le erizó el vello de los brazos. Cada indicación que daba la editora era como si estuviera atravesándola con un puñal, un puñal que iba a acabando con ella. Hacer todo eso significaba morir de algún modo. Iba a desaparecer y lo peor de todo es que nadie iba a echarla en falta. El único consuelo que le quedaba es que la persona en la que se iba a convertir, la vida que iba a suplantar, estaba colmada de ese brillo y ese reconocimiento que ella nunca había recibido. Aunque fuera a través de su personaje, podría sentirlo durante un tiempo.

—Tendrás que aprender a pensar como ella —continuó la editora—, a actuar como ella, a moverte como ella, a expresarte como ella. Estudiarás su vida y su obra, aprenderás hasta el más mínimo detalle: debes estar preparada para poder responder a cualquier pregunta durante las entrevistas.

—Entiendo.

—¿De verdad lo entiendes?

La mirada de la editora era sincera.

—Todo esto significa dejar de existir. Dejar de existir como Emilia, como la persona que eres. Renunciar por completo a tu vida durante un largo periodo de tiempo. ¿Lo comprendes?

¿A qué venía ahora eso? ¿Por qué utilizaba ese tono condescendiente? ¿Estaba intentando hacerla cambiar de opinión ahora que ya casi lo tenía decidido? ¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Qué había cambiado?

—Una vez aceptado el trato deberás seguir adelante. No habrá vuelta atrás. No podrás abandonar el proyecto hasta que finalice su duración —hizo una pausa—. Durante estos dos años estarás a prueba. La única que podría dar lugar a su anulación sería Eris. Si ella decidiera cancelar el contrato y, por tanto, dar por abortado el proyecto, así se hará. Nada la compromete a seguir hasta el final si decide cambiar de opinión. Y así quedará reflejado en el contrato.

«¿Así que de eso se trataba? Toda aquella extraña idea de la suplantación no era cosa de la editora, ni siquiera de la editorial, sino de la escritora». Emilia lo vio con claridad en ese momento. El poder estaba en manos de la autora. Celia no tenía ninguna autoridad sobre este tema, por eso estaba obcecada en seguir adelante aunque no estuviera del todo de acuerdo. Aunque viera lo absurdo que era.

—Si esto sucediera —continuó la editora impasible, casi robótica—, se te compensará económicamente por el tiempo que hayas permanecido trabajando en la casa preparándote.

Emilia comprendía la envergadura del asunto en sí, de lo que suponía para ella como actriz, pero era incapaz de entender los motivos que habían dado lugar a una idea tan descabellada. ¿Qué clase de ego podía llevar a una persona a montar semejante tinglado? ¿Qué sacaba la autora? Ella no iba a ver el resultado. Jamás sería consciente de la publicación de todas esas obras que estaban sobre la mesa. ¿Qué podía importarle a ella que alguien la suplantase durante las firmas y presentaciones?

Ahora que había detectado de qué pie cojeaba Celia se sintió con un poco de poder.

—Vale. Todo eso en el hipotético caso de que yo aceptara. ¿Y si no?

El rostro de la editora volvió a ensombrecerse. Emilia se sentía confundida. No estaba segura de

si Celia quería o no que aceptase. Se comportaba de manera contradictoria, como si dos fuerzas opuestas tirasen de ella.

—Si es por algún punto de los que he comentado podemos negociarlo. Eris está abierta a negociaciones, siempre que sean dentro de lo razonable.

Le resultó curioso que utilizara esa palabra: razonable. Nada de todo aquello parecía razonable. Lo cierto es que estaba deseando conocer personalmente a la escritora para poder ver de primera mano cómo era. Incluso, saber cuál era el motivo por el que haría algo así, la ayudaría para comprender al personaje que debería encarnar después.

—¿Y si no llegásemos a ningún acuerdo? ¿Tenéis una lista de candidatas?

Celia bajó la mirada.

—Lamentablemente no es tan sencillo encontrar *candidatas* adecuadas para este tipo de trabajo. Acababa de ver el hueco en la armadura y Emilia no dudó en utilizar su espada. Era la única posición de valor que iba a tener en todo aquello.

—¿Me está diciendo que no hay nadie más a parte de mí?

Celia tardó unos segundos en responder. Finalmente levantó la mirada.

—Sinceramente: no. Sólo usted.

No había una lista. Sólo estaba ella.

—¿Por qué yo? ¿Por qué cree que yo conseguiré convencer a todas esas personas de que soy Eris?

—Ahora lo entenderás.

Celia se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta del despacho. La abrió. Una mujer entró y se situó frente a Emilia que había avanzado hasta colocarse delante de la mesa del despacho.

—Emilia, te presento a Eris Alhena.

Iba sin maquillar, con la cara lavada, el pelo recogido en una coleta; ropa cómoda de estar por casa. Se acercó a ella y le ofreció la mano.

—Encantada. Estaba deseando conocerte en persona. Emilia fue incapaz de estrechársela y de emitir ni un solo sonido. Estaba completamente fascinada. ¿Fascinada era la palabra? No. Estaba confundida. ¿Cómo era posible? Era como mirarse en un espejo. No es que tuvieran el mismo color de ojos, estatura, forma de los labios y del óvalo de la cara, rasgos similares que en un momento dado podían dar lugar a una confusión si se diera el caso.

No.

Eran exactamente iguales.

Salvando el color de pelo, que Emilia llevaba teñido de negro a diferencia del castaño claro natural que lucía Eris y que era el mismo color natural de su propio pelo sin teñir, en el resto eran idénticas.

La actriz miró a Celia y levantó una mano señalando hacia Eris.

—¿Cómo...? —Miró a la escritora—. ¿Cómo...?

No era capaz de articular correctamente las palabras ni de formular una pregunta completa. El estado de *shock* se había adueñado de ella. Cuanto más la miraba más increíble le parecía. Sintió deseos de acercarse y tocarle la cara, pero se contuvo. Temía hacerlo, sentir su piel, el calor de su cuerpo. Si lo hacía sería la confirmación de que ella era real.

—Te lo dije. No tenías que preocuparte por el parecido.

Emilia parpadeó varias veces y se movió ligeramente hacia un lado y hacia otro como si verdaderamente quisiera comprobar que no se trataba de un espejo. La imagen frente a ella permanecía impasible, de pie en la misma posición, sonriendo. Parecía divertirse la situación.

Debía de estar soñando. Sí. Eso explicaría aquel día de locos que estaba teniendo. Nada de lo que le había sucedido tenía sentido. ¿Cómo había podido llegar a creer que alguien la abordaría en la

calle para ofrecerle el proyecto de su vida? Ella que nunca había sido nadie, que nunca había brillado. En la escuela de interpretación envidiaba a las compañeras que tenían el don de gentes para relacionarse, con confianza suficiente en sí mismas como para conseguir transmitir esa seguridad a los demás cuando las miraban. Destacaban. Tenían carisma, algo de lo que ella carecía. A veces había deseado ser diferente. A veces intentaba imitar a esas compañeras, sin éxito. A veces deseaba ser otra. Cuando sufría esas crisis de identidad solía sufrir pesadillas en las que se encontraba consigo misma cara a cara al cruzar una calle o al doblar una esquina. A veces se veía a sí misma de lejos, observándose. Juzgándose. La otra la contemplaba desde la lejanía con altivez. La mirada vigilante de su otro yo siempre le ponía los pelos de punta. Era realmente perturbador. Por eso concluyó que lo que estaba sucediendo en esa habitación debía formar parte de algún sueño. «He debido quedarme dormida en el metro de camino al segundo casting». Se pellizcó el brazo, cerró los ojos y al abrirlos su doble seguía en el mismo lugar. ¿Era su doble o ella era el doble de la otra? Empezó a sentir una extraña sensación que partía del estómago. ¿Tenía ganas de vomitar? No, era diferente. Un sudor frío le empapó la frente y la espalda. Sintió que la sangre abandonaba sus pómulos y parecía desplazarse a gran velocidad hasta los pies. Después, todo empezó a volverse oscuro.

Primero le llegaron las voces, lejanas, como amortiguadas.

—Te dije que sería un impacto muy fuerte para ella.

—No había otra manera de hacerlo. Tarde o temprano tendría que encontrarse con la realidad. ¿Qué querías? ¿Que le enseñara primero la patita por debajo de la puerta?

—No, supongo que no. Pero quizá no estaba preparada para una noticia así. Debería haberla advertido antes de que aparecieras.

—¿Y perderme la cara que ha puesto al verme?

—Mira, parece que ya despierta.

Emilia poco a poco empezó a recuperar la vista. Intentó ubicarse. Al principio, no fue capaz de reconocer nada de lo que la rodeaba. Todo era blanco. ¿Estaba en un hospital? Estaba aturdida. Los sentidos aún no respondían correctamente y su cerebro no era capaz de interpretar lo que sucedía a su alrededor. Cuando fue capaz de enfocar correctamente y vio la chimenea frente a ella y las estanterías de libros a los lados supo que no. No estaba en un hospital. Estaba sentada en un sillón. Era una casa y todo le resultaba familiar, como si ya hubiera estado ahí en otra ocasión. Poco a poco lo recordó. Su entrevista con la editora. A su lado estaba Celia, sentada en el otro sillón.

—¿Te encuentras mejor?

—Lo siento. Creo que me he desmayado.

—No te preocupes. Es normal. Bebe un poco de agua. Celia le ofreció el vaso que estaba sobre la mesa que había entre las dos. Emilia fue a cogerlo y vio la carpeta sobre ella también. ¿Qué de todo lo que recordaba había sido cierto? Se incorporó y tras comprobar que no se mareaba de nuevo se puso en pie. Al hacerlo se vio reflejada en el espejo que había sobre la chimenea. Tras ella, junto al sillón donde había estado sentada, con las manos sobre el respaldo, estaba de nuevo ella. Se volvió asustada y, al comprobar que su doble era de carne y hueso, retrocedió unos pasos hacia la chimenea.

—¿Qué es lo que está pasando?

Celia se puso de pie también y se acercó a ella. Intentó envolverla con los brazos, pero Emilia se revolvió impidiéndoselo. —¡Déjeme! ¡No me toque!

—Tranquilízate. Todo tiene una explicación.

Emilia la miró con recelo. Todo ese misterio sobre el proyecto, la cláusula de confidencialidad, la

propuesta que le había hecho... Todo era demasiado extraño. Sentía que estaba adentrándose en las profundidades de una cueva oscura en la que no tenía la menor idea de lo que se iba a encontrar. Le recordaba a esas películas de mafiosos donde saber más de la cuenta puede costarle la vida a una. Quizá prefería no saber. Se preguntó cómo de lejos había llegado y si era posible dar marcha atrás.

—No sé si quiero escucharla.

Rodeó el sillón e intentó pasar sin tocar a Eris de camino a la puerta. Sea como fuere, iba a intentarlo. Quería marcharse de allí. Era cierto. No estaba segura de si quería saber cuál era la explicación lógica para la presencia de su doble en aquella habitación. Presentía que lo que tuvieran que decir incumpliría la ley, al igual que la incumplía la propuesta de suplantación de identidad que le habían ofrecido. Estaba claro que esas dos mujeres que estaban en el despacho con ella no sentían ningún respeto por las normas. Cualquiera cosa que se trajeran entre manos podía meterla en un lío, de eso estaba segura. No quería ser cómplice de ello. Fue a poner la mano en el pomo de la puerta pero se detuvo al escuchar la voz de Eris.

—¿No te parece que estás sobreactuando un poco?

Las palabras se le clavaron en la espalda como flechas envenenadas. Durante toda su vida Emilia había evitado por todos los medios sobreactuar. Sobreactuar era el cáncer de la actuación, era lo que mataba una escena o una película al completo. Era lo que sacaba al espectador del ensueño. Era lo contrario de actuar, su antagonista. Por eso se había entrenado para evitarlo a toda costa. ¿Quién se creía que era aquella completa desconocida para poder decirle eso con total impunidad? Respiró hondo e intentó tranquilizarse. Analizó la situación. Estaba en casa de una de las escritoras más reconocidas del país. Era conocida incluso internacionalmente: sus novelas habían sido traducidas a varios idiomas. Ambas se parecían. «No. Somos idénticas». «Eso no es posible». «Vale, pues encuentra una explicación lógica al parecido».

Era posible que se hubiera dejado llevar por los nervios del momento. Quizá sólo era eso: un buen parecido. ¿Qué había de malo en ello? ¿Qué podía temer de una persona que simplemente se parecía a ella? ¿No era eso exactamente lo que buscaban? Un buen parecido que pudiera sustentar la suplantación de identidad. Celia ya le había explicado que no había ningún riesgo legal, puesto que Eris dejaría todo atado y bien atado. Compartían fisionomía, rasgos parecidos a simple vista. Se dispuso a quedarse y escuchar esa explicación que tenían que darle. Se dijo a sí misma que pasara lo que pasase debía recordar que Eris no era ella y ella no era Eris. Estaba segura de que si se observaban detenidamente encontraría una tara, ese detalle que la hacía única. Se dio la vuelta dispuesta a encontrar ese fallo, el que la permitiría decir que aquella no era su doble idéntica. Necesitaba que eso fuera así para mantener su propia identidad.

—Ha dicho que esto tiene una explicación. Adelante, soy toda oídos.

Eris le ofreció sentarse de nuevo en el sillón y ella ocupó el otro. Celia acercó la silla que estaba frente al escritorio y se colocó junto a Eris.

—He investigado mucho sobre ti, Emilia —dijo Eris apoyando los codos sobre los brazos del sillón y cruzando las manos frente a la boca—. He investigado mucho y te aseguro que lo que he encontrado te va a sorprender.

—No sé si puedo sorprenderme más de lo que ya estoy.

—Te aseguro que sí —hizo, lo que a Emilia le pareció, una pausa dramática totalmente planificada—. Supongo que estás familiarizada con la web *gemelosextraños.com*.

Emilia se sorprendió. ¿Cómo podía ella saber eso? Durante un tiempo, cuando los sueños en los que aparecía su doble se habían hecho recurrentes vio una noticia que llamó su atención. ¿O fue al revés? En cualquier caso, la noticia explicaba que una chica de Estados Unidos había encontrado

a su gemela que vivía en otro país. Estaba en casa cuando recibió la llamada de una amiga para que le diera los detalles de por qué había decidido abrir un canal de *YouTube* sobre cocina sin haberle dicho nada. La chica, confusa, le dijo a su amiga que ella no había abierto ningún canal de cocina. Entonces, la amiga le envió el enlace al video del que hablaba. Se quedó impactada. Ahí estaba ella, hablando sobre tipos de harina para hacer pan casero cuando ni siquiera había intentado hacerlo ni una sola vez. Visionó el video varias veces. Cuanto más lo veía más le parecía que era ella. Decidió ponerse en contacto con la titular del canal. La chica vivía en Canadá. Cuando se vieron en persona, comprobaron que el parecido era real: eran como dos gotas de agua. No se lo podían creer. Debajo de esa noticia, había varios enlaces a artículos relacionados. Uno de ellos hablaba de una página web llamada *gemelosextraños.com* en la que los usuarios podían registrarse y subir su foto para encontrar a su gemelo. El programa analizaba la fisonomía de la cara y ponía en contacto a aquellas personas cuyos rasgos eran parecidos en un noventa por ciento. Emilia entró en esa web y encontró testimonios y fotografías de personas que se habían encontrado de esa manera: personas idénticas que no estaban relacionadas. Ella se registró por curiosidad, pero nunca obtuvo ningún contacto.

Durante un tiempo, tras subir su fotografía, imaginó cómo sería encontrarse con una persona muy parecida a ella. Simplemente sería eso: parecidas pero no iguales. Ahora tenía a su doble frente a ella y no sabía qué pensar.

Supuso que negarlo sería absurdo. Era evidente que Eris conocía perfectamente la respuesta a esa pregunta.

—Sí.

—Yo también me registré. Sentía curiosidad.

Parecía divertirse la situación.

—Pero si te registraste, ¿por qué nunca me enviaron ningún mensaje?

—Al hacerlo te preguntan si, en caso de localizar a tu *gemelo extraño*, quieres que se le envíe un aviso. Hay personas que quieren saber que el otro existe pero no establecer jamás contacto. No quieren llegar a conocerlo. Yo marqué esa opción. Simplemente quería saber si había por ahí alguien parecido a mí. Ya te digo, simple curiosidad.

La forma de hablar de Eris, cómo exponía los hechos, intentaba dar la sensación de verdad y sinceridad, pero había algo en su lenguaje corporal que a Emilia le hacía percibir que no era así.

—Tú recibiste la coincidencia en la búsqueda, pero a mí jamás se me comunicó.

Eris asintió. Emilia no estaba segura de cómo sentirse respecto a eso. Siempre había supuesto que la persona que se registraba en esa web lo hacía porque quería saber y conocer. Jamás se había planteado la posibilidad de que alguien simplemente quisiera saber sin relacionarse. Se sintió espiada. Eris había tenido una información que a ella le había sido negada. Habían utilizado sus datos para encontrarla en silencio, de manera furtiva, como una cazadora al acecho de una cierva.

—Así que eres mi *gemela extraña*.

—¿Lo soy? ¿O tú eres la mía? —preguntó Eris con malicia.

—En cualquier caso, sólo somos dos extrañas que comparten fisonomía.

Emilia poco a poco estaba recuperando la serenidad que había perdido unos minutos antes. Todavía le costaba mirar a los ojos a Eris. Era perturbador hacerlo. La actriz se había mirado en el espejo miles de veces, en ocasiones muy fijamente, intentando ver qué había detrás de su propia mirada, averiguar qué veían los demás cuando la observaban a los ojos. Siempre había oído decir que son el espejo del alma, y desde pequeña temió que cualquier extraño pudiera ver a través de ellos su verdad, sus secretos... que pudieran averiguar cuáles eran sus puntos débiles y usarlos en su contra. Siempre le había costado hacerlo pero con Eris era aún peor. Era como mirarse en el

espejo y no ser capaz de reconocerse. Su mirada no se parecía en absoluto a la suya. Quizá ahí estaba la tara.

—Cuando te localicé a través de la web averigüé dónde vivías.

—Pero, ¿cómo? Esos datos son confidenciales.

—¿Estás segura?

Sí, claro que lo estaba. ¿Qué clase de pregunta era esa?

—Si la web te proporcionó información confidencial sin mi consentimiento los denunciaré.

Emilia se puso a la defensiva. Odiaba que cualquier página en la que entrase le solicitara registrarte, indicar su dirección de email y otros datos personales. Tanto si era para reservar un vuelo, como para entrar en algunas webs de consulta, sólo podía acceder proporcionando datos. Información que acababa en alguna base de datos perdida en la nube a la que personas con conocimientos suficientes podían acceder sin problema. Eso sin contar con la venta de bases de datos: compañías que vendían a otras compañías toda la información que tenían de una con fines comerciales. O esa era la excusa.

—Tranquila. La web sólo me dio tu nombre. Sólo tuve que introducirlo en un buscador. Toda la información que necesitaba me la diste tú a través de tus redes sociales.

—Eso es imposible —se indignó Emilia—. Jamás he puesto mi dirección en *Facebook*.

—No. Eso es verdad. Pero sí los colegios e institutos en los que estudiaste, las escuelas de interpretación y después las compañías de teatro de las que has formado parte y los días que actuabas y dónde —de nuevo una pausa. Emilia empezaba a comprender el lenguaje corporal de la escritora. Previó que ahora iba a darle el toque de gracia—. Fui a verte actuar. Eres buena. Por eso estás aquí. No entiendo cómo no has conseguido despuntar a estas alturas.

Emilia leyó entre líneas: *no entiendo cómo no has conseguido despuntar a estas alturas A DIFERENCIA DE MÍ*. Decidió devolver el ataque.

—Será que tengo una cara corriente.

—¡Uh! Eso duele.

—Más me duele a mí compartirla contigo.

A pesar de haber tenido valor para no quedarse callada, se sentía vulnerable. Era cierto. Eris había alcanzado el éxito con veinte años. Llevaba una década de trabajo, fama, experiencia y notoriedad que Emilia no había sido capaz de conseguir. Su mediocridad destacaba frente a la excelencia de su doble que representaba todo aquello que ella había querido lograr. Vivir su vida le permitiría sentirlo en su propia piel haciendo lo que amaba: actuar. Decidió enterrar el hacha de guerra y levantar la bandera blanca. Estaban dispuestas a hablar y ella no sería la que vetara el diálogo.

Celia se levantó y juntó ambas manos en una especie de palmada que pretendía romper la tensión que se había creado.

—Creo que va siendo hora de cenar. ¿Contamos contigo, Emilia?

CAPÍTULO 13

Esa noche aceptó y rechazó algo.

Emilia quería aceptar. No sólo quedarse a cenar, sino también el proyecto. Aceptaría por

curiosidad, orgullo y envidia.

Quería saber cuáles eran los verdaderos motivos que tenía la autora para actuar de esa manera. Por más que le daba vueltas, la única que se beneficiaba de algo así era la editorial. Si, tal y como había dicho Celia, Eris Alhena no tenía ningún familiar cercano, la herencia de los derechos de autor a su heredero más cercano no podía ser un motivo. Además, si sólo le quedaban dos años de vida ¿quería desperdiciarlos enseñando a una actriz a convertirse en ella? ¿Por qué no publicar todas esas novelas pendientes y disfrutar de su promoción en vida? No. Estaba claro que había una motivación mucho más profunda y que por el momento escapaba al entendimiento de Emilia.

Por el momento.

Esperaba, durante esos dos años, conseguir averiguar la verdad.

Iban a ser dos años difíciles, no por la ruptura con su anterior vida, ya que no había mucho que dejar atrás —aunque a un nivel interno y psicológico se imaginaba que sí iba a resultarle complicado—, sino por el trabajo en profundidad que iba a tener que hacer. Preparar un personaje, prepararlo bien, implica dedicar horas y horas a comprenderlo. No siempre lo que motiva al personaje que se va a interpretar es fácil de entender. En ocasiones dista de forma diametralmente opuesta con lo que una cree y siente. Por eso hay que hurgar, rascar, preguntarse por qué, miles de porqués. Esa es la clave. Para Emilia, Eris Alhena resultaba un enigma complejo. Estaba claro que no iba a ser fácil ser ella, sobre todo si quería ser creíble y verdadera. Sí, superficialmente podía copiar su forma de andar o la modulación de su voz al hablar. Eso era sencillo. Simplemente era imitar, pero sería una actuación completamente impostada. No, Emilia estaba dispuesta a encarnar a su personaje, no sólo por fuera, sino también por dentro. Para ello debía encontrar qué era lo que removía el interior de la escritora y, lo que era más complicado, comprenderlo. Era un auténtico reto y estaba dispuesta a superarlo... porque ella podía hacerlo.

O eso intentaba repetirse a sí misma. La autosuficiencia con que Eris la miró durante toda la cena le recordaba constantemente su mediocridad, le hacía dudar sobre su propia capacidad para llevar a buen puerto el proyecto. Se preguntó por qué la había elegido si no parecía tener confianza alguna en que pudiera llegar a hacerlo bien. Entonces la respuesta era más demoledora aún. Hacía temblar los frágiles cimientos desde donde ella misma estaba intentando construirse: la había elegido porque ninguna otra se parecía físicamente a ella tanto como Emilia. No por su talento. No por su formación. Simplemente por su físico. Tal y como sucedía siempre en las otras audiciones con los demás. Por suerte, esta vez, su cara era la que le había conseguido el trabajo. Debería sentirse afortunada, pero en lugar de eso se sentía miserable. Estaba ahí por el mismo motivo que muchos otros conseguían sus trabajos, por ese motivo que ella siempre había criticado: la estética. Quería hacerse valer y se lo iba a demostrar a Eris. Y su recompensa por el trabajo bien hecho sería adueñarse de su vida y disfrutar de una admiración que hasta el momento nunca había sentido porque nadie aún había sabido apreciar en ella su verdadero valor.

De regreso a casa comprobó su teléfono móvil. Se había olvidado por completo de él durante su estancia en la casa de la escritora. Tenía un mensaje. El corazón le dio un vuelco al verlo ahí, sin leer en la bandeja de entrada, marcado en negrita. Era de la compañía teatral. Temía la respuesta, fuera cual fuese. Por un lado, quería que fuera positiva porque significaría que había superado a las demás aspirantes y que habían visto en ella suficiente calidad interpretativa —era una de las pocas audiciones que le habían pedido actuar de verdad para evaluarla— pero si era así, ¿aceptaría? ¿Lo haría? ¿O sería capaz de decirles que no? Era evidente, y así de claro se lo habían dejado durante su encuentro aquella noche, que si aceptaba trabajar para Eris no podría hacer nada más. Emilia como tal debía desaparecer durante el tiempo que durase el contrato. El proyecto de la compañía le gustaba, era un reto, pero estaba muy mal pagado. En cambio, lo que

Eris Alhena le había ofrecido, por muy estrambótico que fuera, le atraía también por el desafío a nivel personal y profesional que suponía para ella, era un personaje complejo y quería comprobar de lo que era capaz. Además, estaba muy bien pagado. En parte prefería que la respuesta fuera negativa para así no encontrarse en la tesitura de tener que rechazarla.

Tocó el correo electrónico en la pantalla para leerlo. Tenía que hacerle frente. La compañía de teatro la aceptaba dentro de su elenco. «¿Por qué siempre pasan estas cosas? No tienes trabajo durante varios meses y de pronto te aceptan en varios sitios a la vez. Y lo peor de todo es que ambos me gustan». ¿Por cuál decidirse? Por primera vez la habían seleccionado para un papel principal y no era para cubrir ninguna suplencia. Mientras miraba la pantalla pensó qué debía contestar.

Pulsó el botón de responder y envió un email rechazando la oferta: le habían ofrecido un proyecto mayor.

Acto seguido envió un mensaje a la escritora: estaba dentro del proyecto.

Aceptó y al día siguiente hizo todo lo que Celia le había dicho. Dio de baja el contrato de alquiler así como todas las facturas, su número de móvil y las redes sociales. Fue al banco, sacó el poco dinero que tenía y canceló la cuenta. ¿Podía una verdaderamente borrarse de la faz de la Tierra? Hizo una pequeña maleta y un taxi la recogió en la puerta para llevarla hasta Matices, el que sería su nuevo hogar en los próximos diecisiete años. Dentro del coche sintió que ya había perdido algo de sí misma.

—No sólo vivirás aquí —le había dicho Celia al recibirla—. Durante estos dos años sí, porque es el lugar más seguro para que estéis las dos juntas y podáis moveros en libertad sin riesgo de que os vea nadie, pero después deberás pasar temporadas en la casa de Majadahonda, sobre todo cuando estemos de promoción. Es más cómodo y rápido —informó Celia—. Hay taxis hasta debajo de las piedras y llegar al aeropuerto nos lleva menos tiempo que desde aquí.

Celia rebosaba energía, daba apariencia de que aquello en lo que se estaban embarcando era maravilloso, pero a Emilia le pareció que sobreactuaba, la noche anterior no parecía tan convencida de ello.

Le sorprendió descubrir, a plena luz del día, que la finca era mucho más grande de lo que había imaginado. El terreno lo componían siete hectáreas alrededor de la casa que estaba completamente rodeada de bosque, salvo en la parte delantera en la que se extendía una pradera de césped y en la posterior donde se encontraba la piscina. La instalaron en una habitación del piso superior. Su puerta estaba frente al pasillo, nada más subir las escaleras, a la izquierda. El de Eris, justo en frente al otro extremo del mismo pasillo. Enfrentadas como en un espejo. Su dormitorio ocupaba todo el extremo occidental de la casa por lo que tenía ventanas que daban a la entrada principal, al lateral boscoso y a la piscina. Dejó su maleta granate en el suelo junto a la cama —no se atrevió a subirla por miedo a manchar la colcha blanca que la cubría— y esta resaltaba como una mancha de sangre en la nieve. Sacó lo poco que había traído consigo y lo acomodó en los lugares que creyó oportunos: armario, estanterías y escritorio. Cogió su cuaderno de trabajo y su portátil y los colocó sobre la mesa. Inmediatamente, dispuso el bolígrafo a su lado, en completa alineación con la verticalidad del cuaderno. Le sorprendió. Ella nunca había sido tan organizada. «Eso está bien. Me estoy empapando, de manera indirecta, de lo que he percibido hasta ese momento. Pero no te confíes. Recuerda que no todo son las apariencias. El exterior no lo es todo. Si te quedas en la máscara tarde o temprano se descubrirá la impostura. Hay que llegar al fondo. Remover el interior, manosearlo, fisionear, roer, profundizar. Quedarte sólo en la apariencia sería un error». Cuando terminó de acomodarse, Celia le enseñó la casa y el terreno. Para la editora era una mera formalidad, de ese modo facilitaba la libertad de movimiento a

Emilia. Quería que se sintiera como en su casa, le había dicho. Para la actriz, era otra manera más de conocer al personaje que debía encarnar: saber dónde vive, su entorno... «El ambiente influye en nosotros». Tomaba nota mental de todo, de cada pequeño detalle: cómo estaban colocados los útiles de cocina, una lámpara o hacia dónde estaba orientado su sillón. Todo hablaba de Eris y Emilia escuchaba con atención. Escuchaba conscientemente lo que la casa le tenía que decir y se dejaba traspasar por las sensaciones que indirectamente le llegaban al vincularse directamente con los objetos que la rodeaban: el tacto frío y suave de la encimera de la cocina, la tarima de madera blanca bajo sus pies descalzos —porque se había fijado en que Eris caminaba descalza por la casa— o el raso de su bata, una bata idéntica a la de la escritora que habían comprado para ella y que la autora llevaba puesta todo el día, junto con una ligera camiseta de tirantes y un pantalón holgado. Todo blanco.

Después de mostrarle la casa e indicarle que podía moverse libremente por ella, le entregó una hoja con el horario de trabajo de Eris: la hora a la que se levantaba, ejercicio matutino por el bosque, el desayuno, el tiempo de escritura, la comida, descanso para lectura, de nuevo escritura, un baño en la piscina, la ducha, la cena y de nuevo lectura. No estaba indicada ninguna hora de acostarse. Le pareció curioso.

—¿A qué hora se acuesta Eris? —preguntó Emilia a Celia.

—No tiene una hora fija. Depende del día, de lo cansada que esté —hizo una pausa, como si no estuviera segura de si debía continuar o no—. A veces le cuesta dormir.

Eso también decía algo sobre la autora. Emilia anotó mentalmente ese dato para después apuntarlo en su cuaderno. «Posible insomnio. ¿Por qué?». Emilia revisó el esquema horario y se preguntó si la escritora lo cumpliría siempre a rajatabla o si lo habían organizado de esa manera para facilitar a Emilia el poder localizar y saber lo que estaba haciendo Eris en todo momento. Decidió preguntárselo directamente a la escritora en la comida.

—Durante mi estancia en Matices es siempre así. Aquí vengo a trabajar. Si quieres que las cosas salgan bien tienes que ser disciplinada.

Emilia encontró lógico que si era su lugar de trabajo se marcara unos horarios... pero para trabajar. Esquematizar y racionalizar los tiempos de ocio como la lectura o la piscina, le indicaban una necesidad de control en la autora. «Es su manera de dominar la situación. Pero, ¿qué es lo que necesitas controlar, Eris?», se preguntó Emilia mientras observaba cómo troceaba la comida en pedazos lo más parecidos posible.

Celia estuvo con ellas el primer día, pero después regresó a la ciudad. No sólo era editora de Eris, llevaba a varios autores más que estaban en plena promoción en ese momento y debía estar con ellos, revisar varios manuscritos que le habían pasado. Así que se quedaron las dos solas en aquella enorme casa. Durante su estancia allí, nadie vino. Ni por visita ni por trabajo, salvo Celia de vez en cuando. Solía traerles la compra de comida una vez al mes.

Al principio se lo tomó como un juego de investigación, casi como un experimento. Buscaba la manera de obtener la máxima información posible sobre la autora. Creyó que tendrían largas charlas las dos juntas sentadas en el sofá del salón o en la biblioteca. En verano aprovecharían la piscina. Sería como cuando iba de campamento de pequeña. Dio por hecho que la convivencia las haría amigas. Pero no fue así. Durante la primera semana, Eris ya se mostró muy reservada. Parecía evitar a Emilia constantemente. La actriz percibió cierta hostilidad en la escritora. Era evidente que le incomodaba su presencia en la casa. Emilia lo encontró lógico: estaba invadiendo por completo su intimidad. Pero era algo que ella había decidido, por tanto, no se sintió amedrentada y siguió su proceso de creación tal como tenía pensado.

Eris y ella nunca salían de la casa. No había servicio de limpieza ni cocinera. Ellas se encargaban

de esas tareas. Se alimentaba del mismo modo que lo hacía Eris: misma cantidad y misma comida. Con el tiempo supo ver cuáles eran sus gustos sin necesidad de preguntarle. Casi todo de ella lo acabó aprendiendo así, a base de observarla en silencio. Preguntar no resultaba fácil. A veces las respuestas eran evasivas o crípticas. Eris siempre respondía, pero le dejaba bien claro que le resultaba molesto. «¿Cómo pretendes que me convierta en ti sin averiguar detalles profundos de tu vida?». Supuso que la escritora lo que hubiera querido y, probablemente, esperado de ella es que hubiera hecho su labor de investigación sin molestarla lo más mínimo a través de vídeos, lectura de entrevistas o de sus propias novelas. Puede que incluso hablando con Celia. Pero no con ella.

La actriz, a través de su trabajo de observación silenciosa comenzó a crear al personaje desde lo más superficial. Ya tendría tiempo después para ir profundizando. Empezó con cosas básicas. Se despertaba antes que Eris cada mañana al principio. La escritora era escurridiza y si se despistaba no la veía el pelo hasta el desayuno en el mejor de los casos, sino ya en la comida. Por el momento no quiso acompañarla en sus ejercicios matutinos por el bosque. No quería resultar tan invasiva, eso podía alterar su estudio. Así que, cada mañana, se vestía y lavaba y esperaba de pie, pacientemente, en el umbral de su puerta a que la escritora saliera de su habitación para observarla hacerlo. Los primeros días dejaba su puerta abierta, escuchaba atentamente los sonidos que provenían de dentro del dormitorio, imaginando qué haría. «Algún día tendrás que dejarme entrar ahí y amanecer contigo». Los rituales matutinos eran algo muy particular de cada persona. Emilia se preguntó si la escritora sería rezagaba tras sonar el despertador o si por el contrario estaría despierta antes de que sonase. ¿Qué haría primero? ¿Lavarse la cara? ¿Sacaría la toalla del colgador o se secaría con ella ahí? ¿Peinarse? ¿Cómo se cepillaba el pelo? ¿Cuánto papel higiénico usaba para limpiarse? Por el momento debía conformarse con observar cómo salía del dormitorio. Después de varios días, mientras ella se iba a correr por la zona boscosa que rodeaba la casa, Emilia practicaba su salida, una y otra vez, abriendo y cerrando la puerta de su dormitorio tal como Eris lo hacía: giraba el pomo en un golpe seco, después abría en un único movimiento, rápido y conciso, daba un paso adelante con la pierna izquierda bamboleando ligeramente la cadera, arrastraba el pie derecho descalzo sobre la tarima, pero sólo tocándola con la punta del dedo pulgar, giraba ligeramente la parte superior — de cintura para arriba, manteniendo caderas y piernas hacia el frente—, agarraba el pomo —que quedaba lo suficientemente lejos como para tener que estirar el cuerpo— con la mano izquierda —pero sólo tocándolo con el dedo índice y corazón—, atraía hacia sí la puerta y, antes de cerrar, lo giraba para no emitir ruido.

Su intención no era sincronizar su salida con la de Eris, pero los tiempos, que poco a poco estaban penetrando en ella, guiados por los sonidos que provenían del interior de la habitación de la escritora, lo consiguieron, como si fuera una danza. Así que, cada mañana, Eris y Emilia salían de sus correspondientes dormitorios de manera simultánea, repitiendo exactamente los mismos movimientos de manera especular. Emilia lo hacía así porque el pomo de su habitación estaba colocado en el lado izquierdo de la puerta en lugar de en el derecho, como en el de Eris, así que la actriz había tenido que adaptar los movimientos a su posición, porque estaba segura de que si Eris tuviera que salir de su habitación, invertiría los movimientos como lo había hecho ella. «Es una cuestión de posición, lo hace del lado izquierdo porque el pomo le queda en el lado izquierdo», se dijo la actriz cuando la observaba.

Emilia sabía que esto era meramente físico pero, mientras intentaba averiguar la profundidad oculta tras la escritora, era suficiente para empezar a trabajar. Al fin y al cabo, los movimientos de Eris eran los que eran por un motivo y eran suyos propios y únicos y, por tanto, diferentes a los de la actriz. Imitarlos colocaba a Emilia en una posición distinta a la que estaba acostumbrada. Todo se veía de otra manera por el simple hecho de caminar recta, como lo hacía la autora. Algo

se modificaba dentro de ella porque, sea como fuere, esos movimientos no le pertenecían y tenían su propio lenguaje. La cadencia al andar o al hablar, la elección de unos gestos u otros moldeaban a la escritora. Emilia se apartaba el pelo metiéndoselo detrás de la oreja, en cambio Eris introducía los dedos en la base del nacimiento en la frente y lo peinaba con ellos hacia atrás. La escritora pensaba con las manos enlazadas, apoyando los labios sobre ellas; la actriz apoyaba la mejilla sobre el dorso de la mano izquierda y con la derecha enroscaba un mechón de pelo en el dedo índice. Cada pequeño gesto decía algo de ella.

Poco a poco fue adoptando todos los de Eris. Sabía que podía resultar molesto para la escritora, ya que Emilia intentaba meterse de lleno y evitaba salirse del personaje por lo que sus movimientos en ocasiones coincidían de manera simultánea y podía dar la sensación de ser una burla. Pero no era así, simplemente estaba cumpliendo con su trabajo: se estaba convirtiendo en ella.

Mientras la autora escribía, Emilia leía o probaba cosas en su dormitorio. Experimentaba, investigaba con gestos y sonidos. No le gustaba mostrar los movimientos hasta que no estaban bien perfeccionados. Si Eris la veía quería que fuese haciéndolo bien; quería demostrarle que era capaz de convertirse en ella.

En ocasiones charlaba con Celia cuando estaba por allí. Sólo iba a la casa cuando Eris la llamaba para resolver algún asunto y una vez al mes con la compra de comida. De boca de la editora supo lo exigente que era la propia Eris con su trabajo. También le contó que padecía una enfermedad hereditaria que dificultaba concebir y hacía extremadamente peligrosos los partos. Esa información unida a la lectura de la novela *La única hija* le dio una imagen más precisa de Eris. «Guardas un profundo miedo dentro de ti. A pesar de todo el éxito que tienes, el miedo al fracaso te domina y crees que la muerte es una especie de castigo que va ligado a tus genes. Y estás tremendamente sola». Eso era un buen comienzo para profundizar en la psicología de su personaje.

Otras veces, mientras Eris escribía encerrada en su despacho, Emilia pasaba la mañana en la piscina revisando sus notas y aprovechando la posibilidad de disfrutar del agua en esos días de calor. Aún no se había atrevido a pedirle a Eris que la dejara acompañarla en sus ejercicios matutinos por el bosque —tenía interés por saber qué hacía durante esa hora—, así que intentaba mantenerse en forma nadando. A veces daba paseos adentrándose en la zona boscosa. Le gustaba poder sentarse sobre algún tronco y escuchar el ajeteo de los pájaros, el crujir de la madera de los árboles, sabiendo que estaba sola; que nadie la observaba. Porque si tenía algo claro era que no sólo ella vigilaba cada uno de los movimientos de la escritora, sino que también ella la estaba observando. No era una percepción. Lo sabía. La había visto de pie, junto al ventanal de su despacho, mirándola fijamente mientras ella estaba en la piscina. Al principio pensó que estaba observando el bosque o quizá más allá, buscando inspiración, supuso Emilia, pero al fijarse bien comprobó que ella era el objeto de tan minucioso escrutinio. ¿Cuánto tiempo llevaba mirándola? ¿Era algo que solía hacer a menudo sin que ella se diera cuenta?

Lo peor no era descubrir que Eris la vigilase. A fin de cuentas, ella la había contratado para realizar un trabajo y, dado que el oficio de actriz no era algo tangible y medible como cualquier otro trabajo, entendía que la observase para intentar vislumbrar los avances que podía estar haciendo. No. Era la certeza de saberse evaluada constantemente. Por eso se adentraba en el bosque, lejos de las ventanas de la casa. Lejos de la mirada de Eris. Allí, podía dejar de actuar. Durante esos minutos sentía que podía recuperar un poco de su propio yo.

Pasados unos meses, Emilia —que sentía que estaba progresando bastante en la construcción externa del personaje— le solicitó a Eris la posibilidad de observarla mientras escribía. Al

principio, la autora se mostró recelosa.

—Es mi lugar de trabajo.

—Por eso mismo. Es tu lugar de trabajo, en el que pasas muchas horas al día. Un trabajo al que le dedicas tu vida. Me gustaría ver cómo te vinculas y mueves en ese espacio que es tan importante para ti.

Emilia sabía que, durante el proceso de escritura, la autora se perdía dentro de su propia cabeza. De algún modo entraba en una especie de trance en el que ella no era responsable de su cuerpo. Quería ver qué sucedía en esos momentos de semiinconsciencia. Quería observar cómo miraba, cómo se movía, cómo pensaba. Estaba segura de que los primeros días, su presencia podía alterar ligeramente la naturalidad de sus actos, pero pasado el tiempo suficiente para que se acostumbrase a su presencia, volvería a ser ella misma y Emilia podría extraer de ahí el material que necesitaba.

Eris aceptó, pero bajo la condición de que no observase lo que escribía.

—Es privado, por el momento. No me gusta que nadie lea lo que escribo hasta que no está finalizado.

Eso también lo sabía. Se lo había contado Celia. «De nuevo, miedo al fracaso. Al qué dirán. Te sientes expuesta. Por eso necesitas controlarlo todo. Es la única manera que tienes de asegurarte de que los demás ven lo que tú quieres que vean». De algún modo comprendía a la escritora: ella también se sentía expuesta al ojo crítico durante las pruebas. Allí con ella, también se sentía así. Quería dar lo mejor de sí misma. Le daba miedo no dar la talla. Le daba miedo ser consciente de su mediocridad. Asustaba esforzarse por ser alguien y darse cuenta de que, en realidad, no era nadie. Aunque le costara admitirlo, para sentirse alguien debía percibir el reconocimiento ajeno. Sin él, no importaba cuánto hiciese. Seguiría siendo nadie.

La autora aceptó a regañadientes y, observar a Eris mientras escribía, se convirtió en uno de los mayores placeres de Emilia durante su estancia allí. Era el único momento en el que la escritora parecía frágil. Bajaba la guardia, se quitaba el escudo. Esos instantes eran en los que Eris era más verdadera. «Nada de corazas. Aquí estás, desnuda, y ni siquiera eres consciente de que lo estás. Comprendo en parte tu máscara, por qué la llevas y por qué es como es, con esa forma fría. Poco a poco estoy viendo tu interior, lo que hay detrás de la máscara».

Por lo que había podido comprobar en vídeos, Eris miraba al resto desde un lugar de superioridad. Un lugar que creía que le correspondía por su forma de abordar la vida y el trabajo: ella se esforzaba, no se conformaba, era exigente. El resto no. Eran débiles, se amoldaban, no eran capaces de afrontar los retos. Detestaba en ellos la misma fragilidad que ella llevaba por dentro. De cara a los demás se mostraba confiada y segura, desprendía un cierto encanto enigmático que embaucaba. Ese escudo era el que se ponía para esconder todo lo que cargaba detrás: miedos. Miedos de muchas clases que colmaban su existencia de angustia; que la impedían disfrutar de lo maravillosa que era su vida. «Lo tienes todo y no eres capaz de disfrutarlo. No ves más allá de tu teclado. Estás completamente encerrada en tu cabeza, en unas exigencias que nadie te está pidiendo nada más que tú. Te estás perdiendo tu propia vida. Yo voy a encargarme de que eso cambie. Cuando mueras, se acabará esa angustia. La nueva Eris sabrá aprovechar el legado que le has dejado».

Durante los primeros meses, la tensión por querer hacerlo bien unido a la necesidad constante de atención que debía prestar a cada cosa que hacía la escritora para no perderse ni un detalle la dejaba exhausta. Caía rendida en la cama después de cada cena. A veces, escuchaba a Eris subir de la biblioteca tras su lectura nocturna. La mayor parte de las veces no. Morpheo la atrapaba entre sus brazos hasta la mañana siguiente. Con el tiempo, y a medida que iba avanzando y le

parecía conocer mejor a la escritora, la tensión fue desapareciendo. Sentía confianza en el trabajo que estaba llevando a cabo y, encontrarse más relajada, le permitía mantenerse despierta un tiempo después de la cena, trabajando. A veces, simplemente leyendo. En ocasiones oía a Eris entrar en su dormitorio y Emilia no se acostaba hasta pasada casi una hora u hora y media desde ese momento. En ocasiones, incluso, más. Las novelas de la autora enganchaban. Tenían algo, aunque no sabía decir el qué exactamente. Le gustaba disfrutar de esos momentos de tranquilidad. Junto con los paseos por el bosque, eran los únicos instantes de privacidad de los que podía disfrutar. En ocasiones, en el silencio absoluto de las noches allí, en medio de ninguna parte, escuchaba la puerta de Eris abrirse de nuevo. Estaba segura de que intentaba no hacer ruido, pero Emilia se había acostumbrado a percibirla aun siendo sigilosa como era. Sentía como si se hubiera activado un sexto sentido que la mantenía conectada a ella. Al principio, dejaba lo que estaba haciendo y aguzaba el oído intentando averiguar qué hacía. Cuando parecía dejar de escucharla seguía con lo que tuviera entre manos: lectura, análisis de conducta, revisión de vídeos, practicando movimientos... Después de varias noches, Emilia sintió curiosidad por saber a dónde iba en esas salidas nocturnas después de haber regresado de la biblioteca. Una de las veces que la escuchó salir, dejó lo que estaba haciendo, fue hasta su propia puerta y acercó la oreja a la superficie lisa de madera. Su intención era asomarse fuera y ver a dónde se dirigía, pero debía tener cuidado: no quería que la cogiera *in fraganti*. Eris iba descalza como siempre —le había parecido oír sus pasos— pero ahora le costaba escucharlos. Quiso asegurarse, antes de abrir, de que la escritora no siguiera por allí. Emilia se agachó despacio, intentando no hacer ruido, hasta el agujero de la cerradura —que era lo suficientemente grande, como para encajar una llave antigua— y, se asomó por él. Eris estaba pegada a su puerta. Podía ver su abdomen a escasos centímetros de ella. Emilia se quedó completamente paralizada. Despegó las palmas de las manos de la puerta y las dejó flotando en el aire. Deseaba dejar de mirar, temía que el ojo de Eris apareciera al otro lado en cualquier momento y la descubriese espíandola, pero quería asegurarse de en qué momento se alejaba de allí. Intentó pensar en si había cerrado con llave después de haberse metido en la habitación. Se sintió aliviada al recordar que así era. Al menos se encontraba a salvo al otro lado de la puerta. Pero, ¿a salvo de qué?

Después de varios minutos, la figura blanca se alejó del dormitorio y bajó las escaleras. Casi le pareció verla flotar mientras su bata blanca de seda ondeaba tras ella. Emilia se dejó caer y apoyó la espalda contra la puerta. ¿Qué demonios hacía ahí, parada delante de su dormitorio?

Esa noche le costó conciliar el sueño a ella también.

A la mañana siguiente, Eris se comportó como siempre. No parecía haber experimentado ningún cambio. De todos modos, llevaba semanas escuchándola salir de su habitación en mitad de la noche. Quizá llevaba haciendo eso mismo desde que ella había llegado allí. ¿Pero por qué? ¿Quería asegurarse de que estaba en el dormitorio? ¿Que no merodeaba por la casa a escondidas de ella? Intentó tranquilizarse. Aún le quedaban muchos meses por delante. No podía dejarse llevar por la paranoia. Quiso achacarlo al largo periodo de encierro. No estaba acostumbrada a permanecer tanto tiempo en un mismo lugar, aislada de todo. Decidió que debía seguir con su trabajo, aunque ese día le costó quitarse la imagen de la cabeza y la sensación de incertidumbre.

No volvió a asomarse más por el agujero de la cerradura pero sabía que ella estaba allí, al otro lado de la puerta, cada noche. Podía sentirla.

A la vez que trabajaba la parte física y superficial de la autora, estudiaba los libros que había escrito. Era una suerte que Eris fuera escritora porque leer sus novelas era como adentrarse en sus pensamientos sin tener que preguntarla: cómo se expresaba, las inquietudes que, probablemente de manera inconsciente, aparecían una y otra vez de manera recurrente en sus novelas comenzaron a

darle una idea de lo que Eris guardaba en su interior. Y era muy confuso. Tenía miedo de adentrarse en su mente. Había mucha oscuridad allí dentro.

Los meses pasaban y, poco a poco, empezó a dar forma al personaje dentro de ella, cada vez más permeable a todo lo que la rodeaba. Permitió que paulatinamente los gestos de Eris fueran suyos de manera inconsciente. Sin darse cuenta surgían de ella, como si siempre hubieran estado ahí y, cuando sucedía, se preguntaba qué habría hecho Emilia en su lugar. A veces le costaba responderse a sí misma. Había cosas que había olvidado de su propio ser, otras ni siquiera se había fijado cómo eran antes de Eris. Era capaz de reaccionar ante cualquier estímulo tal como lo haría la escritora. La tenía estudiada. Sin embargo, no tenía claro cómo lo haría ella. La conocía más que a sí misma.

Una mañana, Eris la observaba preparar el desayuno detenidamente, «por si había que corregir algo», supuso la actriz. En silencio, sentía sus ojos clavados tras ella. En otro momento se habría puesto nerviosa —¿o esa habría sido Eris? No lo sabía con certeza— pero ahora estaba segura de que lo haría bien. Se sabía cada gesto a la perfección. Llevaba más de un año de observación minuciosa y práctica a su espalda. Tras preparar el desayuno tomaron el té a sorbos pequeños, soplando un par de segundos antes de cada uno. Untaron la mermelada de albaricoque, directamente sobre la tostada, sin mantequilla, con movimientos en zigzag y de una sola vez, sin levantar el cuchillo. Comenzaron a morder por la esquina inferior izquierda, después la derecha, luego el centro. Dieron la vuelta a la tostada y el resto se lo comieron mojándolo en el té. Ambas estaban sentadas una al lado de la otra, de frente a la cristalera de la cocina que daba a la piscina. Sus gestos, idénticos, se veían reflejados en la ventana como la imagen doble de una misma persona. El pelo de Emilia había crecido bastante y Eris había decidido cortárselo a su misma altura. La actriz se había teñido de castaño claro, su color natural. A partir de entonces dejaría de teñírsele. Las dos lo llevaban recogido en una coleta, la ropa de deporte era la misma. Eris había dejado la tostada sobre la mesa y la observaba a través del reflejo. La miraba como miraba a los demás, como siempre. Emilia examinó cómo la miraba. No. Esta vez había algo diferente. En otro momento se habría sentido vulnerable —¿o esa habría sido Eris? —Pero esta vez se sentía poderosa, superior. Le devolvió la misma mirada que ella le entregaba. Durante un segundo, Emilia dudó si estaba observando su propio reflejo o el de Eris. Ambas bajaron los ojos a la vez y continuaron con su desayuno.

Hablaba con ella con la misma cadencia que lo hacía la escritora, la contemplaba con la misma prepotencia de su mirada, la juzgaba como Eris juzgaba al resto.

Sí, al resto.

No a Emilia.

Porque Emilia, poco a poco, estaba desapareciendo.

Con el paso del tiempo la casa comenzó a resultarle asfixiante, claustrofóbica. Sentía que había perdido su libertad de movimiento. Sí, era cierto que podía ir y venir a través del terreno de Matices y entrar en cualquier estancia de la casa —a excepción del dormitorio de Eris y el despacho, salvo que fuera con ella—, pero era como pensar que una rata encerrada en un laberinto era libre porque podía recorrerlo a sus anchas y elegir los caminos que quisiera. Los primeros meses le resultaron duros, pero fue peor una vez superado el primer año. Cuanto más profundizaba en su aprendizaje y la creación del personaje más encerrada se sentía. Apenas dejaba de ser Eris unas horas al día y cada vez le costaba más. Su mimetismo con ella comenzaba a resultar hermético, como si un cerco cada vez más estrecho se estuviera cerrando en torno a ella. Temía lo que podía llegar a ocurrir cuando ese cerco entrara en contacto con su piel.

En ocasiones, durante las noches, sola en su habitación se colocaba frente al espejo y se miraba

fijamente, buscándose. «Soy Emilia Soriano. Soy actriz. Tengo treinta y un años. No. Treinta y dos». Intentaba hablar como lo haría Emilia. A veces lo conseguía, pero en ocasiones la cadencia de la escritora surgía de sus labios de manera traicionera. «Soy Emilia Soriano. Soy actriz. Tengo treinta y un años. No. Treinta y dos», repetía de nuevo en voz baja, como si fuera un modo de invocar a su verdadero yo que parecía haberse perdido un año atrás. Se miraba en el espejo, pero ya no era capaz de verse sólo a ella. También veía a Eris en el reflejo. Jamás volvería a estar sola.

CAPÍTULO 14

Pasaban los meses y el esperado deterioro físico o psicológico de la escritora por su enfermedad no parecía hacerse notar. Cada día era igual al anterior: Eris se levantaba, tomaba un vaso de zumo y se iba a correr. Derrochaba una vitalidad atípica para una persona que tiene los meses contados. No llegaron a concretarle qué enfermedad padecía, pero Emilia supuso que, fuera cual fuese, el paso del tiempo supondría una cuenta atrás en su cuerpo. Si era así, apenas se notaba. A veces percibía cansancio en ella, casi rozando el agotamiento. En ocasiones las ojeras bajo sus ojos estaban tan pronunciadas que la actriz pensaba que la escritora no debía de haber pegado ojo en toda la noche, pero más allá de esto no había ningún otro cambio. Después de su carrera matutina, desayunaban juntas y se iban al despacho. Eris escribía. A veces Emilia la acompañaba, otras no. Simplemente se iba al bosque. Desde que había descubierto a la escritora espiándola, prefería aprovechar esos momentos de intimidad. Comían juntas, a menudo en silencio. A veces hablaban. Emilia preguntaba cosas que la escritora respondía, aunque sabía que no le agradaba hacerlo. A veces la había descubierto observándola en la hora de lectura en la biblioteca por las tardes. La miraba fijamente y Emilia no sabía interpretar lo que había tras esos ojos.

Las salidas nocturnas de Eris se sucedían cada vez con más frecuencia y Emilia no era capaz de conciliar el sueño hasta que no volvía a escucharla regresar a su dormitorio. Se preguntaba qué hacía a esas horas. Estaba claro que no abandonaba la casa ya que la actriz, oculta tras los visillos de la ventana que daba a la entrada principal, había vigilado cualquier movimiento que pudiera darse por allí. Jamás salía. Por el contrario, escuchaba ruido de cristal entrechocar y apertura de muebles en la planta inferior. Algunas veces, oía música. Muy bajita, casi como si fuera un susurro. No había vuelto a asomarse por el agujero de la cerradura, pero cada vez que la escuchaba salir de su dormitorio se acercaba a la puerta y permanecía de pie, delante de ella, a la espera. A la espera de cualquier movimiento que pudiera indicarle que la escritora estaba al otro lado. En ocasiones, le había parecido escuchar su respiración.

Con el paso de los meses Eris, que ya le resultaba una persona extraña, se fue volviendo cada vez más reservada. Pasaba cada vez más tiempo encerrada en su despacho o en su dormitorio. Parecía ansiar casi tanto como Emilia unos instantes de intimidad. Sin embargo, a pesar de ese deseo, en más de una ocasión la había descubierto observándola a escondidas desde las ventanas cuando la actriz creía disfrutar de la soledad. A Emilia le habría gustado protestar pero ella simplemente era una empleada y la escritora tenía derecho a vigilarla. Esto, cada vez sucedía con más frecuencia y esos pequeños gestos empezaron a resultar asfixiantes. Llegó un momento que en sus paseos por el bosque se sentía verdaderamente sola. Percibía la mirada de Eris allá donde fuera, como si pudiera estar en todas partes. La actriz, poco a poco, comenzó a recluírse también en su dormitorio, donde creyó que escaparía de la observación minuciosa de la escritora. El encierro

les estaba pasando factura a las dos. «Es demasiado tiempo», se decía Emilia que a veces se sentía como una prisionera cumpliendo una condena que ella misma se había autoimpuesto.

Una noche, tras escuchar cerrarse la puerta del dormitorio de Eris, impulsada por el resorte de la costumbre fue a levantarse de la cama para escuchar más de cerca. Al ir a apartar las sábanas y sacar los pies de ellas le pareció ver movimiento a través del hueco de la cerradura. Se quedó completamente inmóvil. Por primera vez desde que descubrió que Eris se acercaba a su dormitorio cada noche pensó en la posibilidad de que la escritora pudiera asomarse por la cerradura del mismo modo que lo había hecho ella. Observándola. Incluso dentro de su propia habitación. Volvió a taparse y se giró de espaldas a la puerta. No quería que pudiera verle la cara, no quería que supiera que había descubierto que la espiaba. Tenía miedo. Aquella noche no pegó ojo.

Después del primer incidente nocturno, Emilia prefirió dejar de acompañarla mientras escribía para poder disfrutar de su propio tiempo a solas. Se estaba convirtiendo en una necesidad. Y, aunque Eris cada vez pasaba más horas escribiendo, encerrada en su despacho, Emilia no se sentía más libre. La sensación de vigilancia constante no la abandonaba.

Ya no era capaz de disfrutar de la piscina: mientras nadaba estaba segura de que Eris permanecía de pie en su ventana mirándola. A veces, se pegaba al bordillo más cercano a la casa y se sumergía durante varios segundos, oculta tras la pared. «Aquí no me ves. Aquí soy yo». Comenzó a repetir este gesto a menudo porque le resultaba reconfortante: era la única situación en la que parecía tener el control. Disfrutaba la sensación de ingravidez en el agua, la ausencia de sonidos externos y el tacto suave de las baldosas de la pared —que la mantenía alejada de Eris— contra su mejilla. Este refugio le duró poco. Un día, al salir a la superficie, encontró a Eris de pie, junto al bordillo, observándola. Emilia se asustó. No esperaba encontrársela allí. El corazón le latía desbocado, pero no quiso demostrarle que había conseguido intimidarla. «No la entregues el poder. Es lo que ella quiere». Por el contrario, la miró con autosuficiencia, tal como la propia escritora hacía, se agarró a la escalera, salió —sin dejar de observarla— y pasó a su lado para coger la toalla. Eris se giró, siguiendo sus movimientos. Tampoco parecía intimidada por Emilia. La actriz se secó el pelo con los ojos clavados en los de Eris. «No bajes la mirada. No bajes la mirada». Resistió, aunque la mirada de Eris la perturbaba. No era capaz de interpretar qué pensamientos podía guardar detrás. Su rostro era neutro, serio. Cada vez más rara.

—Voy a tomar un refresco. ¿Quieres que te prepare algo? —preguntó la actriz con la voz de la escritora intentando mantenerse tranquila.

—No. Tengo que seguir escribiendo.

Eris se dirigió a la puerta de la cocina y desapareció dentro de la casa. Emilia respiró aliviada. «Creo que no habría sido capaz de aguantar con ella un minuto más así». A pesar del calor, estaba temblando de frío. Se envolvió en la toalla y ocultó el rostro tras ella. «Me lo está quitando todo. Cada vez que encuentro un lugar para mí, me lo arrebató. Lo contamina con su presencia. Quiere dejarme claro que nada me pertenece, que esto no es mío; que yo no soy ella». Se sentía furiosa. «¡Tú fuiste la que me buscaste! ¡Tú, la que quisiste que todo esto sucediera!». Se sentía impotente dentro de una situación de la que no podía escapar. Por contrato debía permanecer en la casa, salvo que la propia escritora dijera lo contrario. No podía irse y sin embargo no sentía que fuera

bien recibida.

—Esta será tu casa —le había dicho Celia cuando llegó. «No. Esta no es mi casa. Es mi prisión». A pesar de estar constantemente bajo el escrutinio de la escritora

—y por tanto bajo la necesidad de estar siempre actuando, demostrando que era capaz de interpretarla fielmente— Eris no mostraba ningún gesto de satisfacción con el resultado. Por el contrario, parecía disgustarle lo que veía. Por más que se esforzara y diera retoques, perfeccionándose cada día, la escritora no experimentaba ningún cambio respecto a ella. Parecía cada vez más molesta. Y, sin embargo, Emilia, cada vez se sentía más alejada de sí misma, tenía menos ocasiones para dejar de actuar. Ni siquiera se atrevía a dejar de hacerlo estando sola: Eris podría estar observando. La situación se estaba haciendo insoportable.

Emilia contaba los días para que se cumplieran los dos años. Dos

años le habían dicho. Dos años de vida y sin embargo la escritora no parecía mostrar signos de deterioro. Temió que la enfermedad que tuviera, fuera cual fuese, no estuviera evolucionando como habían previsto los médicos. ¿Qué pasaría entonces? Era evidente que debería esperar a que ella muriese para poder sustituirla pero, ¿y si no tardaba dos años? ¿Y si aún le quedaban otros cuatro o cinco? No se veía capaz de soportar tanto tiempo así. No le importaba la idea de tener que fingir ser ella durante quince años. Eso podía hacerlo fácilmente. Sólo tendría que actuar de cara al exterior, pero una vez en la casa podría recuperarse a sí misma. Era lo que más ansiaba, volver a ser Emilia. En presencia de la escritora, mientras ella viviera, eso no era posible. El examen constante al que se veía sometida le impedía bajar la guardia. Y, aun así, a pesar de actuar prácticamente todas las horas del día, su omnipresente presencia le impedía adentrarse por completo en el personaje e inevitablemente sentía la impostura en su actuación que, delante de la escritora, jamás llegaría a ser plena. Era frustrante porque, aunque intentara hacerlo lo mejor posible, era consciente de la falsedad. Se veía con un ojo exterior, se juzgaba y le influía la opinión de la autora. Si actuando estaba pensando en esas cosas significaba que estaba fuera del personaje. De cualquier manera, la presencia de la escritora le impedía ser Emilia y le impedía ser Eris.

Todo le resultaría más fácil si Eris fuera un poco más amable, si hiciera un poco de vida social con ella. Sí, tendría que estar actuando, pero por lo menos no lo haría en tensión como lo hacía ahora.

Los días, todos iguales, eran copias unos de otros con la firma y sello de la autora: ella los gobernaba y Emilia se adaptaba a esa soberanía sin dejar su propia impronta en ellos. Ya no le pertenecían y la necesidad de marcar una diferencia cada vez se hizo más acuciante. A pesar de los intentos frustrados por encontrar sus momentos de intimidad, Emilia no desistía y seguía buscando pequeñas cosas que la permitieran escapar de su día a día. Una de ellas era la biblioteca. Había descubierto que si Eris estaba en el despacho escribiendo en el piso superior, era imposible que de ninguna manera pudiera observarla mientras estaba en la biblioteca en el piso inferior. Así que substituyó su paseo por el bosque por la lectura. Cada día esperaba la hora después del desayuno con ansiedad. Se quedaba en la cocina recogiendo las tazas y los platos mientras Eris se marchaba a escribir. Entonces tenía cuatro largas horas para ella. Un día, creyéndola en el despacho como siempre, al entrar en la biblioteca se encontró a la escritora dentro. Estaba sentada en su sillón leyendo. Aquella situación la cogió con la guardia baja. No

esperaba en absoluto darse de bruces con Eris allí.

—Disculpa —dijo en tono dócil, al contrario de cómo habría hecho si fuera Eris. Su rato en la biblioteca era el único momento en el que se liberaba de la actuación y no fue capaz de cambiar el *chip*. Quizá, en parte por rebeldía, tampoco quiso molestarse en hacerlo—. Creí que estarías escribiendo —e hizo amago de salir de la biblioteca.

—No. No hace falta que te marches. Puedes quedarte. Estoy consultando una información. Emilia no estaba segura pero le había parecido detectar en el tono de la escritora una amabilidad que hasta ahora jamás había percibido. Instintivamente y movida por la curiosidad, se quedó. No le hacía gracia pasar su tiempo de soledad bajo la atenta mirada de la autora, pero estaba claro que aquel día había algo diferente en ella. La actriz tomó asiento en su propio sofá y cogió el libro de la mesita que había junto a él.

—Veo que estás leyendo *Frankenstein*.

Emilia observó la portada del libro aunque sabía perfectamente que era ese el que se traía entre manos.

—Sí —se limitó a responder.

Después se quedó observando a la escritora. De algún modo, le parecía que estaba especialmente receptiva aquel día y se arriesgó a preguntar ella también.

—¿Y tú? ¿Qué estás consultando?

—Mitos y leyendas nórdicas —respondió Eris sin levantar los ojos de las páginas.

Emilia asintió.

—¿Es para lo que estás escribiendo?

Lo dijo así a propósito, *lo*, porque la actriz no tenía ni idea de qué era lo que Eris se traía entre manos todos esos meses. Cada vez le dedicaba más tiempo, pero jamás se había preguntado qué escribía. «¿Para qué más? ¿Ya tienes quince obras que verán la luz cuando tú no estés? ¿De qué te sirve seguir escribiendo?».

—Sí. Es documentación para la novela.

«Novela. Interesante», pensó Emilia. «Estás hoy especialmente parlanchina». Y decidió continuar preguntando.

—¿De qué trata?

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué? Al fin y al cabo, soy yo la que acabará haciendo la promoción de esa novela. Me gustaría saber cómo es el proceso de creación, qué lo ha inspirado. Son cosas completamente desconocidas para mí. Si voy a tener que hablar de ello lo mejor sería que tuviera información de primera mano.

Eris levantó la mirada del libro que tenía entre las manos y observó a Emilia.

—Nunca dejo que nadie lea nada hasta que está terminado.

—No te estoy pidiendo que me dejes leerlo. Sólo quiero saber de qué trata.

—Por encima de mi cadáver.

¿Estaba haciendo una broma? Le pareció que así era, incluso creía haber atisbado una especie de sonrisa. Emilia se sintió animada. Aunque no parecía que la autora fuera a ceder en eso, quiso seguir charlando con ella.

—Está bien. ¿Al menos me puedes decir si es ficción o biográfico?

—Esa es una pregunta difícil de responder.

—¿Por qué?

—Porque todas mis novelas tienen algo de biográfico, aunque sean de ficción. Es inevitable

plasmar algo de tu propio ser en lo que escribes.

—¿Crees que es importante para una novela que haya algo real? Eris guardó silencio unos segundos, tomándose su tiempo para responder.

—Para mí sí. Puede que haya escritores que escriban ficción y sólo ficción. Yo creo que es inevitable introducir algo de una misma en la novela. Al fin y al cabo, tú eres la que escribes, son tus ideas las que te mueven a escribir y esas ideas son el resultado de tus propias experiencias. Me gusta alimentar mis novelas con mis experiencias, con lo que me han hecho sentir, sobre todo, porque escribir a través de ellas me permite plasmar en el papel verdaderos sentimientos. De lo contrario, me parecería estar engañando al lector —hizo una pausa, bajó la mirada al libro y Emilia percibió cierta vulnerabilidad. Una vulnerabilidad propia de alguien que se estaba sincerando por primera vez—. Para que un texto sea bueno y no se limite a ser simplemente un conjunto de palabras más o menos bien escritas, una tiene que volcarse en él, derramarse de algún modo. Sólo de esa manera se puede conmover al lector. Y cuando digo con movernome refiero a su significado como enternecer sino al de perturbar, inquietar, alterar... a fin de cuentas a emocionar; remover algo dentro de quien lo lee. Eso sólo se consigue siendo sincera, siendo verdadera en lo que una escribe. Se pueden contar historias de ficción pero, al final, cualquier historia alberga el mismo trasfondo: las emociones. Una puede fingir una situación, puede inventarse un mundo irreal, puede crear personajes muy diferentes entre sí, pero sea como sea, al final, estaremos hablando de sentimientos. Fingir respecto a los sentimientos me parece ruin. Si mientes sobre eso, las palabras adquieren textura de melodrama barato. Si eres honesta, si viertes tu interior en lo que escribes, si de algún modo tienes el valor de desnudarte y mostrar esas emociones tal cual las sientes dentro de ti, entonces y sólo entonces, podrás atravesar al lector.

—¿Siempre escribes así?

Después de hacer la pregunta le pareció absurdo haberla formulado. Era como si a ella la preguntasen si siempre intentaba actuar con verdad en escena. La respuesta, claramente, era afirmativa porque era su forma de entender la actuación. Era evidente que Eris sólo concebía la escritura desde ese lugar.

—Lo intento pero, lamentablemente, no lo he conseguido. Sólo ha sido así en *Ángel caído* —la escritora miró hacia la ventana—. Es lo mejor que he escrito. Hasta ahora.

—He leído tus otras novelas. También son buenas. Muy buenas, diría yo.

—No llegan ni a los márgenes de *Ángel caído* —la escritora miró a los ojos a Emilia—. ¿Sabes por qué creo que es la mejor obra que he escrito hasta el momento?

Ese *hasta el momento* significaba que tenía pensado superarlo. La actriz negó.

—Porque sabía por lo que había pasado la protagonista y por tanto pude dotar a la novela de una verdad y una sinceridad que jamás he vuelto a conseguir —hizo una pausa—. Nunca.

—Pero has dicho que todas tus novelas tienen algo de biográfico.

—¡Claro que lo tienen! Pero en pequeñas dosis. No es suficiente para alcanzar la grandeza. Una obra maestra sólo es posible cuando una lo entrega todo por ella. ¿Conoces esa sensación que tienes cuando sabes que lo que has creado viene de lo más profundo de ti?

Emilia la entendía perfectamente. Sus propias experiencias como persona le habían dado un bagaje emocional que la alimentaba de sensaciones que podía utilizar cuando actuaba. No empleaba las experiencias como tal, eso sería muy tortuoso, sino la sensación que podía extraer de ese momento sin tener que recrearlo. Sólo así, podía dar a la escena una verdad que de otro modo sería impostada. La actuación era la gran mentira, pero ella la trabajaba desde la verdad. Sólo cuando sentía una conexión real con el personaje que interpretaba, proveniente desde su

interior, arraigado en las entrañas, era capaz de experimentar la catarsis que significaba haber creado algo verdadero. Y eso, lamentablemente, no sucedía siempre. Con el personaje de Eris aún no le había sucedido y por primera vez le pareció conectar con la escritora a un nivel profundo. Confiada por el ambiente que se había creado entre ambas, Emilia deseó continuar hablando. No quería que aquella conversación se terminase. Desde que estaba allí, la autora jamás se había sincerado con ella como lo estaba haciendo en ese momento, abriéndose y, eso, era muy valioso. Le estaba dando una visión que modificaba parte de las capas que había creado para su personaje. Capas que estaban salpicadas de todas las sensaciones negativas que experimentaba en presencia de la escritora, sensaciones que pertenecían a Emilia y no a Eris y, eso, había contaminado su creación porque estaba permitiendo que lo que sentía la actriz afectara a la interpretación de la escritora. Tenía algunas preguntas que hacerle. Preguntas cruciales para comprender por qué alguien querría embarcarse en una experiencia como aquella. ¿Por qué esa necesidad de perpetuidad aún después de muerta? Intentó buscar la manera de decirlo sin resultar arisca o con poco tacto.

—¿Por qué sigues escribiendo? ¿De qué te sirve? —Temió una respuesta seca por parte de la escritora. Se estaba metiendo en terreno demasiado personal y la escritora ya le había dejado claro que no le gustaba que lo hiciera.

La autora la miró, apoyando los codos en los brazos del sillón, cruzando las manos y apoyando los labios sobre ellas.

—¿Tú dejarías de actuar si supieras que vas a morir? —Su mirada era sincera al responder. No había ninguna acritud en sus palabras.

—No, supongo que no. Actuar me da vida.

—Lo mismo me ocurre a mí.

—Pero...

Dudó. No estaba segura de si debía continuar hablando o no, pero viendo la respuesta que estaba dando la escritora se animó a seguir. No tenía nada que perder. Lo peor que podía pasar es que se cerrara en banda y volviera a comportarse como antes.

—Tú no vas a llegar a verlas publicadas. No vas a saber si tienen éxito o no. ¿Por qué no simplemente disfrutar durante estos dos años promocionando algunas de ellas, viendo cómo responden tus lectores, en lugar de estar encerrada escribiendo otra más?

—¿Esta no es otra más! —La escritora se puso a la defensiva—. ¡Esta no es como las otras!

La escritora se limpió del labio, con el dorso de la mano, una gota de saliva que había salido despedida. Tenía la respiración agitada y las aletas de la nariz se abrían y cerraban como si fuera un mecanismo de contención. La actriz se imaginaba a Eris en su despacho, sangrando de alguna manera sobre el papel, tal como había dicho, derramándose sobre lo que pretendía contar. Palabras que de acuerdo con la filosofía de la escritora, le hacían suponer que debían estar inundadas de sinceridad absoluta. Aquella novela, por la que estaba pasando tantas horas encerrada en su despacho, era muy importante para la autora. Más que cualquier otra. Emilia se preguntó por qué. Fuera lo que fuese lo que Eris estaba escribiendo le afectaba a un nivel interno. Las afectaba a las dos. Podía ver los síntomas que ella misma experimentaba cuando trabajaba muy profundamente en un personaje. Se implicaba y le influía en su modo de relacionarse y ver el mundo. Los extraños comportamientos de la escritora debían ser fruto de lo que estaba escribiendo y repercutían de manera directa en Emilia también. Poco a poco comenzó a sentir la necesidad de saber qué era lo que se traía entre manos. «Sea lo que sea, está afectando a mi vida también. Tengo derecho a saber qué es».

Eris se apartó el pelo de la cara, metiendo los dedos en él desde el nacimiento en la frente y lo

peinó hacia atrás. Dejó la mano apoyada en la coronilla y miró hacia la ventana. Ambas se quedaron en silencio durante unos minutos. Emilia supuso que ese era el punto y final a aquella conversación y se dispuso a abrir el libro por la marca que había dejado el día anterior. Antes de continuar se atrevió con una pregunta más.

—¿Por qué ese deseo de perpetuidad?

La escritora continuaba mirando por la ventana, como si no la hubiera escuchado. La actriz no esperaba una respuesta, pero tenía que intentarlo. Abrió el libro y retomó la lectura.

—Todos morimos. El objetivo no es vivir eternamente, sino crear algo que permanezca para siempre.

Era una cita de Chuck Palahniuk, un novelista estadounidense, Emilia lo había leído en alguna parte, aunque no sabía con certeza dónde. Esperó alguna explicación más, pero Eris volvió a sumergirse en su libro de mitos y leyendas nórdicas dando por zanjada la conversación. La sinceridad de la autora había resultado abrumadora, acostumbrada como estaba a sus desaires. Durante unos minutos la ventana que había permanecido tanto tiempo cerrada se había abierto. Ahora de nuevo se había vuelto a cerrar, pero el ambiente era diferente. Aquello suponía una bocanada de aire fresco, algo nuevo sobre lo que trabajar y una inquietud nueva: ¿qué estaba escribiendo Eris que era tan importante para ella como para emplear sus últimos meses de vida en ello? ¿Qué pensamientos ocupaban su mente en esos días? Desde ese momento, conseguir leer algo de su nueva novela se convirtió en un reto para la actriz.

CAPÍTULO 15

La puerta del dormitorio de Eris se abrió como cada noche. Sus pasos, sigilosos como los de una gacela recorrieron el pasillo que separaba ambas habitaciones y se quedó de pie, frente a la puerta de Emilia. O eso le pareció intuir a la actriz desde su cama. Estaba tumbada mirando hacia el techo, repasando una y otra vez lo que la escritora le había dicho en su encuentro en la biblioteca. No sabía a qué podía haberse debido ese repentino ataque de sinceridad que había sufrido. Apenas quedaban un par de semanas para que cumpliera el plazo de dos años que habían acordado. Quizá fuera por eso. En cualquier caso lo agradeció. De algún modo, se había producido una conexión más profunda entre ambas. Jamás se había parado a pensar en que el trabajo de escritora, tal como lo abordaba Eris, fuera tan parecido al trabajo de actriz, tal como lo abordaba ella. Eso le permitía entender mejor a la autora que hasta el momento, a pesar de todas las capas que había podido crear, le resultaba un enigma. Poco a poco se estaba acercando más al núcleo de la autora. Racionalmente había podido analizar ciertos comportamientos de Eris y podía reproducir de manera natural sus movimientos, pero aún no había sido capaz de conectar con ella de manera interna. Después de ese encuentro, sentía que dentro de ella se había producido algún tipo de conexión, como si de pronto las piezas empezaran a encajar. Esa sensación era muy placentera, significaba que iba por buen camino creando su personaje para alcanzar la verdad en él. Por eso necesitaba más. Quería más encuentros como ese con la escritora que le permitieran seguir uniendo las piezas del rompecabezas.

Escuchó los pasos de la escritora sobre la escalera y, de modo instintivo, Emilia se levantó de la cama, cogió la llave de su escritorio y abrió la puerta de su dormitorio. Quería saber qué hacía Eris todas las noches al salir de su habitación. Hasta el momento no había tenido valor. Como un bicho bola, se encogía sobre sí misma esperando hasta que volvía a escucharla meterse en su habitación. La escritora le inspiraba cierto temor: no saber lo que pasaba por su cabeza con

certeza, la forma como la miraba durante el día —a hurtadillas y sería— y estando allí solas, en medio de ninguna parte, eran demasiados factores que podían acabar en un trágico suceso. Al menos eso era lo que solía pasar en las películas de terror. Aquella noche había algo distinto. Quizá fue esa conexión entre ambas lo que le dio el valor suficiente a la actriz para abandonar su guarida e investigar.

Abrió la puerta con cuidado, no quería hacer ningún ruido. A través de una pequeña rendija observó el pasillo. Estaba vacío. La escalera estaba tenuemente iluminada por alguna de las salas de abajo. Salió del dormitorio y avanzó de puntillas hasta llegar a ella. Se asomó por la barandilla. No le pareció detectar movimiento. Fue bajando, peldaño a peldaño, sin dejar de mirar a través de los barrotes de madera. Los sonidos que provenían de abajo eran de puertas que se abrían y cristal entrechocando. Supuso que estaría o en la cocina o en el salón. Desde la curva de la escalera vio que la luz provenía del salón. El equipo de música se puso en funcionamiento a un volumen bajo. Emilia aprovechó para avanzar posiciones sabiendo que sus pasos quedaban amortiguados por la música. Continuó pegando el cuerpo a la pared hasta que alcanzó el quicio de la puerta del salón. Desde allí, se lo pensó varias veces antes de asomarse. Quería saber qué hacía, pero no quería echar a perder la confianza que tanto le había costado obtener de la escritora. Si la cogía espiándola estaba segura de que se cerraría en banda de nuevo. Se asomó despacio. Desde su posición vio la cabeza de la escritora descansando sobre el respaldo del sofá, el antebrazo derecho apoyado en el brazo y en la mano una copa. Al lado, en la mesita, una botella de algún licor blanco. El sofá estaba orientado hacia la cristalera que daba a la piscina. No tenía televisor así que, en caso de tener los ojos abiertos, lo único que podía estar viendo era la oscuridad tras la ventana.

Durante varias noches, repitió el mismo proceso: esperaba a que bajara las escaleras para salir ella, se asomaba y la observaba. Cada noche se sentaba en la misma posición y bebía lo mismo. A veces se quedaba más tiempo y contaba cuántas copas se tomaba. Emilia se preguntaba por qué sentía esa necesidad de bajar y beber. Durante el resto del día era completamente abstinencia. No tomaba vino en las comidas, ni cerveza. Los únicos líquidos que ingería eran infusiones de todo tipo, zumos y agua. Por no beber no bebía ni café, algo que le estaba costando horrores a Emilia a la que le encantaba. Sin embargo, cada noche parecía empeñada en cogerse una borrachera. Emilia intuyó que quizá era su vía de escape, el único modo para soportar que sus días estaban contados. Las noches debían de resultarle abrumadoras.

Una de ellas, mientras caminaba como una gata por el pasillo en lo que se había acabado convirtiendo en un ritual, al pasar junto al despacho de Eris sintió la tentación de entrar dentro. En su interior estaba el ordenador donde trabajaba la escritora; y el cuaderno con anotaciones, como el que tenía ella para actuar. La novela que estaba escribiendo, la única de la que no sabía nada Emilia y sin embargo sobre la que más interés tenía. Había conseguido, tras analizar la obra de la autora, extraer cuáles eran los temas que más inquietudes le creaban. Saber qué contenía esa última novela suponía averiguar qué tenía en mente Eris durante sus últimos meses de vida. Echó un vistazo hacia atrás, a la escalera, pero tras varias noches observando a la escritora, sabía que aún tenía para rato ahí abajo. Bajó la manija de la puerta con el corazón en un puño. Lamentablemente la puerta estaba cerrada con llave. «¿Qué esperabas? ¿No cierras tú tu dormitorio para salvaguardar un poco tu intimidad? Ella hace lo mismo». Aquella noche no se vio con fuerzas para bajar como otras veces. La sensación del pomo frío en la palma de su mano permanecía adherida a su piel como una marca de culpabilidad. Se puso en el lugar de Eris

durante unos segundos: había abierto las puertas de su casa a una completa desconocida y la intrusa, no sólo disponía de la casa y los alrededores a placer, sino que además pretendía invadir los pocos espacios personales que le quedaban en su hogar. Se sentía sucia, rastrera. Por eso, se dio media vuelta y regresó a su dormitorio.

La culpabilidad no le duró mucho tiempo, al día siguiente continuó bajando a escondidas. Le gustaría poder hablar con ella sobre cómo se sentía en esos momentos, qué cosas se le pasaban por la cabeza... pensó que quizá estando borracha se animase a hablar. Una noche, se decidió a entrar en el salón con la excusa de haber bajado a por un vaso de agua. Cuando cruzó el umbral la voz de Eris la sorprendió de nuevo con la guardia baja. Se sintió desnuda.

—Me preguntaba cuándo te decidirías a entrar.

—Tenía sed... Yo... He bajado a la cocina... Al ver la luz en - cendida... —balbuceó atropelladamente la actriz.

—No hace falta que te inventes excusas.

—No es ninguna excusa —mintió Emilia que agradeció que la autora estuviera aún de espaldas.

—Llevas días espiándome desde el umbral. Me sorprende que hayas aguantado tanto tiempo sin atravesar la puerta.

La actriz se ruborizó y las mejillas le ardieron. Al menos estaba a salvo de la mirada de la escritora. No estaba segura de si habría podido soportarla cara a cara. La autora seguía en la misma posición en el sofá, con la cabeza sobre el respaldo y la copa en la mano. No parecía tener intención de moverse.

—Pasa. No te quedes ahí. Siéntate aquí a mi lado.

Emilia al desplazarse, se vio reflejada en la oscura cristalera frente a ella. Se veía con total claridad, casi como en un espejo. También veía la puerta y, si hubiera habido alguien asomado, lo habría visto también. Entonces bajó la mirada hacia el reflejo de Eris. La observaba atentamente. Emilia tragó saliva con dificultad.

—Lo siento. No quería...

—No te disculpes por algo que no lamentas.

No era así exactamente como quería haber abordado la situación. Esperaba haber podido mantener una conversación distendida con la autora, pero estaba claro que eso no iba a suceder. Había metido la pata hasta el fondo. Había creído que podría engañarla. «Es muy lista. Mucho más lista que tú. Parece mentira que no te hayas dado cuenta de que ella es la que domina en todo momento. Tú has creído tener el poder durante unos breves instantes, pero ha sido sólo una ilusión. La realidad es que nada escapa a su control. Tú estás sometida a su voluntad».

Se sentó a su lado, en el otro extremo del sofá.

—¿Quieres una copa? —Le ofreció la escritora.

—No, gracias. No quiero ser una molestia.

—Si no querías ser una molestia, ¿por qué has atravesado la puerta esta noche? ¿No te bastaba con observar?

Emilia se sintió molesta. Sí, era cierto que la estaba espiando y eso no estaba bien, pero la escritora hacía exactamente lo mismo con ella a todas horas y tenía que soportarlo sin decir ni una sola palabra. Abrió la boca para hablar. Las palabras, los reproches, ansiaban salir de su garganta. Quería preguntarle qué demonios hacía cada noche pegada a la puerta de su dormitorio pero, cuando estaba a punto de pronunciar las primeras palabras, se arrepintió. Decidió guardárselo para otro momento. Nunca se sabía cuándo le haría falta tirar de ello.

—Habla. No te quedes callada. Di lo que tengas que decir.

Fue sincera.

—Quería saber por qué cada noche bajas aquí y bebes.

La escritora se rio. Estaba un poco achispada por el alcohol.

—Por qué, por qué, por qué. Siempre estás buscando el porqué de todo. ¿Por qué necesitas saberlo todo? No te vale con lo que tienes. Creí que mis novelas y vivir aquí conmigo sería suficiente para ti. Pero no. Siempre quieres más.

—Con todo el respeto —se atrevió a responder Emilia—, si quieres que consigamos engañar a todas las personas que alguna vez te han conocido, y en tu caso no estamos hablando de una o dos, sino de millones, necesito hacer un trabajo en profundidad. Necesito entender cómo funciona tu cabeza, qué es lo que sientes.

Eris se quedó observándola en silencio durante unos segundos. Apuró lo que le quedaba en la copa de una vez y se puso de pie.

—Está bien —dijo mientras iba hacia el mueble bar—. ¿Quieres saber cómo me siento? ¿No es así?

—Sí.

—Bien —repitió y cogió una pequeña cajita de metal. Se volvió a sentar en el sofá, esta vez, cerca de Emilia.

La actriz esperó a que Eris dijera algo, lo que fuera. La escritora tenía la mirada perdida, parpadeaba despacio. «Está borracha». Emilia miró hacia el lugar donde parecía haberse perdido la autora. Era la cristalera. De nuevo su reflejo doble, una junto a la otra, idénticas: el mismo pijama, la misma cara. La única diferencia entre ambas era la caja que tenía Eris en las manos.

—Cuando escribo —comenzó a decir la autora arrastrando levemente las palabras sin dejar de mirar el reflejo— me sumerjo. Escribir —agitó las manos en el aire, como si intentara transmitir un mayor peso a lo que decía— es perderte durante horas en los pliegues de tu mente, para después emerger aturdida desde otro mundo donde cualquier cosa es posible.

Emilia la observaba con atención, intentando comprender a dónde quería llegar.

—A veces me sumerjo tanto, tan profundamente que, una vez que emergo, me cuesta salir. Según avanza la novela, cada vez me resulta más complicado. Paso muchas horas dentro y cuando se supone que estoy fuera no siento que lo esté del todo. A veces son sólo unos minutos, pero otras puedo pasarme varias horas sin ser capaz de volver a estar plenamente consciente de lo que ocurre a mi alrededor.

Eris se reclinó en el sofá para alcanzar la botella y la copa que había sobre la mesita.

—Suceden cosas —dijo mientras abría el tapón y se servía un poco— y yo tengo lagunas vacías. Mi cabeza está constantemente *allí*.

Con *allí*, Emilia entendió que se refería a dentro de la novela. La escritora volvió a sentarse erguida junto a la actriz.

—Intento entretenerme con algo —agitó los brazos haciendo círculos y derramó un poco de líquido sobre el sofá—, cualquier cosa que me obligue a salir. ¿Entiendes?

Emilia asintió. Sabía perfectamente lo que significaba meterse dentro de un personaje y tener la sensación de que el propio personaje se estaba adueñando de ella.

—A veces lo consigo —bebió un trago largo—. Pero por las noches, la inactividad absoluta, lo dificulta. Aunque haya estado leyendo antes de acostarme, da igual, cuando me meto en la cama las imágenes, las ideas, los pensamientos, vienen una y otra vez. Me impiden dormir —la escritora desvió la mirada hacia la botella medio vacía que había sobre la mesita—. Por eso recurro a esto. Necesito evadirme de alguna manera.

Emilia volvió a asentir. ¿Qué otra cosa podía hacer? Nada más que escuchar lo que Eris tenía que decir, procesarlo y buscarle un hueco entre las capas de su personaje.

—A veces, cuando esto no es suficiente —Eris bajó la mirada hacia la caja de metal—, recorro a otras soluciones más drásticas.

La actriz miró también la caja que estaba a punto de abrir la escritora. Se preguntó qué podía haber dentro aunque, por lo que había leído en *Ángel caído*, se hacía una ligera idea. La autora la abrió y le mostró su contenido. Dentro había un par de bolsas pequeñas: una con unas pastillas pequeñas y otra con lo que creía que eran setas.

—Cuando el alcohol no es suficiente, estas me ayudan a hacer el *viaje* que necesito para evadirme —sacó la bolsa de las setas—. No todos los *viajes* que hago son buenos —e hizo un mohín de decepción. Cada vez estaba más borracha y las palabras empezaban a unirse unas con otras.

Emilia se preguntó si la autora recurriría a menudo a ellas. Quizá la observó con cierto reproche porque la escritora pareció leerle el pensamiento.

—Intento evitarlas lo máximo posible. Hace tiempo que no las tomo, pero últimamente he sentido deseos de hacerlo —hizo una pausa—. Todo está muy confuso. No sé qué hacer.

—¿Qué... —se atrevió a preguntar Emilia—... qué efectos tienen?

—Ambas por el estilo. Son sustancias psicotrópicas —dijo la palabra casi delectándose. Ante la cara interrogante de la actriz, aclaró—. Producen alucinaciones. Se altera la percepción, se pierde la realidad.

—¿Alguna vez las has tomado para buscar inspiración?

Eris negó con la cabeza.

—Soy incapaz de recordar algo coherente después del *viaje*. —¿Y alguna vez has probado alguna otra cosa para escribir?

—No, no, no —Eris agitaba la cabeza ligeramente enojada—. Cuando escribo necesito estar lúcida, de lo contrario las ideas no fluyen.

—¿Y para dotar de realidad algo que vas a escribir?

A pesar de la borrachera que llevaba encima la escritora a Emilia le pareció que esta la miraba con recelo.

—¿Lo dices por *Ángel caído*? ¿Crees que he sido una yonqui? —Y se rio a carcajadas como si fuera una broma muy graciosa.

—Bueno... —no sabía qué responder.

La novela tenía pasajes muy vívidos sobre los efectos que producían algunas de las drogas, sobre la necesidad de una dosis o el síndrome de abstinencia. El otro día, en la biblioteca, la propia Eris le había dicho que buscaba la verdad en sus escritos y que sólo podía dársela a través de experiencias. Ella misma le había dicho que era su mejor novela. Emilia había atado cabos, pero quizá lo había hecho de manera equivocada.

—Hay muchos tipos de adicciones que pueden provocar el mismo efecto. Quizá *Ángel caído* es sólo una metáfora de otra cosa —hizo una pausa y miró a Emilia a los ojos—. O quizá no.

Podía estar borracha pero aún parecía mantener el control de la situación. Nada de ceder en el ámbito personal más allá de donde ella quería.

—¿Crean algún tipo de adicción? —preguntó Emilia intentando cambiar de tema. Puede que Eris no hubiera respondido a esa pregunta pero estaba mostrándole otra parte de sí misma que la actriz desconocía por completo.

—No. Ninguna.

Emilia las observó un poco más de cerca. Nunca había probado nada parecido. Temía los efectos que pudiera provocar. Como había dicho Eris, no todos los *viajes* eran buenos. ¿Se preguntó qué

sentiría la escritora cuando las tomaba? ¿Qué sensaciones podía dejar en su cuerpo que pudieran luego afectar a su forma de entender el mundo?

La autora, una vez más pareció leerle el pensamiento. —¿Quieres probar una? Yo prefiero las setas, es más natural que el LSD, pero si quieres puedo darte una pastillita.

—No, creo que no.

«¿Creo? ¿Qué significa creo?». En el fondo sentía curiosidad. Sería otra manera más de entrar en conexión con la extraña forma de pensar y comportarse de la escritora.

—¿Segura? —Eris se terminó la copa y la dejó de nuevo en la mesita—. Hoy esto no es suficiente para mí.

—Bueno, quizá un poco.

—Buena chica.

Eris abrió la bolsa y sacó un poco para cada una. Ambas se las llevaron a la boca y se las comieron a la vez. Una vez se las tragó, Emilia se arrepintió, pero ya no había vuelta atrás. Se apoyó en el respaldo del sofá y clavó la mirada en el techo como si acabara de subirse en una atracción que iba a coger mucha velocidad y altura. Tenía la misma sensación de descontrol absoluto. Pasara lo que pasase, ella no podría controlarlo. De ninguna manera. No podría apelar al raciocinio: sus terminaciones nerviosas estarían afectadas. —¿Cuánto tiempo tarda en hacer efecto? —preguntó aterrada. —Entre veinte y treinta minutos —Eris se acomodó en el sofá y cerró los ojos—. Disfruta del *viaje*.

La escritora acarició la llave que colgaba de su cuello. Emilia no había reparado en ella hasta ese momento. «Quizá es la llave de su despacho». Mientras esperaba a que el efecto de la mescalina de las setas hiciera aparición, pensó de qué manera podría hacerse con ella para poder entrar en el despacho y así leer el manuscrito que se traía entre manos. «En algún momento tendrá que quitársela». Las pocas veces que había estado con ella en la piscina no la llevaba colgada del cuello. «Debe dejarla en algún sitio para evitar que se moje». Si aún fuera verano podría esperar a que se metiera en la piscina, buscar alguna excusa para entrar en la casa y buscarla mientras ella estaba fuera, pero no hacía ya temperatura para estar bañándose, con lo que esa oportunidad estaba perdida. «Pero se ducha. De hecho, se ducha todos los días. Supongo que se la quitará entonces también». Cerró los ojos e imitó a Eris. Mentalmente recorrió todas las estancias de la casa a las que tenía acceso y se preguntó dónde podría dejarla Eris cuando se iba a duchar. Concluyó que lo más seguro sería que lo hiciera en su habitación, a la que tampoco podía entrar. Eris se guardaba muy bien de dejarla completamente cerrada siempre que salía de ella, igual que la propia Emilia cerraba la suya tanto si estaba dentro como si no. Comenzó a sentir el corazón acelerado, y no supo si era por el miedo o por el propio efecto de la droga. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido ya?

—Siempre quise tener una hermana.

La voz de Eris, cerca, muy cerca, sorprendió a Emilia que estaba comenzando a relajarse. Al abrir los ojos se encontró a la escritora con el rostro pegado a su cara, tan cerca que su nariz casi podía rozar la mejilla de Emilia.

—Eres atterradoramente parecida a mí.

Emilia no se atrevía a moverse. La actitud de Eris era como de una leona al acecho: tenía la sensación de que si intentaba huir saltaría sobre su cuello y le mordería la yugular. La respiración de la actriz se aceleró. Notaba cómo su pecho subía y bajaba con fuerza. Intentó controlarse, no quería que Eris supiera que tenía miedo de ella, pero le resultó imposible. La escritora le acarició con el dorso del dedo índice la mejilla.

—Exactamente igual a mí. A veces no sé si te estoy mirando a ti o si me estoy mirando a mí.

¿Cómo lo has hecho?

Emilia no dijo nada. Eris emitió un ruido que sonó a interrogante. ¿Esperaba de verdad que respondiera a su pregunta?

—¿Cómo lo has hecho?!

El grito de la escritora le hizo pegar un bote en el sofá y se agarró con fuerza a él.

—¿Cómo es posible que tengas mi cara, mis ojos, mi pelo?

Eris, de un solo movimiento se había sentado a horcajadas sobre ella. Sus piernas habían dejado inmobilizados los brazos de la actriz que se encontraba completamente indefensa frente a la actitud agresiva de la escritora.

—¿Has leído alguna vez algo sobre viajes en el tiempo?

Emilia agitó la cabeza negativamente, temiendo que no fuera la respuesta acertada. Eris aproximó su cara a la de la actriz y se acercó a su oído como si fuera a contarle un secreto. Emilia temblaba. No sabía qué podía llegar a hacer la escritora. Estaba drogada y lo peor de todo es que ella también lo estaba. ¿Cómo podía saber si algo de todo aquello era real?

—Dicen que si viajas en el tiempo y te encuentras contigo misma te puedes volver loca.

La carcajada de Eris resonó con estridencia en el oído de la actriz. La escritora cogió entre sus manos la cara de Emilia y la apretó, obligando a sus labios a contraerse verticalmente.

—Pero no se puede viajar en el tiempo, ¿verdad? —Emilia quería negar con la cabeza, pero la propia Eris fue quien la movió de un lado a otro—. ¡Nooooo! ¡Claro que no!

La actriz tuvo la sensación de que su cara cada vez se contraía más y más bajo las manos de la escritora y temió que en cualquier momento acabara entre ellas como si fuera una hoja de papel. Una hoja más sobre la que escribir. ¿Qué quería escribir sobre ella? Ella era su folio en blanco. ¿Qué tendría que hacer después? Sólo Eris lo sabía. Eris marcaba la pauta. Eris era como un titiritero y ella, su marioneta. Manejaba los hilos. Decidía qué hacer en cada momento, qué comería, cuándo descansar y cuándo no. Ella conocía el guion de la obra a la perfección y Emilia debía adaptarse, improvisando, pero siempre bajo las premisas que la escritora marcaba. Y cuando parecía reconducir el acto hacia donde ella quería, Eris volvía a cambiar la dirección.

La escritora pegó su nariz a la de ella. Estaban tan cerca que era incapaz de enfocar correctamente. Los ojos de Eris se habían unido en uno solo. La imagen resultaba aterradora.

—¿Sabes lo que es el *dopplegänger* ?

La droga le impedía entender lo que decía la autora. Sus palabras resultaban extrañas, completamente inconexas, como si hablara en un idioma diferente. Temía no responder, por si se enfadaba, pero le aterraba preguntarla qué había dicho. Quizá se enojaría también. Negó con la cabeza, esperando que de esa manera la escritora continuase hablando.

—No. Claro que no. ¿Cómo ibas a saber lo que es el *dopplegänger* ? Si lo supieras, jamás habrías aceptado quedarte aquí.

Emilia sintió un escalofrío. ¿De qué estaba hablando? Eris se apartó un poco y la actriz pudo verla de nuevo con nitidez. Al menos con toda la nitidez que su estado le permitía.

—Es el doble fantasmagórico de una persona viva. Lo llaman el gemelo malvado.

La actriz miró fijamente a la escritora. A pesar de la expresión transfigurada de su cara, podía verse a sí misma en ella. Resultaba aterrador tener frente a ella a una persona exactamente igual. Emilia cerró los ojos. No quería ver. Era como estar en una pesadilla de la que no podía salir. Comenzó a respirar con fuerza, intentando mantener el control. Sentía una fuerte presión en el pecho. ¿Era un ataque de ansiedad o es que Eris la estaba aplastando el pecho? Temía abrir los ojos y descubrir la verdad. Sentía cómo si dos manos estuvieran ejerciendo presión sobre su esternón. ¿O se lo estaba imaginando? No estaba segura. No estaba segura de nada. Todo era

extraño, confuso.

—Según las leyendas nórdicas ver a tu *dopplegänger* es un augurio de muerte.

Emilia abrió los ojos. Eris sonreía y en sus ojos atisbó un toque de locura. ¿O no? ¿Era real lo que veía y oía? Los movimientos de la escritora parecían ir acompañados de una especie de estela y evolucionaban como a cortocircuitos: alternando una lentitud extrema con alta velocidad. Nadie podía moverse así. Intentó zafarse, balanceando el cuerpo de un lado a otro.

—¡Déjame! ¡Deja que me vaya!

Finalmente, consiguió empujar a un lado a Eris. ¿O fue ella la que se dejó caer? Se levantó y aunque todo parecía tener una forma y dimensión diferente, hizo acopio de fuerzas para encontrar el modo de regresar a su habitación. Eris estaba tumbada en el sofá riéndose a carcajadas. Emilia lo rodeó sin dejar de mirarla. No quería perderla de vista. Temía que se pusiera de pie y fuera tras ella. Mientras subía las escaleras casi de espaldas escuchó la voz de la escritora gritando desde el salón.

—¡Los dobles no tienen sombra ni reflejo! ¡Los dobles no tienen sombra ni reflejo! ¿Quién es el doble? ¿Tú o yo? ¿Tú o yo?

Cerró la puerta del dormitorio y echó la llave. La dejó puesta en la cerradura. Si Eris tenía una copia, algo que hasta ese momento no se le había ocurrido, no podría abrirla. Tampoco podría asomar su ojo por el agujero para espiarla. Para controlarla. Se colocó frente al espejo y se observó a la luz de la luna que entraba por la ventana. De fondo seguían escuchándose las palabras de Eris. ¿O estaban en su cabeza? *Los dobles no tienen sombra ni reflejo*. Ella sí tenía reflejo. Estaba llorando. Se limpió las lágrimas y volvió a observarse. Le pareció ver algo en el reflejo. Había algo diferente. Era ella, pero no. No sabía qué era exactamente lo que había cambiado. Aparentemente era ella pero no era capaz de reconocerse a sí misma. Entonces se dio cuenta de que la mirada era diferente. Era de otra. No de otra: de *la otra*. Dio un manotazo al interruptor de la luz y volvió a mirarse. ¿Qué estaba pasando? Sentía las manos mojadas. Se las miró. Estaban manchadas de sangre. Bajó los ojos. No, estaban limpias. Se tumbó sobre la cama y cerró los ojos. No quería estar despierta. Quería dormirse y que los efectos de las malditas setas se pasaran de una vez. La realidad resultaba más aterradora que cualquier pesadilla que hubiera podido tener. Se colocó de espaldas al espejo, pero temía que la imagen de la mujer que se había reflejado en él saliera en cualquier momento. Tenía que vigilarla. Aunque no era capaz de abrir los ojos. Así que se quedó tumbada, de cara al espejo, agarrada a las sábanas con fuerza. Intentó recuperar el aliento, pero fue incapaz. Se oía respirar y tuvo la sensación de que escuchaba una respiración más en la habitación. No se atrevió a abrir los ojos. Tampoco pudo quedarse dormida hasta que no escuchó la puerta del dormitorio de Eris cerrarse.

CAPÍTULO 16

Por la mañana, los recuerdos de la noche anterior resultaban confusos. Las imágenes se agolpaban en su cabeza a fogonazos, como fotogramas de una película de terror. Tenía miedo de salir del dormitorio. Lo que había sucedido... ¿qué era exactamente lo que había sucedido? No estaba segura. El comportamiento de Eris había sido aterrador, pero ¿había sido real? ¿O efecto de la mescalina? Era cierto que la escritora nunca se había comportado de manera normal con ella. Todo lo que había dicho anoche explicaba el recelo con el que la observaba a escondidas. Explicaba, en parte, lo que había ocultado en sus miradas. La desinhibición, efecto de la droga, había sacado fuera todo lo que llevaba dentro, lo que había estado reprimiendo esos dos años: su presencia en la casa la perturbaba. Pero, ¿había ocurrido realmente? ¿Había llegado a ese extremo? ¿O había sido una alucinación? Al fin y al cabo, ella también había tomado setas. Emilia se veía incapaz de discernir qué parte podía haber sido cierta y qué no.

Se armó de valor como para decidir bajar a desayunar, pero no del suficiente como para mirarse en el espejo de la habitación. Lo que había visto la noche anterior no le había gustado nada. Quería pensar que había sido una alucinación, pero temía mirarse y comprobar que pudiera ser verdad.

Antes de girar la llave, pegó la oreja a la puerta. No se escuchaba nada. La imagen de Eris, parada frente a su puerta, le provocaba escalofríos. Paseó por la habitación intentando tranquilizarse. Se asomó a la ventana que daba a la piscina y vio que Eris estaba desayunando en el cenador acristalado que había justo debajo. Parecía normal. Tenía un libro a su lado. Sujetaba la tostada con la mano izquierda mientras que, con la derecha, pasaba de página. «Una persona normal, desayunando. Eso es todo. Lo que pasó anoche fue simplemente una pesadilla. Olvídate de ello. Eris te lo advirtió: no todos los *viajes* eran buenos». Eso le dio el impulso necesario para abrir la puerta y bajar. Al pasar junto al despacho le pareció sentir una corriente de aire frío en la nuca. Se arrojó con la bata y bajó las escaleras. Mientras lo hacía, se recordó qué era lo que hacía en esa casa: estaba trabajando. Intentó alejar todos los pensamientos confusos que se agolpaban en su cabeza, encerrándolos en un compartimento de su mente. Se colocó la máscara y aplicó con cuidado todas las capas del personaje para transformarse, para hacer lo que había venido a hacer. Últimamente había bajado la guardia y el tiempo se acababa. Los dos años cumplían ya y ella debía demostrar que había sido capaz de realizar el trabajo que le habían encargado. Además, actuar como Eris en estos momentos le daba la fuerza que necesitaba para enfrentarse a ella después de lo de anoche. Tenía las herramientas necesarias para ser fría como un témpano de hielo e impedir que nadie pudiera saber lo que pasaba realmente en su interior. Si Eris había intentado meterle miedo, cosa que había conseguido, no iba a demostrárselo. No le daría esa satisfacción. Estaba jugando con ella al gato y al ratón, pero esta vez el ratón se iba a convertir en gato.

Se preparó el desayuno y salió a tomarlo al cenador, junto a Eris. La vio de espaldas y el recuerdo de su cara, desfigurada, muy cerca de ella mientras permanecía atrapada bajo su peso en el sofá, le provocó pavor. Estaba completamente aterrada, pero no dio ni una muestra de ello. Quería dejarle claro que no podría con ella. «Tú fuiste la que me llamaste. Tú, la que me buscaste. Si quieres que me vaya tendrás que ser tú la que me lo pida». Estaba claro que ella, pese a todo, no pensaba hacerlo. No iba a abandonar a estas alturas. Había gastado mucho tiempo y mucha energía

en aquel trabajo. Ahora que estaba tan cerca de conseguir la recompensa no iba a renunciar. Su esfuerzo, por fin, se vería premiado. El sacrificio que había hecho era mayúsculo y su trabajo jamás sería valorado como se merecía. Sí, económicamente pero no de manera pública. A ojos de los demás, dentro de quince años, seguiría siendo la chica mediocre que nunca brilló con luz propia. Simbólicamente, una vez que muriera Eris y ella ocupase su lugar, tomaría el éxito y el reconocimiento del que disfrutaba la autora para suplir el que ella jamás iba a conseguir. De ese modo podría alcanzar lo que tanto ansiaba. Sí. No iba a abandonar ahora. Por mucho que su presencia estuviera provocando algún tipo de alteración a nivel emocional en la escritora, era ella la que lo había ideado. Si quería ponerle freno tendría que decirlo. Pero Emilia pensó que Eris tenía tanto orgullo que sería incapaz de reconocer que la situación la estaba superando. Por eso estaba haciendo todas esas cosas extrañas, para conseguir que fuera la actriz la que tirase la toalla. «Quieres que sea otra la que asuma el fracaso del proyecto. Pues te has equivocado de persona. Voy a seguir hasta el final».

Se sentó frente a ella a propósito, como símbolo de desafío. Eris levantó levemente la mirada del libro para saludar.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Emilia y comenzó a tomar su desayuno como lo hacía la escritora. Tal y como había aprendido durante esos dos años.

—Celia está a punto de llegar.

Emilia asintió, indiferente.

—¿Sabes qué fecha es hoy?

Claro que lo sabía, a pesar de que la percepción del tiempo allí encerrada era muy diferente. El tiempo transcurría de manera aberrante, se estiraba o encogía a capricho, dependiendo de los días. Pero ella llevaba una cuenta atrás desde que entró en la casa. —¿Octubre? —contestó con apatía a pesar de saber la respuesta exacta.

—16 de octubre.

—Muy bien —comentó Emilia, y regresó a su tostada. —Hoy hace dos años que entraste en esta casa.

La actriz levantó la mirada de la taza de té.

—Entonces deberías estar muerta, ¿no?

Lo dijo para hacerla daño. Lo sabía. Simple y llanamente. Sabía que las estimaciones médicas que hubieran podido darle a Eris en el momento de su diagnóstico eran, simplemente eso, estimaciones. Nadie podía dar la fecha exacta de la muerte de otra persona. Salvo un asesino que hubiera planificado matar a alguien, y por tanto sí sabría con certeza el día de la muerte de su víctima. En cualquier caso, decirle aquello había sido un mecanismo de defensa, una pequeña revancha por todo lo que le había hecho pasar durante esos dos años. Se preguntó cuánto tiempo le quedaría realmente. —Sí. Supongo que los médicos no acertaron —fue la respuesta de Eris.

Había un toque de ironía en su voz, pero también de duda. Como si hubiera olvidado que su muerte *inminente* era lo que las había unido, el motivo por el que habían pasado juntas aquellos dos años. —Dado que hoy se cumple el plazo que te di para prepararte te propongo un juego. Vamos a ver si eres capaz de engañar a Celia. Cuando venga. Irás tú a abrirle la puerta, pero lo harás siendo yo. Empleaba un tono de desafío que llevaba implícito la asunción de que no sería capaz de conseguirlo.

—Está bien —aceptó Emilia sosteniéndole la mirada. Sonó el timbre y la actriz se levantó a abrir. Regresó acompañada de Celia que venía protestando.

—¿Aún estás así? Ayer te envié un mensaje para recordarte la hora de la entrevista.

—He pasado mala noche —y miró a Eris mientras se sentaba para terminar su desayuno haciendo caso omiso del estrés de la editora.

—¿Qué entrevista? —preguntó la escritora.

Celia miró a Eris, creyendo que era Emilia, y al ir a responder, dudó.

—Me provocáis escalofríos. Es muy buena —le dijo a Emilia mientras señalaba a Eris con el pulgar—. Me cuesta ver a Emilia en ella.

La actriz, que había aceptado el reto, no se había imaginado que el juego podía acabar con ella respondiendo a una entrevista sobre la escritora, haciendo su primera aparición en público. Estaba segura de que había sido una encerrona de la autora. Una manera más de hacerla dudar. Algo así, tan de improviso, echaría para atrás a cualquiera. Intentó mantener la calma y seguir actuando, adaptándose a los cambios, improvisando y respondiendo como lo haría Eris. Así es como sería de ahora en adelante, cuando ella la suplantara. No podía dejarse amedrentar a la primera de cambio.

—Cuéntale lo de la entrevista —ordenó a Celia.

—¡Ah, sí! ¡La entrevista! Hace un par de semanas la revista dominical de un periódico se puso en contacto con la editorial preguntando por Eris. Ya ha pasado mucho tiempo desde su última aparición y pensamos que si queríamos que su regreso tuviera el impacto adecuado, no debíamos demorarlo más.

—¿Aunque aún no haya fallecido? —añadió Eris mirando a Emilia.

Celia frunció el ceño y pareció dudar ante el comentario de la que creía que era la actriz.

—¡Eh, sí! Exacto. No podemos esperar más tiempo. Debemos empezar a movernos y cuando ocurra... lo que tenga que ocurrir, entonces haremos el cambio. ¿No es eso en lo que habíamos quedado? —le preguntó a Emilia.

—Eso es.

—Pero entonces, ¿quién va a hacer la entrevista? ¿Ella o yo? —interrogó Eris.

—Bueno, habíamos pensado que esta primera la hiciera Eris personalmente.

—Pero he trabajado mucho estos dos años —Eris empleó un tono aniñado, fingiendo ser Emilia. La actriz abrió las aletas de la nariz intentando contenerse. «Yo no hablo así».

—Eris cree que aún no estás preparada.

La escritora miró a la actriz con desafío y Emilia recibió el golpe en silencio.

—Tú misma lo has dicho. Soy buena. Antes has dicho que te costaba diferenciarnos.

Celia miró a Emilia con cara de cordero degollado, como si hubiera metido la pata.

—Han pasado dos años desde su última aparición en público. ¿No sería mejor que fuera yo la que tomase el relevo ahora? Si la gente aprecia algún cambio en mí, lo achacarán al tiempo transcurrido y no sospecharán nada raro —Eris insistía y a Emilia le pareció percibir que estaba disfrutando haciendo sufrir a Celia, que se encontraba entre la espada y la pared.

La actriz decidió entrar en el juego. «Tú me has dado poder, ¿no esperarás que no lo use?».

—Aún no es el momento. Esta entrevista la haré yo.

Emilia percibió un toque de temor en los ojos de Eris. Era evidente que no quería que fuera la actriz la que hiciera su primera intervención después de todo ese tiempo. Aquello se le estaba escapando de las manos a la escritora y la actriz disfrutó del momento. «No lo tienes todo tan controlado como creías ¿eh?».

Aun así, estaba segura de que la autora seguiría con la farsa hasta el final. Su orgullo no le permitiría interrumpirla. Buscaría la manera de darle la vuelta a la tortilla sin desvelar el engaño.

—Exacto —puntualizó Celia, aliviada—. Entonces deberías subir a arreglarte. Tenemos que irnos lo antes posible. Aún nos queda un largo camino hasta la capital.

Ambas se terminaron su desayuno y dejaron a la editora en el sofá del salón esperando. Mientras subían las escaleras, Emilia supuso que Eris le diría que sería ella la que bajaría y se iría con Celia a la entrevista. Pero no dijo nada. Simplemente se despidió de ella en el pasillo.

—Voy a darme una ducha. Suerte en la entrevista. Emilia vio como le daba la espalda y se dirigía a su dormitorio. ¿Verdaderamente iba a dejar que la suplantara ya? La actriz sintió un hormigueo en el estómago, una mezcla de la emoción de poder por fin alzar el telón, dejar a un lado los ensayos, y comenzar la función que tanto tiempo había estado preparando, y temor a no estar preparada. En su mente reverberaban las palabras de Celia: *Eris cree que aún no estás preparada*. ¿Por qué le había dicho eso a la editora? ¿Lo pensaba de verdad? Las dudas se instalaron en la mente de Emilia como una insidiosa mosca. Observó a Eris, de espaldas a ella, y pese a ello podía verla sonreír. Estaba segura de que lo estaba haciendo en ese momento. Disfrutando, sabiendo con total exactitud lo que estaba pasando por la mente de la actriz en ese instante. «No dejes que te influya tanto», se dijo mientras veía cómo abría la puerta de su dormitorio. Emilia se dio media vuelta para dirigirse al suyo. Mientras caminaba, esperó escuchar cómo se cerraba la puerta de la habitación de Eris a su espalda, pero el sonido, que estaba tan acostumbrada a oír, no sonó en esa ocasión. La actriz se dio la vuelta. La puerta se había quedado entreabierta. Jamás había sucedido algo así. Eris nunca se olvidaba de cerrarla. Desde el pasillo, escuchó el grifo de la ducha abrirse. Entonces, una idea pasó por la mente de Emilia: la llave. Era el momento perfecto. La puerta del dormitorio abierta, la posibilidad de cogerla mientras estaba en la ducha y poder disponer de tiempo y libertad de acción si era Eris quien iba a hacer la entrevista. No se lo pensó dos veces. Avanzó dando grandes zancadas hasta la puerta de la habitación. Esperó a que corriera la mampara de la ducha para entrar. Llevaba dos años intentando imaginar cómo sería el dormitorio de Eris. No estaba segura de lo que había creído que iba a encontrarse, pero estaba claro que no lo que vio: era una copia exacta de su propio dormitorio. No había nada diferente, salvo los pocos objetos que Emilia había traído de su casa cuando se instaló. Si no fuera porque ambas habitaciones eran imágenes especulares, Emilia no habría sido capaz de asegurar si se encontraba en la de Eris o en la suya propia. La puerta del baño también estaba entrecerrada. Calculó el tiempo del que disponía antes de que Eris saliera de la ducha: exactamente siete minutos y medio. Echó un vistazo alrededor. Esperaba que no la hubiera dejado sobre el lavabo. La mampara era completamente transparente y sería muy arriesgado intentar entrar ahí sin ser vista. La cama estaba deshecha. Revisó la mesilla y los cajones de esta. No. Ahí no estaba. Fue al escritorio. Sobre la mesa había algunos papeles y al lado un cuaderno, en el mismo lugar en el que solía dejarlo ella en su cuarto. Todo era exactamente igual. Todo, en esencia, era una copia exacta. Lo que resultaba escalofriante, era ver la disposición del cuaderno y de los papeles sobre la mesa, tal y como ella solía dejarlos. Por un momento, dudó. Miró hacia la puerta y más allá, al otro lado del pasillo, vio la del otro dormitorio. ¿Dónde estaba? ¿En su habitación o en la de Eris? Intentó no dejarse arrastrar por las extrañas sensaciones que la estaban embargando y se centró en lo que había ido a hacer. Levantó el cuaderno y debajo encontró la llave junto con la cadena. Pero no podía llevársela sin más. Entonces, se le ocurrió. Haría un intercambio. Salió del dormitorio y abrió la puerta de su habitación, después la cerró si echar la llave. Regresó al escritorio de Eris, abrió el cierre de la cadena, sacó la llave del despacho y metió la de su propio dormitorio. Pero ¿cómo haría después para recuperarla y devolverle a su dueña la otra? Era demasiado arriesgado. Si Eris intentaba entrar en el despacho y aún no había conseguido hacer de nuevo el intercambio estaría perdida. Entonces cambió de idea. Cogió la llave del despacho, la giró en la cerradura para dejarlo abierto pero con la puerta cerrada, regresó a la habitación de Eris y volvió a colocar la llave en la cadena y ella se quedó con la de su dormitorio como si nada hubiera ocurrido. «Es

más fácil que crea que se olvidó de cerrar la puerta en algún momento a que tenga la llave equivocada colgada del cuello». Una vez hecho, y con su propia llave en el bolsillo del pijama, salió de la habitación.

Ahora tocaba la segunda parte. Debía convencer a Eris con su interpretación. No tenía que dejar entrever ningún interés oculto tras su intención de quedarse. Si la escritora percibía algo intentaría dar al traste con sus planes sólo por el mero placer de fastidiarla. Debía resultar lo suficientemente convincente como para que creyera que permitirle quedarse era una decisión suya. Esperó a que saliera de su habitación con la toalla enrollada en la cabeza.

—¿Qué haces aún en pijama? ¿No ibas a la entrevista? —El retintín en su voz exasperó a Emilia. Le pareció percibir una risa triunfante.

—No sé si estoy preparada —admitió con humildad.

—Claro que lo estás. Ya has visto a Celia. —De pronto la mirada de la escritora pareció perderse, como si un pensamiento hubiera atravesado su mente y se la hubiera llevado—. No ha sido capaz de ver el engaño. No sabía quién era yo —lo dijo casi en un susurro, como si fuera la conclusión a una sesuda reflexión.

—No estoy segura de si sabré decir por qué me he retirado durante dos años. Nunca me has dicho qué excusa daría a los medios cuando te suplantase. Creo que es algo que deberíamos preparar minuciosamente. No podemos dejarlo al azar ni a la improvisación.

Eris la miraba y las aletas de la nariz se abrían y cerraban mientras pensaba.

—Eso es cierto —parpadeó varias veces seguidas y frunció el ceño, como si meditase el alcance y significado de lo que había dicho Emilia.

—Un retiro de dos años necesita una buena argumentación —añadió la actriz, esperando que fuera el empujón que necesitaba Eris para decidirse.

La escritora guardó silencio, reflexionando.

—Efectivamente, no estás preparada para darla —concluyó.

Emilia percibió la autosuficiencia y la superioridad en el tono de voz de la escritora que, sonriendo, se asomó a la barandilla de la escalera.

—¡Celia! —llamó.

—¿Sí?

—Bajo en cinco minutos.

—Si puede ser menos, mejor.

La escritora regresó a su habitación y estuvo lista enseguida. Emilia ansiaba el momento de verlas desaparecer por la puerta. Por primera vez en dos años podría estar completamente sola y, lo que era mejor aún, podría ver en qué había estado trabajando la escritora en todo ese tiempo.

Según cerraron la puerta de la entrada, Emilia subió a su habitación y observó a través del visillo cómo se iban en el coche de Celia. Cuando la reja volvió a quedar cerrada y el vehículo se alejó por el camino de tierra, la actriz se puso manos a la obra. No había tiempo que perder. Salió de su dormitorio y fue directa al despacho. Antes de abrir la puerta se quedó quieta, completamente quieta. Cerró los ojos y escuchó. Silencio. Sólo percibía su propia respiración. Nada más. Aunque normalmente la casa era silenciosa, siempre notaba *la otra* presencia en ella. Ahora estaba segura de que no había nadie más. Inspiró profundamente deleitándose en la sensación de plenitud que sentía. Gritó, aprovechando que nadie vendría a pedirle explicaciones. Por primera vez en dos años se sintió libre de nuevo. Sacudió todo el cuerpo para liberar la tensión acumulada en todo ese tiempo, emitiendo ruidos con la boca. Quería disfrutar del momento plenamente. Corrió por el pasillo y se deslizó por él. Bajó al salón y puso música, la que ella quiso. Subió el volumen y bailó, saltó por encima del sofá, fue a la cocina y se preparó un batido. Hacía siglos que no

tomaba un batido. A Eris no le gustaban. Hubiera preferido prepararse un café, pero la escritora no tenía cafetera ni café porque tampoco le gustaba.

—¡A Eris no, pero a Emilia sí! —gritó y a continuación brindó con su vaso de batido en el aire y se lo tomó de un trago.

Fregó el vaso y lo dejó en su sitio. Observó a través de la cristalera la piscina y sin pensárselo dos veces se desnudó, dejó la ropa tirada en el suelo de la cocina, salió fuera y se tiró de cabeza. Buceó y nadó de un lado a otro disfrutando de la libertad de poder hacerlo sin nadie que la vigilase. Al volverse, inconscientemente, miró hacia la ventana del despacho, pero allí no había nadie. Estaba sola, completamente sola. Se sumergió sonriendo y después se quedó flotando percibiendo los sonidos amortiguados bajo el agua en completa relajación. Cuando salió, mientras se secaba fue consciente del frío, de los pájaros y el ruidoso silencio de los árboles con los ojos cerrados.

—Bien. Has saboreado la libertad. Ahora hay que ponerse a trabajar.

Entró en la casa y volvió a vestirse con el pijama y la bata. Apagó la música y ordenó los cojines en el sofá. Subió las escaleras y se colocó frente a la puerta del despacho. Sabía que lo que iba a hacer era violar la intimidad de Eris, pero de algún modo esa intimidad también le pertenecía a ella. Bajó la manija y abrió. Fue directa al ordenador, donde había visto trabajar a la escritora. Se sentó en su silla y al hacerlo una extraña sensación la recorrió de pies a cabeza. Abrió el portátil y lo encendió. «Veamos qué has estado haciendo tú todo este tiempo mientras yo me dejaba el pellejo transformándome en ti». Mientras esperaba a que se iniciara observó lo que había por encima de la mesa, perfectamente ordenado. El libro de leyendas nórdicas que había estado leyendo en la biblioteca estaba allí. También había un cuaderno y un bolígrafo. Lo abrió y comenzó a leer: *Dopplegänger: doble andante. En la mitología nórdica significa augurio de muerte. La leyenda dice que tenemos siete dopplegänger. Los dobles no tienen sombra ni reflejo. Doble fantasmagórico de una persona. El extraño caso de Emilie Sageé: la profesora que no era consciente de su dopplegänger a pesar de que hubo testigos que lo vieron junto a ella. Intuía su presencia porque se sentía débil. Buscar fenómeno de bilocación.*

¿Cómo sería encontrarse con alguien igual a ti? La identidad del yo. ¿Quiénes somos? ¿Somos lo que los demás creen de nosotros? ¿Somos la imagen que proyectamos? ¿Proyectamos lo que queremos ser? ¿Qué nos hace únicos? ¿Una persona igual a ti podría engañar a los demás imitándote en gestos y forma? Si es así, ¿entonces en qué se diferencia de ti? ¿Qué haría que tú seas tú?

Idea: Escritora enferma se cruza con una persona que es idéntica a ella por la calle. Invasión por la curiosidad invita a la desconocida a su casa. Esta acepta. Al principio contemplan la posibilidad de ser gemelas que han sido separadas al nacer, pero la diferencia en sus fechas de nacimiento —separadas por meses— lo hace imposible. ¿Posible trama de ficción sobre clonación humana? Amistad inicial. Miedo a la muerte. El parecido físico comienza a obsesionarla. Le pide que se instale en casa para controlarla. Necesita saber lo que hace en todo momento. Poco a poco consigue a través de sobornos económicos y la promesa de una vida cómoda que viva con ella, aislada de todo lo que conocía hasta entonces. «No puede haber dos como yo por ahí. Por el momento», será el pensamiento que justifique el comportamiento de la escritora para mantener recluida a la otra. La escritora encuentra en esta forma de vida la inspiración para escribir una nueva novela antes de su muerte. A modo de diario escribe sus experiencias y sentimientos respecto a la existencia de la otra. La convivencia parece normal hasta que poco a poco la invitada comienza a experimentar una serie de cambios. Cambios en los que la escritora se ve reflejada. ¿Qué suponen esos cambios para

la escritora? ¿Qué siente al verse desde fuera? ¿Cómo puede estar segura de quién es ella y quién la otra?

Nota: localizar a alguien así. Necesaria experiencia real para escribir sobre esto.

Parecían las notas previas, el esbozo de una idea. Sospechosamente se parecía demasiado a lo que había sucedido en esa casa durante dos años. Se preguntaba qué, de todo aquel esbozo, sería lo que había escrito Eris. Iba a continuar leyendo cuando la melodía de encendido del ordenador le avisó de que podía introducir la contraseña, desviando su atención.

—¡No! —dijo en voz alta.

No había pensado en eso. Apoyó los codos sobre la mesa, cruzó las manos y apoyó los labios sobre ellas.

—Piensa. Vamos. Piensa. Si fueras Eris, ¿cuál sería tu clave?

Mientras lo hacía, sus ojos se desviaron al libro de leyendas nórdicas que había sobre la mesa. Lo abrió por la marca que había dejado la escritora y echó un vistazo. Ahí estaba la extraña palabra que le había parecido escuchar a Eris la noche anterior bajo los efectos de la mescalina: *Dopplegänger*. La misma que estaba entre sus notas iniciales en el cuaderno. Probó con esa y cruzó los dedos para que fuera la acertada.

El aviso de contraseña incorrecta saltó en la pantalla.

—¡No puede estar pasando esto! ¡No puede estar pasando esto!

Entonces se le ocurrió. Introdujo las palabras Ángel caído. Las escribió con tildes y tal como aparecían en el título de su novela. «Es escritora, no metería una clave con faltas de ortografía».

El ordenador le dio acceso al escritorio.

—¡Sí!

Pulsó el botón de inicio y colocó el ratón sobre el programa del editor de textos. A la derecha se desplegaron los últimos documentos abiertos. Hizo *click* en el más reciente. Mientras esperaba a que se abriese sintió un hormigueo en el estómago, mezcla de los nervios y de la satisfacción de estar consiguiendo lo que se había propuesto. «Soy más lista que tú».

El documento tenía ciento sesenta y tres páginas. ¿De cuántas horas disponía para poder leer antes de que regresasen? No se entretuvo en calcularlo. Simplemente comenzó a leer. Al hacerlo, supo enseguida de lo que trataba la novela que Eris estaba escribiendo. Estaba escrita en formato de diario. Tal como decía en el cuaderno. Con los nombres cambiados, estaba contando la historia de ellas dos. Su encuentro era casi cinematográfico, nada que ver con lo que había sucedido en realidad. Según la novela, se habían cruzado por la calle y habían chocado casualmente. «Nada de todo esto ha sido casual. Tú me buscaste». Así era como contaba que se habían conocido y habían descubierto su enorme parecido. La relación entre ambas en la novela empezaba de manera cordial, la escritora parecía amable e ingenua. Entre ellas surgía una amistad. «¿Esta es la verdad que pretendías plasmar en la novela? ¿La verdad de la que tanto hablas y alardeas?». En aquella historia no había más que una mentira tras otra. Nada de lo que sucedía o sentían los personajes se parecía en absoluto a lo que había sucedido en realidad durante esos dos años. Lo único cierto es que ambos personajes se iban a vivir juntos, para conocerse. Emilia estuvo a punto de cerrar y apagar el ordenador. «Si esta es la obra maestra que esperabas escribir antes de morir, no has cumplido con el objetivo». De algún modo, ese pensamiento le produjo cierta satisfacción. Pasó unas cuantas páginas adelante y decidió continuar en un punto cualquiera. «Te daré una oportunidad más, Eris Alhena, si lo que leo no consigue llegarme, entonces cerraré». Pero no pudo hacerlo. Lo que leyó a continuación era mucho más real, más parecido a todo lo que había sucedido en la casa. *Siempre me había preguntado cómo sería tener una hermana. Alguien con la que compartir secretos e inquietudes. Cuando la vi por primera vez creí que podría*

experimentar esa sensación. Por eso la invité a casa. Jamás pensé que se convertiría en mi peor pesadilla. No hablamos de tener una hermana. No. Ella era una copia exacta de mí. Según fueron pasando los días, verla por la casa se me hacía cada vez más difícil. Estaba cambiando. Y lo estaba haciendo de manera aterradora. Cada vez se parecía más a mí y menos a ella. Comencé a ver gestos míos. Era como tener constantemente un espejo delante, con la diferencia de que este espejo estaba vivo, tenía voluntad propia y no conocía su reflejo en absoluto. Yo. Sabía quién era yo. ¿Pero ella? A pesar de hablar, moverse y ser exacta a mí, no podía asegurar que fuera yo misma. Porque si ella era yo. Entonces, ¿yo quién era? ¿Quién era la doble y quién la original?

Emilia comprendió por qué Eris la observaba en silencio. Comprendió por qué se comportaba de manera tan extraña con ella. Estaba confundida y asustada. Tenía miedo de su presencia. Y era evidente que estaba sufriendo una crisis de identidad. Continuó leyendo. Aquellos pensamientos plasmados en la pantalla del ordenador eran como una puerta abierta a la mente críptica y hermética de la escritora.

Era algo que me preocupaba. Ambas habíamos nacido en días diferentes. Ella había nacido antes que yo. ¿Eso la convertía en la original? ¿Era yo su doble? Temporalmente hablando, era así. Sin embargo, ella era la que se comportaba como yo, no yo como ella. ¿Eso en qué lugar me colocaba a mí? Era imposible que fuéramos gemelas que hubieran sido separadas al nacer y eso me alivió durante un tiempo. La desconexión biológica la convertía simplemente en un artificio, en un simple truco de magia. Una ilusión. Una mentira. Nos parecíamos mucho pero no éramos iguales completamente. Podía aferrarme a mi genética única para diferenciarme de ella.

Emilia avanzó varias páginas y las leyó por encima. Páginas y

más páginas de absoluta obsesión rayando lo enfermizo. La existencia de Emilia cuestionaba su propia identidad y estaba claro que la culpaba a ella de esa situación. Había rabia y miedo en sus palabras, una combinación muy peligrosa. Según avanzaba en su relato, percibió que Eris estaba perdiendo perspectiva con el paso del tiempo, desconectándose de la realidad. Parecía haber olvidado que estaba en su mano acabar con esa situación. Sólo tenía que pedirle que se marchara y Emilia lo hubiera hecho. Sin embargo, continuaba tolerando su presencia a pesar suyo y la actriz no entendía por qué. ¿A dónde quería llegar? ¿Cuánto más podría estirar su salud mental hasta que se produjera alguna rotura? Emilia fue consciente del riesgo que había corrido durante todo ese tiempo que había convivido con ella. La escritora se había convertido en una persona inestable — algo había intuido por sus comportamientos extraños— pero jamás pensó que hubiera alcanzado estos niveles. Esas páginas lo confirmaban. Eran la confesión de una enferma.

Fue a la penúltima página. Quería saber qué era lo último que había escrito. Cuáles habían sido las últimas reflexiones de la autora.

Por las noches sentía su presencia al otro lado del pasillo. Me resultaba cada vez más difícil conciliar el sueño. Antes de dormir, necesitaba asegurarme de que estaba en su habitación y no se movía de allí. Me aterraba encontrarme con ella. Me aterraba pensar que pudiera entrar en mi habitación. A veces, abandonaba la seguridad de mi cuarto y avanzaba por el pasillo hasta su puerta y apoyaba la cabeza intentando detectar sus movimientos al otro lado. Permanecía despierta hasta altas horas de la noche y yo no tenía ni idea de lo que hacía allí dentro. En

ocasiones, al acercarme se quedaba quieta. Podía sentirla al otro lado, escuchando también. Vigilándome. ¿Cuándo se acostaría? ¿Cuándo me dejaría descansar por fin? La imaginaba imitándome, buscando la manera de apropiarse de mí. Porque eso era lo que hacía. Cada mañana era un poco menos ella y más yo.

Con el paso del tiempo, el silencio al otro lado era tan absoluto que hubiera preferido escucharla hacer ruido para saber que estaba allí dentro. No me atrevía a registrar la casa. ¿Era posible que hubiera salido? ¿Y si me topaba con ella de golpe? Sólo había una manera. Debía asegurarme de que estaba en su habitación. Era el único modo de quedarme tranquila y poder dormir. Una noche, mientras dormía, entré en su dormitorio después de mirar a través de la cerradura de su puerta.

Los pelos se le pusieron de punta a Emilia al recordar la presencia constante e insidiosa de la autora al otro lado de su puerta una noche tras otra. Se preguntó si alguna vez había llegado a pasar al otro lado mientras ella dormía, si ese dato sería real. La imaginó acercándose a su cama, observándola de cerca, como lo hizo la noche anterior en el sofá del salón. Cerró los ojos con fuerza. No quería verla. No quería sentir, ni recordar, lo que era tenerla a escasos centímetros. Siempre había creído que estaba segura encerrada en su habitación porque ella custodiaba la llave pero y si, al igual que el personaje de su novela, tenía una copia en su poder que podía usar a placer cuando quisiera.

Allí estaba. La doble. Durmiendo profundamente, mientras yo era incapaz de pegar ojo por las noches. Se estaba adueñando de todo. Durante el día recorría la casa a placer y cuando se cruzaba conmigo me miraba por encima del hombro, como si quisiera dejarme claro que yo era la burda copia y todo lo demás era de su propiedad. Empecé a dudar. ¿Era yo la anfitriona o era a mí a quien habían invitado a la casa? Ya no estaba segura de nada. Su presencia me estaba arrebatando la vida. Tenía que acabar con esa situación. Era ella o yo.

Emilia percibió en estas últimas palabras una amenaza. Su presencia estaba volviendo loca a la escritora. La obsesionaba hasta tal punto que estaba empleando sus últimos meses de vida en escribir sobre lo que sentía al vivir junto a ella. Junto a su doble, como la llamaba. *La otra* .

Miró el indicador de páginas. Había una más.

Bajó el cursor y leyó las únicas tres palabras que había escritas. *Estoy planeando matarla*.

CAPÍTULO 17

Creó que el corazón se le había quedado completamente paralizado porque era incapaz de sentirlo en el pecho, pero después fue consciente de que se había instalado en su garganta y que la golpeaba con tanta fuerza que sintió ganas de vomitar. No había nada más escrito, simplemente *estoy planeando matarla* . Cerró el documento, pulsando el ratón casi como si le ardiera en las manos. *Estoy planeando matarla* . ¿Desde cuándo? Colocó el cursor sobre el icono del documento. La última modificación, es decir, la última vez que Eris había escrito en él había sido hacía dos semanas. Dos semanas y las últimas palabras que la escritora tenía en mente para continuar eran *estoy planeando matarla* . Dos semanas en las que se había encerrado durante horas, supuestamente, para escribir. Dos semanas en las que no había escrito absolutamente nada. ¿Qué había hecho entonces en ese tiempo? ¿Lo estaba haciendo realmente? ¿Estaba planificando

matarla? Intentó hacer memoria, recordar qué había sucedido en ese tiempo. Sorprendentemente coincidía con el pequeño cambio de actitud que había tenido la autora hacia ella. Justo cuando parecía haberse sincerado más, cuando se había abierto a ella en confianza. ¿Qué era, algún tipo de confesión? «Va a matarme y por eso me ha contado todo eso. Se ha abierto conmigo porque sabe que seré una tumba. Jamás contaré sus secretos porque no tendré oportunidad. Ella no va a dármela». Sintió un escalofrío. Todo parecía una locura. ¿Estaría planeando matarla en realidad? No tuvo demasiado tiempo para reflexionar sobre el significado de aquellas palabras, que a pesar de ser entendibles para ella era incapaz de darle el sentido literal que tenían. La rodadura del coche sobre la tierra de la entrada, aunque lejana, le llegó como aviso. Había perdido la noción del tiempo en los pensamientos escritos de Eris. Debía darse prisa y cerrar todo antes de que entrasen en la casa. Apagó el ordenador, bajó la pantalla e intentó dejar el libro de leyendas en la misma posición que lo había encontrado. Salió del despacho y cerró con cuidado justo en el momento en el que Eris y Celia entraban por la puerta principal.

—¿Por qué no has dejado que tomen fotografías de ti? —Ya sabes que no me gustan.
Emilia se pegó a la pared del pasillo para evitar que pudieran

verla. Ambas entraron en el salón. La actriz se arrodilló en el suelo y se acercó sigilosamente a la barandilla para poder escuchar lo que decían.

—No ha sido muy amable por tu parte. Esto traerá rumores. —¿No es justamente eso lo que necesitamos? Tú misma lo has dicho antes: dos años han sido mucho tiempo de inactividad pública. Necesitamos estar en boca de la gente. Mi regreso tiene que ser sonado. ¿No era eso lo que querías?

—¿Y qué era eso del libro de relatos? No me habías dicho nada. Creía que estabas escribiendo *la* novela.

—¿Desde cuándo escribo sólo una cosa?

—Nunca.

—¿Entonces?

—Nada, simplemente me hubiera gustado que me hubieras dicho algo. Soy tu editora. Se supone que tengo que estar al tanto de estas cosas. ¿Vas a contarme de qué va todo eso?

—Vamos al despacho. Aquí las paredes tienen oídos —Emilia se envaró aterrada, como si Eris supiera que estaba espiando su conversación—. Por cierto, ¿dónde está?

—¿Dónde está quién?

—¿Quién va a ser? *La otra* .

Emilia se puso rápidamente de pie y se metió en su habitación sin hacer ruido. No se atrevió a meter la llave en la cerradura y girarla porque sería demasiado escandaloso. Se sentó en el suelo junto a la puerta. Escuchó los pasos de Eris y Celia subiendo por las escaleras. Después recorrieron el pasillo hacia su dormitorio.

—¿Qué estás haciendo? —Las escuchó clara y nítidamente, justo al otro lado de la puerta. Deseó con todas sus fuerzas que no intentaran entrar.

¿Sabría Celia algo? ¿Estaría al tanto de los planes de la escritora?

—Comprobar dónde demonios anda metida.

Emilia percibió en esa frase toda la rabia y frustración que había leído en su novela. Ahora que sabía lo que ocupaba la mente de la autora podía interpretar sin lugar a dudas el significado de sus palabras. La odiaba. Eris la odiaba y la temía. Lo había hecho durante todo este tiempo. La voz de la escritora parecía salir de la cerradura y la imaginó agachada, asomando su ojo vigilante por el

hueco. Temió que a través de las ondas sonoras pudiera penetrar por él y averiguar que estaba escondida a un lado.

—No está en su habitación. Debe de haber ido a dar una vuelta. Vamos al despacho de abajo y continuamos hablando.

Los pasos volvieron a alejarse y escuchó cómo bajaban por las escaleras. No contaban con ella, con su presencia en la casa, y eso podía ser una ventaja. Abrió de nuevo la puerta del dormitorio con cuidado de no hacer ruido y caminó de puntillas a lo largo del pasillo.

—No, deja abierto. Así la escucharemos cuando regrese.

Tenía que ir con mucho celo. Igual que ella podía detectar a Eris, estaba segura de que la escritora tenía activado también un sexto sentido para tenerla localizada. Ahora estaba cien por cien segura. Su nivel de obsesión era tal, que sentiría la necesidad de saber en todo momento dónde se encontraba para mantenerla vigilada y bajo control. Descendió por las escaleras despacio, dando tiempo entre un escalón y otro. Cuando llegó abajo, miró hacia el pasillo que llevaba al despacho. La puerta estaba abierta, tal como le había pedido Eris a Celia.

—Aún no está terminada.

—¿Cómo es posible? Llevas dos años trabajando en ella. Emilia se vio atraída como un imán por la conversación. El tono de apremio de la editora le resultó confuso. Jamás la había escuchado hablar así a la escritora. Parecía al límite, como si hubiera estado soportando algo demasiado tiempo.

—Te dije que sería mi obra maestra. Y lo será.

—Quizá no deberías haber perdido el tiempo con el libro de relatos. Quizá así habrías podido dedicar más tiempo a la novela. —La novela necesitaba un proceso que no debía verse forzado. Cuando vi que pasaban los meses y no avanzaba según lo esperado, decidí escribir el libro de relatos para tener algo que ofrecer a mi regreso.

—Creí que la idea era reaparecer con la obra maestra bajo el brazo —Emilia detectó cierta ironía en las palabras de la editora. La actriz frunció el ceño. Que ella supiera, el plan no era reaparecer con una nueva novela, sino publicar las quince inéditas de la autora tras su muerte, las que ella se encargaría de promocionar. Para eso estaba allí. Para eso había estado trabajando durante dos años sin descanso, sin vida propia, creando un personaje a imagen y semejanza de Eris, para poder suplantarla fielmente. Había algo extraño en la conversación y a la actriz no le dio buena espina. Entre escritora y editora se instaló un incómodo silencio. —Desde la editorial me están presionando. Quieren saber qué pasa contigo. Les prometí dos años. Eso fue lo que me pediste. — Diles que he vuelto.

—¿Y *ella* ?

—De *ella* me encargo yo.

¿Hablaban de ella?

—No puedes retrasarlo más.

—He dicho que me encargaré. ¿De acuerdo?

De nuevo silencio. Emilia notó el sabor a hierro en la boca. Se dio cuenta de que estaba apretando la mandíbula con fuerza.

—¿Cuándo vas a decirle que se marche?

—Lo haré. Aún no. Es demasiado pronto.

¿Había habido algún cambio de planes y no le habían dicho nada? Después de todo, ¿iban a despedirla?

—¿Demasiado pronto? ¡Ya han pasado los dos años!

—¡No ha sido suficiente!

—Se nos acaba el tiempo.

—Aún no está terminada —el tono de Eris fue tajante.

—Pero le dijimos dos años. Hoy se cumplía ese plazo. Se suponía que tenías que haberle dicho que se cancelaba el proyecto mucho antes. ¿Cuánto tiempo más piensas que va a seguir creyéndose la historia de tu enfermedad y tu inminente muerte?

—Lo que me sorprende es que se tragara esa estupidez desde el principio.

¿Era mentira? ¿Todo había sido mentira? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Lo asombroso es que no haya sospechado nada hasta este momento. Podías haber dejado de salir a correr todos los días, o haber fingido un poco de abatimiento, algo que le hiciera creer que tu supuesta enfermedad evolucionaba como se espera que lo haga en estos casos.

—Tenía muchas cosas que hacer. No podía ponerme a jugar a hacer teatros como ella. Correr me despeja la mente antes de escribir.

Emilia se sintió herida y traicionada. Hablaban de ella como si fuera una imbécil, como si hubiera sido un juguete para ellas durante todo ese tiempo. El plan había sido ese desde el principio. Nunca hubo una intención de sustituirla porque no iba a haber nadie a quien sustituir. Todo había sido mentira. Era cierto que se había creído lo de la enfermedad a pesar de lo extraño que pudiera parecer, creyó que verdaderamente querían que suplantara a Eris una vez que muriese y había trabajado muy duro durante esos dos años para conseguirlo. Se sintió estúpida recordando todas las veces que había actuado como Eris delante de ella para que pudiera apreciar los avances que había hecho. Quería satisfacerla. Quería que se sintiera orgullosa del legado que iba a quedar. Pero era evidente que Eris veía su trabajo como un juego de niños, era incapaz de valorar el esfuerzo y la dedicación de Emilia. ¿O no? Quizá su interpretación había sido demasiado buena a ojos de la escritora. Recordó lo que había leído en su novela: *según fueron pasando los días, verla por la casa se me hacía cada vez más difícil. Estaba cambiando. Y lo estaba haciendo de manera aterradora. Cada vez se parecía más a mí y menos a ella. Comencé a ver gestos. Era como tener constantemente un espejo delante, con la diferencia de que este espejo estaba vivo, tenía voluntad propia y no conocía su reflejo en absoluto.*

Emilia se llevó la mano a la boca para ahogar un grito. ¿Su actuación había sido el detonante en la locura de la escritora? La indiferencia con la que hablaba de ella delante de Celia era sólo una máscara. Una máscara que escondía detrás el verdadero terror que sentía con su presencia. La verdad estaba plasmada en su novela. Su gran verdad. Su obra maestra.

—Mantenerla aquí por más tiempo es muy arriesgado, sobre todo ahora que has regresado a la vida pública. Dile que se marche.

—¡No! ¡Aún no!

—Empezará a sospechar si no lo ha hecho ya.

—La necesito. Sabes que ella es el motivo de la novela. Para eso la traje aquí. Para eso he convivido con ella durante dos años. Necesitaba vivirlo en primera persona.

Así que ese era el verdadero motivo por el que le habían pedido que se instalara en la casa y rompiera todo contacto con el exterior. Escribir sobre su *dopplegänger* había sido su idea original desde el principio. Por eso la había buscado. Necesitaba tenerla a su disposición las veinticuatro horas del día. Necesitaba que ella interpretase el papel de doble en esa función. Recordó las palabras de la escritora: «Me gusta alimentar mis novelas con mis experiencias, con lo que me han hecho sentir, sobre todo, porque escribir a través de ellas me permite plasmar en el papel verdaderos sentimientos. De lo contrario, me parecería estar engañando al lector». «Con *Ángel caído* sabía por lo que había pasado la protagonista y por tanto pude dotar a la novela de una verdad y una sinceridad que jamás he vuelto a conseguir». «*Ángel caído* es la mejor obra que he

escrito hasta el momento». Hasta el momento. Esa era la clave. Eris Alhena esperaba superar su ópera prima con esta novela. Su obsesión por escribir desde la verdad la había llevado hasta el punto de buscar a una persona que se pareciera a ella para sentir cómo era verse desde fuera. Emilia no creyó que la pantomima de coger a la actriz que debía prepararse para suplantar a la escritora lo fuera tanto. Eris necesitaba verse. Necesitaba que Emilia se convirtiera en su reflejo para poder hablar de lo que ella quería en la novela, de lo contrario, jamás habría podido encontrarse con esas crisis de identidad que había leído la actriz. «Ese era mi trabajo en realidad. Me necesitabas para crear esa ilusión. Me convenciste de que debía transformarme en ti y lo hice y, con ello, te di lo que querías realmente. Te di esa experiencia que necesitabas para escribir tu obra maestra, esa que superaría a *Ángel caído*». Si se hubiera limitado a vivir con ella siendo simplemente Emilia, el experimento no habría funcionado, porque, a fin de cuentas, eso era lo que habían sido esos dos años, el experimento de Eris y Emilia había sido la cobaya sin saberlo.

La habían utilizado en beneficio de la escritora. Habían abusado de ella, de su trabajo, de sus buenas intenciones, de su ingenuidad. Porque Eris tenía razón, resultaba increíble que se hubiera tragado semejante historia. Había sacrificado dos años de su vida, había rechazado un papel fijo en una compañía de teatro y todo por una quimera. La habían engañado, la habían utilizado. Las dos, porque estaba claro que Celia estaba al tanto de su plan. La escritora tenía planeado deshacerse de ella desde el principio, pero Emilia tenía la impresión de que la editora no tenía ni idea de hasta dónde pensaba llegar Eris con este experimento. «La última gran experiencia para escribir su verdad: mi muerte».

De nuevo hubo silencio. La actriz estaba alerta. Editora y escritora estaban enfadadas y no sabía por dónde podía tirar la conversación. En cualquier momento podrían salir hacia el pasillo y encontrarse de bruces con ella, espiándolas. Aguzó el oído, atenta a cualquier sonido que proviniera del despacho.

—¿No crees que has llevado esto demasiado lejos? —El tono de Celia ahora era conciliador, intentando llegar a un punto en común.

—Era necesario —le pareció detectar una súplica—. Tú no lo puedes entender. Lo que yo intento explicar necesitaba de todo esto.

—Querías hablar sobre todo ese rollo de los dobles andantes que leíste en ese libro de leyendas nórdicas. Punto. ¿No podías simplemente contar una historia sin más?

—No seas simple. No se trata sobre la leyenda de los dobles andantes. Eso sólo fue el detonante, la chispa que hizo saltar la idea en mi cabeza. Lo que yo quería abordar era algo mucho más profundo.

—¿Y tenías que buscar a una persona que fuera idéntica a ti para poder hacerlo? ¿No podías simplemente imaginarlo? Es lo que hacen los demás escritores.

—¡Yo no soy como los demás! Sin ella no puedo escribir el final de la novela.

Los ojos de Emilia se abrieron como platos.

—La protagonista de mi novela debe pasar por *algo*. Aún la necesito.

Casi había sonado como un ruego, como una yonqui pidiendo la última dosis, prometiendo que esta será la última vez que lo haga. Emilia estaba aterrada. Cuando Celia saliera de la casa, volvería a quedarse a solas con la escritora. Sola, completamente, en una casa que estaba en medio de ninguna parte, sin teléfono ni modo alguno de contactar con nadie. Sin nadie con quien tener que contactar. Había desaparecido durante dos años. Si nadie la había echado en falta en ese tiempo, no lo harían ahora. Es como si ya estuviera muerta.

—Está bien —cedió Celia mientras Emilia negaba con la cabeza—, pero algo habrá que hacer. Tendremos que decirle algo, entretenerla de alguna manera para que no sospeche. Darnos un

margen para que puedas finalizar la novela.

—Está bien —cedió la escritora—. La pediremos que vaya en mi lugar a la cena con el ganador del concurso que va a publicar la revista mañana junto con mi entrevista. Está deseando demostrar sus dotes de imitación.

Las aletas de la nariz de la actriz se abrieron y cerraron con fuerza, poniéndose blancas. Ella no imitaba, interpretaba. No se limitaba a copiar gestos o formas. Iba mucho más allá. Igual que Eris hablaba sobre los niveles de profundidad cuando escribía, ella también trabajaba desde dentro. Se sentía vilipendiada. «No eres la única que quiere hacer bien su trabajo, Eris Alhena».

Poco a poco empezó a asumir la realidad. No habría ninguna suplantación: Eris no iba a morir. Después de esa actuación en la cena, se acabaría la función y, una vez bajaran el telón, no habría aplausos. Sólo silencio. Absoluto silencio.

—¿Crees que es buena idea?

—Querías tiempo, ahí lo tienes. ¿No sientes curiosidad por ver de lo que es capaz?

—Pero es peligroso. Podrían descubrirla. No sé si está preparada —dijo la editora con preocupación.

—La he estado observando. Sabe lo que hace —hubo un silencio y Emilia casi podía imaginarse a la escritora sentada en el sillón en su postura típica, pensando—. Necesito verla en mi lugar —silencio de nuevo—. Lo necesito para la novela.

—Está bien —aceptó a regañadientes la editora—. Pero se lo diremos hoy mismo. La cena es dentro de tres días. Tendrá que prepararse de algún modo.

Sabía que el acuerdo de su aparición en esa cena le aseguraba tres días más de vida. Tres días en los que la escritora no haría nada. Lo había dicho, la necesitaba para su final de muerte, pero también necesitaba verla en su lugar esa noche. Esa actuación durante la cena debía suceder sí o sí. Emilia se preguntó si aguantaría hasta ese día. Había soportado dos años, podía aguantar tres días más. Sobre todo, ahora que sabía la verdad. Ahora tenía algún tipo de control sobre la situación.

Aguantó en la casa esos tres interminables días de relativa calma para poder poner en funcionamiento un plan.

Estoy planeando matarla, recordaba todas las noches. ¿Cuánta verdad podía haber en esas palabras? ¿Hasta dónde estaría dispuesta a llegar la escritora para conseguir terminar su obra maestra? En cualquier caso, iba a deshacerse de ella como de un pañuelo usado. Lo único que tenía claro Emilia es que no iba a esperar al próximo movimiento de Eris. Sería ella quien movería ficha primero. Tenía que acabar con esa situación. Su momento había llegado.

CAPÍTULO 18

Dedicó los tres días a prepararse, a trazar el plan. Lo llamó *Catarsis*, porque en esos dos años de esclavitud se había encontrado completamente perdida. Ahora sentía que su interior había sufrido una transformación, por fin sabía la verdad. Esa verdad la guiaría.

Durante esos tres días se transformó en Eris, ya sí, completamente. Ya tenía todos los datos que le faltaban. Todos los interrogantes que habían permanecido sin respuesta en esos dos años por fin quedaban resueltos y con ellos el verdadero perfil de Eris. Estaba completo. Tenía todas las capas. Ahora conocía sus miedos y sus motivaciones verdaderas, ahora podía comprenderla. Por fin se produjo la ansiada conexión con el personaje en lo más profundo de su ser. Se sentía en armonía: mente, cuerpo y sentimientos. Todo en una. Y así debía ser a partir de ese momento. Ya no había más

sombras donde esconderse. Ahora todo estaba claro. Sabía lo que tenía que hacer.

Debía interpretar bien su papel. Tenía que ser la auténtica Eris durante la cena. Era de vital importancia, su prueba de fuego. Debía convencer a su acompañante de que ella era Eris, de lo contrario todo se iría al traste. Si no era capaz de conseguirlo, entonces debería abortar el plan. Y no había plan B. Sólo había una salida.

Por primera vez en dos años, Emilia salió a correr después de levantarse. Necesitaba despejarse, pero sobre todo sentía una imperiosa necesidad de invadir el espacio de la escritora, hacerla sentir igual que ella se había sentido. El gesto no pasó desapercibido a Eris, que al ser sobrepasada por Emilia en el camino del bosque se quedó parada. La escritora no salió a correr más en esos tres días. Mientras Eris nadaba en la piscina, Emilia la observaba a través del ventanal de la biblioteca, descaradamente. Controlando la situación. La vigilaba y quería que supiera que lo hacía. Quería que sintiera en su propia piel lo que era ser supervisada constantemente.

Eris tampoco subió a escribir a su despacho. «Me está vigilando ella también. No quiere perderme de vista ahora que llega el desenlace final». La escritora la observaba con distancia y recelo. Emilia, por su cuenta, había empezado a escribir en su cuaderno su propio final a aquella historia. Pasaba las horas en la biblioteca escribiendo y leyendo, en la misma actitud que solía tener la escritora habitualmente.

No sucedió nada fuera de lo normal, salvo los cambios que había experimentado la escritora en su habitual comportamiento y eso le dio confianza a Emilia, que cada vez se sentía más fuerte y dueña de la situación. Ahora podía ver la figura desde todos los ángulos, ya no había esquinas ocultas. Por fin, estaba en igualdad de condiciones. Ahora podía jugar ella también.

Había llegado el día. Según pasaban las horas, veía con más claridad su plan. Era la salida natural. Lo que tenía que ser. Todo el sufrimiento pasado por fin iba a llegar a su fin. El resultado y la recompensa por el trabajo realizado estaban ya cerca y todo dependía de su actuación esa noche. Era el papel más complicado de toda su carrera. Por un momento dudó si sería capaz de hacerlo. «Claro que sí. No puedes echarte atrás. Es ella o tú. No ha tenido escrúpulos para arrebatarte tu vida. Tampoco los tendrá ahora». Por primera vez en dos años, se arreglaba para salir. Cerró los ojos durante unos segundos para infundirse confianza en sí misma. Había pasado mucho tiempo aislada de todo. «Has trabajado muy duro. Y lo has hecho bien, diga lo que diga ella. No escuches lo que dice. Es su forma de controlarte, minando tu autoestima. Te necesita débil para ella ser fuerte. Se alimenta de ti, en todos los sentidos. Los dobles no tienen sombra ni reflejo. Como un vampiro. Ella es una vampira». Abrió los ojos y se miró en el espejo. «Tú no eres la doble. Tú tienes sombra y reflejo». Se miró a los ojos y supo que ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 19

Celia llegó puntual como siempre y ante la insistente llamada en la puerta de la entrada, bajó a abrir.

—Pasa.

La editora entró y miró hacia ambos lados del pasillo.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser?

Miró hacia arriba.

—Supongo que en su habitación.

—¡Vamos! ¡Date prisa! ¡Tenemos que irnos ya! – gritó Celia.

—Ve dando la vuelta al coche. Voy a avisarla.

Celia se dirigió a la puerta de la entrada y antes de salir se volvió.

—¿Estás segura de todo esto? —le preguntó.

—Por supuesto.

Cuando la editora salió y cerró la puerta tras de sí, subió por las escaleras y desde el pasillo habló hacia la puerta cerrada del dormitorio.

—Tenemos que irnos. Es la hora.

La otra salió exactamente vestida igual que ella. Eso la incomodó.

—No era necesario.

—¿El qué?

—Que vayamos iguales.

Era como hablar con un espejo. No hubo ninguna réplica más, simplemente comenzó a bajar las escaleras. Por un momento, deseó empujarla, pero se contuvo.

Una vez fuera, ambas se sentaron en la parte trasera del coche.

—¡Estáis irreconocibles! —dijo Celia observándolas a través del retrovisor.

—De eso se trata, ¿no?

Ninguna sonreía. Tampoco se miraban. Tenían los ojos fijos cada una en su ventana.

Celia rompió el silencio para dar las directrices a seguir durante la cena.

—Bien. Tu acompañante esta noche es una chica de unos treinta años. Ha salido ganadora en el test sobre Eris Alhena, así que lo sabe todo de ti.

Intentaba bromear, pero era evidente que la situación no le gustaba. Hablaba sin mirar por el retrovisor, porque en realidad no sabía a cuál de las dos tenía que dirigirse.

—Como no podemos estar dentro contigo, lo que harás será lo siguiente. Te he dejado un teléfono en el asiento. Cógelo. Nosotras te llamaremos y dejarás la llamada descolgada para que podamos escuchar lo que sucede. Así, si vemos que la cosa se te escapa de las manos, podremos intervenir. Permanece atenta a los mensajes que te vayamos enviando y haz lo que te digamos.

Como un títere. Eso era lo que pretendían que fuera. No sabía si la idea de tanto control provenía de Celia o de *la otra*. En cualquier caso, no creía necesario su intervención de rescate en absoluto. O al menos eso esperaba.

Cuando llegaron al restaurante, Celia esperó a que alguna de las dos hiciera algún movimiento. Temía equivocarse de persona. La situación le pareció divertida y le dio confianza. Celia no veía la diferencia y era una de las personas más allegadas que tenían. Convencer a una completa desconocida sería pan comido.

—Tendrás que salir tú sola. No podemos dejar que se os vea a las dos juntas.

Abrió la puerta y salió. Al cerrar tras de sí, recibió una llamada. Era *ella*. Simplemente descolgó y lo guardó en el bolso. Ni siquiera se llevó el teléfono al oído por si quería darle alguna indicación más. A partir de ese momento comenzaba la función. Y esta era suya. Inspiró profundamente y entró en el restaurante. Jamás había estado allí, no habría podido permitirselo. Caminó con decisión hasta el *maître*.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Soy Eris Alhena. Hay una reserva a mi nombre esta noche.

El *maitre* lo comprobó y, tras mirar el libro de reservas, levantó la mirada arqueando las cejas.

—Por supuesto, señorita Alhena. La estábamos esperando.

La condujo hacia el reservado. Nunca había cenado en un reservado para ella sola. «Olvídate de eso. No pienses ahora en esas cosas. No te ayuda en nada. Tienes que estar concentrada. Cualquier desliz puede estropearlo todo. No te salgas del personaje. No eres Emilia la actriz. Eres Eris la escritora».

—En cuanto llegue su acompañante la haré venir directamente.

Asintió y el *maitre* salió, dejándola sola en el reservado. Bueno, sola exactamente no. Ahí estaba el maldito teléfono y *la otra*. Siempre *la otra*, pero eso se iba a acabar esa noche. Sacó el móvil del bolso y se quedó mirando la pantalla. Los segundos transcurrían hacia delante pero ella lo sintió como una cuenta atrás. La puerta se abrió a su espalda. Colgó el bolso en el perchero, tomó aire cerrando los ojos antes de volverse. Había llegado el momento. Empezaba la función. Se giró y sonrió.

—Vaya, ya estás aquí —dijo con tono despreocupado.

Rodeó la mesa y le ofreció la mano a la invitada para estrechársela.

—Eris Alhena.

—Alicia.

—Bienvenida —con la mano abierta señaló la mesa, indicándola que podía tomar asiento—. Yo acabo de llegar.

Alicia se quedó mirándola fijamente mientras se sentaba. Comenzó a ponerse nerviosa. ¿Por qué la miraba así? ¿Es que no parecía ella? El corazón le latía acelerado. Temía no estar haciéndolo bien.

—Dame tu mochila, si quieres —sugirió para tener algo que hacer y así poder romper el momento de tensión.

—Sí, gracias.

Lo cogió y lo colgó en el perchero. Después se sentó frente a ella y dejó el móvil en la silla contigua.

La chica parecía un poco despistada, como ida. Quizá, incluso, abrumada por la situación. Al fin y al cabo, si estaba allí, era porque tenía interés en conocerla. Era la que mejor había respondido al cuestionario sobre Eris. Debía ser una fan auténtica. Ese pensamiento le pesó. «No está aquí por ti, sino por *la otra*. Cree que está cenando con su escritora favorita, pero en realidad lo está haciendo con una impostora. No, deja de pensar así. Te saca fuera». El camarero entró y dejó las cartas de vino y comida. Después, se marchó dejándolas solas de nuevo. Alicia no dejaba de mirarla con gesto interrogante. Parecía buscar algo. «No puede saberlo. Es imposible. Es simple interés. Nunca te ha visto tan de cerca. Nunca la ha visto tan de cerca», se corrigió. Y sintiendo que perdía el control de la situación decidió parapetarse detrás de la carta para esconderse de los curiosos ojos de su acompañante.

—Puedes pedir lo que quieras. La revista se hace cargo de la cena.

Miró de reojo y comprobó que Alicia había bajado la mirada a la carta también. Intentó centrarse en lo que leía pero era incapaz. «Vamos. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo».

—El pato mechado con arroz salvaje y frutos está muy bueno —sugirió su acompañante y buscó desesperadamente el plato en la carta.

—¿Ya has comido aquí? —preguntó buscando un tema de conversación.

—Sí.

La respuesta de su compañera fue seca. Ni siquiera levantó la mirada de la carta al hacerlo. «La

has ofendido».

—Acepto tu sugerencia —dijo para rebajar los ánimos—. Creo que pediré eso. Nunca he estado aquí.

Lo admitió abiertamente para dar a entender que no la juzgaba. Con sus palabras consiguió que Alicia levantara la vista de la carta. La sonrió y su acompañante también lo hizo, relajando el ceño fruncido. ¿Eran imaginaciones suyas o aquella chica la miraba de manera especial? «¿Le gusto?». Hacía mucho tiempo que nadie la miraba así.

Después de que el camarero tomara nota, se quedaron en completo silencio. ¿Iba a ser así toda la noche? Alicia miraba fijamente su servilleta. «Resultas aburrida. Tiene más interés ese pedazo de tela que tú. Di algo. Lo que sea». Carraspeó buscando tiempo para decidir qué decir.

—Supongo que debo darte la enhorabuena, aunque suene algo pretencioso.

«Genial. ¿Es lo único que se te ha ocurrido? Suenas egocéntrica».

—La verdad...

El móvil comenzó a sonar. Parecía un tono de mensaje. ¿Qué querían ahora? ¿Tan mal lo estaba haciendo?

—Un segundo —se disculpó, mientras lo leía.

Quiero ver una foto de la chica .

«¿En serio?». Celia le había hablado de la promiscuidad de la escritora que solía tirar de sus fans para disfrutar de sexo sin complicaciones. *Son muy entregadas* , había comentado alguna vez cuando le preguntó acerca de su orientación sexual y sus parejas, después de haber leído *Los pecados de Eva* . ¿De verdad estaba pensando en eso ahora? Había mucho en juego y ella se divertía pidiéndole extravagancias. «Es su manera de tener el control. ¿Cómo demonios quiere que le haga una foto a una completa desconocida?». Por suerte, encontró una manera de hacerlo.

—Nada importante. Mi editora me pide que nos hagamos una foto para publicarla después en las redes —improvisó—. ¿Te importa?

—No, claro que no.

Se levantó y se sentó en la silla contigua a la de Alicia. Pasó el brazo izquierdo por encima de sus hombros y le pareció que la chica se estremecía al contacto de su piel con la de ella. Si *la otra* estuviera aquí, podía dar por sentado que ambas habrían acabado juntas en la cama. Hizo la foto.

—Ya está. Muchas gracias.

Envío la fotografía con el siguiente mensaje:

¿Es que estás pensando en acostarte con ella?

No esperaba la respuesta que obtuvo.

Por supuesto. Sedúcela.

¿Qué? Intentó mantener la calma. Fue a retirarse el pelo metiéndolo detrás de la oreja, entonces se dio cuenta y rectificó, haciéndolo como lo hacía *la otra* . ¿Qué pretendía con ese juego? «No dejes que te saque del personaje. Si lo hace, ella gana. Tienes que seguir. Todo está saliendo bien».

Por un momento contempló la posibilidad de un plan B. Había una opción en lo que *la otra* le había propuesto. Era evidente que la chica sentía atracción por ella, podía percibirlo. No era simple admiración, había algo más, algo sexual, en su mirada. Si seducía a Alicia, podía conseguir desembarazarse de las otras dos pasando la noche en el piso de la chica. Después, ya vería la manera de escapar. Quizá no era necesario recurrir al plan A, mucho más complejo. En ambos, tenía algo que perder.

—Ha salido perfecta —colocó el móvil en el asiento contiguo y la miró—. Se acabó el teléfono por hoy. Esta noche es para ti.

Comenzaba el juego de seducción. Observó a la chica detenidamente. Era atractiva y se dijo que no le importaría acabar en la cama con ella. «Dos años de absoluta sequía es demasiado tiempo, incluso para mí». Alicia también la estaba mirando detenidamente.

—Quería darte las gracias.

—¿Por qué?

Le pareció percibir que la chica se ruborizaba.

—Supongo que habrás oído a muchos decirte lo mismo pero, a mí, tus novelas me rescataron.

No supo qué responder. La observó detenidamente. Sus ojos eran como un imán. Le gustaría poder perderse en ellos pero se sintió un fraude. Le encantaba la manera en que Alicia la miraba, pero no era a ella a quien miraba de ese modo, sino a *la otra*. Era a ella a quien admiraba, eran sus libros los que la habían conquistado. «Podrás convertirte en ella, pero jamás podrás crear lo que ella creó. No eres escritora. Eres actriz. Eres una impostora. Una mentira».

—La verdad es que me han hecho muchos comentarios sobre mis libros, pero nunca nadie me había confesado algo así.

Fue lo único que acertó a decir. Todo era falso. Lo único cierto en todo esto era que había algo en Alicia que le atraía y no supo decir con certeza el qué.

Cruzó las manos en gesto de plegaria y apoyó los labios sobre ellas, pensando.

—Creo que me voy a quedar en esta silla, si no te importa.

Le gustaba su cercanía.

—En absoluto —Alicia respondió casi en un susurro. El camarero entró con los platos y, al hacerlo, le pareció detectar cierta decepción en su compañera. Ella también se sentía así. Se estaba creando algo entre las dos y la aparición del camarero pareció romper la magia. Cuando se marchó, no supo muy bien cómo regresar al punto en el que se habían quedado.

—¿Qué fue lo que te ocurrió? —Se atrevió a preguntar.

—¿Cómo? —Alicia pareció no entender.

—¿Que qué fue lo que te sucedió antes de que mis novelas te rescataran?

Aquella pregunta le sonó pretenciosa.

—Bueno...

Entonces se dio cuenta de que quizá había sido muy atrevida al preguntar algo tan personal. Se llevó la mano izquierda sobre el pecho como muestra de arrepentimiento.

—Disculpa, no quería ser entrometida. No tienes que responder si no quieres.

—No, no. Tranquila. Cuando me comunicaron que había ganado el concurso pensé que lo primero que te contaría sería el motivo por el que me gustan tus novelas. Pero no quiero aburrirte con mis problemas —Alicia se llevó las manos a la cara y se ocultó tras ellas—. ¡Dios! Sueno como una auténtica chiflada.

—Estamos aquí para charlar y conocernos, ¿no? No todo va a ser hablar de mí y de mis novelas —de hecho prefería no tener que hacerlo—. Esas ya las conoce todo el mundo. Quiero que me cuentes cosas tú. Esta noche tú eres la protagonista de esta historia.

¿Era la escritora o la actriz la que hablaba en ese momento? Era cierto que quería saber más de ella. Quería conocerla. Quería sentirse normal.

Alicia le contó que era maga y dentro de su historia había mentiras y traición y, mientras lo hacía, no podía dejar de pensar en que ella también la estaba mintiendo. También iba a traicionar su confianza, una confianza que estaba depositada en una persona que no era ella. Le habló de *Ángel caído* y de cómo el libro consiguió ayudarla a superar toda aquella situación. Era la imagen que tenía Alicia de *la otra* y lo que había escrito lo que atraía a la chica. «En otra vida, jamás se habría fijado en ti. Te mira como lo hace porque cree que eres *ella* ». Le dolió ser consciente de

esto.

—Ahora intento ir con más cuidado. Me cuesta más confiar en las personas —dijo Alicia con total sinceridad.

Estaba desnudando sus sentimientos con ella, pero se estaba equivocando de persona. «No se está equivocando, tú la estás engañando».

—En cambio, sin conocerme de nada, estás hablándome de cosas muy personales.

No pudo evitar cierto deje de reproche en sus palabras. Ambas se quedaron en silencio y detectó un cambio en la actitud de Alicia. «Se ha cerrado en banda. Ella te abre su corazón y tú le das una bofetada. ¿Qué esperabas?».

—Tuve un problema con las drogas.

Intentó que sus palabras sonaran sinceras y amables. Y sobre todo que parecieran reales como si estuviera confesando ella misma algo personal.

—Fue hace mucho tiempo. Supongo que *Ángel caído* también me rescató a mí —improvisó, porque lo cierto es que no tenía la certeza de que *la otra* hubiera sido adicta a las drogas en algún momento, pero era algo que tampoco había confirmado ni desmentido en ninguna entrevista, por tanto la mentira podía ser verdad.

—En una entrevista te oí decir que había un componente autobiográfico en todas tus novelas. ¿Es cierto?

Recordó la conversación que había mantenido con *la otra* hacía un par de semanas en la biblioteca.

—Si no fuera cierto no lo habría dicho, ¿no crees? —Sonrió. —Tienes razón.

—Es inevitable... —dudó antes de continuar, buscando las palabras exactas—... es inevitable plasmar parte de tu propio ser en lo que escribes.

Pensó en lo que había leído. En la novela que estaba escribiendo. Ahí no sólo había parte de *la otra*, también estaba repleto de ella misma, como si la esencia de cada una estuviera metida en un mismo frasco y ambas se hubieran mezclado. ¿Qué quedaba ya de una o de la otra?

—¿Qué ha sucedido durante estos dos años? —preguntó Alicia.

Su mirada se veló. ¿Qué había ocurrido durante esos dos años? No sabría responder con certeza a esa pregunta. ¿Qué había ocurrido realmente? Echando la vista atrás los recuerdos le parecían como un extraño sueño. Un sueño que había acabado convirtiéndose en una pesadilla. Inconscientemente las aletas de la nariz se abrieron hasta quedarse blancas y apretó los labios. Respiraba con fuerza, como si le faltara el aire. El teléfono de la escritora comenzó a sonar insistentemente. Cogió el móvil y antes de responder se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Disculpa —y salió.

Una vez que la puerta estuvo cerrada miró el teléfono. Tenía varios mensajes.

Sal de ahí. Sal de ahí. Sal de ahí.

Se llevó el móvil a la oreja. Sabía que quería decirle algo.

—¿Qué quieres? —preguntó en tono cortante.

—Ve a los baños.

Fue hacia allí confiada de que no le haría nada en un sitio público. Una vez dentro *la otra* echó el pestillo y apoyó la espalda sobre la puerta. Comenzó a aplaudir mientras se reía.

—¡Bravo! ¡Qué interpretación tan tierna!

Emilia se apoyó sobre el lavabo y se miró en el espejo mientras observaba a su espalda el reflejo detrás de ella.

—¿Qué es lo que quieres?

—Era muy aburrido esperarte en el coche. Yo también tengo ganas de divertirme.

—Es peligroso. No pueden vernos juntas —se sintió incómoda ante esa posibilidad y se preguntó por qué—. ¿Entonces para qué me has hecho perder el tiempo? —Estaba enfadada. La situación se le estaba escapando de las manos. Tenía que mantener el control. No podía salirse ahora del personaje. Debía mantenerse firme. No podía dejar que ella viera que la dominaba.

—Debo decir que no eres muy buena seduciendo.

Bajó la mirada hacia el lavabo. «No la escuches. Es su manera de rebajarte. Tiene miedo porque ha visto de lo que eres capaz. Eres capaz de ser ella». Levantó la mirada desafiante. Sabía que lo que iba a hacer daría al traste con el plan B, pero aun así lo hizo. Se ceñiría al plan A, a la idea original.

—Veamos cómo lo haces tú.

Se dio la vuelta y se enfrentó cara a cara a ella. *La otra* se acercó sonriendo.

—Me parece una idea excelente, pero cuando la consiga, no esperes que la comparta contigo.

—Toda tuya.

Fingió indiferencia pero en el fondo le dolía. Alicia le gustaba y no veía justo que ambas estuvieran jugando con ella de esa manera. Aun así, no dio ninguna muestra de lo que sentía realmente. No quería alimentar más a la vampira.

—Espérame en casa —descorrió el pestillo y antes de salir se volvió—. Pero no hace falta que lo hagas despierta —y la guiñó un ojo.

Cuando se quedó sola en el baño colgó la llamada de teléfono que aún seguía abierta. No le importaba en absoluto lo que iba a suceder en ese reservado. Había lanzado a Alicia a la jaula de los leones y no había vuelta atrás. Ahora tenía trabajo por delante.

Salió y fue directa al coche, donde Celia la esperaba. Iba a hacer exactamente lo que *la otra* le había pedido: esperarla en casa. Lo que no sabía era en qué casa iba a hacerlo. Celia no la llevó de regreso a Matices. Tardaron unos veinte minutos en llegar a la urbanización. Todo estaba oscuro y Emilia no se había fijado en los carteles. No tenía ni idea de dónde estaba. Celia se despidió de ella después de entregarle las llaves. Hubiera podido echar a correr si hubiera querido, pero no lo hizo. Entró y exploró la casa, que era completamente nueva para ella. La disposición era parecida a la de Matices, pero no exactamente igual. Fue al salón y decidió ponerse una copa. La necesitaba para seguir adelante. Al abrir el mueble bar encontró una caja de metal idéntica a la que le enseñó unas noches atrás. La abrió. Tenía las mismas pastillas blancas. Volvió a cerrarla, cogió una botella y una copa y se sirvió un poco. No quería emborracharse. Necesitaba estar sobria esta noche. Aquella situación se tenía que acabar. Se sentó en el sofá y esperó.

Pasó más de una hora hasta que escuchó el ruido de las llaves en la puerta. No se movió. Permaneció sentada en el sofá, de espaldas a la puerta con la copa en la mano. Esperó a que ella entrara en el salón.

—Te dije que no hacía falta que me esperaras despierta.

Emilia podía verla reflejada en la cristalera de enfrente, apoyada en el umbral de la puerta con los zapatos en la mano. La misma situación que la otra noche, pero a la inversa.

—¿Qué tal ha ido? ¿Te acostaste con ella?

El dolor al pronunciar estas palabras se le atravesó en la garganta, pero se lo tragó sin rechistar.

—Creo que sí.

—¿Estás tan borracha que no sabes lo que has hecho? —Está fuera, esperando. En cinco minutos la tendré en mi dormitorio.

Emilia se volvió.

—¿Cómo que está esperando fuera?

No esperaba que sucediera algo así. Eris no parecía una persona que acostumbrase a llevar desconocidas a su territorio personal. ¿O sí? Lo había hecho con ella. Abrió con fuerza las aletas de la nariz. No había contado con eso. Quería acabar esa noche con la farsa. Quería poner el punto y final a la relación de sumisión que la mantenía unida a ella. No quería esperar. No quería dejar que *la otra* moviera ficha antes.

—Sé que no estás enferma.

—¿Qué? —Eris parecía confusa.

—Sé que todo era una mentira.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Emilia sintió cierta satisfacción al ver cómo la seguridad de la escritora se tambaleaba.

—Eso no importa. Me has utilizado —la actriz lamentó el tono lastimero con el que se lo dijo.

Eris pareció coger fuerza de nuevo aprovechando el desliz.

—Que yo sepa te estoy pagando por ello. ¡Qué más te da cuál es el objetivo!

—¡Es mi vida!

—Tú aceptaste. Nadie te obligó.

Era cierto, nadie la había obligado a nada. Fue ella la que quiso embarcarse en algo así.

—De todos modos, esa proposición era absurda. No sé cómo te la pudiste tragar —Emilia sintió una punzada de dolor. Era cierto, había sido una ingenua—. Ahora no tengo tiempo para esta discusión. La he dicho que en cinco minutos entre. Así que será mejor que te escondas en algún sitio. No quiero que te vea.

Emilia se puso en pie. Quería replicar algo, pero no encontró las palabras. Eris se dio media vuelta y mientras se iba, escaleras arriba, le gritó:

—Hay una botella de champán en la nevera. Súbemela con dos copas. Y date prisa. Te quiero fuera de mi vista antes de que Alicia entre.

Emilia respiraba con fuerza, intentando contener la rabia. ¿Cómo había podido aguantar tanto tiempo? Estuvo tentada de esperar junto a la puerta y dar al traste con los planes de Eris, pero, ¿qué haría después? ¿Cómo explicaría su presencia? ¿Cómo explicar lo de la doble? Y, sobre todo, ¿cómo convencer a Alicia de quién era la verdadera? Ella no, estaba claro. Ella era la intrusa. No. Demasiadas explicaciones. Esa no era la manera de solucionarlo. Necesitaba recobrar el control de la situación. Fue a la nevera, cogió la botella de champán y las dos copas. Después, fue al salón y abrió el mueble bar. Descorchó la botella. Sobre la bandeja deshizo varias pastillas y echó el polvo dentro. «Se te acabó la fiesta esta noche». Esperó a que se disolviera y subió al dormitorio. —Ya era hora —se quejó la escritora.

Eris cogió la bandeja. En ese momento se escuchó la puerta de la entrada y los torpes pasos de una Alicia demasiado borracha como para poder coordinar correctamente. Estaba abriendo todas las puertas del piso inferior. Eris agarró a Emilia de la camiseta y tiró de ella hacia dentro, cerrando la puerta del dormitorio. —¿Qué haces? —preguntó Emilia.

—No hay tiempo. Escóndete en el baño.

Y la empujó dentro cerrando esa puerta también.

Enseguida escuchó a Alicia que ya estaba dentro de la habitación.

—¡Champán!

—Exacto. Champán —respondió Eris.

—¿Es bueno?

—Jamás has probado un champán como este.

—¿Ah, no? ¿Y tú como lo sabes?

—Te lo aseguro. Este es especial.

—Creo que no debería...

—Sólo una copa, para probarlo.

Percibía sus movimientos por el dormitorio.

—Por favor —rogó Eris—. Hace dos años que no me divierto. Quiero que mi regreso sea por todo lo alto.

—Está bien. Una copa, pero sólo para probarlo —Alicia arrastraba las palabras.

«La has emborrachado». Agitó negativamente la cabeza aunque luego pensó que le vendría bien.

—Ponte cómoda mientras sirvo las copas.

Esperó. Esperó pacientemente durante veinte minutos a que el LSD empezara a hacer efecto. Del otro lado de la puerta le llegaba el sonido amortiguado de las risas, los besos y los roces que estaban teniendo lugar en la cama. Tras veinte minutos, abrió un poco la puerta del baño y se asomó por la pequeña rendija. Necesitaba que estuvieran suficientemente colocadas para que si Alicia la veía, después pudiera llegar a creer que había sido producto de su imaginación. La chica se había levantado de la cama. No llevaba los pantalones puestos.

—Necesito respirar.

Pero pareció quedarse paralizada a mitad de camino mirando hacia la ventana, de espaldas a ella. Decidió que era un buen momento para salir. Lo hizo despacio, caminando hacia atrás, sin perder de vista a la maga, intentando no hacer ningún ruido.

—¿Qué está pasando? —preguntó Alicia.

A continuación, la maga tuvo una arcada e inmediatamente se dio la vuelta dirigiendo sus pasos hacia el baño. Emilia se quedó quieta. Alicia, se miró en el espejo de la habitación y después continuó caminando hacia a ella mirando hacia el suelo. Antes de chocar, se detuvo. Se tambaleaba. Estaba muy borracha y muy colocada. De pronto Alicia se encogió sobre sí misma cerrando los ojos y tapándose los oídos con las manos, como si estuviera escuchando un ruido atronador. Después se pellizó el brazo. Emilia comprendía por lo que estaba pasando y lamentaba haberla hecho pasar por semejante situación, pero era necesario. No podía permitir que Eris se aprovechara de ella. El efecto nocivo de las pastillas daría por concluida la sesión de sexo.

—Quédate con ella —le ordenó Eris con desgana mientras se levantaba de la cama.

Pasó junto a Emilia que se adentró en la habitación. Lo prefería a tener que esperar encerrada. Ver a Alicia pasar por el *viaje* del LSD no iba a ser fácil, pero al menos podría cuidar de ella durante el proceso, algo que Eris, en el estado en el que estaba, no haría.

—Alicia —la llamó.

—Me quedo. No voy a ningún lado —respondió la chica.

—Ven a la cama.

Pensó que lo mejor era intentar que se durmiera, que todo quedara simplemente como una horrible pesadilla. Alicia abrió los ojos y la buscó con la mirada perdida.

—Ven —le dijo, intentando guiarla.

Cuando por fin pareció hacer contacto visual con ella, la sonrió y le ofreció su mano para infundirle confianza. Detrás, Eris se reía a carcajadas. Entonces, Alicia se acercó a Emilia y la besó. El beso le supo a almíbar agrio. Le hubiera gustado perderse en sus labios pero sabía que no estaba sobria, actuaba bajo los efectos del alcohol y la droga. La apartó con suavidad, lamentando la separación.

—Alicia —apenas fue un susurro.

No era a ella a quien había querido besar, sino a Eris. Le dolía.

—Acuéstate con ella si es lo que quieres —dijo la escritora con desdén.

Alicia la miraba ladeando ligeramente la cabeza como si no entendiera bien.

—Yo quiero —contestó la chica como en un lamento.

—Ella también, no te preocupes —la situación parecía divertir a la escritora—. No te resistas.

—No me resisto —y Alicia volvió a lanzarse sobre Emilia que quedó atrapada bajo su cuerpo.

—Alicia... —rechistó.

Pero la maga intentó besarla de nuevo como respuesta.

—Alicia —repitió, intentando hacerla entrar en razón cogiendo su cara entre sus manos y obligándola a mirarla a los ojos—. Alicia.

—Acuéstate con ella —insistió Eris.

—Eso intento... pero no quiere.

—Claro que quiere.

Alicia volvió a intentar besarla. Emilia la evitó y se revolvió bajo su peso, consiguiendo echarla a un lado. Se sentó a horcajadas sobre ella y le sujetó los brazos por las muñecas para mantenerla controlada.

—Alicia... me gustas.

Se sentía terriblemente culpable por todo lo que estaba sucediendo. Levantó la mirada al techo y suspiró. Las cosas no tenían que haber ocurrido de esa manera. Deseaba haber podido conocer a Alicia en otras circunstancias. Le hubiera gustado poder echar el tiempo atrás y haber rechazado la propuesta que le hicieron. Hubiera querido no haberse tomado nunca ese café con Celia. Su vida se había volatilizado y ya no sabía en realidad quién era o qué quería. Lo único que sabía con certeza era que Alicia le gustaba y no quería hacerla daño.

—Yo no quiero —sollozó sin poder evitar contener las lágrimas.

Sintió a Eris detrás, a su espalda. Riéndose.

PARTE III PRESTIGIO

Alfred Borden: «El sacrificio es el precio de un buen truco». *The prestige* . Christopher Nolan.

CAPÍTULO 20

Alicia recobró la consciencia sin saber qué había pasado exactamente. Miró aturdida a su alrededor. Estaba en un salón, blanco, impoluto. Entonces, recordó que estaba en casa de Eris. Intentó levantarse de la silla, pero le resultó imposible. Estaba atada. Forcejeó, pero fue incapaz de liberarse de las cuerdas que la mantenían presa. Estaba sudando por el esfuerzo y un intenso dolor en la cabeza le recordó que había recibido un fuerte golpe. Al levantar la mirada, derrotada, vio a la escritora sentada en el sofá, frente a ella. Observándola en completo silencio.

—¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame!

Ahora, la preocupación de Sofía no le pareció tan fuera de lugar. Había ido a casa de la escritora en busca de una disculpa sincera, ¿cómo iba a imaginarse que acabaría siendo golpeada y atada? La autora permanecía con las manos entrelazadas. De un modo tétrico, le pareció que estaba rezando.

—Necesitaba hablar contigo —la voz de la escritora era apenas un susurro, casi le costó

escucharla—. En confianza.

—¿En confianza? Cuando quieres hablar con alguien, ¿simplemente lo atas?

—Quiero explicarte lo que ocurrió anoche.

Vale, las palabras de la escritora tenían sentido, pero no su comportamiento. Si quería justificarse por haberla drogado la noche anterior, sólo tenía que empezar a hablar, no era necesaria toda esa parafernalia y mucho menos los golpes.

—Si temías que me fuera sin dejarte hablar... que fuera a la policía, estás equivocada. Sólo he venido porque quería una explicación. Esta mañana...

—Anoche se nos fue de las manos. Bueno, se me fue de las manos a mí. Tú no tuviste nada que ver —la escritora se llevó la mano a la nuca, por encima de la toalla.

Alicia supuso que se tocaba el lugar donde había recibido el golpe en la cabeza y que la sangre que ella había encontrado en su pelo pertenecía a la escritora. Era lo único que podía dar sentido a lo que había pasado durante la noche anterior. No tenía ni idea de cómo se había hecho semejante herida en la cabeza, y esperaba que la autora no le dijera que había sido ella la que lo había causado. ¿O sí? ¿Es por eso que había actuado de esa manera? ¿La habría golpeado como revancha? Sea como fuere, estaba claro que la autora no actuaba de manera normal. Algo había sucedido durante la noche y Alicia quería saber qué había sido pero empezaba a resultarle más imperiosa la necesidad de comprender por qué la había atado después de dejarla inconsciente.

—Creo que te mereces esa explicación.

La autora miró hacia el techo y Alicia percibió una mueca de dolor.

—Ella me estaba consumiendo. Se estaba apoderando de mí. ¿Lo entiendes? Me estaba quitando todo lo que tenía.

Alicia frunció el ceño. En esa habitación no había nadie más a parte de ellas dos.

—¿Qué ella? ¿De qué estás hablando?

—Mi *dopplegänger*.

Alicia asintió, recordando que había leído esa palabra en el dorso del sobre que le había entregado Eris antes de recibir el golpe en la cabeza que la había dejado inconsciente. ¿Qué era lo que había llegado a leer? Tenía la sensación de que era algo confuso. —¿Qué es eso? —preguntó por darle coba. Quería que continuase hablando, mantenerla entretenida mientras pensaba la mejor manera de poder salir de esta.

La escritora parecía haberse vuelto loca. ¿O siempre había sido así? No estaba diciendo nada coherente. ¿Su *dopplegänger*?

La autora se echó hacia delante para decir las siguientes palabras en un susurro, como si fuera un secreto.

—Mi doble andante. Mi gemela malvada.

La respuesta dejó bloqueada a la maga que no esperaba en absoluto una salida como esa. ¿De qué estaba hablando? ¿Una doble malvada? Estaba claro que había perdido el norte. Había visionado cientos de videos de la escritora y ¿no había sido capaz de detectar en ellos una locura como aquella? «Algo así no puede pasar desapercibido». Se le pasó por la cabeza la idea de que fuera una enfermedad mental lo que había mantenido a la autora retirada durante dos años. Eso daría explicación a su extraño comportamiento durante la cena y, por supuesto, a todo lo que estaba sucediendo en ese momento. Quizá sufría algún tipo de trastorno de la personalidad, de ahí que en la cena hubiera percibido dos personalidades diferentes. Había sido muy sutil, pero quizá suficiente como para que su subconsciente lo hubiera registrado y, después, bajo los efectos de la droga esa percepción había cobrado vida en forma de alucinación. La misma alucinación que sufría la escritora, aunque quizá ella sin necesidad de ningún tipo de psicotrópico. ¿Es posible que

la autora se hubiera golpeado a sí misma en un ataque de locura creyendo que golpeaba a su supuesto *doble* ?

—Se iba a apoderar de ti también —la escritora bajó la voz—. Por eso la maté. Tuve que hacerlo. Alicia la miró a los ojos. Creía detectar la locura en ellos, pero de algún modo parecía totalmente sincera al decirlo. «Los locos creen firmemente en lo que ven y oyen, no te fíes de esa sinceridad». La maga contuvo las lágrimas. Se encontraba en una casa aislada del mundo a solas con una mujer que la mantenía atada a su merced y que aseguraba haber matado a su doble. ¿De qué otra cosa sería capaz? ¿Por qué la mantenía retenida?

La escritora, para sorpresa de Alicia, rompió a llorar.

—Lo siento. Lo siento.

Lo repitió varias veces y Alicia se puso más nerviosa aún. Había visto demasiadas películas y series policiacas como para saber que ese ataque de arrepentimiento conducía directamente a la muerte de la víctima. ¿Sería capaz de matarla? ¿Qué motivo podía tener para hacerlo? ¿Haber sido testigo de cómo había asesinado a su doble? Entonces recordó lo que le había dicho en su encuentro aquella mañana: «Sé lo que hiciste». Ella se refería a que sabía que la había drogado. ¿Y si la escritora había reinterpretado sus palabras dándole un nuevo sentido en su retorcida cabeza? Tenía que aclararlo pero ahora ya era demasiado tarde. La propia autora le había *confesado* su crimen. Lo único que podía hacer es dejarle claro que ella no resultaba una amenaza para su *secreto* .

—Ojalá las cosas no hubieran sucedido de esta manera. No quería que te vieras implicada en su muerte.

Alicia decidió seguirle la corriente ahora que sabía más o menos por dónde iban los tiros.

—Bueno, tú misma lo has dicho antes: es un daño colateral —le temblaba la voz por los nervios. Temía decir algo equivocado—. Pero no tiene por qué ir más allá. Si tú quieres que guarde silencio, lo haré. Seré tu cómplice. No le diré nada a nadie. Nunca —hizo énfasis en esta última palabra.

Y, efectivamente, no pensaba hacerlo. ¿Qué iba a decir? ¿Qué había visto cómo asesinaba a su doble imaginario? La tomarían por loca a ella también. La escritora, que se había tapado la cara con las manos, abrumada por la situación, salió de su escondite y miró a Alicia con incredulidad.

—¿No me odias?

El corazón de Alicia le latía a mil revoluciones. Las respuestas de la escritora eran confusas. ¿Odiarla? ¿A qué venía eso ahora?

—¿Cómo iba a odiarte? —La maga continuó con el artificio, siguiéndole la corriente, hablándola mientras intentaba desatarse. Desviando la atención de su espectadora como en un buen truco—. Ella se estaba apoderando de ti. Y... —le pareció que había conseguido aflojar un poco la cuerda— ... y tú misma has dicho que iba a hacerme lo mismo. Tú me has salvado. Jamás traicionaría tu confianza.

—¿Harías eso por mí? ¿Ser cómplice de mi crimen? ¿Sin apenas conocerme?

¿Había escapatoria? ¿Estaba consiguiendo convencerla?

—Sabes que soy tu mayor fan. Gané ese concurso, ¿recuerdas? Sólo yo puedo entenderte. Es la segunda vez que me salvas: primero con tu novela y ahora con esto. Te estaré eternamente agradecida.

Los ojos de la autora parecieron perderse durante unos segundos. Alicia aprovechó para seguir aflojando la cuerda intentando obviar el dolor que sentía en las muñecas por el roce de la soga.

—¿No se lo contarás a nadie? —La mirada de la escritora había cambiado y Alicia sintió un escalofrío.

—A nadie. Nunca.

La autora asintió pensativa y Alicia percibió un rastro de pena en su mirada.

—Pero después de hoy deberemos evitar todo contacto para que, si sospechan, no puedan atar cabos. ¿Entiendes?

No, no tenía ni idea de lo que hablaba pero asintió, por si acaso. Eris se levantó y la maga creyó que el corazón se le iba a paralizar. ¿Lo había conseguido? ¿La había convencido? Entonces, sonó su teléfono móvil. Alicia cerró los ojos. Debía de ser Sofía. Temió la reacción de la escritora. Se había ganado su confianza, le parecía que empezaba a controlar la situación pero la llamada podía alterar el equilibrio que parecían haber alcanzado. La escritora cogió el teléfono y se lo mostró a Alicia.

—¿Quién es Sofía? —Parecía molesta.

—Una amiga. Había quedado con ella después —permaneció alerta, observando la reacción de la autora—. No sabe nada —aclaró.

La escritora descolgó y con un gesto de cabeza le indicó que hablase. ¿Había perdido su confianza?

—Hola, Sofía —su voz tembló ligeramente.

—¿Ya has salido?

—No —miró a la escritora—. No, aún no.

Necesitaba avisar a Sofía de que todo iba mal, pero debía tener cuidado de no enfadar a la autora. En realidad, no sabía cómo hacerlo. En las películas parecía más fácil. Siempre tenían alguna frase que el otro interpretaba correctamente. Una frase que aparentemente era inofensiva pero que servía de clave para el interlocutor. A ella no se le ocurrió ninguna. Esto no era el cine. Era la realidad. En la realidad las víctimas siempre mueren.

—Hola, Sofía.

Alicia no supo cómo interpretar la intervención de la escritora en la conversación. ¿Darse a conocer como tercera oyente significaba su sentencia de muerte?

—¿Hola?

—Es Eris —se lanzó a explicar la maga—. Está aquí conmigo. Quería saludarte.

Quería recuperar como fuera la confianza de la escritora, sería su única baza en este juego.

—Hola. Encantada de conocerla.

—Nosotras casi hemos acabado —dijo la escritora—. Enseguida daremos por finiquitado el tema. Ahora te pasamos la dirección GPS y te pasas a recogerla.

La autora miró interrogante a Alicia, instándola a que apoyara su decisión.

—Tu amiga ha insistido en pagar el taxi y se niega a coger mi dinero. No quiero que su visita le salga tan cara.

Alicia no veía claras las intenciones de la escritora. ¿Para qué iba a hacer ir hasta allí a Sofía? Ante la mirada inquisitiva de Eris, Alicia no tuvo otra opción más que apoyar lo que planteaba.

—Sí, es lo mejor. Esto está bastante lejos.

—Quedamos en eso entonces. Hasta luego — se despidió la escritora y sin dar tiempo a que Sofía dijera una palabra más, colgó.

Dejó el teléfono sobre la mesa. ¿Qué pretendía con esa maniobra? Alicia lamentó haber envuelto en todo esto a Sofía. Era evidente que la escritora no la creía. Veía en su amiga una amenaza también. La haría venir para deshacerse de ambas. Alicia estaba temblando. No sabía cómo salir indemne de esto. No era capaz de pensar en una manera de proteger a Sofía. La tensión había alcanzado el límite dentro de su cuerpo y, sin poder reprimirse más, se echó a llorar. La escritora, mientras, paseaba de un lado a otro, pensando. Parecía estar librando una lucha interna.

Finalmente se detuvo frente a ella y se limpió los restos de sus propias lágrimas de los ojos. La maga percibió en ella cierto alivio, como si se hubiera quitado un peso de encima. «Ya está. Ha llegado el fin». La autora se acercó a ella y se colocó a su espalda, apoyando las manos sobre sus hombros.

—Siento que todo haya tenido que suceder de esta manera.

Alicia cerró los ojos. Se preguntó cómo lo haría. ¿Un golpe? ¿Una pistola? ¿Un cuchillo? Cualquier opción le parecía horrible. Sólo deseaba que fuera rápido.

Cuando Alicia se vio libre de las ataduras no supo cómo reaccionar. Se volvió y miró a la autora. Parecía relajada. Se llevó una mano a la cabeza para comprobar los daños e instintivamente se separó unos centímetros y se colocó frente a frente con la escritora. No volvería a darle la espalda.

—Gracias por haberme escuchado —dijo la escritora y se acercó a Alicia. Abrazó a la maga y esta permaneció quieta. De nuevo se instó a seguirle la corriente respondiendo al abrazo. No quería echarlo todo a perder ahora que estaba libre—. Gracias por comprenderlo.

—De... nada.

Ambas se separaron y la escritora se sentó en el sofá y continuó tomando su café, como si nada hubiera pasado.

—Siéntate. Estarás más cómoda. Tu amiga aún tardará un rato en llegar.

Alicia obedeció, pero se mantuvo a distancia de la autora. Esperaron sentadas en el sofá a que viniera Sofia que tardó mucho menos de lo esperado en llegar a la finca. La escritora la acompañó a la puerta y allí, con una mezcla de pena y alivio en la mirada, se despidió.

—Supongo que esto es un adiós.

—Supongo.

—Recuerda nuestro trato.

—A nadie —confirmó la maga.

Alicia estaba deseando salir ya de allí y meterse en el coche, segura, con Sofia y alejarse lo máximo posible. Volver a su casa y olvidarse de todo eso. Lo único que quería era olvidar. Dejar atrás aquel día de pesadilla.

—¿Te veré en la próxima firma?

—Es posible —mintió.

Lo dijo por compromiso. No pensaba volver a ninguna firma de la autora. Tampoco estaba segura de si compraría sus próximos libros. Como si le hubiera leído el pensamiento, la autora añadió:

—Quizá te sorprenda el final de mi próxima novela. La escritora se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla. —Adiós.

Se metió dentro del coche sin volver la vista atrás. —¿Va todo bien?

—Arranca. Si te lo cuento no te lo vas a creer.

De camino a casa le relató lo sucedido. Mientras lo hacía le parecía que todo formaba parte de un extraño sueño, como si en realidad nada de eso hubiera sucedido. ¿Era real? Desde luego no lo parecía.

—Te dije que no le dieras la espalda —le reprochó.

Sofía le confirmó cómo algo de aquella conversación telefónica, no supo si su tono de voz o el hecho de que Eris hubiera participado en ella, activó su alarma. Sabía que algo no iba bien. Había pisado el acelerador a fondo y, probablemente, habría hecho saltar varios radares de velocidad.

—Te dije que no me daba buena espina.

—Lo sé. Pero lo importante es que... no ha pasado nada.

Y así era. Podían haber pasado muchas cosas aquel día, pero ninguna sucedió realmente. Alicia no volvió a verla, ni en persona ni virtualmente. Tampoco pensaba comprarse ninguna novela más pero, al pasar delante del escaparate de una librería de su barrio y ver la cubierta del último libro de Eris Alhena y su título, sintió curiosidad. *Quizá te sorprenda el final de mi próxima novela*. Cuando Alicia se reconoció como uno de los personajes en el desenlace de esta, se preguntó qué habría de verdad en el libro.

EPÍLOGO

—Alicia... me gustas.

Se sentía terriblemente culpable por todo lo que estaba sucediendo. Levantó la mirada al techo y suspiró. Las cosas no tenían que haber ocurrido de esa manera. Deseaba haber podido conocer a Alicia en otras circunstancias. Le hubiera gustado poder echar el tiempo atrás y haber rechazado la propuesta que le hicieron. Hubiera querido no haberse tomado nunca ese café con Celia. Su vida se había volatilizado y ya no sabía en realidad quién era o qué quería. Lo único que sabía con certeza era que Alicia le gustaba y no quería hacerla daño.

—Yo no quiero —sollozó sin poder evitar contener las lágrimas.

Sintió a Eris detrás, a su espalda. Riéndose. La apartó a un lado de un empujón.

—Quita. Si tú no quieres, yo sí —y se sentó a horcajadas sobre Alicia que no hacía más que abrir y cerrar los ojos presa de alguna alucinación.

Emilia, se levantó del suelo y sin pensárselo dos veces cogió la botella de champán y golpeó a Eris en la cabeza varias veces hasta dejarla completamente inconsciente. No podía permitir que se aprovechara de Alicia. No podía dejar que la hiciera daño.

El cuerpo de la escritora cayó sobre la chica que en ese momento se había desmayado. Emilia sostenía la botella que había resistido intacta los envites, con el rostro cubierto por mechones de pelo sudorosos. Tenía los ojos abiertos de par en par y las manos le temblaban. Observaba la imagen de las dos mujeres sobre la cama. De la cabeza de Eris comenzó a brotar sangre. El contacto de la sangre sobre el pelo de Alicia fue lo que sacó del trance a Emilia que apartó a la escritora a un lado de la cama. La almohada comenzó a teñirse de rojo. ¿Estaba muerta? Se acercó a ella y le buscó el pulso en el cuello. No lo encontró. Cerró los ojos con fuerza y se contuvo. Estaba experimentando una extraña sensación, mezcla de alivio y vértigo. Cruzó las manos y apoyó los labios sobre ellas. No era exactamente así como pensaba concluir el plan A, pero había surgido de ese modo. Había improvisado, reaccionado de acuerdo a las pautas que la propia Eris había marcado. Ella había decidido cambiar el juego, suplantándola en la cena, trayendo a Alicia a la casa. Si no lo hubiera hecho, quizá las cosas habrían sido de otra manera, pero eso ahora daba igual. Se acercó al cuerpo inerte de la escritora, le quitó la cadena con la llave y se la colgó ella misma del cuello.

Tal y como sucedió, literalmente, fue cómo lo contó en la novela. Era la verdad, la única verdad, como Eris habría querido y, sin embargo, nadie la creyó. Nadie creyó que la escritora había muerto a manos de su doble, de su gemela malvada. No le importó porque ella no era Eris. No era escritora. Ella era actriz.

El telón estaba subido.

La función debía continuar.

AGRADECIMIENTOS

Las catarsis si son compartidas se experimentan de otra manera. Gracias Silvia por estar siempre ahí, dándome la mano en cada uno de los pasos que doy, por apoyar mis sueños y ser la primera en darme una visión objetiva de lo que escribo.

A Ro por ofrecerte a ser también lectora cero cuando Silvia y yo ya dudábamos de todo, por el sprint de lectura que hiciste para que llegase a tiempo. Por tus correcciones. Gracias.

A Manuela Bravo y su librería que son el núcleo desde donde mis sueños se están proyectando y haciéndose cada vez más grandes.

A editorial Leibros, por apostar por mi novela.

A Belén por saber plasmar en la cubierta lo que yo buscaba.

A mi familia, por ser incondicionales.